



⌘

Hijas de los dioses

Sed de venganza

Eva Andraya

Hijas de los dioses

Sed de venganza

Eva Andraya

©Eva Andraya

©Hijas de los dioses, Sed de venganza

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Audeo.
Volveremos a encontrarnos, abuela.

CAPITULO 1

970 Su. —Oeste de Noruega. Rindal.

—¡Niña! ¿Qué haces ahí escondida?

Ragna no podía articular palabra, la habían sorprendido espiando mientras debía estar trabajando y sabía que el castigo sería terrible. Su orgullo le impedía correr a ocultarse, por lo que salió de los arbustos para mirar a los ojos al hombre, que no era otro que Olaf Durs, el jefe guerrero del poblado, sin ocultar su temor.

—¿No eres un poco joven para esto? —Su desprecio marcaba cada palabra. —Ya tendrás tiempo para perseguir a los hombres, ¿no crees?

—No persigo a nadie. —Con voz trémula consiguió contestar.

—¿Entonces qué crees que haces? —Fue la seca pregunta, sus ojos eran fríos y duros.

—Quiero... aprender a luchar...

La carcajada cortó su explicación, dejándola insegura.

—¿Guerrero? ¿Tú? Anda, niña, vete a hacer tus quehaceres. —Seguía riendo con sorna cuando le ordenó que se fuera.

—Sí. *Guerrero*. —Ragna salió corriendo.

Mientras se alejaba se sentía más que indignada, estaba furiosa; no podía creer que el jefe pensara que se escondía para mirarlos. Peor aún, se mofó de ella cuando confesó que quería aprender. ¿Cómo podía mofarse cuando los mozalbetes a los que entrenaba no sabían siquiera bloquear el ataque más sencillo? ¡Maldito fuera el orgullo Berserker!

Olaf era un bárbaro pagano. Uno grande, de ahí su sobrenombre Durs, 'El gigante', era alto y de gruesos brazos. Todo él era enorme y musculoso, o eso pensaba Ragna mientras lo observaba oculta entre los arbustos que rodeaban el campo de entrenamiento. Era un vikingo de largos cabellos dorados, sus ojos azul cielo no suavizaban sus facciones hoscas y endurecidas, si no que le proporcionaban un aspecto aún más peligroso. La pesada capa de pieles que llevaba lo ensanchaba, su larga espada sobresalía con fiereza por debajo, amenazante.

La primera vez que Ragna le vio pensó que sería torpe debido a su

tamaño, después de observarlo entrenando cambió de idea. De hecho, quería ser tan rápida y diestra como él, esa era su única meta. Y por Sköll que lo conseguiría.

Olaf era imponente, llevaba pantalón largo, con cierto vuelo por encima de los calzones largos de lana. Cubría su torso con una camisa amplia que llega hasta medio muslo y que se entallaba con un cinturón de cuero. Lucía con orgullo unos brazaletes de oro adquiridos en su última incursión, pesados y muy ornamentados. Si no fuera por aquel terrible temperamento, era a lo que ella aspiraba. Un verdadero dios. Era como se imaginaba a Thor, solo que el dios del trueno era pelirrojo.

No le costó encontrar un nuevo lugar donde esconderse. A sus siete veranos aún era una niña flaca y desgarbada que podía ocultarse sin llamar demasiado la atención. Los montones de pieles, puestas al sol a secarse, le servían de escondite con frecuencia. Observó que los varones vestían muy parecido a su señor, aunque algo más sencillos, más humildes.

Los jóvenes practicaban los ejercicios básicos de defensa; algunos luchaban cuerpo a cuerpo, otros con largos palos tallados en forma de espada y escudos simples. Los guerreros más avanzados luchaban entre sí con brutalidad. Dos le llamaron la atención. Se trataban de Eric, la mano derecha de Olaf y otro joven que no conocía. Eric era bajito en comparación al resto pero eso quedaba olvidado por su ferocidad. Lucía una larga melena castaña separada en varias trenzas y sus ojos eran tan grises como las noches de tormenta. Su aparente calma, era eso, solo apariencia, era tan fiero como su señor. Vestía con calzones de lana verde, una amplia camisa de un tono más oscuro resaltaba la amplitud de su cinturón de cuero y sus brazaletes labrados. El otro tendría unos dieciocho veranos y ya había desarrollado su musculatura. Su leonina melena color miel tapaba su rostro. Luchaban con verdadero ardor y entrega. Sus espadas de hierro forjado eran grandes y pesadas, con una enorme empuñadura recubierta con tiras de cuero. En sus hojas lucían las plegarias típicas dedicadas a los dioses para poder entrar al Valhala. A pesar de estar afiladas, ambos contrincantes evitaban provocar grandes daños, aunque por los cortes de sus ropas estaba claro que no siempre lograban conseguirlo.

El más joven atacó a Eric por la espalda, éste lo esquivó con facilidad echándose a un lado y aprovechó para lanzar una estocada. El chico pudo agacharse justo a tiempo para evitar el golpe. Eric no perdió su oportunidad de verlo en desventaja, levantó su espada e intentó alcanzarle el vientre, quien

rechazó el ataque con un simple movimiento circular. Eric, sin embargo, había sufrido un profundo corte en el brazo con ese gesto. Parecía absorto y complacido con el duelo.

Levantó su pesada espada y atacó, dispuesto a perforar el estómago de su contrincante, que apenas pudo sortear el duro embate echándose a un lado en el último instante. Ambos sonreían, bañados en sudor se calibraban dando vueltas en círculo, observándose, fue entonces cuando Olaf llamó al mayor con una orden seca.

Le pareció ver que Eric echaba una mirada contrariada al joven, decepcionado por tener que detenerse, cumplió con su deber y se dirigió a donde estaba su señor.

Era por eso que volvía cada día a escondidas, el jefe Durs era el mejor. Necesitaba memorizar cada movimiento para luego practicarlos a escondidas en el sótano. A oscuras, junto a su jergón, nadie podría verla. Algunas veces se sentía tan segura oculta entre sus arbustos que practicaba los movimientos que aprendía. Necesitaba ser fuerte.

Sabía que llevaba demasiado tiempo lejos de la taberna, su deseo de aprender a defenderse era superior a su miedo a que la castigaran. A Hallbera, su señora, no le costaba levantar la vara para golpearla. Los moratones de sus costillas lo demostraban, así como su dedo índice levemente torcido por una fractura hacía meses.

En las pocas lunas que llevaba en Rindal, Ragna había tenido que aprender a callarse y a ser respetuosa con la mujer que la compró y que la obligaba a trabajar hasta caer extenuada. A pesar de sus pocos veranos estaba segura de que aquel no era su hogar, ni su sitio. Su ama solía azotarla porque decía que tenía demasiados aires de señora y le gustaba creer que era así, que pertenecía a un buen hogar en esa vida que no recordaba. Aunque su arrogancia enfurecía a su dueña, no podía evitarlo, era parte de su forma de ser.

A lo lejos. Hallbera caminaba entre las cabañas más cercanas al campo de entrenamiento, volvía a estar furiosa y su ausencia era la causa. Era una mujer alta, de facciones duras y marcadas, que su larga melena rubia no suavizaba sino que remarcaba sus despectivos ojos azul oscuro. Sus modales eran tan duros y bruscos como las curvas de su cuerpo. Llevaba un largo vestido de lino bajo la túnica de lana, unas medias también de lana y zapatos de piel.

Esta vez se estaba demorando demasiado en llevar la leña a la taberna.

Por suerte, el día anterior había dejado escondido un montón de maderos en la espesura. Si quería librarse de otra tunda, sería mejor hacer ver que llegaba del bosque. Esa mujer no le perdonaría que estuviera sin hacer nada mientras quedaban pendiente las tareas de su hijo Kodran. El cobarde flacucho que solo se atrevía a hablarle a escondidas, al que le confiaba sus secretos más íntimos en la oscuridad de la noche, cuando su dura progenitora dormía borracha.

Puede que él viviera tras la sombra de su madre, sin embargo, Hallbera ostentaba su buena posición con orgullo. La calidad de su vestimenta era la prueba que le iba bien. Su opulencia le molestaba, hacía que se sintiera harapienta y sucia.

Echó a andar por el pueblo con presteza; diferentes casas rodeaban la casa principal, detrás de ella estaba el campo de entrenamiento, a su alrededor estaban las casas y cabañas de los demás aldeanos que vivían bajo el mando de Olaf. Era un pueblo próspero, lleno de niños y jóvenes bien alimentados, de hogares cuidados, campos sembrados, de hermosas mujeres y de buen humor en general.

La hoguera principal, situada cerca de la gran casa, ya ardía con fuerza, pronto las matronas empezarían a cocinar. Varias ya estaban especiendo las carnes en la gran mesa. Otras preparaban skyr, la leche fermentada y salada que duraría todo el invierno. En el otro extremo dos mujeres mayores enseñaban a las más jóvenes como preparar hidromiel y a fermentar la cebada.

Iban limpios y peinados, según su costumbre, al contrario de Ragna que iba desaliñada, cosa que producía un profundo desasosiego a pesar de su condición de esclava. A diferencia del resto de niños o criados con los que se relacionaba, que les gustaba ir sucios y desaseados, ella no disfrutaba nada con eso.

De vez en cuando llegaban mercaderes al pueblo, traían consigo pieles, capas, botas, armas, cualquier tipo de joyas: brazaletes, botones, medallones, peines y cepillos. Algunos traían pociones, hechizos, protecciones y artículos mágicos. Un mar de objetos que le atraían pero que nunca compraba, pese a extrañar poseer alguna de esas chucherías. Le costaba mucho reunir alguna riqueza, pues Hallbera se apoderaba de lo que encontraba en sus inspecciones rutinarias. Por eso Kodran era quién le guardaba sus pequeños tesoros o sus pedazos de carne seca. Ragna estaba decidida a escapar de la esclavitud por eso ahorraba lo que podía desde que supo que por las leyes de Olaf un siervo podía comprar su libertad. Por ese motivo no adquiría nada que pudiera ponerse para lucir en sus cabellos, collares o mejor ropa, prefería no llamar la

atención. Su objetivo era casi imposible. Su patrona era difícil y jamás le facilitaría la liberación, como demostraba la situación de otras esclavas a su cargo. Menos si la castigaba por desobedecerla. Sabía de su repulsión a la suciedad y por eso la obligaba a ir mugrienta, era una de las muchas vejaciones a las que se veía sometida a diario.

Corrió hacia el bosque y recuperó su hatillo de madera, procurando no ser vista hasta entrar por la otra punta del pueblo. Caminó arrastrando los pasos, representando su papel, sabía cuánto le gustaba a Hallbera verla cansada y demacrada, si hacérselo creer significaba un paso más a su libertad estaba dispuesta a fingir que era la niña más sometida del mundo. Aunque a menudo, eso solía costarle alguna que otra yaga en la lengua en su afán de no contestar.

Con la mirada iracunda Hallbera fue en su busca, siempre dispuesta a pegarle una paliza. Nunca acabaría de gustarle como la miraba, pero Ragna no podía evitarlo, la odiaba.

—¿Dónde estabas? —Hallbera le graznó abofeteándola con rudeza

—Buscando leña. —Ragna se obligó a mirar al suelo y a parecer sumisa, ignorando el hilo de sangre que salía de su boca y el dolor de su mejilla, si la mujer la pillaba otra vez siendo descarada esta vez no se salvaría de un castigo aún mayor. —Dijiste que volviera con buena leña, me ha costado encontrarla, hay mucha humedad todavía.

Acabó sus labores de la mañana tan rápido como pudo a pesar de que el agotamiento la embargaba. El día anterior tuvo una tarea detrás de otra. Apenas había tenido tiempo de comer, mucho menos para descansar un poco. Su supuesta holgazanería le costó una buena tunda y más faenas. La mitad de las muchachas aún dormían, por lo que hizo sus quehaceres lo más deprisa que pudo y se escapó de la taberna en dirección al campo de adiestramiento. Olaf no le prohibió que volviera. Quería averiguar quién era el joven al que habían herido gravemente el día anterior, durante una riña muy acalorada, después de su partida. ¿Sería el mismo con el que luchaba Eric?

Según su costumbre, se movió en silencio entre los madrugadores de las casas más cercanas. No quería que nadie viera a dónde iba y se lo dijera a Hallbera.

Ya estaban encendiendo la hoguera central, lavaban los calderos con cerveza y empezaban a despellejar la carne cazada esa madrugada. Las

mujeres no tardarían en levantarse para dirigirse a los campos para llevar algo de comer a los hombres que estaban allí y no entrenaban como guerreros.

Ragna caminaba entre las casas, siempre vigilante. Conocía cada hechizo de protección, cada runa pintada en las puertas, a los dioses que respetaban y veneraban. Incluso a los que más temían. A veces se preguntaba el motivo de ser tan cauta pero esas preguntas no duraban demasiado. En cuanto llegó al campo de entrenamiento, las dudas desaparecieron. La mayoría de los guerreros recibían órdenes de Olaf, por lo que se ocultó en su escondite favorito, unas grandes matas de brezo. Se dispuso a esperar a que empezaran los ejercicios que, para su propio gozo, no tardaron demasiado en comenzar.

Ese día se iniciaban varios niños de su edad. Kart y Ketill, los tremebundos gemelos de Eric, que no estaban nunca quietos. También estaba Ivar, hijo de una esclava de la gran casa y algunos más de los que aún no sabía el nombre. Los observó con atención, no podían ser mucho mayores que ella misma y descubrió que, a pesar de la inexperiencia y la poca concentración por parte de los gemelos, se les daba mucho mejor el arte de guerrear que a Onund que parecía no ser capaz de memorizar siquiera la mínima defensa, a pesar de llevar semanas entrenando. Ragna se exasperó con rapidez por su ineptitud y salió de su escondite para enseñarle como se hacía. Era una defensa fácil que el muchacho entorpecía con sus maneras lentas y toscas.

Onund era hijo de un guerrero de clase inferior, muerto hacía poco. Su otra hija, Geirhildr, trabajaba como sierva en la taberna de Hallbera, por lo que tenía algunos derechos más que ella misma. Mientras la muchacha trabajaba con voluntad, a su hermano le faltaba el tesón que caracterizaba a un guerrero. Todo sería diferente si poseyera algún don mágico, entonces su torpeza podría ser pasada por alto.

Quizá fue por eso que se acercó casi sin darse cuenta, interviniendo en el entrenamiento, sin pensar en las consecuencias que tendría al no recordar que en su condición de esclava no podía tener ninguna clase de contacto con las armas.

—Así no, Onund. ¡Se hace así! —Le arrebató la espada de madera antes de que éste pudiera reaccionar.

Cogió la hoja con su mano derecha y alzó del suelo el destartado escudo que el joven apenas usaba, protegiéndose el pecho y el vientre. El ejercicio consistía en dar un paso adelante atacando sin desprotegerse y Ragna pudo realizarlo. Le era muy familiar.

—¡Onund! ¿Se puede saber qué haces? —Tronó Durs mientras se

acercaba.

Olaf no se sorprendió al ver que Onund lo miraba boquiabierto, con un destello de terror en el rostro, la respuesta de la niña si fue imprevista. No expresó temor, bajó la guardia apoyando la punta de la espada en el suelo y lo miró con calma.

—Te he hecho una pregunta. —Aunque estaban pendientes nadie se detuvo.

—Ragna dice que lo hago mal y me está enseñando a hacerlo. —Contestó Onund con presteza, su voz temblorosa delataba su temor.

No le gustó demasiado que una niña desgarbada diera instrucciones a un inexperto que estaba bajo su tutela, y menos reconocer que ella tenía más paciencia que él a la hora de mostrarle sus fallos.

—Practica más, Onund. Si necesitas que una niña te enseñe es que no debes ser guerrero. —Pronunció las palabras con desprecio observando a ambos y, de nuevo, la niña le confundía por su rostro indiferente.

—Sí, señor, practicaré más. —Onund no había dejado de temblar.

—Sal de mi vista. —Gruñó girándose para intimidarla. —¿No te dije ayer que no volvieras?

—No, mi señor. Me dijiste que me fuera a hacer mis tareas. Y eso hice. —Su voz tembló un instante, demostrando que en realidad sí le temía.

—No eres quién para enseñar a nadie.

—No, mi señor, pero quiero aprender.

—No digas tonterías, no eres más que una niña. Para colmo, esclava. —Puso todo el desprecio que pudo al pronunciar la palabra niña y la observó. Vio que se enfurecía como también del esfuerzo que realizaba por controlarse.

—Necesito aprender. No soy tan torpe como Onund. Aprendo rápido.

—Cierto o no, no quiero verte más por aquí, ¿entendido? —Tardaba en responder, así que la presionó. —¿Entendido?

—Sí, mi señor. —Su tono fue forzado, su mirada directa apenas contenía la furia infantil.

—Vete, tengo mejores cosas que hacer. La próxima vez que te vea por aquí te haré azotar.

—Sí, mi señor. —Su desprecio marcaba cada palabra mientras le

entregaba la espada y el escudo para salir corriendo.

Sin perderla de vista se acercó al nuevo grupo que empezaba a entrenar. La mayoría eran de orígenes escandinavos, altos y rubios. Otros descendientes esclavos liberados generaciones atrás que se habían ganado el honor de ser entrenados. Despojados de sus pieles llevaban el torso sudoroso al descubierto, solo iban con los pantalones y las botas, confeccionados de diversas maneras según la posición social de cada uno. Estaba orgulloso de que una de sus leyes fuera que los hechiceros y los guerreros no se mezclaran. No le servía de nada un soldado que tenía que sostener su arma con una mano porque necesitaba la otra para conjurar.

—Kart, no levantes tanto el escudo, dejas el vientre a disposición de tu enemigo. —Prestó atención al hijo de Eric, tan parecido a su progenitor con su cabello castaño y ojos grises.

Observó con satisfacción como se esforzaba por corregirse, mientras amonestaba y aleccionaba a los otros que cometían diferentes errores. Ketill, el gemelo de Kart, estaba tan concentrado en los ejercicios que no se percató siquiera de su presencia.

Se acercó a Onund, quien se afanaba con esmero en realizar el movimiento enseñado por Ragna sin conseguirlo. Olaf suspiró, si no demostraba una mejoría pronto tendría que buscarle otra ocupación que lo alimentara a él y a su hermana.

—Onund, no levantes tanto la espada, dejas tu lado al descubierto. Centra más tu escudo.

—Sí, señor. —Por la frente del joven resbalaban gotas de sudor, por más empeño que le pusiera, no sería un buen guerrero. Eric se acercó, observaron en silencio como realizaba el ejercicio una y otra vez. Era evidente que no serviría. Olaf se propuso a adiestrarlo después de la muerte de su padre, para proporcionarles una oportunidad, pero estaba claro que aquel no era su lugar.

Onund necesitaba mucha ayuda para convertirse en un guerrero decente y no estaba demasiado convencido de que lo consiguiera.

—Muchacho, ¿cuántas veces te ha ayudado esa esclava?

—Es la primera, señor. —En el rostro juvenil podía verse que decía la verdad. —Ragna apenas habla con nadie.

— ¿Ragna? Curioso nombre. —Intervino Eric sin hablar a nadie en concreto.

—Entonces, ¿es que la conoces? —Preguntó Olaf. —No recordaba haberla visto.

—Sí, es de la taberna. Trabaja con mi hermana Geirhildr... Hallbera la compró hace unas lunas. Apenas nadie la conoce, siempre anda escondiéndose.

—No recuerdo verla antes de hoy. —Dijo Eric, quién conocía a cada una de las jóvenes que trabajaban en la taberna, ya que la frecuentaba a menudo.

—Les pasa a todos. —Comentó el joven deteniéndose.

—Explícate. —La orden vino de Eric, ya que Olaf seguía atento a los gemelos de Eric que estaban provocando al silencioso Ivar.

—Según mi hermana, Ragna estaba muy mal cuando llegó. Se la vendieron a Hallbera después de encontrarla en el bosque, no se despertó en varios días y casi no tuvo que pagar. Tardó varios días más en acordarse su nombre, aparte de eso no recuerda nada. Aunque trabaja sin descanso siempre se anda escondiendo en las sombras. Si puede evitarlo, no aparece donde hay hombres.

— ¿No sabe quién es? —Eric se sorprendió.

—No, no lo sabe. Según mi hermana por más que le preguntaron de dónde sacó sus ropas, no supo decirlo. No sabía ni quién era, ni dónde estaba, ni de dónde venía. Nada. Solo su nombre.

— ¿Qué importancia tienen sus ropas? —Preguntó Olaf.

—Geirhildr dice que eran de buena calidad, no cree que las robara porque le iban muy bien, que estaban hechas a medida. Hallbera se las quitó y le dio lo que lleva ahora, para recordarle su condición de esclava. Ha sido golpeada con frecuencia por eso, porque Hallbera cree que se da demasiados aires.

—Curioso. —Comentó Olaf mirando a los gemelos. —Eric, será mejor que te encargues de apaciguar a tus bestezuelas o empezaran una pelea.

—Seguro que es cosa de Kart, que siempre busca camorra. —Eric suspiró mientras se dirigía hacia ellos con el ceño fruncido —Ketill no se quedara atrás, son de la ralea de Loki esos dos. Por suerte, son unos ineptos con la magia o me ordenarías desollarlos.

Olaf observó como Eric reñía a sus hijos y como estos acataban en silencio. Era evidente que su sometimiento no era auténtico, no le temían en absoluto.

Muchachos.

Miró a Onund tomando una decisión.

—Tienes una luna. Si en ese tiempo no demuestras tus dotes, te buscaremos una nueva ocupación. Por tu bien espero que no recibas ayuda de

esa niña.

—No, mi señor. Digo, sí, mi señor. Me entrenaré más. Ragna no me ayudará nunca más.

Olaf ignoró sus palabras atropelladas y continuó moviéndose entre los jóvenes que debía instruir. En alguno debería depositar su legado en un futuro lejano.

En momentos como ese era cuando lamentaba no tener descendencia. Ingunn no había vuelto a quedarse embarazada después de dar a luz a aquella pequeña niña enfermiza unos años atrás. A su menuda esposa no le haría ninguna gracia que reconociera como suyos algunos de los hijos de las criadas con las que a veces retozaba. Necesitaba tener descendencia para poder dejar su legado, aunque con ello hiriera el dulce corazón de Ingunn. Ya sufría bastante por no cumplir con su obligación. Su propio legado estaba en juego si no tenía hijos propios.

Quería un heredero con el mismo aplomo que aquella niña, pensó repentinamente. Prefería un varón que no fuera tan alto y desgarbado pero que destilase la misma energía. La suciedad que la cubría apenas ocultaba sus rasgos más destacados: ojos de un profundo verde custodiados por unas cejas que parecían cuestionarlo todo. La mugre era tan evidente, que apenas se veían algunas guedejas de su blanquecina melena. Sería una mujer hermosa con el paso de los años. Si siendo tan joven podía controlar sus arrebatos infantiles, con un poco de ayuda sería un enemigo temible.

Se sentiría orgulloso de tener un hijo de esas características.

Maldijo en silencio.

Ese día le tocaba lavar con arena la vajilla sucia de la noche anterior, por lo que estaba fuera de la taberna. Frotaba con ahínco las piezas de barro, dejando para el final las más delicadas, la porcelana que tan fácilmente se rompía. A su alrededor el bullicio del día ya había comenzado, cazadores y agricultores iban y venían. Las mujeres tejían en sus telares, trenzaban sus cabellos o ayudaban en la hoguera central, dejando que los esclavos hicieran las tareas más pesadas. Los hechiceros y sus aprendices practicaban sus rituales en las profundidades del bosque, ocultos de miradas indiscretas, adorando a los antiguos dioses.

Con tanto ruido no se percató de la entrada de los forasteros que se acercaban a la taberna. No reparó en su presencia hasta tenerlos casi al lado y el que debía ser el líder, le llamó la atención.

Era un hombre alto y robusto, de facciones duras y mirada cruel. Sus ojos y su cabello tan negros como las alas de un cuervo. Vestía con pieles y sin armadura de guerra, la larga espada que llevaba sobresalía amenazadora de su costado. Agarraba con mano firme las riendas de un animal grande y fogoso del mismo color que los ojos de su dueño.

Fue al mirar las manos del extraño cuando el miedo se apoderó de Ragna, la miraba con profundo interés dedicándole una sonrisa cruel de complacencia.

—Niña, ven aquí.

—Mi señora no me deja acercarme a los clientes. —Contestó continuando con su tareas fingiendo no darse cuenta de la mirada malévola del desconocido.

Fue entonces cuando Hallbera la encontró, la dura mujer no perdió el tiempo con explicaciones, la abofeteó.

—¿Dónde estabas perezosa? Hay mucho trabajo por hacer y tú molestando a los recién llegados. ¿Acaso no te dije que no te acercaras a los clientes?

—¿Es tuya? —Preguntó el hombre acercándose.

—Sí, claro. —Contestó Hallbera con desdén.

—Te la compro.

Mientras tanto Ragna se mordía el interior de la mejilla con aire ausente,

sin prestar atención al sabor metálico de su boca, mirando a su ama sin verla. Al oír las palabras del hombre salió de su ensimismamiento y la miró nerviosa.

—Yo... yo... quiero comprar mi libertad... le pediré a Olaf que...

Hallbera no dejó que hablara, furiosa, la golpeó con brutalidad, a pesar de las patadas y golpes, no mostró ni miedo ni arrepentimiento alguno por sus palabras. Por algún motivo, temía más caer en manos del hombre.

—Me da igual que no recuerdes nada de tu anterior vida, vas a aprender cuál es tu lugar de una vez. —Hallbera pateaba a Ragna, que yacía acurrucada protegiéndose la cabeza.

Los curiosos se acumulaban a su alrededor. Algunos miraban comprensivos, otros resignados. Ragna apenas era capaz de distinguirlos.

—Te la compro por el doble de lo que me pidas. —Su voz profunda cargada desprecio la hizo temblar. —Ya le enseñaré yo cual es su lugar.

Algo en su tono la hizo levantarse con un nudo en el estómago, dispuesta a ofrecer resistencia. Enfocó los ojos antes de que el suelo se abriera bajo sus pies y se volviera todo negro.

CAPITULO 2

Dos días después Olaf aún esperaba encontrarse a Ragna oculta en algún rincón, pero la pequeña no apareció ni esa mañana ni la anterior. Desde que la echara del entrenamiento dos días atrás nadie sabía de ella. Su instinto le decía que aquella harapienta contestona no cejaría en su empeño en aprender a defenderse. Al no verla, un absurdo y molesto instinto de protección lo asaltó, por lo que terminó enviando a Eric a hacer averiguaciones.

Se enorgullecía de haber esperado a que terminaran los dos días de luto tras el entierro del viejo Calhum, que la enfermedad y los años vencieron proporcionándole una de las peores muertes que un guerrero podía desear. El pobre desgraciado incluso sujetaba su espada en su último aliento en un desesperado intento de atravesar las puertas del Valhalla y ganarse su puesto en el reino de Hela. Gracias a Odín, el dios carpintero de los cristianos no era bien recibido entre sus gentes, por lo que no tuvo que negarle la extremaunción al anciano.

Le ponía de muy mal humor no saber si su intranquilidad de debía a la desaparición de la niña o por ese inesperado arrebató de compasión que la muerte del viejo le provocaba. Seguía preguntándose porque no la había azotado por atreverse a tocar una espada, cuando tenía motivos de sobra después de espiarlos y contestarle.

Solo era una maldita esclava.

Para colmo, la nieta del hombre que lo convirtió en guerrero también había desaparecido. La joven no abandonaría de esa manera a su anciano abuelo, no permitiría que falleciera de la misma manera que Calhum. Sentía en sus huesos que sucedía algo.

Los entrenamientos se le antojaron largos y pesados a la espera de alguna noticia, empeorando su malhumor. Eric apareció a la hora de comer, serio y preocupado.

Observó a su segundo dirigirse a él, apartándose de oídos codiciosos.

—He rebuscado cada rincón del pueblo y sus alrededores sin encontrarla. Onund tenía razón, evita a los adultos. Esa condenada es casi invisible, la mayoría ni la recordaría si no fuera por su pelo blanquecino, así que he ido a la taberna. Hallbera se jactaba de apalearla tras intentar comprar su libertad. Le quitó lo poco que tenía después de una segunda paliza. Luego,

la vendió a un forastero que estaba de paso. He discutido hasta la saciedad pero es terca como una mula vieja, no he conseguido que me diga a quién. A su manera de ver está en su derecho a hacer lo que quiera con sus esclavos. No ha querido ni escuchar que según tus leyes están en su derecho a comprar su libertad. Está convencida que Ragna perdió el privilegio por desaparecer sin motivo aunque cumpliera siempre con sus tareas. No atiende a razones.

—Quizá no te haya escuchado pero a mí... lo hará o tendrá que irse de aquí. —Bramó Olaf de malhumor dirigiéndose a la taberna. —Ocúpate del entrenamiento.

Hallbera no seguiría haciendo su voluntad y desoyendo sus leyes. No, ese se acabaría ese mismo día. Su pueblo sabía que cuando tomaba una decisión era inamovible.

Observó la taberna con desdén. No entendía por qué estaba tan sucia y dejada, no cuando él motivaba a sus gentes para que renovaran sus casas. Prefería beber en la comodidad de su hogar o en las hogueras junto a sus hombres, por no añadir que no le gustaba ver el ceño disgustado de su mujer cuando iba y acababa retozando con alguna de las jóvenes.

Su mujercita jamás levantaba la voz ni mostraba su desaprobación, era dulce y suave como un gatito. Sin embargo, lograba hacerte sentir su desilusión en cada gesto y mirada. No estaba dispuesto a perder a su diminuta hembra antes de tiempo por tonterías como esa. Sus escasos escauceos eran discretos y fugaces, siempre procurando que no llegaran a sus oídos. La mayoría, solían mofarse de su fidelidad.

La taberna estaba casi desierta cuando entró. Varias jóvenes de aspecto sucio y cansado limpiaban con ahínco las grandes mesas de madera de los excesos de la noche. Arrugó la nariz. El lugar olía a leña, suciedad, humanidad y alcohol. Hallbera estaba sentada en una de las mesas limpias junto a un par de campesinos, compartiendo una jarra de hidromiel.

La voz que le llegó era lenta y pastosa, clara muestra de su embriaguez a pesar que apenas despuntaba el día. Se enfureció al verla disfrutar del relato que narraba a sus compañeros.

—...la pequeña zorra cumplía sus tareas y luego, desaparecía. Por la mañana fregaba los platos cuando quiso comprarme su libertad. ¿Te lo puedes creer? Lo que consiguió fue una paliza por no venir antes para servir las mesas si ya había terminado. Me quedé con lo que me daba, que era mío. Tendría que haber vendido su flacucho cuerpo, con eso hubiese aprendido quién manda. En lugar de venir por más trabajo, siempre desaparecía. Ahora va a aprender a

valorar lo que es una buena ama como yo.

Las risas socarronas de los hombres ahogaban su narración. Su estupidez provocó que la rabia le dominara. Jamás le había gustado Hallbera. La soportaba porque era necesaria para el pueblo, por eso no se había entrometido en su manera de hacer las cosas. Hasta ahora. Desoír sus leyes se merecía un buen castigo y por Thor que lo tendría, uno ejemplar.

De una patada tiró una mesa y los bancos de alrededor. Quería que le prestaran atención y de paso, meterles miedo en el cuerpo. Le gustó ver el terror que apareció en sus ojos cuando el estruendo cortó sus carcajadas alcoholizadas.

—¿Qué pasó después, Hallbera? —Preguntó con agresividad.

—Olaf... mi... mi señor... —Sus horrorizados ojos azules lo observaban con recelo.

—¿Qué pasó? —Repitió Olaf pateando otra mesa que se quebró al golpear el suelo. Los hombres, al ver que su furia no iba dirigida hacia ellos corrieron al exterior golpeándose con lo que estuviera en su camino.

El miedo de la mujer era evidente. Aunque se sentía atrapada tras la deserción de sus compinches sabía que no podía huir ni desafiarlo.

—Yo... la vendí.

—¿A quién?

—No sé, mi señor. —Respondió sumisa. —Un forastero que estaba de paso se interesó por ella. —La vio temblar de pies a cabeza cuando empezó a romper lo que estaba a su alcance. Se sentía Váli, el hijo de Loki, que transformado en el lobo rabioso mató a su propia hermana para dar escarmiento a su padre hasta la llegada del Ragnarok.

—¿A quién? ¿Cómo era? ¿Por qué se interesó? —Preguntó levantando el tono.

—Cr. —creo que se llama Stymir... así lo llamaron sus compañeros. Es un guerrero de cabello y ojos tan oscuros como el carbón. Quería enseñarle cuál era su lugar.

—Mi señor... —una suave y atemorizada voz juvenil los interrumpió haciendo que se girara con brusquedad. No redujo su ferocidad al ver que era Geirhildr, hermana de Onund.

—¿Sí, muchacha?

—Yo... —Temblaba de pies a cabeza.

—Dime.

—La miraba mientras lavaba la loza. Creo que incluso le habló antes de

que Hallbera la golpeará. Parecía contento con lo que veía. Se ofreció a comprarla desde el principio. Le dio igual que Ragna se desmayara al oírlo, se rió con la segunda paliza, pagó y la cargó sobre su caballo.

La observó, después a la tabernera, que parecía dispuesta a hacerle pagar su traición. Más le valía que no lo hiciera, Geirhildr era hija del pueblo, no una esclava, pese a su condición humilde no tenía que verse sometida a ese maltrato.

Ese hombre, el tal Stymir, era la causa de la desaparición de Ragna. Y de su miedo, se recordó, algo que él no pudo infundirle. Enardecido empujó a la tabernera que no apartaba su mirada furiosa de Geirhildr.

—¿Cuánto te pagó?

—Seis piezas de oro. —La mujer lo observó con astucia, el miedo había eliminado los excesos del alcohol, dejando paso a la codicia.

—Toma. —Le arrojó varias piezas de oro. —Calculo que ahí tienes el triple de lo que te pagaron. Devuélveme lo que le robaste. —Acalló su protesta dando un paso adelante. —Me lo devolverás. Acabo de comprarla. Ragna ahora es libre y le pertenece. ¿Dónde se dirigían?

—No lo se...

—Da igual, los encontraré. —Giró dispuesto a marcharse cuando vio a las jóvenes que estaban allí. —¿No sois un poco mayores para seguir trabajando aquí? ¿Por qué no vinisteis a pedirme cuál sería el pago de vuestra liberación?

—No tenemos nada con lo que comprar nuestra libertad, señor. —Murmuró una adolescente celta de voz temblorosa que lanzaba miradas recelosas a su ama.

No se conformaba con explotarlas, vendía sus cuerpos y encima les robaba las propinas que les daban. Así nunca podrían escapar. Era una situación muy habitual, su propia madre padeció en su juventud antes que él naciera. Fue por eso por lo que había pedido a Freyja que lo salvara de ese destino ofreciendo sangre y su brazo a cambio. Cuando la diosa cumplió su palabra y le brindó la oportunidad de no solo dejar de ser esclavo, sino de ser alguien, creó sus propias leyes sobre la esclavitud cuando le nombraron jefe.

Leyes que se incumplían bajo el techo de Hallbera, sus esclavas jamás podrían empezar de nuevo y eso era lo que la mujer quería, utilizarlas hasta su muerte. Sus promesas a la diosa le obligaban a ofrecerles su liberación a cambio de adorarla. Sus esclavos le eran fieles precisamente por que respetaba su vida. Les brindaba una esperanza.

Muy a su pesar admiró a Ragna por su arrojo, por su determinación a ser libre y el valor de plantarle cara, por esconderle sus intenciones a Hallbera hasta el último instante. Pese a su edad estaba decidida a forjarse otra vida. Por eso quería aprender a luchar, para defenderse de la violación y humillación a la que su señora la sometería.

No. Había más. Estaba convencido que sabía que podía recurrir a él para obtener su libertad.

Su instinto le decía que algo no encajaba, la chiquilla era demasiado audaz para derrumbarse por un forastero que le dirigía unas pocas palabras. Desmemoriada o no, deseaba tanto aprender a defenderse que se atrevía a desobedecerle pese al miedo que él le infundía. Sin embargo, aquel individuo conseguía que se desmayara al querer comprarla. Ni siquiera Hallbera con sus palizas lo había logrado. Se giró con lentitud, decidido a hacer justicia.

—Escúchame bien, mujer. Te quiero fuera de mis tierras antes que acabe el día. No volverás a ser bienvenida. Has ignorado mis leyes durante demasiado tiempo.

—Pero... pero... Olaf, jamás... —Hallbera había perdido su aire ofendido y furioso, ahora un pavor auténtico dominaba sus rasgos.

—Te irás de aquí, es una orden. Te marcharás. Mis leyes son claras, puedo concederles su libertad si creo que han cumplido, pueden pagar a sus amos para pasar de esclavos a siervos. Tú has robado a cada una de las muchachas que viven bajo este techo, esclavas o no. Me has desobedecido a sabiendas de que no tolero que se los trate como animales. No te voy a dejar sin nada, sé que tienes a tu cargo a tus ancianos padres y a tu hijo, no son responsables de tus actos. Llévate tus animales, tus ganancias y tus pertenencias. Establécete lejos de aquí. No vuelvas.

Sus protestas no servirían de nada, gruesas lágrimas surcaron su rostro mientras se encogía de hombros indefensa.

—Si pagan por su libertad, ¿Qué haría yo?

—Tendrás que comprar más o tratarlos bien como para que no quieran dejarte, como hacen los demás. Eres libre de irte con otro señor que te obligará a pagar su protección de la misma manera que tu las tratas.

—Por una escuálida esclava...

—No es por eso que te echo de mis tierras. Es por desobedecer mis leyes y encima jactarte. —Prosiguió ignorando sus palabras. —Agradece que no te arrebaté hasta la ropa como haces tú.

—Pero... Olaf...

—Geirhildr, a partir de ahora trabajarás en la gran casa. Ve, dile a mi esposa que yo te envío.

—¡Sí! Mi señor... —Por primera vez los ojos azul cielo de la joven lo miraron antes de salir corriendo con una sonrisa en los labios llena de esperanza.

—Muchacha, ¿Cómo te llamas? —Preguntó a la que antes había hablado.

—Rjupa, mi señor...

—Llevas muchos años trabajando aquí, te he visto trabajar sin descanso, tu libertad está más que pagada. Como parece la mayor, dejo la taberna a tu cargo. Ahora es tuya... si la quieres. —Se complació de verla asentir, miró con atención al resto de rostros femeninos. —Os concedo la libertad, si queréis quedaros seréis tratadas como siervas pero seréis mujeres libres. Las que quieran trabajar bajo el mando de Rjupa que lo hagan, las demás pueden buscar su lugar donde les plazca. Si lo que buscáis es un esposo, hablad con mi husfreyja, seguro que conoce a más de uno que estará encantado de raptaros y convertirlos en mujeres decentes.

Tardaron unos segundos en comprenderle antes de deshacerse en agradecimientos y lágrimas de consuelo. Se abrazaban unas a otras alborozadas.

La tabernera por su parte, murmuraba para sus adentros atenta a lo que sucedía mientras recogía sus pertenencias tan rápido como podía.

Olaf ya se marchaba cuando la nueva tabernera lo llamó.

—Mi señor...

—Rjupa ahora eres libre. Mis leyes no te atan. Llámame por mi nombre.

—Olaf... no tardes en encontrarla. Esa no niña se rinde, es muy dura pero cuando vio a ese hombre cayó redonda. Su sonrisa me heló la sangre y no era yo a la que quería comprar.

—Me voy. —Dijo Hallbera. —Si la encuentras, recuerda que la vendí, que no es mi esclava. No me responsabilices de su estado... si es que sigue viva. —Sus palabras eran temerosas mientras se dirigía a sus aposentos.

Olaf no necesitó más acicate para salir en su busca. Era muy consciente que había pasado demasiado tiempo para rastrear a Stymir, tendría que buscar ayuda para encontrarla. Tendría que llevarse a los mejores exploradores para encontrar cualquier rastro que todavía pudiera quedar.

Estaba tan ofuscado que no vio como los gemelos de Eric lo seguían llamándole un par de veces antes de renunciar y volver a sus travesuras.

Se sorprendió al ver el campo de entrenamiento vacío. Eso era una falta

de respeto absoluta hacia él. Aunque le reconcomía más la desaparición de Eric, se oían demasiadas historias de traiciones y derramamiento de sangre entre amigos.

La idea de que Eric estuviera en su contra lo enfurecía. Siempre había sido un hombre justo que cumplía con sus obligaciones con ahínco. Lo consideraba un amigo. No concebía esa posibilidad. No, no de Eric.

Algo muy importante había sucedido para que desobedeciese sus órdenes. Se aferraba a esa idea para aplacar su rabia o acabaría con su vida en cuanto se cruzara con él.

Dirigiéndose a la gran casa evitó con habilidad a varias jovencitas que corrían de un sitio a otro, canturreando y felices, preparando la fiesta del solsticio.

Detuvo su marcha cuando Steinn lo llamó, el gran guerrero que lo había entrenado era ahora un anciano cansado y consumido, que juzgar por la cantidad de pieles que llevaba encima no tardaría mucho tiempo en languidecer, pero se había asegurado su lugar en el Valhala. Su mirada era triste, preocupada, parecía buscar las palabras exactas que quería decir.

—Mi nieta Stsao no aparece.

—Quizás esté en el bosque.

—Lleva dos días desaparecida. —Interrumpió con esfuerzo. —Nunca se aleja de casa tanto tiempo.

—Quizá haya encontrado esposo.

—¿Para dejarme morir de viejo? No, me hubiese avisado para que fuera contigo en la próxima cacería, ¿no crees?

—Me ocuparé de encontrarla, amigo, no te preocupes. Cuando estés dispuesto, ven a *cazar* conmigo.

Reparó en que había desaparecido a la vez que Ragna. Maldijo en silencio. Sombrío, continuó su camino pensando en cómo plantearle a su esposa una incursión sin sentido. Entrando por la puerta se reprochó una vez más el haberla malcriado tanto. Ningún vikingo que se preciara como tal perdería el tiempo con explicaciones. Aunque ninguno estaba casado con su menuda, enérgica y alegre Ingunn. A su vez, ella soportaba sus ataques de furia con firmeza, paciencia y amor.

No toleraría que el trabajo duro se la llevara antes de tiempo, por más explicaciones que se viese obligado a dar y no tenía nada que ver con sus promesas a Freyja.

La encontró en el comedor alejada del resto, escuchando con el ceño

fruncido a Geirhildr. Sabía cuánto detestaba que él tomara esa decisión, le gustaba escoger quién entraba o no a servir en el gran comedor. Era una estrategia.

Sonrió.

Se felicitó de nuevo por raptar y casarse con una hembra tan hermosa y maravillosa. A pesar de sobrepasar la veintena su cabello era castaño claro, casi rubio, extravagantemente rizado y brillante, que no hacía más que resaltar el azul claro de sus ojos y su porte majestuoso. Lucía una buena túnica color morado oscuro bajo un delantal de un blanco impecable. Un único medallón de oro con el tótem de su linaje adornaba su atuendo.

Se dirigió a su alcoba a por sus nuevas armas, no sabía que podría encontrarse hasta dar con Ragna y no le gustaba que le cogieran desprevenido. Tocaba el escudo cuando Ingunn apareció por la puerta. Nada de malos gestos, ni malas caras. ¿Cómo conseguía que cada uno de sus movimientos delatara su enfado? Suspiró.

No podía irse sin darle explicaciones de su inesperada salida, aunque, ¿cómo dárselas cuando él mismo no sabía porque reaccionaba así?

—El herrero necesita un aprendiz, esposo. No se cuánto tiempo más mis ungüentos podrán aliviar el dolor de sus viejas manos. Esas son las últimas armas en condiciones que podrá hacer. —Le contestó.

—Tendrá su aprendiz, se quién puede ocupar su puesto. ¿Qué te ha contado Geirhildr?

—Que la has enviado a trabajar a la casa. —Se sentó en gran lecho que compartían atenta a su rostro.

—Sí.

—¿Qué es lo que pasa, esposo? ¿Tiene que ver con mi hermana y su matrimonio?

—No. Aunque tu familia cree saber quién la ha raptado aún no ha sido confirmado. Nadie ha reclamado la autoría, por lo que parece que se esconden. Lo averiguaré, aunque tarde muchos inviernos, la encontraré. Tu legado proseguirá. —Le prometió. —Hallbera, esa vieja burra, es lo que me pasa. Explota a sus esclavas.

—Sé que va en contra de tus leyes...

—Se acabó. La he echado.

—Así es como se les trata. Tú, debido a tus promesas, eres el que actúa distinto y no los ve como animales prescindibles.

—Puede, pero si vive en mis tierras, me debe lealtad. Le permito

llevarse sus posesiones para que pueda mantener a los suyos. Sus esclavas son ahora libres, una de ellas llevará la taberna. Geirhildr no tendría que trabajar allí, su padre no lo hubiera permitido, es una buena chica... y tú necesitas ayuda.

—Entiendo. —Respondió la mujer pensativa. —¿Qué es lo que de verdad te preocupa?

Se detuvo en seco al escuchar su pregunta. Se rascó la cabeza.

—Intentó hacer lo mismo con una niña, cuando se resistió y no pudo doblegarla, la molió a golpes y la vendió. Voy en su busca.

—Eso no es asunto tuyo. —Murmuró tendiéndole su abrigo de pieles. —Envía a Eric.

—Esta vez si es asunto mío, mujer. Esta vez, sí.

Se alejó antes que volviera a interrogarle con sus dulces ojos.

—Además, también ha desaparecido la nieta de Steinn.

—¡Oh, no! Pobre Stsao. —Susurró. —Por cierto, Eric te está esperando.

Vio a su amigo en el gran comedor riñendo a sus gemelos, qué, por una vez, parecían contritos. No se quejaban de los cambios que la señora de la casa introducía cada primavera. El comedor, era grande y espacioso para que acoger al pueblo, estaba dominado por grandes mesas, robustas y anchas, preparadas para albergar ingentes bandejas de comida. Las paredes lucían las riquezas y chucherías decorativas de Ingunn, los bellos y grandes tapices daban calor a la estancia. Solo en un lateral se colgaban varios escudos y armas.

La pared más grande estaba dedicada a las mejores armas de Olaf. En el centro residía la gran silla que su mujer había ordenado tallar para él, una muestra de que era un gran señor. Allí, tomaba sus decisiones más difíciles e impartía justicia.

Eric se acercó en cuanto lo vio.

—He enviado varios hombres tras el rastro de la pequeña. Aún no tengo noticias.

¿Sería una treta para que se relajara o seguía siendo el mismo compañero comprometido de siempre? En los últimos tiempos corrían demasiados rumores de traiciones entre amigos y familiares. Pasó un brazo por encima de Ingunn, controlando así su carácter. Eric parecía indeciso. Bastó un leve arqueado de su ceja para que continuara.

—Aunque no sepa dónde está, parece ser que por donde pasa Stymir Kraka, las muchachas desaparecen. Es posible que la desaparición de Stsao

también sea cosa suya.

—¿*Kraka*? ¿Por qué le llaman así? ¿Por qué *el cuervo*? —Quiso saber la señora de la casa.

Olaf se separó de Ingunn, abriendo las piernas, controlándose.

—Mis hijos, —continuó Eric golpeándoles en la cabeza —tendrían que haberte informado en cuanto salieras de la taberna. Para variar, algo los distrajo. He averiguado que ese hombre ha vagado por estas tierras durante un tiempo, es un asesino sin escrúpulos que no deja demasiados testigos.

—¿Por qué no se me ha informado?

—Me acabo de enterar, Olaf. Hasta ahora no he atado cabos, no creí que las desapariciones tuvieran que ver unas con otras... ¿Cómo saber que estaban relacionadas entre sí o con *Kraka*? Algo es seguro, por donde se lo ve, arrasa.

—¿*Ragna* está con ese engendro? ¿Y la nieta de *Steinn*? —Bajó la voz al ver que varios rostros se giraban a ver qué pasaba. —Está bien. Eric, estás al cargo hasta que vuelva. Vosotros dos, más vale que ayudéis a *Hallbera* a salir del pueblo o... —Gruñó a los niños. —*Ingunn*, hazte cargo de...

—Esposo, tú no deberías...

—Eric...

—La mayoría de los hombres están protegiendo el poblado, los otros buscando algún rastro útil. Volverán a traer noticias en breve.

—Hacia donde han ido.

—Olaf, solo es una esclava...

—¿Hacia dónde? —Gruñó.

—A norte, los rumores de las desapariciones apuntan que llegó desde allí. —Contestó su amigo con desgana.

—Esa niña lo ha vuelto loco... —Escuchó murmurar a *Kart* al oído de su hermano.

—Vosotros, más vale que cumpláis con sus órdenes y no os distraigáis. —Les ladró Eric.

Alzó su espada y la insertó en su cinturón.

—Actúas de una forma muy extraña. —Murmuraba su mujer.

—*Kart* tiene razón, desde que apareció en la zona de entrenamiento actúa así.

—Eric será mejor que me lo expliques, desde el principio. Si ha muerto nuestra gente, es que la vida de mi marido corre peligro. —Olaf plantó un beso duro y firme en los suaves labios de su esposa al oírla y partió en busca del asesino.

Le acompañaron las palabras de Eric.

—Su locura empezó con Ragna, la desmemoriada esclava de Hallbera...

Ajeno a las preocupaciones que causaba, galopó tras el rastro de sus propios hombres. Era una suerte que la compra de Ragna tuviera tantos testigos, gracias a eso tenía una descripción muy precisa de aquella alimaña. No le importaba llamar la atención. No solo la había comprado, disfrutaba dejando un río de jovencitas mutiladas o muertas.

Se sentía enfermo por no descubrirlo antes. Lo que iba averiguando le envenenaba el ánimo. Apresuró el paso.

Para ser primavera, en las horas de sol, no hacía demasiado frío, así que el abrigo que le entregó Ingunn estaba enrollado y atado a su montura. Lo sacaría en cuanto oscureciera. Con la llegada de la noche las bajas temperaturas calaban en los huesos haciéndote enfermar hasta la muerte. En esa época del año los días no duraban demasiado, por lo que debía moverse con rapidez para no perder el rastro.

Pronto el sol sería engullido y reinaría la oscuridad, ocultando la belleza que resurgía en el yermo bosque.

La nieve se derretía con rapidez, dando paso a las plantas más valientes que florecían bajo las pocas horas de sol, de un vivo verde que contrastaba con los árboles más veteranos que soportaban estoicamente el crudo invierno. Motas de color espolvoreadas en el follaje, dotaban de vida al bosque con su fragancia y la algarabía de los pajarillos, dejando atrás a la estéril y silenciosa arboleda de noches atrás.

A lo lejos pudo ver unas pequeñas sombras entrecruzándose que lo obligaron a detener su montura. No eran movimientos de guerreros, provenían de una mujer y dos niños, bien alimentados y sanos. Le complacía verlos con ese aspecto saludable y próspero.

Temerosos de su presencia se detuvieron sin identificarse. Dándoles tiempo a que lo reconocieran se acercó con ambas manos sobre la montura, en actitud relajada. Su inseguridad denotaba que ahora temían de algo cuando estaban alejados de sus hombres. Su deber como jefe era descubrir qué era lo que los hacía temblar.

—Olaf. —Susurró Valdis, una de las pastoras que vivían a las afueras del poblado. —Me asustaste.

—Te tenía por una valiente. —Contestó con una sonrisa socarrona.

—Lo soy. —Respondió ella con brío. —Ya no es seguro salir solas con los niños mientras Kraka esté por aquí.

Se le congelaron las entrañas. Desmontó con calma sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿El cuervo? ¿Sabes porque le llaman Kraka?

—Por lo que a ti te llamamos Durs, porque eres un gigante. Kraka, él es un cuervo...

—¿Dónde está?

—No lo sabemos. —Murmuró nerviosa. —De un tiempo aquí, cada vez que alguna desaparece ha sido después de ser visto y aparece casi muerta. Irreconocible. Skuli no quiere que salga sola de casa. Nos quedamos sin leña, pronto oscurecerá y los niños tendrán frío...

—¿Por qué no me contasteis nada? —Era la segunda pastora que le contaba la misma historia.

—Pues... —Se interrumpió al aparecer dos hombres entre el follaje, que se acercaban con el ceño fruncido y las armas en alto. Las bajaron al comprobar que era su señor.

Eran hermanos, altos y delgados, rubios y ojos color ceniza. Vestían con las túnicas y pieles típicas de la zona de pastoreo. Olaf los conocía bien.

Hasta ahora jamás los había visto armados.

—¿Por qué no me contasteis nada? —Repitió.

—Olaf, al principio creíamos que era un cuento de mujeres. —Dijo Skuli, el marido de Valdis y el mayor de los dos hermanos.

—Explicaros.

—Hasta que otros pastores no nos contaron sobre un extraño, con los colores del cuervo, que se divierte maltratando jovencitas no dimos crédito. Siempre cuentan historias de ese tipo para atemorizar a las niñas. —Explicó Skuli.

—Luego escuchamos la historia de lo que les pasó a las chicas Haardrard, también asesinadas de la misma manera por el amigo traidor de su padre. —Añadió Gardar, el menor. —Nuestras esposas tenían muchísimo miedo...

—¿Por qué no vinisteis a mí? —Preguntó alzando la voz.

—¡Solo eran habladoras! Miedos femeninos. —Barbotó Skuli. —O lo fueron hasta que desaparecieron las gemelas de Goi.

—Una de las dos consiguió mantenerse viva hasta encontrarnos,

susurraba algo sobre celtas y cuervos. Su estado era espantoso. Ya no eran fantasías, era verdad.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos tres días. —Lloriqueó la mujer enjuagándose los ojos.

—No estábamos seguros de lo que pasaba, antes de ir a verte queríamos averiguar algo más —Respondió el mayor. —Hace dos días mis hijos vieron a un hombre que encaja con la descripción de Kraka, así que ordenamos a las mujeres que se encerraran hasta que volviéramos.

—¿Cómo era ese hombre? —Preguntó a los niños.

—No era tan grande como tú. —Dijo Thorberg sin timidez pese a sus cinco inviernos. —Su pelo era como el carbón. Me dio miedo su espada.

—¿Iba armado? —Preguntó al otro niño más cuando este huyó tras las faldas de su madre, por lo que volvió a mirar al mayor.

—¡Oh! ¡Sí! Una muy grande. Las de sus amigos eran más pequeñas. —Respondió emocionado, orgulloso de recordar.

—¿Amigos? ¿Cuántos? —Obteniendo un movimiento de hombros.

—Sin contar a Kraka, y su segundo, seis más. —Contestó su padre.

—Después que Sturla y Thorberg me contaran su historia decidimos seguirlos para ver si se habían ido de la zona. Ahora íbamos en tu busca. Ya podíamos contarte algo más. —Continuó Skuli.

—¿Qué habéis averiguado?

—Están en la cabaña abandonada al este, no muy lejos de aquí, cerca de la charca. En total he contado ocho. Se oyen gritos, no podíamos enfrentarnos a esos guerreros por eso volvíamos. —Ignoró la disculpa implícita en su tono y cogió al niño mayor de los hombros.

—¿Viste a una niña? —Le tembló el estómago al verlo asentir con la cabeza. —¿Estás seguro?

—Sí, una chica morena y una anciana.

—¿Una anciana? —Que Kraka llevara una anciana no encajaba.

—Sí, no le vi muy bien. Estaba atada y bocabajo pero tenía el pelo muy blanco y era pequeñita.

—Ragna y Stsao. —Se enderezó con rapidez dirigiéndose a su caballo. —Decidle a Eric que no tarde en llegar o no podré esperarle.

Sin mirar atrás azuzó al animal dirigiéndose a la cabaña dando rienda suelta a sus más bajos instintos. Nadie que matara a su pueblo salía impune.

Sacó su espada e imploro a los dioses una muerte digna tras matar aquel bastardo.

CAPITULO 3

Unas risas crueles la despertaron de su letargo. La oscuridad la envolvía. Ragna era presa de una extraña lasitud que le impedía abrir los ojos o mover cualquier otro musculo de su delgado cuerpo. Intentó situarse averiguando de donde provenían las voces que la rodeaban. Tumbada sobre el vientre sobre un caballo que le impedía aliviar sus doloridos huesos, se sentía tan confusa que no les entendía. El relincho del animal la asustó, recuperando sus sentidos, percibió los sonidos de varios equinos más antes que se detuvieran en seco.

¿Dónde estaba? ¿Por qué estaba amordazada? ¿Cómo había llegado hasta allí?

Un grito estremecido quebró el silencio. A Ragna se le erizó la columna y el terror se apoderó de ella. Sus agarrotados músculos la obedecieron con esfuerzo antes de levantar la cabeza. Se arrepintió de lograrlo en cuanto sus ojos enfocaron.

Seis guerreros, de aspecto sucio, brutal y armados hasta los dientes la rodeaban. Respiró mejor al ver que no la observaban. Se reían con malignidad de otra cosa, aunque el miedo le oprimía el pecho con fuerza. El centro de esas miradas no era otro que el guerrero de cabello negro que tanto la impresionó en la taberna. Ella y el maldito animal sobre el que montaba pertenecían al mismo señor.

Era una pesadilla. Sí, seguro. En breve Hallbera se presentaría a despertarla a base de coscorrones...

El nuevo grito desgarró sus esperanzas. Sentía el corazón a punto de estallar cuando posó la vista en su amo. El hombre sujetaba bruscamente de los brazos a la bonita joven de tez y ojos oscuros, que suplicaba atemorizada. Conocía a Stsao, la nieta de Steinn, la trabajadora y eficiente nieta del maestro de Olaf. La pechera de su túnica estaba desgarrada dejando al descubierto sus juveniles pechos. Los barbaros aullaron de placer cuando fue abofeteada y tirada al suelo. Con deliberada lentitud se liberó de su capa, sonriendo por anticipado por someterla ante tan atento público. El sabor de la bilis hizo que Ragna se sintiera descompuesta, el frenético palpitar de sus sienes la aisló de los gritos y vítores, logrando que se sintiera insignificante e indefensa. Le espantaba su nuevo dueño, un ser vil y cruel que tenía el derecho de hacer con

ella lo que se le antojara.

Lloró en silencio maldiciendo a Hallbera, al menos ella no podía abusar de su cuerpo de esa manera. Al recordar a Rjupa y al resto de esclavas lo que padecían, cambió de idea. Obligarles por la fuerza a vender su cuerpo no distaba demasiado de lo que sufría Stsao a escasos metros suyos. No, no quería pasar por aquello y siendo su amo aquella bestia, sufriría el mismo destino. Sintió un dolor físico al pensarlo.

No, se negaba a pasar por eso.

Forcejeó para liberarse de las cuerdas que sujetaban sus muñecas. El llanto de Stsao la obligaba a no desfallecer y continuar retorciéndose para escapar, no fuera la siguiente. Suspiró cuando consiguió aflojar las ataduras lo suficiente para liberarse. El espectáculo era tan divertido que no se percataron cuando aterrizó de espaldas al suelo. El sonido de su caída fue amortiguado por los sollozos de la víctima.

Deseaba tanto liberarle que dio un paso adelante hasta que el veneno del miedo hizo que anduviera en dirección contraria.

Corría sin rumbo rasgándose las ropas y los brazos en su afán por esconderse en el lugar más oscuro de las entrañas del bosque. Solo se detuvo cuando no pudo respirar, con el cuerpo tembloroso y el rostro desencajado. Presa del pánico su cuerpo trémulo no dejaba de estremecerse.

Por primera vez desde que recobrara la consciencia en Rindal, el pueblo de Olaf, sentía auténtico pavor.

Enroscada entre las raíces de un árbol el agotamiento hizo mella, encomendándose a su dios cayó en un sueño pesado e intranquilo. En el sopor del cansancio, breves retazos de su niñez bailaron por su mente, entre esas imágenes una predominaba, una joven de trenza dorada que le sonreía y le decía:

—Ragna, eres una loba...

Despertó bañada en sudor frío, creyendo emerger de una pesadilla hasta que al moverse notó más que la vida de una esclava algo que la sujetaba de pies y manos.

¡Por los colmillos de Sköll! Estaba casi desnuda y encadenada.

Un peso muy grande amenazó con aplastarla al descubrir que la habían encontrado. Jamás lograría escapar. Padecería un terrible dolor al convertirse en el nuevo juguete de su señor.

Quizá... quizá no la castigaría por escapar.

No. Después de lo visto, sabía que lo pagaría muy caro. Sus secuaces no

esperarían menos del jefe. El orgullo de su nuevo señor valía más que vida de una esclava.

Gruesas lágrimas surcaron su rostro mientras observaba el lugar dónde la encerraban.

Desconocía donde estaba o a qué distancia estaría del poblado de Olaf. Por la poca luz que se filtraba por las diminutas ventanas supo que estaba en una pequeña cabaña de estructura tradicional, hundida en la tierra, con paredes de barro por fuera y en su interior construida con piedras, barro y madera. Olaf las detestaba.

Un leve sonido de otras cadenas atrajo su atención. Su vista, acostumbrada a la oscuridad, distinguió la silueta de una joven que se arrastraba hacia la tenue luz de la estancia.

Le costó no desgarrar el silencio con un grito cuando enfocó aquel rostro horriblemente desfigurado. La imagen de la joven rubia volvió de repente, se vio tomándole de la mano con afecto. Con la misma rapidez que había aparecido se esfumó, sin que pudiera llegar a identificarla.

Continuó mirando sin distinguir el color de sus ojos o su cabello debido a las penumbras que las envolvían. La curiosidad la obligó a hablar.

—¿Estás... estás bien? ¡Por Sköll! ¿Quién te hizo eso?

Creyó que sus preguntas se quedarían sin respuesta cuando la vio estremecerse y quedarse quieta. Una eternidad después otra voz, situada en algún punto remoto de su derecha contestó.

—Kraka, él nos hizo esto. —Parecía dispuesta a decir algo más hasta que escucharon unos pasos amortiguados que se acercaban a la cabaña, entonces pareció fundirse con la oscuridad.

El fuerte estallido de la puerta al abrirse las sobresaltó por su impacto. Ragna tembló al ver entrar pavoneándose al guerrero. La joven que se había movido se encogió sobre si misma, intentando esconderse. El sonido de varias cadenas más erizó la piel de la nuca. Apretó los ojos con fuerza cuando vio acercarse las botas del guerrero.

—¿Estás despierta?

Su voz, vagamente familiar, la estremeció. Incapaz de enfrentarse al monstruo fingió estar dormida.

—¿No? Da igual. Ya eres mía. Hay tiempo de sobra para que aprendas a no desobedecerme. —Dijo antes de escupirle.

Esperó hasta escuchar que cerraba la puerta antes de abrir los ojos. Se desesperó al saberse presa de nuevo. No entendía que podía querer alguien

como él de una simple esclava. ¡Por los dientes de Sköll, si no era ni bonita!

Luchó contra los grilletes con desesperación, tenía que escapar cuanto antes.

—No hagas eso, si te quedan marcas y descubre que has intentado escapar... —Empezó a decir una voz adolescente a su izquierda.

—No necesita esa excusa para acuchillarte la cara. —Murmuró otra con rabia.

—Ni para hacerte daño...

—Callad. No quiere que hablemos. —Murmuró sumisa la chica que se arrastraba a la luz.

—Igual nos va a matar. —Respondió la segunda voz.

—Pero si le hacemos caso... quizá...

—¿Vivamos más? —Preguntaron con sorna.

—Ninguna sobrevive más de una semana... llegas a agradecer que...

—Callaos. Si nos oye nos cortará la lengua.

—¿Antes o después de rajarnos y violarnos otra vez?

—Calla...

—Se que llevas dos días aquí y crees que ganas tiempo... —la voz más temperamental se suavizo por un segundo —pero te engañas a ti misma. Llevo aquí más que ninguna de vosotras, he visto llegar e irse a muchas... y ya solo espero ser la próxima. Porque aunque saliéramos de ésta... ¿Qué vida nos espera? ¿De verdad creéis que nadie nos querrá con éstos cuerpos y caras desfiguradas? ¿Estáis dispuestas a criar los hijos de éste animal? Porque es muy probable que lo llevemos dentro... ¿Seréis capaz de permitir que otro hombre os toque? Yo no.

—¿Y qué vas a hacer? —Preguntó Ragna.

—Buscar la compañía de Hela.

—Solo los guerreros que mueren en combate entran en el Valhala.

—Hela no me dejará sentarme en la mesa de los guerreros. Tiene un sitio de honor para las mujeres...

—No eres una Skjaldmö...

—No, ya no soy una doncella guerrera, él se ocupó de eso. —Murmuró la voz con rabia. —Me arrancó la doncellez ante sus hombres. Me arrebató mi destino.

—Shhhh. Oigo voces.

Pese a su decisión de morir, la furiosa muchacha, también se sumergió en un terco silencio pendiente de cada una de las palabras del exterior, que

sonaban lejanas y aterradoras.

Antes de sumergirse en la oscuridad, Ragna se preguntó si Stsao era una de las chicas encadenadas. Su último pensamiento fue para la dueña de la furiosa voz que las increpaba. Había querido ser una Skjaldmö. Una guerrera. Una valquiria comandada por Freyja a las órdenes de Odín.

Escasas horas después de su último tormento, su amo la despertó a patadas. Quería gritarle que la dejara en paz pero seguía sin saber su nombre. Para las chicas era Kraka, el *cuervo*. El apodo le iba perfectamente. El maldito lucía sus mismos colores, lástima que no fueran *Hugin* y *Munin*, pensamiento y memoria, los cuervos vigías de Odín, así tendrían alguna oportunidad de escapar. No, él era como los cuervos que devoraban los cadáveres que quedaban atrás después de la batalla, que se nutrían del dolor y la muerte.

Encerrada en esa inmunda choza Ragna no sabía si era de día o de noche, o cuantas lunas llevaba allí dentro, lo único que sentía era que no resistiría mucho más.

El castigo por escaparse aun pendía sobre su cabeza. Le atormentaba pensar en qué consistiría. Los gritos de la víctima que Kraka golpeaba amenazaban con volverle loca.

Su obsesión por saber si su amnesia era real o fingida la abrumaba. Él mismo le susurró que llegaría hasta la verdad la primera vez que golpeó a esa misma chiquilla antes de violarla. La bilis le quemaba la garganta a diario cuando le obligaba a contemplar lo que les hacía, sí desviaba la mirada, el monstruo cortaba el rostro de cualquiera de las otras.

Temía tanto a aquel bastardo tanto como lo odiaba, deseaba darle lo que exigía pero no sabía qué esperaba que recordara. Apenas unas imágenes fugaces que iban y venían.

No creía en sus suaves palabras cuando le decía que todo terminaría cuando recordara. Sabía que mentía, como demostró el cuerpo sin vida de la temerosa sin nombre que conoció el mismo día de su llegada. El cuerpo de *Sumisa* yacía en algún lugar del bosque.

Entre comida y comida pasaba una eternidad, aunque no había sucumbido al hambre hasta tal punto como para enfrentarse a la humillación a la que las sometía. Las cuatro supervivientes estaban encadenadas una en cada punta de

la cabaña, con la oscuridad como barrera para evitar que se vieran entre sí. Poco importaba, Kraka se limitaba a dejar en el centro un cuenco con sobras. Se arrastraban hasta allí, malheridas y famélicas, sin importarles en su orgullo que las trataran como animales. Eran presa fácil para el hambre y la desesperación, solo querían sobrevivir.

Una vez al día, eran empujadas al exterior, encadenadas y vigiladas para que hicieran con rapidez sus necesidades. Pobre de la que no hubiera podido aguantarse y lo hubiera hecho dentro, porque Kraka se divertía con una nueva atrocidad para humillarlas y someterlas. Ragna aprendió esa lección muy pronto, cuando *sumisa* se orinó encima tras ser apaleada. La primera paliza había sido suaves caricias en comparación a lo que vino después. Como su muerte parecía ser un incordio, Kraka se desquitó de nuevo con las supervivientes.

Menos con ella.

Saber que cuando él lo decidiera sería su cuerpo el que estuviera bajo el suyo, le enfermaba. No podía olvidar cuánto disfrutaba de la sodomía, utilizando cualquier objeto doloroso para satisfacer su repulsivo placer.

De vez en cuando, era ajena a lo que sucedía. Esos instantes en los que se veía corriendo de la mano de una joven o junto un guerrero sin rostro que le sonreía, ofrendando flores a Sköll junto a esa muchacha. Sentía que su corazón se entibiaba, como si algo floreciera en su interior. Esas imágenes eran lo que le ayudaba a mantener la cordura, el poder refugiarse en esos sueños fragmentados, la alejaba de la brutalidad que le rodeaba.

Pronto su mente se perdería por completo.

Si bien, no recordar nada era lo que la mantenía con vida, también era lo que hacía padecer a sus compañeras. Para disfrute de su carcelero, la paliza propinada por Hallbera lo complacía. Aquel asesino aseguraba que en cuanto se recuperara, recordaría la paliza que él le daría.

Kraka exigía lo imposible. Ni podía recordar ni evitar lo que les hacía.

No podía mentir pues sabía que la descubriría. Seguir con vida era algo incierto en manos de su captor, sobre todo cuando empezaba a perder la paciencia.

—Dime, mocosa ¿sabes quién eres? —La pregunta la obligó a negar frenética. —Mientes.

Se estremeció al verlo acercarse furioso. Ojalá supiera cual podría ser esa verdad que era tan importante. Cuando el primer puntapié cayó sobre su cabeza estaba preparada, el dolor la cogió por sorpresa dejándola sin aliento,

aturdida y mareada. Por suerte, entró Thorall, el hombre de confianza de Kraka, que era tan digno de desprecio como su señor. Era el que más disfrutaba de las vejaciones a las que eran sometidas. Uno cometiéndolas; el otro, contemplándolas.

Poseía una melena color miel y unos hermosos ojos. Al menos los dioses marcaron a aquel bruto demostrando su vileza: el labio y nariz estaban desfigurados y partidos por la mitad, estropeando su varonil belleza y convirtiéndolo en un hombre de aspecto malévolos. Su voz era profunda pese el leve siseo de su labio bífido. Era un bastardo de Nidhogg, el reptil monstruoso que mordía las raíces del Yggdrasil, o quizá el hijo de un gigante, estaba convencida.

—He enviado a los hombres a realizar una inspección. Me pareció ver a dos pastores muy cerca de aquí. —Comentó a Kraka apreciando la escena cruzado de brazos.

—Bien, no quiero molestias hasta que no descubra si es cierto o no que perdió la memoria. —Respondió el jefe dando por zanjada su diversión.

—¿La castigarás por escaparse?

—Aprenderá que no puede escapar de mí, tanto si lo recuerda como si no. No toda la culpa es suya, la dejamos sin vigilancia. Me ocuparé de que comprenda que no puede huir cuando juegue con otras mozas. Quizás finja que fue su instinto lo que la obligó a fugarse. Aún no me conoce lo suficiente para saber que no tolero esas tonterías. —Su mirada de desprecio hizo que Ragna no creyera ninguna de sus palabras, que tarde o temprano se lo haría pagar. —Vamos fuera.

—Si está aterrada quizá por eso no habla. —Comentó de pasada Thorall. —Mírala, como siga mordiéndose el labio se dejará una buena cicatriz.

—Podría ser. Poco importa. Ésta vez no perderé los nervios y me encargaré que siga respirando el tiempo necesario.

Sus risas crueles los siguieron al abandonar la cabaña. Ragna intentó acercarse a la chica que yacía semiinconsciente, las cadenas no la dejaron llegar, suspiró al ver que su pecho subía y bajaba con suavidad. Estaba viva.

Empezaba a dudar que eso fuera lo que querían. No sabía si era capaz de seguir viviendo si ese monstruo la violaba de aquella manera, aunque antes de matarse intentaría llevárselo por delante.

Las lágrimas surcaron su rostro, le angustiaba tanto vivir como morir. Se hizo una promesa: si conseguía salir, jamás volvería a ser presa de nadie, antes prefería la muerte.

—Lo siento, lo siento mucho. —Susurró. —Ojalá recordara.

—¿Estás seguro que no...?

—Yo no...

—Qué más da... mientras no recuerde seguiremos vivas...

—Nos tortura...

—Lo hará de todas formas...

Se acurrucó en su rincón, incapaz de enfrentarse a sus voces. Se sentía mezquina, su falta de memoria era la causa de la tortura que padecían, aunque no estaba convencida de que las cosas fueran distintas si recuperaba la memoria.

Volvió a masticarse el labio hasta sangrar cuando la imagen fugaz de la joven de trenzas apareció con fuerza.

Por las rendijas de la madera pudo distinguir el exterior, viendo a sus secuestradores. Incapaz de apartar los ojos del perfil del hombre moreno los veía hablar.

Ajenos a su dolor y desconsuelo ambos monstruos charlaban. Thorall daba vueltas en el fuego a un conejo, ensartado con un palo largo y recto, que parecía tan chamuscado que solo sabría a carbón. Con el ceño fruncido su amo ensartó con facilidad otro conejo.

Hubo algo en ese gesto y en su rostro que le encogió el corazón. Por primera vez vio con nitidez el rostro de la joven, uno muy parecido al suyo, sonriéndole y hablándole con cariño.

Un parpadeo después la imagen yacía en el suelo, golpeada y ensangrentada. Muerta. Aunque su rostro era irreconocible, sabía que era ella, su larga melena dorada se lo demostraba.

Encima de su cuerpo, grande y amenazador se erguía...

Un terrible dolor de cabeza asaltó dejándola sin sentido.

El contacto del agua helada la despertó, sacándola de las profundidades de la locura y la oscuridad. Se levantó asustada, con la sensación de ser engullida por las aguas del río, hasta que las carcajadas la devolvieron a la realidad.

Se pasó las manos por el rostro, quitándose el agua, cuando se sorprendió al descubrir que no llevaba puesta las cadenas. Se paralizó al notarlo.

Solo las liberaba cuando abusaba de sus cuerpos. Le gustaba disfrutar de

la escasa resistencia sin el estorbo de las pesadas cadenas. Su terror tuvo que ser patente porque ambos empezaron a reírse con sorna. El sabor de la sangre le llenó la boca, volvía morderse con fuerza.

—Creo que te tiene miedo. —Murmuró Thorall entre risotadas.

—Sí, ha aprendido lo que viene después que les quite las cadenas. —Su risa se tornó enfermiza. —No me interesan las niñas flacas como tú. —Le tiró un puñado de ropas y se dirigió hacia la puerta. —Lávate y vístete, partiremos de aquí un rato y tienes que estar presentable. No me hagas esperar. —No dijo nada más, dejando la amenaza suspendida al aire mientras se dirigían al exterior.

Ragna se quedó en blanco.

Su desprecio al tratarla de flaca era evidente, algo que la llenaba de gozo, aunque no aseguraba que Thorall pensara lo mismo.

Se acercó al cubo de agua y sacó un trozo de tela del interior. Entre lágrimas de vergüenza y calambres se levantó, le ardían los músculos después de estar tanto tiempo encadenada y acurrucada en el suelo. Sin perder el tiempo se frotó con energía el cuerpo. Pese al miedo no tardó en sentirse limpia y aseada, ligeramente más preparada para lo que les deparara el futuro.

Desistió de hacer algo con su pelo, enredado y sucio. Sin un peine para cepillárselo solo pudo trenzarlo, atándolo con un pedazo de tela que rasgó del paño con el que se lavaba.

Debido a la amenaza se apresuró a obedecer. Se acercó a las dos muchachas, sin saber si tendría tiempo antes de que volvieran a buscarla.

La última joven violada estaba dormida, acurrucada en un rincón, entre la mesa y una silla. Respetó su espacio y no se acercó, observó que su rostro y su cuerpo desnudo estaban cubiertos de heridas y golpes. La preciosa y trabajadora Stsao ahora era poco más que un despojo.

—Te juro que las pagará. Voy a matarlo. —Le prometió.

—No prometas lo que no vas a cumplir. Has sido incapaz de recordar... ¿Cómo vas a poder acabar con él?

La débil voz que le habló provino de la otra parte de la cabaña, así que Ragna arrastró sus pasos hasta allí. Aún sabiendo de su rostro desfigurado retuvo el aliento.

—Os juro que esa bestia pagara por esto. Por Hati y Sköll, que lo pagará.

Los pasos amortiguados que se acercaban hicieron que Ragna se alejara y los esperara en su rincón. Romper sus reglas podía costarle otra buena paliza.

Thorall entró en la cabaña haciendo rebotar la puerta según su costumbre, seguido de su señor que iba unos pasos por detrás. Al verla, Thorall silbó por lo bajo y habló a su patrón.

—Aunque será una niña flaca, Stymir, si sobrevive lo suficiente... creo será tan hermosa o más que su hermana. —Era obvio que estaba sorprendido. Ragna sintió que el corazón se le encogía.

Stymir, así se llamaba el asesino, se acercó muy serio, tomándole el mentón y observándola con detenimiento. Durante largo rato la retuvo, analizando cada uno de sus rasgos, hasta hablar con su típico desdén.

—Una vez aprendas cuál es tu sitio serás una esposa atractiva. Siempre que no me provoques, mantendrás tu cara. Te recomiendo que no olvides que la belleza de tu hermana no me detuvo. Tu sitio está bajo mis pies.

—Esta vez no pierdas la paciencia tan pronto, ésta es joven y podrás educarla. —Dijo Thorall ignorando la mirada disgustada de su señor.

—Por su bien, espero que no me provoque hasta ese punto. Prefiero esperar a que le crezca una buena delantera...

—¿Qué vas a hacer con las otras? —Preguntó Thorall.

Ragna fue ajena a la respuesta de Stymir, pues sus palabras aún resonaban en sus oídos. "No olvides que la belleza de tu hermana no me detuvo..."

Arndis.

La revelación hizo que abriera sus grandes ojos de par en par. Un torrente de recuerdos la sobrecogió y la dejó aturdida.

Arndis era su hermana mayor. La rubia que recordaba hablándole con cariño, la que se reía de sus travesuras. Podía ver su rostro sonriente y su melena dorada mientras le enseñaba como llevar las tareas de un hogar, que tan poco le gustaban. La que le explicaba que la belleza era su mejor arma para encontrar a un buen marido.

Se veía cogida de la mano despidiéndose de un hombre, un guerrero. Otra oleada de sentimientos y evocaciones la hicieron tambalearse. Era aún más niña al verse junto a ese hombre sin rostro que se reía con ella, otros fragmentos en los que la reñía, en otro adoraban a los lobos, en especial a Sköll, hijo de Fenrir. Y entre esas imágenes, aparecía el rostro sonriente de la muchacha rubia de ojos verdes y su corazón se entibiaba con cada nuevo pedazo de su pasado. ¿El guerrero sería su padre? Otro sin fin de destellos fugaces desfilaron pero se apartaron cuando otra imagen, la más aterradora, se abrió paso en sus recuerdos: Arndis muerta en el suelo y Stymir mirándola con

odio, culpándola por haberle provocado. Apretó las manos cuando le cosquillearon las manos.

Se escuchó un ruido amortiguado afuera de la cabaña, Stymir que continuaba hablando con Thorall, le ordenó que saliera a averiguar si habían llegado ya sus hombres.

Al mirarla supo lo que pasaba.

—Dime, Ragna, ¿sabes ya quién eres?

—No. —Se atrevió a contestar Ragna.

—Sé que mientes. —Replicó el hombre agarrándola con fuerza del brazo.

—Solo... solo he recordado a mi hermana. —Gimoteó.

Retorciéndole el brazo la observó buscando una respuesta.

—Esta vez no mientes. Sería conveniente que recordaras antes de volver a casa, me ahorraría problemas. Si ven que estás en mi poder antes perderán las esperanzas. Tú me darás acceso a la reliquia que guarda tu pueblo. Quiero su poder.

La empujó con rabia hacia la pared rompiéndole el labio en el golpe. Se quitó la capa, Ragna se negaba a mirar. Su instinto no dejaba de gritar que a aquel asesino no le atraían las niñas.

—No, Ragna, no vas a ser tú. Aún no. —No soportaba que se riera de ella, odiaba que disfrutara de su terror. —Creo que otra sesión de juegos avivará tu memoria.

Ragna negó con la cabeza, no podía permitirlo. No quería que se escudara en sus escasos recuerdos para seguir infringiendo dolor. Debía matarlo. Se mordió el labio y apretó las manos, aplacando el escozor que sentía en las palmas.

—Oh, sí, pequeña. Vas a ver esto. Recordarás quién eres, quieras o no. Me conseguirás el poder de tu clan o verás sufrir a cada mujer que se cruce en mi camino.

Se acercó a la antigua Skjaldmö deshaciéndose de las ropas que le sobraban por el camino. Como siempre, la muchacha presento batalla mientras él se reía. Ragna dejó la mente en blanco mientras el sabor metálico de la sangre volvía llenarle la boca al morderse con ímpetu.

Se veía junto a su padre preparándose para ir a pelear, seguido de sus prójimos. Soñaba que era un gran guerrero, que entre risas solía decirle que era una loba, una auténtica loba con un gran legado que proteger.

No pudo seguir fingiendo que miraba a Stymir, giró la cabeza hacia las rendijas de la cabaña, aferrándose a su descubrimiento, a sus recuerdos. Le

pareció ver que Olaf pasaba por delante con rapidez, y se juró que si la salvaba de aquella situación le estaría por siempre agradecida y tendría su absoluta lealtad hasta la llegada del Ragnarok. Sonrió con tristeza al pensar semejante tontería.

Olaf Durs jamás iría a salvar una simple esclava. Nada ni nadie podría salvarla de su destino. Rogó a Sköll que tuviera clemencia.

CAPITULO 4

No sabía el tiempo que llevaba galopando en busca de la cabaña. El silencio se hacía en el bosque a medida que avanzaba, Olaf solo escuchaba el sonido de los cascos de su caballo.

Amarró al animal para dejarlo descansar y continuar su búsqueda a pie, dejando antes una pequeña señal que indicara su camino a Eric. Si Stymir tenía hombres a su mando, no quería que lo oyeran llegar. El factor sorpresa sería decisivo si quería salvar a Ragna y Stsao, si es que seguían vivas.

Algo le impulsó a detenerse mucho antes de percibir el olor acre de la carne quemada. Olaf distinguía también el hedor rancio típico de un hombre sucio. Guiado por su olfato siguió su rastro con cautela hasta dar con su objetivo.

El individuo que buscaba estaba orinando sobre los restos de un árbol caído. No pensaba atacarlo hasta que no averiguara de donde procedía, aunque la siniestra hacha que colgaba de su espalda, dejaba claro que era un mercenario.

No era digno no darle tiempo a defenderse. Sin embargo, sus buenas intenciones se esfumaron cuando vio qué dónde orinaba no era un árbol como pensaba. No, aquel malnacido lo hacía sobre un cadáver semienterrado.

Ciego de rabia dejó de mirar el cuerpo maltratado. Le daba igual que no fuera la niña que buscaba, pertenecía a su gente.

Al ver el desprecio con el que trataba el cuerpo, sus buenas intenciones se esfumaron. Con mucho sigilo se acercó sin hacer ruido y le rebanó el cuello sin contemplaciones.

No se merecía morir en batalla para lograr el honor de entrar al Valhala. Cuando la vida lo abandonó, lo ocultó entre unos arbustos y borró el rastro. Poco dispuesto a perdonar los forajidos que traían dolor y muerte a su pueblo continuó rastreando la zona hasta dar con dos más. Por la descripción que tenía, uno era Stymir Kraka. Los canallas reían y hablaban compartiendo la caza cocinada en la hoguera. De ahí provenía el olor a carne quemada que se olía. Consciente de que aún le faltaban otros tres hombres que neutralizar antes de encararse a su enemigo se contuvo de plantarles cara.

Se puso en movimiento. Puede que su padre fuera un gran navegante y su

madre una de sus esclavas, Olaf no se conformó con esa vida de miseria y tras escaparse de su padre, ofreció su brazo a Freyja se ganó su libertad para ser uno de los guerreros de Steinn cuando surcaba los mares. Era quien era porque sabía cómo dar muerte y reclamar justicia. Por experiencia propia, sabía que si eras compasivo con un esclavo, su gratitud sería eterna. La mayoría se sentía agradecido por servir a un buen amo. Él mismo se escapó de su padre para buscar un futuro mejor, trabajó muy duro para llegar donde estaba. Buscando una escuálida esclava y la nieta del hombre que lo acogió bajo su ala.

De malhumor y sin recrearse tanto como le hubiese gustado eliminó a los forasteros que rastreó. Enterrada y cubierta de hierba, la maldita cabaña pasaba desapercibida a simple vista. La destruiría una a una en cuanto acabara con esas bestias que barrían su tierra. Estaba a escasos pasos de la puerta cuando un leve crujido le avisó del peligro, esquivando el ataque inesperado dirigido a su espalda se tiró al suelo. Por puro instinto lanzó una de sus dagas al cuello de su atacante, que cayó al suelo desangrándose.

Era imperdonable que le sorprendieran estando en una posición tan humillante. Estaba seguro de que habrían escuchado la rápida escaramuza. Arrastró al enemigo lejos del camino, viendo como se abría la puerta y alguien salía. Oculto en las sombras que proyectaba la cabaña, Olaf distinguió a la comadreja que anteriormente hablaba con Kraka. Por su nariz torcida y el labio partido, estaba claro que por sus venas podía correr sangre svartálfar, un enano oscuro o de Nidhogg, pese a su apariencia deforme no era un pulsánime y sus movimientos eran los de un guerrero consumado. Sería silencioso y letal.

No se extrañó cuando encontró su rastro en dirección al bosque.

Iba tras él cuando los gritos de dolor provenientes de la cabaña le forzaron a cambiar de idea. Acercándose a la puerta, escuchó las voces del interior, averiguando la posición de los ocupantes.

—Vamos, niña. ¿Qué recuerdas? —La falsa dulzura de su voz se oía amortiguada.

En el tenso silencio que siguió Olaf no averiguó cuantas personas estaban en el interior.

—Eres una mentirosa, Ragna. Sé que recuerdas. Eres tan cruel que prefieres que mate a tus amiguitas antes a darme acceso a lo que me pertenece. Tu padre era un avaricioso, se negaba a compartirlo conmigo, su amigo. Era tan egoísta, que se negaba a que me casara con la belleza de tu hermana. —Su desprecio era patente. —Te sacaré la verdad, al precio que sea, antes de

hacerte mía. Te arrepentirás del trabajo que me estás dando.

Se escuchó el golpe seco de una patada y no esperó más tiempo. Olaf reventó los goznes de la puerta de un empujón. Bizqueando por la luz, Ragna lo observaba con los ojos vidriosos, como si fuera el mejor espectáculo que jamás hubiera visto. Kraka se subió los pantalones, preparándose para el enfrentamiento, tenso y dispuesto.

Olaf echó un rápido vistazo a la niña. Pese su mal aspecto seguía viva, se conformaría con eso. Encontrarla ilesa en comparación al resto de chicas no lo aplacó. La brutalidad vikinga era reconocida, se ocupaban de eso, él mismo no era precisamente un santo. Aunque en su mayoría no se divertían con juegos como aquellos. Su enemigo, era tan cobarde, que usaría a Ragna como escudo para enfrentarse a él si lo creía necesario.

Para alejarlo lanzó su daga hacia su costado, forzando a Kraka a danzar hacia un lado para recuperar su espada, colocada sobre la mesa fuera del alcance de sus rehenes.

Entrechocaron sus hierros en el reducido espacio de la cabaña mirándose con odio.

—Es mía. —Murmuró Stymir alejándose de Olaf y de la estocada dirigida a su corazón. —No me la arrebatarás.

—Claro que lo haré. —Contestó arremetiendo sin tregua.

—Ni lo sueñes. Ahora que su poder está tan cerca no pienso perderla. — Stymir resollaba en su esfuerzo de detener cada embestida, con cada nueva acometida se acercaba más a alguna de sus rehenes, para ser alejado con otra estocada en esa dirección. —Vamos, guerrero. —Incitó Stymir. —Podemos compartirlo, no tiene que acabar así. Solo quiero a la zorrita, el resto son tuyas.

Olaf esquivó un golpe directo a su pecho con un simple giro de su espada, adelantando su cuerpo con el movimiento, alejándolo de Ragna, que parecía haber perdido el sentido.

—No seas egoísta, esa pequeña zorra tiene más tierras de las que podemos manejar ninguno de los dos. Su padre era un Jarl poderoso, tenía buenas tierras y mucho oro, no podía dejárselo a sus mocosas. Quédatelo todo, yo solo quiero la reliquia.

Si bien había pocos Jarl que encajaran con sus comentarios no se dejó llevar. Que Stymir creyera que le entendía no le haría ningún mal. Unas lunas atrás Eric le había contado un chisme tras unas cuantas copas de hidromiel y no hizo demasiado caso, ya que no era algo que le afectara. Si sus comentarios

eran verdad, ahora sabía quién era Ragna, aunque no lo que podía proporcionar la niña a esa bestia.

A pesar de la manera de luchar lenta, a veces hasta descuidada, aún no había conseguido herirlo de gravedad. Estaba solo y no sabía con exactitud cuántos hombres tenía Stymir por la zona. Sus movimientos eran cortos y acompasados, vigilando siempre que Kraka no usara a las chiquillas en su contra.

Aprovechando su leve vacilación el asesino cargó contra él, haciéndolo tropezar con Stsao que yacía inconsciente en el suelo. Esquivó justo a tiempo el ataque que le hubiera atravesado y en su lugar recibió un arañazo en el pecho. La embestida posterior no le dio tiempo a incorporarse. Stymir no había luchado de corazón hasta ahora.

La espada del hombre pasó rozando su cuello y lo obligó a rodar sobre sí para sortear el ataque, dejándolo indefenso. Al tiempo que el asesino de ojos negros agarraba su arma con las dos manos e intentaba ensartarle. Volteó con torpeza para escapar de tan terrible ataque, evitaba un golpe mortal tras otro. Por fortuna, Stymir tropezó con una de las cadenas, dándole tiempo para incorporarse y levantar su guardia.

Por el leve movimiento de la luz que entraba por la puerta, Olaf advirtió la emboscada.

Thorall entró con su hoja en alto, Olaf giró en su dirección perdiendo de vista a Stymir cuando frenó la embestida, seguía sin espacio para maniobrar y esquivar el ataque. Su nuevo oponente era tan diestro como sospechaba, cada golpe hubiera sido mortal si él mismo no tuviera menos arrojo o fuerza.

Al verlo en verdadero peligro, Ragna gritó furiosa al recuperar la consciencia. Su maltrecho cuerpo tembló y las palmas de las manos se le iluminaron antes de aparecer un hermoso lobo blanco de luz translúcida. El animal, enseñó los belfos y cargó contra el bastardo svartálfar, que reculó al recibir la dentellada en el antebrazo.

—¡Lo sabía! —Gritó Stymir acercándose a Ragna. —¡Eres la guardiana! —La golpeó secamente en la nuca con su empuñadura. —Déjanos salir. — Gruñó cargándola sin contemplaciones mientras el lobo se difuminaba en la oscuridad.

No le quedó alternativa que ceder, retando su mirada victoriosa. En cuanto traspasaron el umbral, Olaf arremetió contra Thorall, que esperaba su ataque y desvió su acometida consiguiendo herirle en el hombro.

Olaf se alejó, controlando el dolor cambió la espada de mano. Era menos

diestro con la izquierda pero tendría que apañárselas para vencer. Aquellos bastardos acababan de sellar su destino. Volvió a lanzar su ofensiva, su golpe fue bloqueado con firmeza, con un rápido movimiento de su muñeca. Olaf consiguió lesionarle de gravedad en el brazo cuando volvió a contraatacar.

Herido en el brazo mordido, Thorall se apartó, mirándolo y dando vueltas a su alrededor. Olaf sabía que no podía correr riesgos, dentro de la cabaña estaba en desventaja. Cruzaron sus hierros varias veces más, con cada embate recibía nuevos cortes. Se sentía cada vez más débil, el brazo derecho le colgaba inerte sangrando profusamente. Estaba perdiendo un tiempo del que no disponía.

Thorall miró a una de las jóvenes, Olaf aprovechó para lanzarle su espada y clavársela en el estómago. Era una maniobra muy arriesgada, de esquivarla, quedaría indefenso. El tipo de ataque audaz que le gustaba.

Arrancó la espada antes de que Thorall cayera al suelo y corrió al exterior, la claridad lo desorientó un instante. Tardó unos segundos en recuperarse y cuando lo hizo, vio a Stymir junto a un caballo. Ragna estaba maniatada sobre su grupa mientras el asesino subía. Al verlo cesó en su empeño y desenvainó su arma dispuesto a rematar la faena.

—¿Acaso puedes vencerme ahora? —Murmuró el hombre con cinismo.

—Suelta a la niña.

La risa de Stymir resonó en el claro.

—No estás en condiciones de exigir nada, Durs. Espero que no hayas acabado con Thorall, es el mejor desangrando a sus contrincantes en combate. Es un maestro con los cuchillos. Después de matarte, voy a llevarme a la zorrilla y a encargarme de ella como se merece.

Olaf atacó embistiendo directo al corazón. Stymir lo bloqueó con facilidad y empezó a arremeter con dureza. A Olaf, cansado y debilitado por la pérdida de sangre, le costaba detener los golpes. No tardó en caer de rodillas al suelo con la espada de Stymir reposando sobre su cuello. Se encomendó a los dioses antes de ceder al impulso de pensar en su mujer. Sonrió con ironía, moriría en batalla por salvar a una esclava hechicera.

—Ha llegado tu hora.

Un gruñido lo detuvo. El lobo mágico de la niña mostraba las fauces a Stymir, qué intentaba ensartarlo inútilmente. La espada atravesaba su cuerpo sin encontrar carne que rasgar. Acobardado, el asesino fue en busca de Ragna para volverla a noquear mientras ésta le lanzaba una feroz mirada, cuando el espectro lobuno clavó con saña sus dientes en la pantorrilla.

Su grito resonó alto y claro.

El lobo, ahora casi tangible y de un blanco níveo, se colocó delante de Ragna dispuesto a defenderla. Niña y bestia observaban a Stymir con fiereza, con odio.

Aterrado y furioso, Stymir se detuvo. Cuando escuchó pasos amortiguados levantó la vista esperando ver a sus secuaces. Olaf aprovechó esa distracción para salir de su alcance.

Fue hacia la niña, dando la espalda al animal, que se puso a su lado antes de volver a gruñir y desaparecer.

De las sombras del bosque aparecieron los guerreros del clan Durs, incluso había varios granjeros en actitud hostil. Mientras los rodeaban Olaf se sorprendió de ver entre ellos Skuli y Gardar, los pastores que le indicaron el camino.

Ayudó a Ragna a desmontar del caballo pues aún seguía aturdida. Sin mediar palabra Kraka extrajo una botellita con un líquido azul que aferró en su mano. Olaf intuía que esa tranquilidad no presagiaba nada bueno.

Eric apareció entre los guerreros, sin decir palabra se dedicó a detener la hemorragia de su hombro taponándole la herida con su propia capa antes de entrar al interior de la cabaña.

—Envié a algunos hombres en tu búsqueda, cuando supe donde estabais decidí venir yo mismo. Por Odín, las conozco...

—Bien hecho. —Olaf miraba a su enemigo sin prestar atención a las palabras susurradas de su segundo. —Vas a morir aquí y ahora mismo, bastardo. Pagarás por tus crímenes...

Entonces Ragna se removió inquieta, Olaf aún la sujetaba con el brazo que no estaba herido, así que la soltó. Por la fuerza que brillaba en sus ojos sabía que no la habían quebrado, a pesar del daño físico y mental padecido, esa pequeña fierecilla seguía de una pieza. Mientras se miraban, los guerreros de Olaf liberaron a las asustadas muchachas y sacaron a Thorall, quién seguía vivo a duras penas.

Stymir rompió la botellita en su mano. La sangre de sus heridas, transformaron el líquido, en una bruma que los rodeó e hizo estornudar a todos menos al asesino.

—Ésta pócima de venganza me protege de los Durs, mi sangre...

—No. Durs no te matará. Me corresponde a mí darte muerte. Asesinó a mi hermana por negarse a desposarse con él. —Ragna habló por encima de Stymir, silenciando sus palabras. —Para dar conmigo ha matado y torturado a

chicas indefensas. No, Durs no le matará. Seré yo.

—No digas tonterías, niña. —contestó Olaf.

—No las digo, guerrero. Sé que ahora no tengo ni la fuerza ni el valor para lograrlo, pero lo haré. Mi padre no descansaría en el Valhala si supiera que no vengué la muerte de mi hermana como corresponde.

—Acabemos con esto. —Eric levantó su espada.

—...si alguno incumple mi deseo, que este hechizo de venganza acabe con ese hombre y su estirpe. Hágase mi voluntad. —Stymir proclamó sus palabras con solemnidad, concluyendo el hechizo que los condenaba sin prestar atención a lo que sucedía a su alrededor.

Olaf estalló en palabrotas. Aquella alimaña acababa de maldecir a su clan y sus respectivos familiares. Si lo mataban no podría impedir la masacre, tan solo podía tomarlo como prisionero.

—No caerá nadie más que tú, asesino. —Bufó Ragna iluminándose levemente. —Ningún Durs morirá. Mi desagravio se llevará a cabo. ¡Fenrir, Hati y Sköll me darán fuerzas para lograrlo! —Le arañó la cara con violencia, hiriéndolo en el ojo izquierdo.

El líder del clan la observó enfadado y a la vez fascinado. La pequeña tenía coraje. Su fiereza le demostraba que no hablaba en vano. La separó del grupo, se irritó cuando Eric los siguió y le habló primero.

—Vamos, Ragna, deja que tu señor se ocupe de esto. —La reprimió con suavidad.

—Aunque sea una maldita esclava no permitiré que sea la mano de Olaf Durs quien vengue a mi hermana, a Stsao o el resto. Es mi deber y derecho por más que admire y respete a mi señor. ¡Sufrieron por mi debilidad y debo resarcirlas!

Pese a su lamentable estado irradiaba la fuerza y la altivez de un líder nato, eso era imposible de fingir a esa edad. Se tenía o no.

—Ingunn encontrará la manera de anular el hechizo, hasta entonces, será nuestro prisionero.

—Soy... pupilo de Elkcatcher, tarde o temprano sabrá que me retienes y vendrá a por vosotros. ¿Quién crees que destiló la pócima que acabo de utilizar? —Gritó Kraka logrando que los hombres de Durs cuchichearan y Olaf resoplara.

—No, Ragna. Tienes razón, tu falta de fuerza impide que hoy acabes con su infamia. —Como señor del clan tomó la decisión que marcaría el resto de sus vidas. —Las propias palabras de Kraka se han asegurado que sea Ragna

quién desagravie su mal. Es la única libre de la maldición, por ser mujer. Hallbera te vendió incumpliendo mis leyes, por lo que inválida la transacción. Tras comprarte a tu ama, ahora te devuelvo la libertad que antes te pertenecía. Eres una más del clan. Los dioses decidirán el día de vuestro encuentro. No puedo luchar contra la magia de un nigromante como Elkcatcher con la que Kraka nos ha maldecido, no sin acabar con el poblado. Sin embargo, tienes mi solemne promesa de que si intentas volver para acabar con nosotros, tu señor sabrá de tus planes para robarle su poder. Hallaré la forma de llegar hasta él para que sepa de tu traición. Hasta que ese día llegue, me encargaré de que Ragna se entrene para que se enfrente a ti en las mismas condiciones. A partir de ahora es mi protegida.

Sus hombres lo miraban atónitos. Supo por la ceja arqueada de su amigo que sería curioso observar cómo reaccionaba Ingunn. Él necesitaba un heredero que ella parecía no poder darle y él, acababa de acoger en su seno a la única inmune a la maldición. Su mujer enloquecería.

—Escúchame bien, asesino. Daré contigo y te mataré. No sé dónde estarás, poco me importa. Cumpliré mi palabra. Los dioses guiarán mi mano. Acabará contigo y tu reinado de terror. Por Sköll que mi mano será la que te de muerte.

—¿Dónde están mis hombres? —Stymir la desdeñó mientras detenía la hemorragia de su cara.

—Muertos. Excepto ese, que aún resiste. —Contestó Eric señalando a Thorall, cargado en uno de los caballos de Stymir.

—No eres bien recibido en estas tierras, ahora conocemos tu cara. Si vuelvo a saber de ti, morirás. Encontraré la manera de contrarrestar tu magia. Bastará que susurren tu nombre para que tu señor sepa de tus planes ¿Sabe él que utilizas sus pociones? ¿Qué pensará de lo que ha pasado hoy aquí? ¿Acaso no vienes a escondidas de tu amo? —Agradeció en el propio poder que tenía Ingunn, pues confiaba en que ella los liberaría. —No olvides la promesa de ésta pequeña loba. Estaré preparado si vuelves, con o sin Elkcatcher de tu parte, que los dioses se apiaden de ti. Los Durs no estamos desprotegidos ni nos falta el valor.

Después de eso dejó que Stymir se marchara, sin inmutarse por las miradas de odio que le dirigía. Dejaba partir a un enemigo terrible. Quizá dos. Odiaba no tener otra opción.

Elkcatcher, era un mago necrófago y nigromante del norte que servía a un dios de la Muerte que nada tenía que ver con Odín, poseía no solo un buen

contingente de mercenarios sino alguna que otra horda de Berserkers bajo su mando, gigantes, no muertos y una gran dosis de magia prohibida. Se decía que para honrar a su dios, se comía los cadáveres que no reanimaba. Si era cierto que 'el Loco', como lo apodaban, apoyaba a Kraka, estaban perdidos.

Tendría que descubrir porque Ragna era tan valiosa para ese asesino y en qué consistía su magia. Si la dejaba marchar no averiguaría de donde salía aquella bestia que la protegía, ni que era lo que no recordaba. Esa información podía ser muy valiosa para salvar a su gente. Ya era tarde para evitar el sufrimiento que sufriría su pueblo hasta que Ragna tuviera edad suficiente para valerse por sí misma. Tan solo podía protegerlos.

Aunque no tuviera un lobo de luz, a Ragna le esperaba un futuro incierto si era la protectora de la poderosa reliquia que Kraka ansiaba, era apenas una niña que no recordaba ni quién era.

Le repugnaba dejar escapar a ese hombre, por desgracia su pueblo estaba a merced de su maldición, como también de los mercenarios que sabía que enviaría en cuanto se alejara. La mitad de los hombres embarcaron una luna antes y no regresarían hasta la entrada del invierno.

No podía enfrentarse a Stymir en aquellas condiciones, Elkcatcher le proporcionaría los medios necesarios para eliminarlos de un plumazo. Para sobrevivir debía ser más listo que el asesino. Su sobrenombre solo hablaba de su gran tamaño, no de su astucia.

Miró el rostro magullado y desafiante de Ragna. La protegería hasta casarla con alguien que la ayudara a vencer. El brillo de sus ojos al observar como Stymir huía llevando a Thorall le advertía que aquella escuálida niña no descansaría hasta darle caza. No sería fácil desposarla.

—Os dije que me encargaría de él y lo haré. —Las palabras de Ragna no lo cogieron por sorpresa cuando se acercó a las jóvenes que se acurrucaban entre sí, rechazando con fiereza la ayuda de cualquier varón como animales heridos. Lo que eran, desgraciadamente.

Le atormentaba la brutalidad padecida, era su obligación encontrar la manera de hacerlas sentir a salvo de nuevo, de proporcionarles un futuro. Cubiertas con capas observaban como Stymir Kraka se alejaba llenas de odio y miedo.

—No volverá, podéis estar tranquilas. Durs le ha dejado bien claro que se ocupará de él si lo intenta. Si Durs falla y Kraka vuelve, yo os protegeré, os lo prometo. Aprenderé a llamar a mi lobo, descubriré que llevo dentro y lo controlaré. Seré una skjaldmö.— Juró mirando la senda por la que

desaparecía Stymir. —La próxima vez que lo vea, recuerde o no quién soy, será para matarlo. Vengaré cada muerte, cada golpe. Os lo juro por la sangre de Sköll.

—Te creo, Loba Blanca. —Susurró Stsao.

Las otras dejaron de llorar para asentir, creyendo en su promesa. Desde luego, Ragna tenía el don innato de un buen líder, inculcaba tranquilidad y respeto a pesar de su corta edad. Las manos de la niña volvían a resplandecer con suavidad.

Olaf cogió las riendas de su caballo de manos de Eric. Sin lugar a dudas Ragna sería una muchacha difícil, insistiría en ser ella y no su esposo, quién acabara con Stymir Kraka. Pondría su vida del revés. Sonrió para sus adentros, jamás admitiría cuanto le gustaba la idea de educar a esa temeraria muchachita.

CAPITULO 5

Casi diez años después Ingunn los observaba desde la puerta de la cabaña principal. Como siempre llegaban tarde, sucios y sin prisa. Enfurecerse no servía de nada, debía estar pendiente de esos dos o se desmadraban. Siendo la Husfrejya de ese hogar, tal y como demostraban las llaves que llevaba atadas con orgullo a la cintura, no iba a permitir que hicieran cuánto se les antojara. De ella dependía que las cosas funcionaran.

Aun así, su pecho se hinchaba de orgullo. Eran hermosos, fuertes, con la peculiaridad de demostrar su afecto en público. Su único defecto, era aquel carácter explosivo por el que se enfrentaban a diario. Sus acaloradas disputas eran legendarias.

Los dioses no la bendijeron de nuevo con la maternidad desde que su bebé muriera tantos años atrás y aunque a veces aún lloraba esa pérdida, Ragna ocupaba por completo su corazón. Frenar la maldición de Kraka impedía que pudiera concebir, sin embargo, aún deseaba acunar a un bebé de su propia sangre, tanto por el orgullo de Olaf como por preservar de su linaje de sanadora, como hija de Máni, la luna. Ragna y sus travesuras no le daban respiro. Qué se encomendara siempre a Sköll, hermano de Hati, el lobo que perseguía al sol, solo fomentaba su veta salvaje.

Años atrás cuando Eric le narró el comportamiento de su marido desde que conoció a la niña, pensó que estaba enloqueciendo, mucho más cuando le dijo que iba a educarla y a criarla como si fuera suya.

Le remordía la conciencia por haberse negado, temió que Olaf le impusiera a la niña a modo de castigo por no darle herederos. Lloró durante varias noches. No tardó en darse cuenta de que su marido jamás le castigaría de ese modo. Tras volver de recorrer sus tierras para asegurarse que Kraka había desaparecido, le demostró su alma compasiva cuando le contó la historia de la pequeña. Incluso le reveló su verdadera identidad. Hasta la propia Ragna lo desconocía. El pueblo conocía su promesa de venganza y los rumores del lobo que acudía en su ayuda. No tardaron en llamarla Loba Blanca, como hacían las supervivientes de la choza. Cuando no era fría e indescifrable, era tan arisca e indómita como una verdadera loba.

Después de eso, su corazón se impuso y la trató como a una hija. En

pocas semanas Ragna la aceptó como si fuera su madre, pues no parecía haber conocido la suya y rápidamente la quiso como tal.

Tras largos rituales y bailes en las noches de luna llena detuvo la maldición que pendía sobre sus cabezas. Los dioses le exigieron su fecundidad como gratificación por neutralizar esa amenaza sobre sus vidas y satisfecha por evitar una masacre, lo pagó. Ragna no era culpable de las tropelías de ese asesino, seguía sin recordar quién era.

Con ella, fue una niña tímida y cariñosa, al contrario que con Olaf. Lo persiguió sin descanso hasta que el hombre cedió y le enseñó a defenderse, a comportarse como un varón. Lejos de mejorar, lo importunaba cada vez más, convirtiéndose en su sombra. Cuánto más duro era, más rápido aprendía y más quería saber, desde tender emboscadas a luchar cuerpo a cuerpo. Estaba decidida a no volver a ser una víctima. No tardaron en gritarse y provocarse, algo que con el tiempo se fue agravando y que ya era habitual en los últimos años.

Aquella jovencita se exigía al máximo para ser la mejor. Exceptuando a comportarse como una mujer dulce y sumisa, como Ingunn pretendía. Debía enseñarle a llevar una casa, convencerla para que escogiera esposo. Aún opinaba que con los años tendría que haber olvidado la represalia o cómo máximo tendría que haberla delegado en un prometido o marido.

Aquella deslenguada no hacía ni una cosa ni otra. Cuando la conoció, decidió criarla con paciencia. Si bien sabía que sería complicada, nunca imaginó hasta que punto. Era contestona y muy terca con Olaf, solía llevarle la contraria por puro placer. Como guerrera no podía brindarle mayor satisfacción: era eficiente, rápida y letal. Su reputación de indómita ya era conocida. Su marido estaba encantado. Desde hacía años, Ragna controlaba con voluntad férrea a su protector mágico y pocos recordaban ya que podía invocarlo. Era una autentica doncella guerrera, tal y como prometió a las víctimas de Kraka.

Volvió al presente al ver que un desconocido se acercaba a Olaf con la mano en la empuñadura. Se agitó cuando Ragna, seguida de los gemelos, se situaron ante su marido. El desconocido captó la indirecta y continuó su camino con paso rápido. Los morados de su rostro, tenían la firma de su hija. Debía ser el hombre al que Ragna enseñó su lugar la noche anterior cuando intentó abordar a Olaf de la misma manera.

Nadie dudaba de su fidelidad por más que siempre estuvieran discutiendo.

La escena le recordó otra parecida de años atrás, cuando Ragna tendría unos doce inviernos. Unos vecinos cercanos estaban de paso por el poblado, aprovechando la época de caza y el intercambio de pieles, intentaron reducir a Olaf para apoderarse de las riquezas del pueblo. A pesar de ser flaca y larguirucha, Ragna fue la primera en llegar dónde estaba Olaf e interponerse en su camino. Ni siquiera Eric, que desconfiaba, llegó a tiempo para impedirlo.

Los asaltantes se echaron a reír, cuando uno intentó atacarla, la pequeña le hirió de gravedad. Se enfurecieron tanto que decidieron eliminarla. Durante un angustioso lapso temió por la vida de ambos, que luchaban espalda contra espalda, hasta que se frenó el motín. Olaf, podía no ser un Jarl pero ostentaba el poder suficiente para que quisieran arrebatárselo. Cuanto más poder y aliados tenía su marido, más enemigos ganaban. Por ese motivo, a lo largo de los años permitió que varios magos se instalaran en el pueblo y se ocupasen de la protección mágica de las armas y los alrededores.

Esa misma noche, estando en la cama, Olaf le contó que Ragna solo había matado a los que lo atacaron a él. Fue cuando supo que su niña daría la vida por Olaf sin importarle perder la suya a cambio. Eso la conmovió hasta lo más profundo; también la aterró. Era imprevisible en sus reacciones. El deber de protegerlo recaía en el hijo que no era capaz de engendrar y, sin embargo, esa salvaje a la que adoraba lo hacía de corazón.

Dejó de lado sus pensamientos cuando los gemelos se separaron y la saludaron con la cabeza. Estaban a escasos metros así que compuso el rostro y los miró con serenidad.

Notó que Ragna se paraba a observar a Kodran, el hijo de la antigua tabernera y se preguntó si lo recordaba. Esperaba que no, aunque a él jamás se le prohibió que volviera, era la primera vez que lo hacía. Los gemelos hablaban con su hija, por lo que quizá había averiguado su identidad. Sería mejor que no lo supiera. Era consciente del rencor que Hallbera provocaba en su hija, por lo que no toleraría que su hijo anduviera a sus anchas.

Cuando Ragna se lo proponía se convertía en la pesadilla de su enemigo. Que Ingunn fingiera no darse cuenta no significaba que no fuera consciente de su mal carácter.

—Hola, madre. —Ragna fue la primera en acercarse y darle un beso en la mejilla. —No estoy en condiciones para darte un abrazo, ¿verdad?

—Mejor no. Tienes ropas limpias en tus aposentos. —Contestó sonriendo para sí, sabiendo que protestaría cuando viera lo que le había dejado.

—Toma, esto es para ti. —Le entregó tres manzanas verdes y jugosas, sus preferidas, antes de salir corriendo.

Olaf no fue tan considerado y la abrazó dándole un beso apasionado. Por más que disfrutara navegando, le faltaba su suave mujercita a su lado, ella se encargaba de eso.

—Esa mocosa siempre hace que me retrase. —Rezongó dirigiéndose a sus propios aposentos con el brazo sobre sus hombros.

—No necesitabas salir de caza, apenas ayer salisteis del drakkar tras la travesía. —Respondió Ingunn con dulzura.

—Necesitaba montar un rato, mi caballo se estaba poniendo nervioso. Llevaba demasiado tiempo ocioso... —Protestó Olaf. —Además, quería asegurarme que Stsao estaba bien.

—Vamos, esposo, —respondió entre risas —no conseguirás convencerme que era el caballo quién necesitaba cabalgar y no tú. Llevabais días sin discutir y buscabas una excusa. Stsao está bien, no permitiré que le falte nada. Se negó a saber la lectura de entrañas que hice cuando abandonó en el bosque a la criatura de Kraka que parió. Eso la ayudó a sanar. Tras morir su abuelo, vive en esa cueva porque decidió ser una sacerdotisa del bosque. Te lo he repetido muchas veces. Esas desdichadas han encontrado la paz cada una a su manera. Solo nos falta Ragna.

Olaf gruñó a modo de respuesta. Ingunn esperaba que fuera su manera de apoyarla. A veces era demasiado parco para su gusto.

—¿Sobrevivió esa criatura?

—¿De verdad necesitas saberlo, esposo? —Olaf la miraba indeciso, no le gustaba intervenir en sus rituales pero cualquier cosa que tuviera que ver con Kraka, le obsesionaba. Era mejor cambiar de tema. —El que ha intentado hablarte, ¿es el mismo al que Ragna dio anoche una lección? —Quiso saber acercándole un balde con agua al verlo desvestirse.

—No sé cómo consigues enterarte de esas cosas.

—Hay una gran cantidad de chismosos deseosos de contarme vuestras aventuras y desventuras, querido.

—Imagino.

—¿Era él? —Volvió a preguntarle.

—Sí, mujer, era él. Quiso acercarse a mí llevando un arma en la mano, mi muchacha se lo tomó como una ofensa. Le enseñó a respetarme. —Olaf sonreía.

—Eso pensé. Veo que vuelve a ser tu muchacha... ¿Acaso has ganado la

última discusión?

—Por supuesto. Qué le enseñe su lugar no significa que tarde demasiado en replicarme. —Comentó aceptando el paño que le tendía.

—¿Porque era esta vez?

Rompió en carcajadas dejándola intrigada. No dejaba de reírse mientras se quitaba la ropa. Iba a preguntárselo de nuevo cuando unos golpes en la puerta la interrumpieron. Entreabrió un poco, sin hacer caso a la desnudez de su esposo.

Ragna estaba delante de su puerta con expresión contrita y algo exasperada, una curiosa mezcla para alguien que no tenía problemas en expresar lo que pensaba a cualquiera que no fuera Ingunn. Aún no se había aseado y llevaba las ropas que le había dejado sobre su lecho en los brazos.

—Madre, ¿dónde están mis ropas? —Le preguntó con voz baja.

—Son esas, Ragna

—Son ropas de mujer...

—Sí, lo son. A partir de ahora cuando te sientes a comer, quiero que vistas como te corresponde.

—Soy un guerrero, ¡no puedo estar siempre cambiándome! —Exclamó Ragna. —Soy una skjaldmö.

—Sé lo que eres. Es hora que tú lo recuerdes. Cuando estés conmigo no solo te comportarás como una doncella sino que vestirás como tal. Te verás hermosa.

—No necesito verme hermosa, soy una guerrera.

—Esas son tus ropas.

Ingunn la observó largo tiempo, casi podía saber que pasaba por la cabeza de su hija. Odiaba verse como una mujer, lo consideraba una debilidad pero ella, como madre, había tomado una decisión y pensaba llevarla a cabo. No tenía otra alternativa.

—Sí, madre. —La voz de Ragna era ronca y tensa, obligada.

Ingunn sabía lo mucho que le costaba acceder a su orden, si hubiera sido Olaf quién se lo dijera, tras horas discutiendo, al final, Ragna saldría ganadora. Era un lujo que no se podía permitir.

Cerrando la puerta observó a su marido que la miraba sonriente.

—¿Accedió?

—Sí. —Le respondió muy orgullosa. —Es una hija muy obediente. —Ignoró el bufido. —Dime, esposo, ¿qué ha sucedido con lo que hablamos respecto a su futuro?

Olaf se tensó al oírla, seguía oponiéndose a su plan. A menudo solía despotricar sobre Ragna y su carácter, se quejaba de criarla como una hija, que lo único que hacía bien era ser guerrera. Ingunn sabía que la quería como si llevara su propia sangre, jamás hubiera aguantado sus bravatas si no fuera así. No malgastaría su tiempo instruyéndola como Skjaldmö, una doncella guerrera, ni como jefa de un clan. Pobre del que se atreviera a mirarla más de lo debido.

—Los Gerhardsen han aceptado. Mandaré a buscarlos con la excusa de que no conocen nuestras tierras. No me fío de Thorvald. Sigue sin gustarme esto, Ingunn.

—Ni a mí. Pensé que con el tiempo, olvidaría lo sucedido y tú te encargarías de Kraka, cosa que te ha sido imposible porque ha desaparecido. Ragna no lo olvida, solo vive para acabar con él. Es demasiado joven y bonita. Debería estar prometida o casada y con hijos. Intimida a cualquiera que pretenda raptarla o proponerle matrimonio.

—Sé que estas preocupada. —Olaf la abrazó. —Quieres lo mejor para esa deslenguada. Te advertí que iba a ser así. El día que la saqué de la maldita cabaña, supe que no cejaría en el empeño. Lo pude ver en sus ojos. Nació para ser una Skjaldmö, no una esposa sumisa. Es una líder.

—Me lo dijiste. —Murmuró acurrucándose en sus brazos.

—Cada fibra de su ser rezumaba el orgullo y el valor de los Haardrard. ¿Sabes que le cambiaron el nombre al poco de nacer y la llamaron Ragna, en honor a su antepasado Ragnar Calzas Peludas? Demostró una terquedad y unos pulmones, dignos de su estirpe. Lo averigüé en el último viaje, cuando encontré un mercenario que la buscaba. Sigue tras ella aunque ahora se esconda.

—No lo sabía. —Contestó con lágrimas en los ojos. —¿Cuándo va a dejarla en paz? ¡Que de la cara para que podamos terminar con esto! Tantos años a la espera me está volviendo loca. Esta madrugada supe algo que jamás nos dijo antes, Olaf, es por eso que estoy tan decidida a ayudarla. Debe casarse. Solo así podemos protegerla, ya tenemos una edad que...

—¿Qué pudo contarte para que te afectara tanto? —Preguntó moviéndola para poder mirarle a los ojos. Ingunn no moriría antes que él, se prometió. —¿Acaso sabes de qué reliquia es la guardiana o en qué consiste? ¿Descubriste el poder que tanto ansía ese asesino? ¿Para que la necesita? ¿Ha recordado quién es?

—No, no se nada de eso. No lo sabe. Creo que ni siquiera lo recuerda de

manera consciente.

—¿Qué te contó?

—Oh, no me lo dijo, volvía a hablar en sueños. —Se frotó los ojos cansada. —Lo vio. Estaba con su hermana cuando Kraka llegó. Lo conocían, era *amigo* de su padre. Sospechaban que era un traidor, lo culpaban por la muerte de su padre, por lo que Arndis le ordenó a esconderse y Ragna corrió a esconderse bajo el aparador del salón. Estaba delante cuando Kraka dio por sentado que se casaría con él, como Arndis se negó.... —Se apretó contra su cuerpo sin poder mirarlo. —Ese asesino la golpeó sin decir palabra hasta que la desfiguró. Ya moribunda le rogó a su hermana pequeña que huyera. La mató a golpes ante sus ojos. Sin saber que estaba allí, ordenó que fueran a buscarla esperando que fuera más colaboradora. Le daba igual con cual se casaba, solo quería poseerlas para obtener la cooperación del pueblo. Tan solo quería las riquezas y el poder que custodian.

—¿Por qué no me lo contaste? —Bramó enfadado. Ingunn no sabía si su furia iba dirigida a Ragna por no recordarlo o hacia el maldito asesino.

—Estabas dormido. Me levanté a beber y Ragna estaba en el comedor, acurrucada en tu silla abrazada a su lobo. Las lágrimas le corrían las mejillas mientras temblaba. Tuve que obligarla a que me lo contara, estaba dormida, parecía tan despierta, tan desdichada. Quise contártelo hoy, cuando fui a buscarte ya te habías marchado.

—¡Maldición! —Barbotó el hombre. —¿Cómo consiguió escapar?

—Una de las criadas arriesgó su vida para sacarla de la casa. No pudo salir del pueblo porque los seguidores de Kraka la vieron, por miedo a que la siguieran, la ayudó a escapar. Le proporcionó algo de comida y un cuchillo, le indicó como alejarse.

—No pudo haber llegado hasta aquí sola...

—Pasó varios días caminando, ocultándose, hasta que finalmente el hambre hizo que se desmayara. Cuando despertó ya estaba aquí y en manos de Hallbera. Dudo que estando despierta, recuerde nada de lo que me contó. Ver a su hermana morir la dejó traumatizada.

—Ha sufrido demasiado por culpa de ese monstruo. —Aseguró Olaf. — La cuidaremos, no te preocupes. No permitiré que la lastime nunca más.

Se separó y se encaminó hacia la puerta, dejándola para que secara sus lágrimas y recompusiera su aspecto.

—Haré lo que haga falta para protegerla, llevo años haciéndolo. — Contestó el hombre. —¿Acaso crees que me gusta enviarla de un lado a otro?

Odia los Drakkars, navega porque yo se lo ordeno. Aunque obedezca a regañadientes no soporta el encierro, detesta el mar. Seguiré manteniéndola alejada de Kraka y Elkcatcher. Aunque éste último no parece tener mucho interés en nosotros.

—No dudo que la protegerás. Ahora dime, ¿encontrasteis alguna pista del paradero de mi hermana?

—No. Solo sabemos que hay supervivientes, los localizaremos. Desde que se dejó raptar hace tantos años y renegó de vuestra sangre como Hijas de Máni está destinada a la muerte, Ingunn.

—Lo sé. —Suspiró. —Me duele reconocerlo, aún así, no pierdo la esperanza. Es mi sangre.

—Eso mismo siente mi muchacha por su hermana, la sangre tira.

—¿Qué me ocultas?

—¿Dudas de mi, esposa?

—Aún no me has dicho porque discutisteis esta vez. —Intentando cambiar de tema, pues la desaparición de Nessa seguía siendo un tema doloroso a pesar de los años transcurridos, a Ingunn le pareció ver una sombra por debajo de la puerta que desapareció con tanta rapidez como había aparecido. Sería alguna criada pasando por el pasillo.

Olaf la miró con una mueca, consintiendo el cambio de conversación y por el brillo travieso de sus ojos sabía que su contestación no iba a gustarle demasiado.

—Pues por saber a cuál de los dos le daba más miedo enfadarte. — Estalló en carcajadas saliendo al comedor.

No era fácil infundir temor a dos guerreros tan tercos, mucho menos sin empuñar un arma, se dijo la mujer con una risita orgullosa.

CAPITULO 6

El estado del poblado y sus gentes no mejoró el humor de Ragna. Era evidente que el invierno los había tratado muy mal, aunque no se trababa solo de eso, se veía en el estado de las casas y los sembrados. Era simple dejadez por parte de su señor. Qué lamentable era verlos así siendo un clan fuerte y poderoso.

El semblante de Ragna se oscureció. Un pueblo prospero podía desaparecer en manos de un líder incapaz. Por las huellas, era evidente que un Sraitch se cebaba con el pueblo. Odiaba aquellas abominaciones, parecían gigantes corpulentos vestidos con andrajos y pieles. Su tercer brazo, el más peligroso, salía de la espalda. Su boca, ancha y babeante, poseía una hilera de dientes dispares. Un ser horrendo de ojos y nariz diminutos.

Se divertían destrozando poblados por las noches y robando niños, con frecuencia se colocaban protecciones mágicas para repelerlos. Los amuletos y las reliquias ayudaban a...

No, no quería pensar en eso.

Ajena a las miradas que atraía a su paso paseaba nerviosa por la estancia. La hospitalidad de los Gerhardsen era una atrocidad. Seguían encerrados tras conducirlos al interior sin ofrecerles ni alimentos ni bebidas, sin decirles por cuánto tiempo más tendrían que esperar.

Esa ofensa era imperdonable. El insulto a Olaf demasiado grande. Ardía en deseos de destripar al imbécil que se atrevía a tratarlos así. Su señor se lo merecía por traidor, por conspirador, por... por ser su padre. Uno terco y obstinado.

La rabia obscena que sentía al pensar en Kraka se entremezclaba con el profundo respeto y lealtad que profesaba a Olaf. Sentimientos encontrados que la dividían. Detuvo su paso nervioso y miró a los gemelos que discutían. Ivar, su segundo, estaba exasperado, mientras Jon, el más joven, no dejaba de reírse. Gruñó al recordar lo sucedido unas noches antes.

Jon se acercó a su mesa. Al ser un mozalbete era el más deseoso en demostrar su valía. Por eso, Ragna lo envió durante lunas a seguir la pista de Kraka mucho antes que el hielo impidiera navegar a los Drakkars y Olaf los alejara de nuevo del hogar.

—¿Qué noticias tienes?

—Esta vez he dado con algo sólido, Ragna. Encontré un anciano casi moribundo, que me dijo, que un cuervo había matado a su nieta. Era quien lo cuidaba, sin ella, Hela se lo estaba llevando. Lo acerqué al poblado más cercano donde se hicieron cargo, aunque no creo que le quede mucho tiempo.

—Es el estilo de Stymir... estoy segura. ¿Sabes hacia dónde fue?

—Esta vez lo sé, partió hacia el este. Una de las mujeres me lo contó. Kraka pasó por su pueblo media luna atrás, no lo conocía pero sí los rumores del forastero que se dedicaba a asesinar jóvenes. Fue su hijo quién lo oyó hablando con alguien llamado Thorall...

—¡¡Por los colmillos sangrantes de Sköll!! ¡Ese mal nacido sigue vivo!
—Ante su estallido respiró profundo. —¿Qué es lo que lo ha sacado de su escondite? En los últimos años enviaba a otros a buscarle las chicas. ¿Quién te lo ha contado? ¿Es de fiar?

—El crío estaba escondido en la parte de atrás de una despensa y los oyó hablar. Uno ordenó volver al hogar, que tomaran dirección este, que atravesarían antes las montañas. El tiempo se acababa, necesitaban acceder al poder lo antes posible.

—Lo que significa que su poblado o campamento estará tras las montañas, al sur de aquí. Bien hecho, Jon. Se ha estado burlando de mí, es hora de cumplir mi promesa de una vez. Sigue pensando que puedo darle esa maldita reliquia que busca.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tengo que pensarlo, después os lo comunicaré.

—Ragna, tú y tus hombres debéis ir a las tierras Gerhardsen, a Sundalsora. Partiréis mañana. Han aceptado venir para una posible alianza. Como muestra de buena voluntad vosotros seréis sus guías. —Cuando vio que iba a protestar Olaf añadió: —Es una orden.

No le quedó otra alternativa que aceptar a regañadientes.

—Sí, señor. —Odiaba tener que pronunciar su conformidad.

—Tú y los tuyos saldréis antes del amanecer. Por vuestro bien espero que sepáis comportaros. —Agregó fingiendo no notar sus miradas agraviadas. —No hundáis mi nombre en el lodo o lo pagaréis muy caro. Estas hermosa esta noche, te sientan bien esas ropas de mujer, quizá debería hacerte ir así. —La acicateó ignorando su gruñido furioso.

Apretó los puños con rabia. Ragna sabía porque lo hacía, no era estúpida. Olaf era demasiado protector, siempre conseguía apartarla del rastro de Kraka, interponiendo su lealtad a su venganza. En realidad no lo culpaba, si

era verdad que el nigromante lo apoyaba, la obsesión de Olaf de conseguir más aliados era la actitud más sensata.

No hacía más que fortalecerse, ganarse la lealtad de magos e intentar adquirir varias águilas gigantes de combate. El nigromante parecía ser muy permisivo con las idas y venidas de su pupilo, incluso toleraba sus conspiraciones. Si ella caía en manos de Kraka, con un poco de suerte Ragna moriría al ser incapaz de darle la reliquia de poder que ansiaba. ¿Pero y si no era así? ¿Y si su linaje le proporcionaba acceso a lo que Kraka llevaba años buscando?

Su sangre era un problema. Por no hablar de su maldito rostro. Si los malos recuerdos no estuvieran tan vivos, se habría rajado la cara para que dejaran de mirarla. La belleza de Arndis no la salvó, solo era un medio para conseguir un esposo que la protegiera. Cuando se miraba en las aguas mansas del río veía a Arndis en sus rasgos. Era por ese aspecto por lo que Ingunn estaba segura que conseguiría casarla. Su madre opinaba que era su mejor baza, su arma femenina más poderosa, no entendía que lo viera como una debilidad.

¿Entregarse a un hombre? ¿Por voluntad propia? ¡Ni que se lo ordenara el gran Odín!

La idea de someterse a los caprichos de un esposo le erizaba la piel de la nuca y la boca se le llenaba del regusto de la bilis. Aún la atormentaban las pesadillas de lo sucedido en aquella cabaña. Entonces era una niña y Kraka prefería las adolescentes, ahora ella ya era adulta. Que Kraka la violara no era nada comparado con lo que Elkcatcher le haría si descubría su existencia. Se rumoreaba que buscaba esposa para tener descendencia legítima, esa abominación no tardaría en arrastrarla a la locura si la escogía. Al nigromante nada le gustaría más que matarla para resucitarla a su antojo.

Volvió a mirar al exterior, pensar en eso le enfermaba. Una cosa era que Olaf la moviera de un lugar a otro para que los espías de Kraka no la localizaran hasta que tuvieran la certeza de derrotarlo, otra muy distinta era como podrían enfrentarse al nigromante si este decidía inmiscuirse en las obsesiones de su súbdito. Daba igual su linaje o quién fuera ella, muchas vidas dependían de los Durs y sus secretos. Resopló, no era bueno que le diera vueltas a temas que no podía ni se veía capaz de solucionar.

Observó el mal estado de alguna de las cabañas, algunas de las maderas que cubrían los tejados estaban podridas y mohosas, las paredes mostraban claros signos de indolencia. En esas condiciones era normal que los alimentos

se estropearan y que la salud del pueblo fuera tan precaria cuando el frío llegaba.

Se veían corretear duendecillos dentados entre las grietas, anidarían en el interior de las casas, devorando lo que encontraran a su paso.

Aunque estaba educada para pensar en la guerra, no podía evitar sentirse culpable por el mal estado de esa gente. Desde luego Thorvarld Gerhardsen estaba tan concentrado en conseguir nuevas tierras que no se sentía responsable de la salud y felicidad de sus aldeanos.

Era increíble que su gente se conformara con un mísero techo sobre su cabeza, algo para llevarse a la boca y un señor que los defendiera. Para Ragna eso era insuficiente, aspiraba a poder darles algo mejor a los suyos cuando formara su propio clan tras su venganza.

A pesar que las cabañas estaban algo destartaladas, hervían de vida. Las jóvenes cumplían con sus quehaceres con una gran sonrisa, muy pulcras y luciendo sus mejores peinetas, entre ellas una muy hermosa y bien acicalada con aires de futura señora. Las más mayores curtían pieles, preparaban con antelación la próxima comida y sobretodo, vigilaban que los imberbes no se acercaran demasiado a las últimas reservas de hidromiel que les quedaban.

Los luchadores más curtidos entrenaban alejados de la muchedumbre. no se escondían a la hora de observar a las mozas del pueblo. Los esclavos corrían de un lado a otro cumpliendo con las órdenes de sus amos, integrados por completo en el barullo. Eran los que tenían peor aspecto.

Ragna reconocía de mala gana que le gustaba ver movimiento y tantas caras satisfechas, aunque le desagradaba la manera de proceder de Thorvarld, parecían dichosos con lo que les proporcionaba.

Las voces tras las puertas llamaron su atención, alguien exponía lo perjudicial que sería que Durs se tomara aquello como una ofensa.

—... el invierno ha sido demasiado duro y frío para nuestros guerreros, están flacos y débiles.

—¿Tú qué crees Fingar?

—Este invierno hemos sido muy castigados, mi señor, aunque no hemos pasado hambre sí ha habido escasez de ciertos alimentos. Algunas alimañas no nos han dado tregua. Los guerreros están debilitados. El chico tiene razón, es una mala época para enemistarse con Durs.

—Padre, cuanto más tardemos en atenderlos, más pueden ofenderse y poner en contra nuestra a su señor. ¿Qué más da a quién enviara a por nosotros en lugar de esperar a que llegáramos? Durs es conocido por ser intempestivo y

quizá nos pone a prueba. —Dijo el hombre más joven con tirantez. —
Accediste a una alianza.

Las puertas se abrieron con rapidez, varios criados los escoltaron al gran comedor. Dos grandes sillas, muy elaboradas y cubiertas de pieles ocupaban el centro de la tribuna, el resto del gran comedor estaba ocupado con gruesas mesas y bancos para dar cabida al pueblo. Apestaba a humanidad, cerveza rancia y carne en descomposición. Ragna arrugó la nariz con desagrado.

Dos hombres ocupaban los asientos, padre e hijo, a la izquierda del hombre mayor había otro, el segundo. Se distinguían del resto por su opulencia.

Ragna los aborreció nada más verlos pues primero la miraron con incredulidad, luego apareció la lascivia. Mientras la furia aparecía en el rostro del líder, el hijo se retrajo.

La expresión de Thorvarld decía que la metería en su lecho para demostrarle lo que significaba ser una mujer, que para él, las Skjaldmö eran una molestia. Una basura. Ese maldito no dudaría en violarla ante sus propios hombres si se lo permitía. Tenía que terminar con eso antes que sus deseos carnales los pusieran en peligro. Lo viera Ingunn como lo viera, su maldita cara era un gran problema.

—Soy Thorvarld, éste es mi hijo Gunnar. —Bramó con voz candente el señor del pueblo.

—¿Los locos que hacen esperar una misiva de Olaf Durs? —Preguntó a su vez Ragna con un matiz ronco lleno de furia nada reprimida. —¿Acaso no lo respetáis?

—Nadie te ha dado permiso para hablar, mujer. —El tono de Thorvarld fue cortante.

—No lo necesito. Vengo en nombre de Olaf Durs. Mi voz es la suya. Lo que represente una ofensa para él, por los huesos de SKöll que será justamente vengado.

—¿Quién te crees para hablarme así? —La voz de Thorvarld estaba cargada de desprecio.

—Ya lo he dicho, soy la portavoz de Olaf Durs. —Repitió con frialdad. —Mi nombre es...

—Te das cuenta, hijo, al aceptar esa propuesta han creído que pueden insultarnos, mandándonos a una zorra y a unos imberbes.

—Quizá tengas razón, padre. Aunque creo que deberíamos averiguar...

—Tu lugar es bajo el peso de un hombre. —Thorvarld la miraba con

lascivia mal disimulada.

Apretó las manos para poder controlarse, muy consciente de que sus compañeros la imitarían en su reacción. No era tan tonta como para dejarse enfadar por las ideas de ese imbécil. Solo unos inexpertos o inútiles podían seguir a una zorrita con aspiraciones a valquiria. Ragna veía en su gesto que eran indignos para ser su escolta, pensaba que Olaf los insultaba. Contuvo las ganas de lanzar su lobo contra sus cuellos.

—Tranquila, desconocen tu nombre, no saben de qué eres capaz. —Dijo Ivar, su mano derecha.

Exhaló el aire que retenía y asintió, al instante se dio la vuelta para encaminarse al exterior.

—¿A dónde crees que vas? —Preguntó Gunnar sin levantar la voz.

Posó sus ojos en el hijo, sin ocultar su profundo desprecio, levantó la cabeza con dignidad.

—¿A dónde voy a ir? A informar a mi señor que su hospitalidad ha sido rechazada y denigrada. Que habéis tomado su propuesta como un insulto y despreciado su honor. Por Sköll que voy a transmitirle vuestra decisión: que estamos en guerra.

Sin decir más salió por la puerta. Los hombres del clan aliado no se atrevieron a moverse hasta que cruzó el umbral. Después empezaron a vociferar todos a la vez. Ragna imaginaba que Thorvarld los maldecía, a ella y sus hombres, pues se esperaba que la dejaran sola.

Ragna no amenazaba en vano. Pagarían caro hacerle perder el rastro de Kraka solo para insultarlos de esa manera. Por mas furiosa que estuviera con su padre por aquella sucia maniobra, no toleraría que lo humillaran.

Gunnar abogaba por la razón e intentaba convencer al padre de acompañarlos, de no insultar a Olaf, aunque no le gustaba para nada el tono que usaba al mencionarla. Al menos uno de esos dos imbéciles pensaba en su pueblo.

Era increíble la cantidad de habitantes que se cruzaron en su camino sin que ninguno se opusiera a su partida. Parecían muy acostumbrados a los desacuerdos del padre y el hijo. Por más que ella discutiera con Olaf, la palabra del jefe era ley.

Se sorprendió cuando Gunnar apareció mientras disponía su caballo para partir, era rápido y silencioso. Continuó preparando su montura hasta que él apoyó una mano sobre el animal.

—Hemos decidido ir con vosotros, mujer.

—No hace falta. —Contestó.
—Fuimos invitados e iremos. —Respondió él enfadado.
—¿Para qué queréis ir? ¡Ya decidisteis que Olaf os ha insultado! —Se giró perdiendo la paciencia.
—Nos tomó por sorpresa, no esperábamos escolta.
La tos de Ivar impidió que contestara como quería.
—Olaf ordenó que os guiáramos como muestra de buena voluntad. —Le recordó su amigo.
—Está bien. Tienes razón, Ivar. —Contestó entre dientes.
—Partiremos mañana.
—Podemos salir hoy.
—Mis hombres tienen que prepararse.
—¿Hombres? —Se mofó Ragna. —¿Acaso necesitáis protección de una zorrita y sus hombres?
—Está bien, está bien. Nos lo merecemos. Nuestros guerreros nos seguirán mañana. —Gunnar le observaba, pendiente de su reacción. Ivar arqueó la ceja.
—Solo si partimos de inmediato. —Sus palabras fueron tensas y muy decididas.
—No hace falta salir tan rápido. —Protestó Gunnar.
—Ya hemos probado vuestra hospitalidad, Gerhardsen. No estoy dispuesta a soportarla más. O salimos ahora o nos vamos solos.
—Pero...
—Tengo órdenes de llevaros, solo por eso voy a intentarlo una vez más. No voy a perder más tiempo. —Matizó antes de girarse y seguir atendiendo a su caballo.
Lo oyó gruñir antes de entrar al interior.
Con un poco de suerte, su padre se negaría y tendría la oportunidad de matar a esos dos presuntuosos.
Después iría tras Kraka. Cuando diera con él, que Sköll se apiadara de su alma, ella no pensaba hacerlo.

Cabalgaba al frente del reducido grupo en terco silencio. Hacía mucho tiempo que sus hombres aprendieron a no contradecirla en ese estado de ánimo. Montada sobre su caballo, adiestrado por Olaf para ella, ignoraba a los

Gerhardsen. Para evitar disputas no les hablaba, el rencor aun la dominaba y no se sentía muy capaz de lidiar sin la necesidad de mandarlos a la otra vida. Solo tenía que mirar a Thorvarld para ver su desdén y su deseo.

A su derecha estaba Ivar, alto y robusto, con sus profundos ojos verdes y larga melena rubia sujeta en varias trenzas. Terco y seco, era muy inteligente y decidido, le gustaba esa cualidad. A menudo solía sosegarla cuando su carácter se descontrolaba. Aunque no podían ser más diferentes se decía que descendía del propio Ivar, el hijo más brutal de Ragnar Lodbrok. Algo insólito pues Olaf decía que ella descendía del propio Ragnar, de ahí su nombre.

Kart y Ketill iban detrás de los invitados, sus más fieles seguidores desde que los venció en una pelea al poco de ser liberada. Jamás le molestó que Kart tuviera problemas al hablar, tras la cuchillada que casi lo mató en su adolescencia, tampoco le influían los sueños de grandeza de Ketill. Con frecuencia, su habilidad para buscar problemas, le era útil creando distracciones.

A su mano izquierda estaba Jon, alocado y lleno de vida, de tez y ojos oscuros que recordaban su descendencia de esclavos celtas.

En medio, los Gerhardsen, los pomposos señores de las tierras que atravesaban. Thorvarld era jefe de Sunndalsora, considerado un poblado muy próspero, situado en lo alto de unas hermosas colinas. Gunnar, su digno heredero, denotaba confianza en cada uno de sus movimientos, muy seguro del puesto que ocupaba en la vida.

Eran altos y rubios, iguales a simple vista, sin embargo Thorvarld era un hombre delgado en comparación a su fornido heredero. Tampoco sus ojos eran los mismos, si bien los dos los tenían azules, los de Gunnar poseían un tono más oscuro y llamativo. Vestían lujosas túnicas que armonizaban con sus cotas de guerra de pieles curtidas y sus grandes abrigos, demasiado aparatosos.

Ragna era consciente del profundo rencor que sentía. Claro que eso tenía mucho que ver con el desprecio que habían demostrado hacia su condición de guerrera, a las insinuaciones sexuales nada veladas de Thorvarld. Dos días perdidos con su nula hospitalidad antes de recibirlos para insultarlos y despreciarlos.

Ni los Gerhardsen querían su compañía ni ellos custodiarlos. En la única cosa que coincidía era, que ninguno estaba dispuesto a contradecir a Olaf. Era temido por su volátil temperamento.

Aunque disfrutaba de su incredulidad cuando algunos aldeanos y guerreros con los que se cruzaban le demostraban a ella su respeto. ¿Cómo

iban a pensar esos pomposos que disfrutaba de la misma reputación que Olaf?

El enfado bastaba para que no disfrutara de los paisajes que la rodeaban. Los grandes bosques estaban volviendo a la vida con la misma rapidez que la nieve se derretía y los ríos despertaban de su encierro helado. Olía a flores y plantas jóvenes, pronto empezarían a recolectar y sería la época de caza. A Ragna le entusiasmaba esa estación. Ingunn prepararía sus tortas dulces y sus guisados de venado, los ancianos prepararían aquavit, el sabroso aguardiente a base de patatas y comino.

Al pensar en su madre, también lo hizo en Olaf ya sabía que mimaba a su mujer de una manera vergonzosa, si bien en presencia de otros Ingunn se mostraba sumisa y dócil, cuando estaban a solas podía ser muy difícil. Te hacía sentir su desagrado, hasta que te redimías.

Cuando Olaf la llevó a su casa, a Ingunn no le gustó demasiado, pero tras una larga charla con su marido la acogió sin problemas. La había tratado como una verdadera madre, siempre velando por ella e intentando convertirla en una buena esposa. Era un desafío comportarse como una sumisa doncella como quería, su sola presencia la inducía a intentarlo con sorprendente facilidad. Era su manera de protegerla.

Jamás la culpó por haber perdido su fertilidad como pago para liberarlos de la maldición de Kraka. Ragna no se lo perdonaba, de no estar en Rindal sin memoria, el asesino no hubiera matado y torturado a esas chicas ni su madre había pagado ese precio. Era otra afrenta que haría pagar a Stymir Kraka.

Su padre no era el único que la mimaba. Ella también disfrutaba mucho viendo su rostro resplandeciente al entregarle alguna que otra chuchería adquirida en sus saqueos. Nada era suficiente para gratificarle el cariño y atención que le dedicaba. Conocía la historia del bebé muerto de los Durs, al principio pensó que solo se encargaban de ella porque tenía la edad aproximada que tendría su hija. Muy pronto le demostraron que se equivocaba, que la respetaban por ser quién era, sin importar no ser bendecidos con otro hijo. Jamás les había dado un motivo para que se arrepintieran de criarla, a pesar de las continuas peleas que tenía con Olaf.

Volvió a enfadarse. De nuevo la enviaba a una larga misión tras encontrar una pista de su enemigo. No era la primera vez, cada vez que encontraba un rastro firme que le llevaría hasta el asesino de Arndis, la enviaba lejos y tenía la certeza que lo hacía a conciencia. Esta vez no se encontraba dentro de un maldito Drakkar navegando hacia algún lugar inhóspito para comerciar.

Odiaba esas embarcaciones y Olaf lo sabía.

Era adulta, una guerrera respetada por su generación. Que Olaf estuviera orgulloso no significaba que permitiera que se cruzara en el camino de Kraka, no sin tener garantías que lo mataría. Era prioritario que Elkcatcher no se enterara del poder de la reliquia. Solo tendría una oportunidad para vengarse, una oportunidad para proteger a su pueblo, a su familia.

Ingunn había logrado convencerlo. En su afán de protegerla, la casarían. Se lo escuchó decir a hurtadillas antes de partir, después de ordenarle que vistiera como una mujer en su presencia. Le ocultaban quién era, y eso, le dolía. Esa rabia la envenenaba. No recordaba quién era, ni que reliquia debía proteger, no recordaba ninguna de las personas de su niñez. Los Durs era lo único que tenía.

Ragna reconocía, aunque solo para sí, que a pesar de su determinación en vengar a Arndis, anhelaba tener un hogar propio si conseguía sobrevivir. Quizá debía replantearse el aceptar la proposición de matrimonio de su viejo amigo Harald. No, era tiempo de cumplir con su destino. Era su deber, su venganza. Las órdenes de Olaf siempre se interponían en su camino. Sus anhelos tendrían que esperar. Los muertos clamaban por su descanso.

Aplacó sus ganas de provocar a Olaf. Su ira era mucho menor a la que sentiría él si les pasaba algo a sus invitados. Le disgustaba no saber si estaba más furiosa con su padre por obligarla a ir, por sus secretos o con los Gerhardsen por insultarlo y tratarla a ella como una vulgar mujerzuela. Frustrada, reprimió su mal humor.

Tendría que hacer las cosas como hasta ahora, paso a paso, siempre encaminada a cumplir sus promesas.

CAPITULO 7

En definitiva, Ragna no era una muchacha común y corriente, pensó Ivar. Nada de miradas lánguidas a los Gerhardsen, ni por su apostura ni por su rango. Conociéndola, les tendría ojeriza solo por ser la causa que la apartaba de Kraka, no se fijaría en su gallardía.

No descartaba que quisiera destriparlos. Tampoco se percataba de sus miradas cargadas de deseo. Su señora no tenía ni idea de cuán apetecible era. O quizá sí. Su estallido bien podría ser una maniobra para desviar su atención sobre su condición femenina, la enfurecía que la encontraran hermosa. Para ella, era una debilidad que la desquiciaba.

Le divertía la relación de los Gerhardsen. Thorvarld era un idiota pomposo que se creía por encima del resto, mientras su hijo parecía tener los pies en la tierra la mayor parte del tiempo. Era el que intercedía a favor de su pueblo. Era absurdo que Thorvarld no le hablara. El rostro resignado de Gunnar revelaba que estaba acostumbrado a esa actitud infantil.

Después de reaccionar con rapidez al estallido de Ragna partieron dejando a Fingar, la mano derecha del jefe, al cargo. Thorvarld viajaba furioso, silencioso y muy digno. Se preguntaba si Gunnar sabía hacia donde se dirigía su irritación. Si por él, al tomar decisiones rápidas o por Olaf y su creencia de que necesitarían a unos jovencuelos de protectores.

Al estúpido ni se le ocurría pensar más allá de su ego.

No dudaba que darían media vuelta si sus escoltas demostraban ser unos incompetentes, tampoco descartaba que intentaran llevarlos con Hela o que Gerdhardsen decidiera someter a Ragna. Se alegró de demostrarles que quizá no eran tan inútiles como pensaban, tras los tres intentos de asalto sufridos antes de llegar a las tierras de los Durs. Saboreó su humillación cuando fueron atacados dentro de sus propias tierras, demostrando la hambruna que sufrían. Estaban tan desesperados que ya no distinguían amigos de enemigos. No les importaba enfrentarse a su propio señor.

En el primer ataque, los gemelos actuaron apartando la espada que apuntaba al pecho de Ragna. En el segundo, Jon y él fueron quienes se encargaron de herir a muerte a sus atacantes. En ambos casos, Ragna ni se movió. ¿Creerían aquellos palurdos que estaba tan asustada que el miedo le impedía moverse?

Necios.

En caso de pensarlo, tuvieron que cambiar de opinión cuando los atacaron por tercera vez. En ese intento, cuatro hombres los rodearon, Ragna lanzó su daga al cuello del asaltante que amenazaba a los Gerhardsen; antes de lanzarse contra el jefe para atravesarlo en dos movimientos. El resto dio cuenta de los otros forajidos que, sorprendidos por el rápido ataque, no opusieron resistencia. Los entendía, la desesperación por alimentar a sus hijos los envalentonaba, aun así no se permitió tenerles compasión cuando Ragna ordenó dejar a los moribundos atados a los árboles para los carroñeros.

Un adversario derrotado y furioso no volvía para atacar de frente, atacaba por la espalda. Las órdenes de Olaf eran claras: no quería enemigos derrotados, los quería muertos y desmembrados. No era cuestión de que Elkcatcher decidiera aparecer para devolverle la vida.

El viaje era largo, esos dos idiotas averiguarían si eran tan capaces como creía Olaf o era fruto de la casualidad.

—Ragna, se avecina una tormenta primaveral. —Le dijo. —No conseguiremos traspasar estas tierras antes de que oscurezca.

—Busquemos refugio antes que esas nubes negras nos alcancen. —Contestó contrariada. —Kart, ve a inspeccionar el terreno. —El joven desmontó entregando las riendas a su hermano, perdiéndose en el bosque con rapidez. —Señores, hay que resguardarse del aguacero. —Hizo una pausa mientras los interrogaba con la mirada. —A no ser que quieran mojarse.

Vio como Gunnar acicateó con la mirada a su padre.

—¿Y bien?

—Acamparemos. —Contestó Thorvarld.

Le intrigó que el hijo apretara los labios cuando vio al gemelo sonreír. Ragna puso los ojos en blanco. Gunnar entendía que los demás no toleraran la parsimonia de su padre. Otro, hubiese desenvainado su espada. La mismísima Ragna, lo haría.

A lo lejos sonó un silbido agudo, que hizo que Ragna los pusiera rumbo a esa dirección sin mediar palabra.

¿Por qué el joven Gerhardsen parecía a punto de sonreír desde que Ragna había hecho patente su enfado por la tardía respuesta de su padre? A Ivar esa actitud le parecía prometedora.

Cruzaron el bosque, guiados por el tenue sonido del silbido de Kart, el cielo seguía tiñéndose de gris oscuro y creaba siniestras sombras en los árboles. Acampar era lo más prudente en aquella estación del año tan

caprichosa, cuando las lluvias torrenciales aparecían sin previo aviso. Ivar sabía que estaban ansiosos por desdeñar el lugar que escogieran pero tuvieron que guardarse sus agrias palabras. Era evidente que Gunnar hubiese escogido el mismo lugar de inspeccionar él la zona.

Era una cueva situada en la parte alta de una colina, donde si llovía demasiado no serían alcanzados por los torrentes, y de ser atacados, verían llegar a sus oponentes. Incluso tenía una pequeña abertura al final de la gruta, que atravesaba la colina y facilitaba la escapada. En el empedrado terreno pasaba desapercibida y les proporcionaba una buena huida.

En cuanto llegaron se encargaron de preparar una rápida acampada, Ragna apenas tuvo que dar dos órdenes. La sorpresa de Gunnar ante la eficacia de tan reducida compañía, era evidente, a diferencia de su padre, que parecía más furioso y ofuscado.

—Kart, Ketill, vigilad la zona. Jon, coge tu arco y ven conmigo. —La voz autoritaria y ronca de Ragna resonó en el silencio.

—Esperadme. —Dijo Ivar a su vez.

—¿Dónde vais? —Quiso saber Gunnar.

—No preveíamos acampar tan pronto por lo que hay pocas provisiones. Vamos a buscar algo de carne antes de que empiece a llover.

La explicación de Ragna ofendió a Gunnar. Ya era malo que los escoltaran no podía permitir que una mujer los alimentara también.

—Iré con vosotros. —Su padre asintió satisfecho.

—De acuerdo. —Con un leve movimiento de hombros Ragna se dirigió al bosque.

—¿Es que siempre es así? —Murmuró Gunnar.

—Es peor. —La risa obligó a Jon a detenerse. —Está siendo simpática para que Olaf no la tome con nosotros.

—¿Simpática?

Otra risotada salió del pecho de Jon antes de desaparecer en el bosque. A Gunnar no pareció gustarle su sentido del humor.

—Agradece que os dirija la palabra. —Como creía que se merecía una oportunidad, le contestó Ivar.

—¿Eso es dirigirnos la palabra?

—Después de insultar a Olaf... sí. —Gunnar asintió.

—¿Qué debo pensar del imberbe?

—Te concede el beneficio de la duda. —Ivar contestó con sinceridad.

—¿Los gemelos?

—Te mataran si la ofendes, por vuestro bien espero que no lo hagáis. —
Sonrió. —Agradece que no les da vía libre.

—¿Y de ti?

—Aunque soy más tolerante que el resto, mi lealtad está con Ragna.

—¿Antes que con Durs? —Preguntó Gunnar con mordacidad.

—Sí. Como Olaf sabe, nuestra lealtad está con ella y después con él.

Alcanzaron a Ragna, Gunnar se situó a su lado, al tiempo que ella oteaba el cielo con el ceño fruncido.

—Tu hombre dice que eres simpática en nuestro beneficio y que el imberbe me concede una tregua. —Comentó como si nada, mirándola de reojo.
—Es cierto eso, o ¿se está riendo de mí?

Ragna continuó observando las nubes, no parecía muy dispuesta a conversar por lo que Ivar le dio un suave empujón.

—Es cierto. Aunque Jon se reiría del mismísimo Odín el día del Ragnarok. Creo que se reiría de su propia muerte aunque estuviera tendido en el suelo con las tripas fuera. —Contestó ella.

Si Gunnar pensaba que la descripción final sobraba, se lo calló. Cómo lo había dicho en tono neutro no forzó la situación. Ivar se sonrió. Sí, Gunnar podía llegar a gustarle.

—No será para tanto, ¿no?

—Es peor. —Ragna lo miró con una sonrisa fugaz en los labios.

Gunnar parecía aturdido por aquella mueca. A Ivar le encantaba ver las reacciones de los hombres cuando la veían sonreír por primera vez. Sus rasgos se suavizaban, volviéndola más hermosa de lo que ya era. Se revelaba esa belleza que ella se esforzaba en eclipsar con su ferocidad y sus malas palabras. No era el primero que ardía de deseo tras ese gesto.

Jon usó la misma coletilla al describirla y ambos sonreían al decirlas. Era una respuesta muy habitual en su grupo. Hasta Olaf respondía así.

—No sé por qué no me sorprende. —Musitó Gerhardsen en voz baja.

Ragna lo observó curiosa hasta que Gunnar intentó explicarse.

—Os complementáis... tú no eres fácil precisamente.

—¿Me estás diciendo que soy difícil? —Ragna enarcó una ceja.

—Yo... Sí. Supongo que sí. —Cuadró los hombros a la espera de su reacción.

—A Olaf le encantará oír eso. —Respondió Ragna estallando en carcajadas.

Ivar se preguntaba si le dolería admitir que provocarle aquel ataque de

risas repentino le proporcionaba placer, enteramente masculino y fuera de lugar. Sí, Gunnar era mucho más fácil de interpretar que su padre. Parecía mucho más genuino.

Escucharon unos pasos aproximándose.

—Supongo que es necesario siendo Olaf tan temperamental. —Contestó Gunnar.

—Suele quejarse de mi mal carácter, por eso deja a los gemelos a mi cargo. —Aunque su rostro era serio, en sus ojos bailoteaba la diversión, apenas visible por las oscuras nubes.

Quizás fue por eso por lo que Gunnar pudo reírse también y más al notar que su risa la desconcertaba. Ivar sonrió, si su lealtad no fuera para su Loba, Ingunn estaría encantada de saber que era probable que entre esos dos saltaran chispas.

—Es irónico que uno de los jefes más temidos por su mal temperamento, acuse a su subordinada de lo mismo.

—La rapidez de Olaf tomando decisiones y cambiando de humor es conocida, eso no lo hace peor guerrero. —Respondió ella encogiéndose. —No tiene tan mal carácter, solo sabe lo que quiere.

—Tenéis suerte de que vuestro señor sea conocido por eso.

Ivar notó el cambio de actitud de Ragna, volviéndose más seria y receptiva. Percibían la amargura de su voz. Sabía que era rápida calibrando a los demás aunque en sus ojos no apareció la más mínima expresión de pena ni pareció ablandarse con Gunnar.

—Creo que será mejor que vaya a buscar algo para comer, antes que penséis de que solo sirvo para hablar.

—Ya es tarde para eso. —La voz risueña de Jon llegó desde su espalda de Gunnar, que estaba conmocionado al verle traer tres conejos en el poco tiempo que llevaban conversando.

Su puntería era formidable, los animales habían sido atravesados limpiamente por sus flechas.

—Ya veo. Eso me pasa por convertirme en un perezoso y perder el tiempo haciendo amistades... —Gunnar suspiró antes de reír entre dientes. —Ya os demostrare que soy mejor que vosotros.

—Me da que se ha molestado un poco, ¿no? —Dijo Jon. —Creo que éste tiene aún más aires de grandeza que Ketill.

—Es peor. —Respondieron Ivar y ella estallando en carcajadas al oír su resoplido.

Solo Ivar vio la sonrisa irónica que Gunnar le dedicó.

CAPITULO 8

La tormenta cayó con inusitada fuerza durante la noche, dejando el terreno resbaladizo y empantanado, dificultando un viaje ya de por sí lento. Ragna presidía la marcha en su acostumbrado silencio. A pesar de la tregua con Gunnar la noche anterior, no pensaba perdonar el maltrato recibido, en especial por parte de Thorvarld.

Su inesperado ofrecimiento para ir a cazar había aplacado un poco su enfado, al menos con él. Se sorprendió descubrir que encajaba las pullas que Jon, Ivar y ella le lanzaron. El único momento de tensión lo provocó el propio Gunnar, con el velado descontento sobre el carácter de su padre, comparándolo con el de Olaf. Tenía que ser muy duro ser hijo de alguien así. Ella no aguantaría a un hombre tan estirado y lento, acostumbrada como estaba a Olaf y sus estallidos. Sonrió satisfecha al recordar que había sido acusada de ser igual de impredecible. No quiso desvelarle que Olaf la crió. Quería ver sus caras cuando lo descubrieran. Deseaba acabar con Kraka, liberarse de su promesa, para volver a casa para encontrar a la hermana de Ingunn. Tanto si estaba viva como muerta, su madre agradecería tener noticias de su hermana pequeña, la renegada Hija de Máni. Llevaba años buscándola. Después, ya pensaría en buscarse un esposo.

—Ragna, tras la colina está la cabaña de Hallbera. —La voz de Kart era rasgada y costaba entenderlo. Por su entrecejo, Gunnar seguía intentándolo.

Después de tantos años seguía odiando a esa mujer como el primer día. Vivía en las tierras colindantes, fuera de las tierras de Olaf. Era por eso que estaba fuera de su alcance, había obedecido y no podía tocarla. Sin embargo, su instinto le decía que no se fiara jamás de esa arpía.

En la distancia se escuchó el trote de un caballo que pronto apareció en su dirección. Ivar, tras echarle una mirada se separó marchando en dirección al jinete. Tras cruzar unas agitadas palabras volvió a su lado.

Problemas. El jinete era uno de los jóvenes que habían empezado a entrenar el año anterior.

—Habla Thorig. —Ordenó.

—Me envía Eric, Olaf no ha vuelto de la última cacería. —Respondió temeroso el recién llegado.

—¿Eso cuándo fue?

—Hace dos días.

—¿Por qué no lo habéis encontrado aún? ¿Qué ha estado haciendo Eric este tiempo? —Su tono era frío como el hielo, sus ojos dos brasas ardientes. Luchaba por controlarse.

—Eric ha enviado varias partidas a buscarlo. Empezaron a llegar forasteros y otros invitados, no quiso dejar desprotegida la aldea.

—¡Que Sköll triture sus huesos! Le arrancaré las entrañas al que haya hecho esto aunque sea lo último que haga. —Bramó antes de alejarse de los hombres, que a excepción de Gunnar y Thorvarld, no parecieron muy intimidados por su estallido.

Necesitaba estar a solas para poder pensar con claridad. Una gran presión se situó en su estómago impidiéndole respirar, la lágrimas aparecieron sin previo aviso quemándole los ojos. Se sintió tan desamparada como años atrás, cuando estaba encadenada en la oscuridad a manos de Szymir. Temió romperse en pedazos.

Olaf había desaparecido.

El gigante que la rescató para enseñarle todo lo que sabía, con el que discutía sin cesar a pleno pulmón. Era la segunda vez en su vida que perdía un padre y esta vez, se sentía más apabullada aún pues era consciente de lo que perdía.

Sintió un cosquilleo en las manos, al mirárselas descubrió que se iluminaban. Su lobo la consolaba. Ni siquiera Olaf sabía que con los años, no solo conseguía impedirle que saliera sino que se entendían. No estaba sola.

Si Eric no pudo encontrarlo en ese tiempo era más que posible que estuviera muerto. Se sintió culpable por estar enfadada durante esos días por guardarle secretos, por mandarla a esa misión, ese lapso tan precioso en el que podría haberlo buscado... o haber muerto a su lado.

El corazón le martilleaba en los oídos al preguntarse qué sería ahora de su vida. El abismo se abría bajo sus pies.

Su lobo interior aulló cuando se encomendó a Sköll. La familia no era más que la que te corría por las venas.

—Ivar, ¿qué es lo que pasa? —La voz preocupada de Gunnar le llegó.

—Olaf se fue de caza y no ha vuelto. Han mandado varias expediciones a buscarlo sin ningún resultado. Con los invitados no se puede enviar a más en su busca y dejar la aldea desprotegida.

—¿Es la primera vez que pasa?

—Sí. Olaf jamás desaparece sin avisar.

—¿Sufrís ataques?

—Algo ha pasado, sino no estarían avisando a sus hombres. —Murmuró Gunnar en voz alta.

—Solo a la Loba.

Las palabras de Thorig parecieron interesar a Gunnar cuando gruñeron aprobándolas. Por desgracia, Thorvarld aprovechó para salir de su estupor.

—¿Es que esa zorra no tiene modales?

Seis pares de ojos se posaron en él al instante, exceptuando a Gunnar que lo miraba con un deje resignación y rencor. Ragna cogió su cuchillo para degollarlo.

—Sus razones tendrá para ponerse así, padre.

—Dudo que...

—Dudo que lleguemos a ningún sitio si seguimos con esta tonta cháchara.

—Contestó Ragna ganándose una mirada de sus amigos.

Supo que Ivar la observaba, era su mejor amigo, notaría que algo había cambiado, sus ojos perdían parte de su brillo y de su fuerza. Sentía en su pecho algo que no era capaz de identificar y que la hacía sentir más peligrosa.

—Jon, Ivar iréis...

—Me quedo contigo, si ha desaparecido Olaf, no voy a dejarte sola. — Ragna calló unos segundos enfadada por su negativa. Cuando se lo proponía era tan terco como ella.

—Está bien, cabezota. —Contestó levantando las manos exasperada. — No aceptaré ni una negativa más. Jon, Kart y tú, muchacho, seguidme. —Echó a caminar.

Observó de reojo como Gunnar miraba a su progenitor con cautela. Sus propios hombres cabalgaban a dos días de distancia, parecía estar preocupado por si su padre decidía aprovechar la situación. Lo vio atraer la mirada de Thorvarld y le indicó que se calmara, que se callara, ignorando su furia e intentando apaciguar sus ánimos con un gesto. Una eternidad después su padre asintió.

Quizá debería hacer como Ivar y concederle el beneficio de la duda, estaba demostrando ser de otra raza a la de su padre.

—Escuchadme bien. —Se detuvo unos pasos más allá para resguardarse de las miradas curiosas de los Gerhardsen. —Si Olaf está retenido, tiene que ser en la zona sur de nuestras tierras. Allí hay menos gente y se ocultarían mejor. No pueden salir de aquí con él, sin que nadie de los alrededores lo reconozca, así que esperaran un tiempo. De quererlo muerto lo harían en

público para reclamar sus posesiones. Es lo que me parece más lógico. Tú, busca a Skuli y a Gardar, conocen las cabañas abandonadas que hay por la zona. Quiero saber los forasteros que hay, cuántos son y dónde están. ¿De acuerdo, Thorig? —Preguntó. —Informadme de cada extraño que no se encuentre en el poblado ni tenga intenciones de acercarse. Si no os doy la orden contraria antes del amanecer, emboscadles para que su sangre bañe nuestros bosques. Olaf nos enseñó cómo hacerlo.

—Sí, Loba. —Contestó orgulloso por la misión encomendada.

—Vosotros, ya sabéis que quiero. Os moveréis más deprisa, cuando lo encontréis, no hagáis nada. Avisadme. Son míos.

—¿Crees que lo tendrán encerrado en una de esas cabañas? —Preguntó Jon arrascándose la cabeza.

—Sí, si aún está vivo estará allí. Esas cabañas son un buen escondite.

—Mi padre... —Kart calló unos segundos al ver como lo miraba. —Mi padre ya habrá cubierto esa posibilidad.

—De hecho... ahora que lo pienso... no, no lo ha hecho. —Farfulló Thorig ignorando el gruñido de Kart. —Ha dado órdenes de buscar grandes grupos que estén acampados por la zona.

—Maldita sea. —Kart dio una patada a una piedra.

—Creerá que si lo han raptado vendrán preparados para enfrentarse a nosotros. Si son un grupo reducido, pasarán desapercibidos y más, entre tantos invitados. —Comentó Jon.

—Marcharos ya. En cuanto tengáis noticias, informadme. —Clavó la mirada en la lejanía.

Partieron al galope hasta desvanecerse entre la espesura del bosque.

—¿Qué pretendes hacer ahora? —Le preguntó Gunnar acercándose.

—Obedecer las órdenes de Olaf. Luego me encargaré de lo demás. — Respondió sin mirarlo.

—No estoy muy seguro de que debamos seguir este viaje. —Dijo él con seriedad.

—Vais a acompañarnos.

— Bastante hemos hecho al venir en contra de nuestros principios. —Fue su arrogante respuesta.

—¿Bastante habéis hecho? —Gritó levantando los brazos con furia — Olaf os invita, nos envía a escoltaros... ¿eso es lo que va en contra de vuestros principios?

—Por supuesto. ¡Nos manda una panda de críos liderados por una mujer!

¿Acaso quería insultarnos? —Gritó a su vez perdiendo también los estribos.

—¡Os estaba mostrando su buena voluntad! ¡A mí no me envía así porque sí!

—¡Quería insultarnos! —Bramó Gunnar dando un puñetazo a uno de los arbustos que tenía cerca.

—Eres tú el que insulta a mi señor... —Le advirtió sacando su espada con rapidez. Por desgracia, Ivar se interpuso, separándolos tranquilidad.

—Calmaros. No es el mejor momento para esto. —Con esas palabras estiró los brazos.

—Ha insultado a Olaf. —Escupió con rabia, pateando con furia un tronco.

—¡No! ¡Nos insultó él primero, cuando os envió! —Gritó Gunnar acercando su cabeza a la suya.

—Escuchadme. Entiendo que estéis enfadados pero ahora no podéis enfrentaros. Por mí, os dejaba matar. —La miró con calma. —Ragna, tienes que llevarlos a Rindal, que lleguen sanos y salvos. ¿O vas a desobedecer sus órdenes? —Aceptó su gruñido como un no. Luego, se giró mirando a Gunnar que seguía allí plantado con la mano en la empuñadura. —No os podéis ir y lo sabéis. Mi señor nos envió como escoltas, os guste o no, si os lo tomáis como un insulto, tendréis que decírselo en persona. No creo que le agrade saber que os fuisteis cuando es posible que necesite de vuestra ayuda, después de haberos invitado a su hogar. Porque os aseguro que va a volver y os pateará esos pomposos culos. Pensad en eso y guardar las espadas, con vuestra actitud solo conseguiréis que nuestros clanes se enfrenten. Sinceramente, después de ver vuestros hogares no creo que os lo podáis permitir. Si lo que planeáis es esperar a los vuestros y atacarnos por la espalda, me temo que no os servirá de nada. Saben que estáis con nosotros.

—¿Quién te crees para hablarnos así? —Gruñó Gunnar enervado.

—Con frecuencia la voz de la sabiduría. —Ragna enfundó su arma en dirección a su caballo.

Como Thorvarld miraba a su hijo consternado por su falta de autocontrol, montó y lo miró, retándole con la mirada a que dijera algo, al no recibir respuesta la siguió.

A cierta distancia, Ivar y Ketill, observaban a los Gerhardsen con cara de pocos amigos. Cabalgaron por la pequeña senda que cruzaba el bosque, por primera vez en el viaje, fue Thorall quien rompió el silencio.

—¿Se puede saber dónde está tu dominio? No tienes que ponerte al

mismo nivel que esa zorra pretenciosa. Eres *mi* hijo.

—Perdí los estribos.

—¿Perder tú los nervios? —Thorvarld parecía sorprendido. —No digas tonterías, no hay nada que te altere. Te lo tomas todo a la ligera con ese humor tan raro que tienes.

A Ragna le pareció escuchar un leve gruñido resonando en su pecho, traicionando el semblante tranquilo que aparentaba cuando se negó a contestar a su padre. Le extrañaba ver como acusaban a Gunnar de tener sentido del humor, cuando el mismo Thorvarld no lo tenía.

Le echó un leve vistazo a Gunnar, el latido de su mandíbula era lo único que delataba su cólera. Bien. Ragna deseaba que esa furia fuera dirigida a ella y no al estúpido de su padre. Tenía ganas de pelea y parecía ser el único inconsciente con ganas de proporcionarle ese placer.

Trotaban con facilidad por la senda que les llevaría hasta casa. Ragna pretendía desembarazarse de aquellos indeseables lo antes posible. Solo entonces podría encargarse de Olaf. Estaba furiosa con Gunnar, por insinuar que los insultaba al enviarlos aún sabiendo que estaban allí porque Olaf no se fiaba de los Gerhardsen, estaba enfadada con Ivar por hacerle ver lo inútil de su enfrentamiento, pero sobretodo, estaba enojada consigo misma. No podía permitirse el lujo de descontrolarse así. Acusaba a su padre de ser incapaz de dominarse y ahora quedaba en evidencia que padecía del mismo problema, algo de lo que se había regocijado el día anterior y ahora le molestaba. Se reprochaba haber bajado la guardia y comenzado a tratar a Gunnar como a un igual durante la noche.

Su obligación era serle leal a su padre adoptivo. Después, ocuparse de Kraka y por último, enfrentarse a su pasado.

Su desaparición truncaba su mundo y aunque se sabía capaz de enfrentarse a cualquier cosa, admitía que nada tendría sentido si no volvía a sentir sus gritos y sus críticas, sus risas o bromas. Respiró profundo y se hizo una promesa, otra nueva: si le había pasado algo a Olaf, dejaría de lado a Kraka para vengar primero a su padre y ocuparse de Ingunn. No podía darles la espalda, no mientras uno de ellos siguiera respirando. Arndis entendería que aplazara sus planes. Una vez decidió esto, Ragna sintió que disminuía un poco la presión de su pecho. Suspiró.

El sol ya estaba en lo alto del cielo, viajaban sin descanso y por el paisaje, estaban a media jornada del poblado. Quería seguir el camino para llegar lo antes posible, sin embargo, por poco que le gustaran sus invitados

tenía que pensar en su bienestar. Con su lúgubre ánimo le seducía más la idea de matarlos sin importarle cómo se lo tomaría Olaf. Tenía ganas de encargarse de Gunnar.

Desde luego no era fascinación lo que sentía por ese engreído, era curiosidad por una nueva especie, nada más. Nunca conoció a nadie tan engreído.

Detuvo su caballo en contra de su voluntad, cerca de un riachuelo, para que los animales pudieran beber y reposar. Era un buen lugar para pararse a comer un poco. El arroyo estaba rodeado de árboles, un claro desde donde se veía si alguien se les acercaba desde cualquier dirección. Las pocas veces que se detenía antes de llegar a casa, solía hacerlo allí.

—Nos detendremos aquí, los caballos necesitan descansar. —Sin esperar respuesta, desmontó y condujo a su animal al río.

Los Gerhardsen continuaron montados sin decir nada esperando que les prestara atención. Ragna los miró con cara de pocos amigos.

—¿Por qué nos hemos detenido? ¿No tendríamos que llegar lo antes posible? —preguntó Thorvarld.

—Es lo que haría pero pienso en vuestra comodidad. Llevamos más de media jornada al galope y deben descansar. —Por el rabillo del ojo vio que Gunnar fruncía el entrecejo.

—Somos guerreros, niña, podemos soportar el viaje y nuestros caballos también. No nos insultes más.

—Si cada cosa que hago o digo os la queréis tomar como un insulto, allá vosotros. Solo me he detenido porque es lo que Olaf hubiera querido. —Ragna controló su rabia escupiendo a un lado. Desensilló su montura, sacó su bolsa de carne seca y se sentó en un tocón. Que hicieran lo que quisieran, no pensaba discutir. La decisión estaba tomada.

Un rato después acercaron sus animales al riachuelo e imitándola se sentaron en el otro extremo del claro. Ragna se sonrió, aquel gesto le dejaba bien claro su posición, sabía que no estaban de acuerdo. No les quedaba otra que aceptarlo.

Ragna observó el bosque con melancolía, no tardaría en estar verde y denso, los brotes estaban preparados para abrirse en pocos días y traer color al mundo. Muy pronto Ingunn disfrutaría de sus largos paseos por los bosques cercanos. Buscaría plantas y frutas que dejaría secar para preparar sus cremas y pócimas. Haría sus hechizos y danzas secretas en el corazón del bosque. Resplandecería de vida y misterio.

Arrancó con los dientes un trozo de carne salada con desgana. Deseaba llegar a casa para comer caza fresca, casi paladeaba los sabrosos asados que preparaban, mataría por degustar un buen trozo de los dulces de Ingunn.

Mascaba distraída cuando escuchó a alguien acercándose por la espesura del bosque. Escupió el bocado, levantándose con su arma preparada al igual que Gunnar. Thorvarld e Ivar esperaban que se enfrentaran. En cuanto escucharon los pasos sacaron sus propias espadas. Engreído o no, Gunnar tenía buen oído.

Un hombre apareció en el claro. Era rubio, sus ojos color ceniza, vestía las ropas de los ganaderos. Se acercaba resollando, cuando los vio armados se detuvo. Tomó aire mirando a Ragna.

—Me envía mi padre, Loba.

—Skuli. —Murmuró mientras se normalizaba su respiración.

—Sí, mi señora. Soy Thorberg, su hijo mayor.

—Sé quién eres, os recuerdo, de no ser por vosotros no estaría viva. ¿Tienes noticias? —Preguntó envainando.

—Sí, me ha enviado con noticias de Kart.

—Vamos, cuéntalo ya. —Lo reprendió moviéndose con impaciencia.

—Son dos grupos. Los armados están al este de aquí, en el pequeño valle detrás de la zona del ganado, están esperando la orden de ataque. Kart y Jon están allí, el otro grupo aún no ha sido localizado, mi padre sigue su pista. Parece que están escondidos en las cabañas pero no podemos ir una por una puesto que nos descubrirían. Olaf no está en el campamento de los guerreros, estará encerrado en alguna de las chozas. Los pastores se están ocupando de los forasteros que encuentran, como ordenaste.

—Sabes sí... —Fue incapaz de preguntar si su padre seguía con vida.

—Jon se acercó lo suficiente para oírles decir que está vivo. — Respondió con una mueca. —Le dieron una buena paliza para poder reducirlo, eso sí. No se sabe en qué estado lo dejaron. Están esperando órdenes.

—Está bien. —Soltó aire que retenía. —¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Kart dijo que tendríais que deteneros, y que si lo hacíais sería aquí, vine a ver si os encontraba.

—¿Qué vas a hacer, Ragna? —Preguntó Ivar.

—¿Tú qué crees? —Levantó una ceja.

—Lo suponía. —Ivar sonrió. —Thorberg, ¿sabes cuántos hombres hay en el campamento?

—Una decena. Más otros dos que van y vienen. No descartan que estén a

la espera de un destacamento más amplio.

—No son demasiados. —Murmuró Ivar.

—No, no lo son.

—¿Qué hacemos?

—Primero, acabaremos con el campamento. Necesitamos saber el sitio exacto de dónde retienen a Olaf. Así cuando vayamos a buscarlo no recibirán ningún tipo de ayuda... en caso de que lleguen a pedirla.

—Bien.

—Thorberg, os agradezco vuestra ayuda. Los Durs sabrán agradeceros el esfuerzo. Tenéis mi agradecimiento.

—Gracias, Loba.

—¿Habéis informado a Eric? —Quiso saber Ketill cogiéndolo del brazo.

—No, teníamos órdenes de informar solo a Ragna.

Al gemelo no le gustaba que su padre estuviera al margen, aunque entendía que no tenían tiempo que perder.

—Partimos. —Dijo a los Gerhardsen.

—No creo que debamos ir... —empezó a decir Thorvarld sentándose otra vez.

—Pero iréis igualmente. —Le cortó.

—Tomas las decisiones demasiado rápido. —Le replicó el hombre.

—Al menos, *yo*, las tomo.

La honda inspiración de Thorvarld indicaba su disgusto, pronto dejaría de estar bajo su protección y sería libre de desentenderse de ese terco hombre. Como deseaba cortarle la garganta y por Sköll que se daría un festín con sus huesos si los traicionaba.

—Thorberg, que los dioses estén contigo. Ensilad. —Ordenó guardando su bolsa de comida.

—¿Y si no queremos ir? —Preguntó con su lenta entonación Thorvarld.

—Las cosas están así. —Escupió con desagrado. —Somos los únicos que sabemos dónde está ese campamento. No voy a perder el tiempo en escoltaros hasta el pueblo y luego volver. Tampoco dispongo de los hombres suficientes para que os acompañen, ni voy permitir que lleguéis solos. Si queréis irs sois libres de hacerlo sabiendo que os declararemos la guerra. Podéis darme el gusto de batirnos, así mi señor no me lo tendrá en cuenta cuando le entregue vuestras grandes cabezas. Si se diera el extraño caso que nos matarais, no tendríais donde esconderos porque Olaf os encontraría. Mi señor no está acabado.

Ensiló su caballo con habilidad, no le sorprendió ver que Gunnar lanzaba una mirada a su padre antes de montar. Partieron con rapidez al galope en dirección al valle. Thorberg corría en busca de Skuli para comunicarle las órdenes.

Ragna cabalgaba con Ivar a su lado. Estaba tan concentrada en dominar su furia que no se dio cuenta cuando Gunnar se situó a su lado, hasta que su pierna rozó la suya. Éste le asintió la cabeza con seriedad y Ragna aceptó la nueva tregua con otro movimiento.

No soportaba a ese engreído, toleraba su presencia porque su ayuda podía ser buena si la situación se descontrolaba, se dijo a sí misma. Quizá no lo aguantaba pero no era tan tonta como para rechazar su ayuda.

No tardaron en llegar al valle que le había indicado Thorberg. Ragna aminoró el paso buscando rastros de Kart y Jon. El reclamo de Jon le llegó de un árbol cercano de donde bajó de un salto.

—Por aquí. Mi caballo está escondido detrás. —Dijo antes de salir corriendo.

Instantes después se puso en cabeza para guiarlos por el bosque.

—Es mejor ir caminando ahora, no tienen vigilantes, aunque podrían oírnos.

Llegaron al valle y su profundo bosque, dónde los enamorados solían ir a esconderse por su densa frondosidad, un lugar ahora mancillado.

Continuaron su camino sin hablar tras los pasos de Jon, quién se detuvo para soltar de nuevo su reclamo con suavidad. Contestó otro sonido parecido, al poco Kart apareció.

—Vuelven a ser seis, los otros se han ido hace un rato. Están a unos cien pasos de aquí.

Ragna asintió, con el odio y la sed de venganza recorriendo sus venas. Pagarían con sangre el rapto de Olaf, el atreverse a tocarlo. Necesitaba aliviar su furia, les cobraría el miedo que sentía desde que se enterara de su desaparición.

Sacó un trozo de cuero de su cintura y se lo puso sobre el rostro. Tenía por costumbre ponérselo para que la tomaran en serio. Cuando prendía la lujuria en sus atacantes, ya era demasiado tarde. Ignoró la mirada interrogativa de Gunnar mientras la anudaba tras la cabeza.

—Rodeadlos. Si alguno escapa, heridlo a muerte pero no lo matéis. Vivirán hasta que nos digan dónde está, nada más. ¿Queda claro? Que Sköll se de un festín con su sangre.

Los miró hasta que asintieron. Ivar, que parecía dispuesto a protestar, se guardó sus palabras cuando le lanzó una mirada asesina. Desenvainó su espada encaminándose hacia la dirección que Kart le indicaba cuando escuchó a Gunnar.

—¿Adónde va sola?

—No os metáis e irá bien. Nosotros tenemos que rodearlos por si alguno intenta escapar, nada más. —Escuchó decir.

—Créeme, amigo, es mejor que vaya sola. No la contradigas ahora o te mataría. —Contestó Jon alejándose con sigilo por el bosque. —No es Olaf quién tiene mal carácter, haznos caso, nuestra Loba es mucho peor.

Se sonrió por el comentario a pesar de su furia. Caminó hacia el campamento dispuesta a conseguir información que liberara al único padre que recordaba.

Su protector se agitó en su interior.

CAPITULO 9

Ivar se preguntaba si algún día Gunnar entendería y aceptaría la feroz lealtad de Ragna. Ahora solo veía a una loca que partía rumbo al campamento sin refuerzos. Era evidente que no entendía porque no la amordazaban.

Al primer indicio de lucha lo vio tensarse. Empezaron los gritos y el sonido de espadas batiéndose. Mientras llegaran ruidos significaba que seguía con vida, aquella situación le desagradaba. Gunnar no era un hombre que dejara luchar a las mujeres sin hacer nada, era obvio. No confiaba en las habilidades de Ragna.

—¿Significaba que es mucho más impredecible e incluso despiadada que Durs? —Le preguntó entonces.

—Están a la par. —Le respondió Ivar. —Aunque a veces...

Un grito de agonía resonó en la profundidad del bosque. El alarido consiguió erizarle el pelo de la nuca. No porque pensara que fuera Ragna, era un bramido de hombre, sino porque había pocas cosas que pudieran provocar un sonido así. Un gruñido animal se escuchó de fondo.

Su pequeña salvaje no necesitaba su ayuda, por Olaf incluso había invocado al lobo. Dirigía su furia a un único objetivo, matar. Era obvio que Gunnar no estaba dispuesto a permanecer ocioso mientras ella luchaba. Quisiera Ragna o no, Ivar sabía que el guerrero intentaría hacerse cargo, no podía evitarlo, era protector. El problema era convencer a su terco progenitor.

—Padre, creo que deberíamos encargarnos nosotros de la situación. —Dijo como de pasada.

—¿Tú crees? —Preguntó Thorvarld sin mirarlo.

—Son seis hombres. Es imposible que sobreviva y los venza. Si encontramos a Durs...

—Seremos los responsables de su rescate, aunque fuera esa zorra quién lo averiguara. —Sonrió satisfecho. —Nos debería un gran favor.

—No nos costará nada a cambio. —Ivar notó que Gunnar agradecía siguiera su línea de razonamiento.

—Eso es cierto, hijo. Vamos. Si la zorrita vive o muere, es lo de menos.

Ivar, que no esperaba una aceptación tan rápida de su parte, optó por seguirlos de cerca. Ese traidor intentaría violar a Ragna al mínimo indicio de debilidad. Por el sonido de la lucha, cada vez más amortiguado, no tenían

mucho tiempo que perder si querían participar en la trifulca.

Desenvainando sus largas espadas caminaron con sigilo entre los árboles que los separaban del asentamiento para entrar en el claro. Ivar los siguió a cierta distancia con desconfianza.

La escena dejó petrificados a los Gerhardsen.

Ragna, herida pero indemne, luchaba sin dar tregua entre los cuerpos esparcidos, los dos supervivientes que quedaban la atacaban con saña. Las palmas de las manos de la muchacha resplandecían, a su lado, su lobo, enseñaba sus fauces ensangrentadas.

Uno de sus contrincantes intentó acabar con ella usando su hacha, atacándola por la espalda, Ragna rechazó el ataque con facilidad, echándose a un lado. El otro no perdió ocasión e intentó perforar su corazón, el lobo se ocupó de desviar el ataque mordiendo su antebrazo. Sin perder tiempo, Ragna atacó desde atrás e hirió profundamente el vientre al hombre, que se separó de la lucha sangrando a la espera de su muerte.

Gunnar alzó una ceja, Ivar le sonrió.

—Es toda una loba, ¿verdad? —Lo acicateó.

—Una loba blanca. —Susurró Gerhardsen con admiración.

—¿Cómo lo sabes? Ese es su apodo.

—¿Saber el que? No soy ciego, es tan fiera como su lobo mágico. ¿Es un amuleto protector?

—No puedo decirte lo que no se. Hacía mucho que no aparecía.

Ragna luchaba sin dar muestras de cansancio, su máscara, ahora bañada en sangre, tampoco dejaba ver más allá. Tanto él como su padre observaban el combate, no porque no supieran quién sería el ganador, si no porque lo que veían les debía parecía irreal.

El último hombre que resistía intentaba eliminarla con una gran espada de aspecto siniestro, que ella esquivaba una y otra vez saltando de un lado a otro. En una de sus fintas se lanzó al corazón, el hombre pudo agacharse justo a tiempo. Desde esa posición intentó embestirla, solo logró que Ragna se moviera volteando la espalda sobre su animal.

—Vamos, hombrecito. ¿Acaso tienes miedo? —Le provocaba.

—Sé quién eres. No tengo miedo alguno de enfrentarme a ti. —Estaba fatigado.

Ella se rió con desprecio y el guerrero cargó furioso. Ragna no perdió su oportunidad, girando sobre sí con rapidez, aprovechó que tenía la espada levantada para atravesar sin miramientos su pecho.

Su contrincante cayó al suelo sorprendido.

—Vas a morir, cobarde. —Ragna apartó de una patada su arma. —Si me cuentas lo que quiero saber, será rápido y con tu espada en la mano. Si no... será lento y sin honor.

Se quitó la máscara mirando a los ojos vidriosos del varón, dejando claro que lo haría sufrir hasta la muerte si no le daba lo que quería. Ivar no podía sentirse más orgulloso.

—Eli... elijo el Valhala. —Murmuró el hombre entre borbotones de sangre.

—¿Dónde está Durs? —Preguntó ella arrodillándose.

Ivar no llegó a saber que decía mientras se acercaba. Siempre supo porque ella estaba al frente del grupo. No solo tenía don de mando sino que era rápida y despiadada. Cuando Olaf le dio el puesto, sabía lo que hacía. El rostro de Gunnar daba a entender que él empezaba a pensar lo mismo. Ya era hora. La mirada de Thorvarld era harina de otro costal, era taimada y dura.

—Espero que no me mientas...

—No... —murmuró el moribundo. —Mi espada...

—Ningún perro que haya tocado a Olaf irá al Valhala. —Fue su despectiva respuesta. El lobo desgarró la garganta con violencia ante el asombro de Gunnar.

Para Ivar ese hombre era como un niño, podía saber lo que pensaba tan solo con mirarlo a la cara. No entendía como podía ser tan distinto de su padre, aunque el también la deseara no pensaba hacer nada al respecto. Era obvio que le costaba más asimilar que una mujer matara a sangre fría que el deseo que Ragna le provocaba.

Incluso para el memo de Thorvarld, era evidente que el mal carácter del lobo solo era una leve muestra de su verdadero temperamento. Quizá así empezara a respetarla.

Matar a aquellos miserables parecía haber liberado parte de la furia que sentía, con suerte, habría servido para aplacarla. No le extrañaba que no dejara con vida a nadie que participara en el rapto. Nadie tocaba a Olaf.

Ragna parecía haberse tomado bien el acercamiento de los Gerhardsen. No toleraba que le desobedecieran. Eso no era nada comparado con el odio que destilaba desde el secuestro de Olaf. Su bestia mostró los dientes una vez más, se enroscó en sus piernas y desapareció junto al destello que desprendían las manos de Ragna.

Aún siendo una Skjaldmö, Ivar sabía que solo sesgaba las vidas que

consideraba imprescindibles. Cuando lo hacía, era brutal.

Los Gerhardsen se acercaron estupefactos, Thorvald aún esperaba sacar partido de su actuación. Por fortuna, su jefa no era tan ingenua como para pensar que se preocupaban por su salud.

—Os dije que os quedaréis dónde estábais. —Murmuró Ragna deteniendo la sangre que brotaba de una de las heridas de su brazo. —Puedo encargarme de inútiles como estos.

—Eso hemos visto. —Dijo Gunnar. Su padre seguía observando en silencio.

Del bosque salió Jon, poco después los gemelos aparecieron desde distintos ángulos, cubriendo así la zona. Ivar se acercó y la hizo sentar en un tronco, sacó de su zurrón un cuerno lleno de una mezcla de hierbas, cortesía de Ingunn. Empezó a aplicárselo en las magulladuras, las que seguían sangrando las vendaba con un trozo de lienzo que Ketill le alcanzó. Al anochecer, habrían sanado.

Por una vez, Ragna le dejó trabajar un rato en silencio.

—¿Lo sabes? —Le preguntó Ivar.

—Sí.

Darían caza a los captores de Olaf, no tendrían piedad. Sin embargo, Ivar sabía que algo más le preocupaba.

—¿Qué pasa? —Le susurró.

—Un traidor. Alguien desde dentro ha movido los hilos para asegurarse que el rapto fuera perfecto. Conocían el lugar y el momento exacto para hacerlo. Parece estar esperando nuestro regreso para dar la cara. Desconozco quién puede ser y que motivos tiene.

—¿Kraka?

—No, no gana nada con secuestrarlo. Lo quiere muerto.

—¿Qué hacemos?

—Jon, Kart, Ketill id a la antigua cabaña en el lago cerca de Trollheimen. —Ragna alzó la voz.

—En el lago no hay ninguna cabaña... —Dijo Kart.

—No en el gran lago, en esa montaña más al norte solo hay un lago si se puede llamar como tal... —Prosiguió ella. —Hay cuatro hombres con Olaf.

—Se donde están. —Aseguró Jon.

—¿No vienes? —Se extrañó Ketill.

—No. Tengo que ocuparme de alguien más. —Una mirada a los Gerhardsen bastó para que entendieran que no quería decir nada más en su

presencia. —Estamos cerca de casa, Ivar y yo nos bastamos.

—¿Quieres prisioneros? —Preguntó Jon levantando una ceja sabiendo la respuesta.

—Quiero sus corazones.

CAPITULO 10

El camino de regreso a casa fue rápido a pesar del cansancio. Sus doloridas costillas le pedían que disminuyera el paso pero Ragna se negaba a doblegarse. No ahora.

Pronto Olaf estaría de regreso, su fe en los gemelos y en Jon para liberarlo era absoluta. Llevarían a cabo su misión, lograrían salvarlo. Ragna casi se compadecía de los cuatro que estaban con él.

Casi.

Su maltratado cuerpo le recordaba su traición, por lo que no lamentaría su destino.

Estuvo tensa hasta que se alejó de los dominios de Hallbera, siempre esperaba un ataque por la espalda. El odio entre esa mujer y ella, era mutuo.

Las primeras cabañas de las afueras no tardaron en aparecer, sus gentes seguían tan atareados como siempre, ignorantes de la rabia y desolación que la desaparición de Olaf le causaba.

Los aldeanos continuaban con sus quehaceres sin prestar mucha atención a los recién llegados, demasiado acostumbrados a los invitados en los últimos días como para interesarse.

No se le pasó por alto el interés que los Gerhardsen despertaban entre la población femenina. Le molestaba que entraran dos guerreros armados y en lugar de despertar interés o recelo, estimulaba la libido de las mujeres. Se resignó pensando que era una muestra clara de la tranquilidad que sentía su gente bajo la protección de Olaf.

Entregó su caballo a uno de los mozos que se encargaban de las cuadras, que apareció al verla llegar. Thorig la estaba esperando, nada más desmontar algo la arrolló tirándola prácticamente al suelo. Le costó darse cuenta que era Ingunn quién la abrazaba con tanta fuerza.

—¿Madre?

—¿Se puedes saber dónde estabas? —Preguntó Ingunn separándose muy enfadada.

—Ya sabes dónde estaba, husfrejya. —Respondió con temor. —Olaf me envió a por los Gerhardsen.

—Olaf... —Ingunn estalló en lágrimas. —Ha desaparecido. —Dijo entre hipidos antes de volver a chillarle. —¿Por qué has tardado tanto?

Miró a su madre. Su aspecto había cambiado en los pocos días que llevaba lejos. Estaba demacrada, ojerosa y triste, sus ropas desaliñadas, hasta su larga trenza estaba mal hecha. Era obvio que sufría mucho. Siempre supo que amaba a su esposo mucho más de lo prudente.

—Hubo... un pequeño incidente. Partimos más tarde de lo que Olaf tenía previsto. —Ignoró el bufido que Thorvarld soltó al desmontar. —Eric me envió a decir que ese grandullón había desaparecido... se está haciendo viejo... —Comentó con una sonrisa torcida.

—¿Cómo te atreves...?

—Madre, cálmate. Ya me he ocupado, volverá a casa en breve.

—¿Qué me calme? Tú, fuera; Olaf, desaparece; Eric, no puede hacer nada por los invitados. Mi pobre hermana sigue perdida... —los gritos de Ingunn fueron descendiendo hasta llegar a la pregunta —¿Dices que te has ocupado?

—Sí. —La vio inspirar aire. Un atisbo de sonrisa llegaba a sus labios y a sus ojos. No tenía tiempo de responderle, tendría que distraerla. —Madre, te presento a los Gerhardsen. Thorvarld, jefe del clan y su hijo Gunnar. Gerhardsen, os presento a la Husfrejya del clan Durs.

Sus palabras penetraron con rapidez en la mente confusa de su madre, que se alisó las ropas y se pasó las manos por los cabellos hasta colocarlos lo mejor posible. Ragna rió entre dientes, su vanidad seguía intacta.

—Grandes señores, —saludó a ambos —estarán cansados después de tan largo viaje, les ofrezco un buen trago de hidromiel o cerveza si me acompañan.

Ragna vigilaba a los invitados escuchando las palabras de su madre. Decidió que la respuesta de los Gerhardsen se demoraba más de lo que creía oportuno y no pensaba permitir que la insultaran.

—Por los colmillos de mi dios lobo, ¿acaso no tenéis lengua? Os están ofreciendo hospitalidad... Aunque quizá os sea algo demasiado ajeno, vista la que ofrecéis vosotros. —Dijo haciendo un gesto a Thorig para que se acercara.

—¡Ragna! —Se escandalizó Ingunn.

Fingió no ver como Gunnar ponía la mano sobre su hombro para frenar la respuesta de su padre, ni que éste, tras una mirada muy dura, asentía. De nuevo era Gunnar quien tomaba la iniciativa.

—Gracias, señora. Es bien recibida su hospitalidad.

—El placer es nuestro. —Contestó Ingunn. —No hagan caso a mi. —Las

palabras de la mujer se vieron interrumpidas por unos gritos.

—Yo, Finnbogí, hijo de Harek, ¡reclamo estas tierras como mías!

Sus palabras atravesaron el poblado provocando el más absoluto silencio.

Percibió que Eric se ponía detrás y los guerreros de Olaf tomaban posiciones con discreción. Incluso Thorig cogió un gran cuchillo de una de las mesas. Notó como su protector interior gruñía, aún tenía sed de sangre. Muy pronto sabría quién era el dueño de esa voz. Lo único que importaba era que querían usurpar el legado de Olaf en su ausencia.

—Ya era maldita hora que llegaras, Ragna. Llevo esperando esto desde que desapareció. —Dijo Eric solo para sus oídos.

Asintió. No toleraría otro atentado y por las miradas de su gente, supo que esperaban que hiciera algo al respecto.

—¿Quién osa hacer tan absurda proclamación? —Retó en voz alta al desconocido para hacerlo salir.

—Yo.

El dueño de la mirada desafiante era bajo, de grandes hombros y músculos fuertes. Era de rasgos celtas, ojos oscuros y tez morena. Vestía una túnica de lana sobre sus calzones, intentaba ocultar su pobreza enfundándose en pieles mediocrementemente curadas. Destilaba regocijo y satisfacción, algo que no le gustaba, significaba que se guardaba alguna sorpresa más o que lo tenía todo controlado.

Le costó reconocerlo, cuando lo hizo, parpadeó. Varios años atrás quiso llevársela por la fuerza para convertirla en su concubina. Cuando se defendió y lo atacó, el cobarde acudió a Olaf. Quiso comprársela para poder castigarla por defenderse. Su padre adoptivo se enfureció y el muy rastrero intentó convencerlo que lo que deseaba de verdad era casarse. Tras recibir unos dolorosos golpes por parte de Olaf, se marchó y por su mirada, Ragna supo que volvería para ajustar cuentas.

Así era.

—¿Tanto temes dar la cara, que aprovechas la ausencia de mi señor para intentar arrebatarme lo que es mío? —Se mofó.

Finnbogí desenvainó sonriente al acercársele.

—Soy mucho más hombre que él, ésta vez, nadie me va a impedir darte tu merecido, mocosa. —Contestó quedándose a un metro de distancia. Ragna esperaba que no recordara la rapidez con la que se movía. —Son tierras sin líder y las reclamó para mí.

—Solo un par de cosas Finnbogí. Primero, no eres ni la mitad de hombre que mi señor y lo demuestras reclamando sus tierras de esta manera tan cobarde en su ausencia. Segundo, no son tierras sin líder, puesto que tiene mujer y las antiguas leyes están de su parte.

—Su pueblo no lo permitirá. —Gruñó Eric con tono amenazador.

A Ragna se le erizó la piel al escuchar su risa, creía dominar la situación. Por desgracia, no sabía que pretendía algo más con el rapto. Tampoco estaba en condiciones de luchar contra la veintena de hombres armados que empezaron a rodearla.

Maldijo en silencio su sed de venganza y su arrogancia, si no se hubiera enfrentado sola a los traidores del campamento quizá tendría una oportunidad. Aunque vista la situación suponía que no tendría alternativa. Sus manos empezaron a cosquillearle.

—Reclamo estas tierras y serán mías. —Dijo Finnbogí. —Olaf no volverá y tú, zorra, harás lo que te diga si sabes lo que te conviene. No importa que tenga esposa, puesto que la muy inútil no ha sido capaz de darle siquiera un hijo.

Apretó los puños, al escuchar la respiración entrecortada de Ingunn. No era culpa de su madre no poder concebir, sino de la maldición de Kraka. Era culpa suya, no de Ingunn. Ya había cometido demasiadas estupideces por ese día, inspiró con fuerza, se enfrentaría y acabaría con él usando la cabeza fría.

—¿Acaso crees que nos vamos a rendir?

—No os queda otra.

Se rió con ganas. En realidad estaba convencido que lo había conseguido, no conocía el respeto que sentía su gente por la familia Durs. Ni a ella.

—Si nos queda otra, Finnbogí. Luchar contra ti. —Ragna sintió que era capaz de controlar poco a poco su rabia. Ordenó a su lobo que no se lanzara contra su cuello, debía ganar limpiamente. —Quieres ignorar las antiguas leyes, reclamar lo que no es tuyo, someternos y ¿pretendes que no hagamos nada?

—No vais a luchar por un señor desaparecido que no ha nombrado ningún sucesor. Su mujercita buena para nada, no cuenta, pues no le ha dado hijos. —Contestó Finnbogí contrariado. —Ragna, si sabe lo que le conviene, se someterá y entregara para salvar su pueblo.

—Lucharemos. Ragna luchará por él. —Ingunn fue la primera en hablar sin el menor asomo de miedo.

—Lucharemos, Ragna luchará por Olaf. —Dijo Eric sonriendo.

Los habitantes repitieron sus palabras uno a uno. Ragna sentía como su corazón se entibiaba con cada grito. Sabía el gran peso que recaía ahora sobre sus hombros. Su futuro dependía de lo que hiciera a continuación. Respiró despacio, el dolor de su cuerpo desaparecía reemplazándolo por determinación. Suerte que Ivar curó sus heridas con los ungüentos de Ingunn.

—¿Estáis dispuestos a luchar? —Preguntó Finnbogí asombrado y furibundo

—Eso parece. —Desenvainó su espada. —El pueblo ha elegido un campeón que represente a Olaf.

—No. —Contestó enfadado. —No voy a luchar contra una mujerzuela como tú.

—No tienes alternativa. —Empezó a rodearlo. —Intentas reclamarnos sin luchar, ni siquiera nos has traído el cuerpo de Olaf, por lo que quizá sólo seas un oportunista. Nos negamos a obedecerte, tenemos un señor que no tardará en llegar. En su ausencia me han escogido para representarlo. ¿Acaso temes enfrentarte a una simple Skjaldmö o será que no has olvidado la tunda que te di cuando intentaste violarme tres inviernos atrás?

Sus preguntas quedaron en el aire, el silencio era denso, pendientes de la respuesta de Finnbogí. Su honor y su orgullo estaban en entredicho.

Sonrió cuando el traidor levantó su gran espada aceptando el reto.

Finnbogí se apartó de la multitud, se encaminó hacia ella con su arma en la mano. Ragna retrocedió hacia la parte más amplia y plana del poblado. Los fornidos seguidores de Finnbogí se apostaron en la puerta de la gran casa, junto a Ingunn y los Gerhardsen, para mirar. Parecían divertidos, nada inclinados a intervenir. Esperaban ver como la derrotaban.

Se movió en círculos, vigilante, con el brazo de guardia en alto, manteniendo el equilibrio. Finnbogí tenía fijada una sonrisa en la cara, complacido por la idea de ganarle y ridiculizarla ante la concurrencia.

Sostenía su espada con las dos manos, era un arma más larga y ancha que la suya, que era delgada y afilada. Más ligera, con mayor equilibrio, apropiada para su altura, volumen y fuerza. Otro regalo de Olaf.

Tendría que ser rápida e ingeniosa para compensar el alcance del arma de Finnbogí, así como su potencia. Por no hablar de su propio cansancio. Si quería evitar un golpe letal tenía que mantenerse cerca, para que no pudiera extender el brazo y le alcanzara.

Dio un paso tras otro y lo obligó a seguirla en un apretado círculo. Finnbogí agarró con fuerza su empuñadura al moverse. Avanzó con él,

mirándolo, una puesta a prueba de voluntades, para tantearse.

Al principio él intentó arrebatarse la espada con unos golpes rápidos pero lo eludió sin demasiado esfuerzo. Bajaba su arma dispuesto a matar. No tuvo problema en pararlo situándose detrás de él.

El hombre se giró precipitadamente. Sin perder la oportunidad, Ragna hizo un pase alto, dirigido a su hombro desprotegido, que paró por muy poco. Ragna evitó el siguiente ataque con facilidad. Danzando sobre sus pies esperó que él reaccionara. Con un gruñido, atacó y consiguió bloquearlo con la parte plana de la espada. Con habilidad, antes de separarse, proporcionó un codazo en la cabeza del hombre. Giró por encima del hombro mientras él se tocaba la frente con la mano.

—Me las pagarás. —Bramó lanzándose al ataque

Esquivó el golpe, con un molinete bajo para protegerse la espalda. Tomado por sorpresa, Finnbogí se tropezó con la hierba, era previsible y torpe. Usaba su arma a modo de hacha. Su técnica, agilidad y flexibilidad le daban ventaja a pesar del agotamiento.

Previendo su próximo golpe danzó hacia un lado y se giró. Dejando a Finnbogí golpeando de nuevo al aire. El guerrero tenía la cara roja tanto por la frustración como por el esfuerzo.

Acercándose más y más, danzaba con él para enfrentarlo, sin que llegara a tocarla nunca. La danza en círculos los llevó a la parte más ancha del poblado. Ragna miró a Ingunn, que la seguía vigilante, con la mano en su pequeña daga.

Finnbogí volvió a dar un rodeo, y ella con él, de modo que quedó a unos palmos de Ingunn. Emitió un gruñido, esperando que diera un paso, cuando de pronto él giró en sentido contrario y dirigió el ataque a su madre.

Ingunn cerró el puño en su daga y retrocedió pero el hombre la abofeteó con brutalidad, la sujetó antes que Eric o Gunnar pudieran acercarse.

Finnbogí sacó un cuchillo corto de su cinturón para ponérselo en el cuello, al mismo tiempo que le doblaba el brazo hacia atrás retorciéndoselo con sadismo.

—Ríndete zorra o mataré a vuestra señora. —Rugió el traidor, para recalcarlo torció más el brazo de la mujer, que no emitió ninguna queja.

Ragna retuvo el aliento cuando el corazón se le paralizó, lanzó una rápida mirada a Eric, que estaba a dos pasos. Se negó a mirar a Ingunn mientras bajaba la espada.

Podía matar a sangre fría, pero ¿qué podía hacer para acabar con él sin

poner en peligro la vida de su madre?
Su lobo interior gruñó.

CAPITULO 11

El pecho de Eric se hinchaba de orgullo al ver a su Husfrejya. Ingunn se mantenía erguida y digna, solo sus ojos delataban su miedo y el horror que sentía.

Miró entonces a Ragna, quién bajaba la espada con la incertidumbre pintada en la cara. Era capaz de ganar a Finnbogí, lo demostró desde el principio, a pesar de estar herida y cansada. Pero ahora, con Ingunn retenida, no estaba tan claro.

Eric esperaba algo así desde la desaparición de Olaf. El reclamo de un forastero era lo menos que podía pasar con tanto jefe de clan en su poblado. Aunque había mandado ir a buscar a Ragna, esperaba no tener que enfrentarse a esa situación, no cuando Olaf se había negado tercamente en nombrar a su sucesor.

Una cosa era reclamar las tierras, otra diferente ignorar los derechos de la mujer y para colmo usarla como escudo cuando el campeón elegido por el pueblo te vencía. La situación empeoraba demasiado deprisa.

Ragna parecía a punto de rendirse.

Nadie la superaba en fiereza en un combate, ni si quiera los bestias de sus hijos, pero cuando se trataba de Ingunn, era otra.

Por suerte, los hombres de Finnbogí parecían demasiado relajados y pendientes de su rendición. Sin apenas moverse dio las órdenes a sus guerreros más cercanos, que aprovechando el revuelo ocuparon buenas posiciones. Con leves movimientos de cabeza situó a unos diez rodeando al séquito de Finnbogí.

Una docena más estaban preparados para cualquier eventualidad. Seguía sin saber cómo liberarían a Ingunn cuando un gemido de ésta atrajo a su atención.

Gruesas lágrimas surcaban su rostro, el cuchillo había rasgado su suave piel y una línea fina de sangre bajaba por su cuello manchando su ropa. De seguir así saldría muy mal parada. Si aquel maldito traidor aplicaba un poco más de presión sobre el brazo acabaría por partírselo.

¿Dónde demonios estaban sus hijos cuando se los necesitaba?

El suave gruñido de Ragna tenía muy poco de humano. Las lecciones de los magos que Olaf había insistido durante años que diera, daban su fruto,

conseguía controlar el lobo que pugnaba por salir de su interior.

—¿Quieres que la mate? Ríndete y saldréis vivos de este pueblo. —La sonrisa de Finnbogí era cruel. Cualquiera podía ver la falta de verdad en sus palabras.

—Suéltala. Enfréntate conmigo, soy yo tu contrincante. —Contestó Ragna en voz baja. Eric pudo oír que el odio y la rabia la dominaban.

—Soy más hombre de lo que mereces, por eso fui rechazado. Soy demasiado *hombre* para ti.

Varios seguidores de Finnbogí comenzaron a soltar obscenidades a Ragna. En cuanto se envalentonaron se dirigieron al resto de mujeres. Uno de aspecto sucio y desaliñado se acercó a Geirhildr, la tomó por la cintura e intentó besarla por la fuerza riéndose de su resistencia. Sus gritos resonaron en el tenso silencio.

Onund apareció de la nada, chillando como un loco y armado con su maza de herrero corrió hasta su hermana sin que nadie lo detuviera. Envistió con fuerza al atacante, que se apartó a tiempo de evitar un segundo golpe e hizo tropezar al herrero. El guerrero esquivó fácilmente sus ataques entre risas, arrastrando a Geirhildr que no dejaba de llorar. Onund no tardó en caer al suelo desplomado cuando uno de los compinches de Finnbogí lo golpeó en la cabeza con su empuñadura.

Geirhildr sollozaba golpeando al hombre que la retenía, fuera de sí. Temía más por la vida de su hermano que por la propia.

—Estate quieta o será peor, ramera. —La amenazó introduciendo la mano por el cuello de la túnica

—Suéltala. —Ivar apareció por detrás, apoyando su espada en el cuello del agresor, qué, sorprendido, reprochó con una mirada su compañero de fechorías que no lo hubiera detenido, cuando éste le arrebató a la mujer de los brazos.

—Puede que nuestro jefe no esté, que parezca que nuestro campeón se ha rendido por vuestro juego sucio, pero no vamos a permitir que violéis a nuestras mujeres en nuestra presencia sin luchar. —Dijo Ivar. —Si las queréis, tendréis que pagar con sangre.

Geirhildr se dejó abrazar unos instantes antes de soltarse para llegar hasta Onund, que seguía tendido en el suelo inconsciente. Ivar se situó delante de los hermanos en postura defensiva.

—Basta. —El tono de Ragna era autoritario y duro, observaba a Finnbogí, que parecía incapaz de controlarlos. Sus seguidores reconocieron la

orden y se separaron de Ivar, Onund y su hermana.

Eric observó como pasaba el peso de una pierna a otra, nerviosa. Deseaba poder acercarse y tranquilizarla, temía que hiciera una locura e Ingunn terminara muerta. Ambas temblaban, una de dolor; la otra, de rabia.

—No lo diré más. —Vociferó Finnbogí retorciendo de nuevo el brazo de su cautiva que gimió dolorida.

Tras el ultimátum, Ragna suspiró, indefensa. Al oír el golpe sordo de su espada al caer, a Eric le costó creer que se rindiera. Ese gesto le había costado muchísimo esfuerzo y él lo sabía.

Su orgullo era tan grande como el del propio Olaf. No era de las que se rendían.

Los traidores proclamaron su victoria a gritos y cercaron a Ragna. Los agresores de Geirhildr fueron los primeros que la tocaron obscenamente, narrándole con lascivia como iban a someterla uno tras otro. Ignorándolos, seguía quieta con la mirada clavada en su rival, por más que la empujaran seguía sin dejarse tirar de un lado a otro.

Cuando pudo ver por fin su rostro, tras el último empujón, a Eric le fascinó su expresión. Esperaba verla furiosa, mostrando su odio más sincero, no pensaba encontrarla tan inexpresiva, tampoco temblaba. Eric se enorgulleció. No se había rendido, tenía un plan.

Imploró a los dioses ser lo suficiente rápido para salvar al menos a Ingunn antes de que Ragna se lanzara por Finnbogí o pagaría muy caro sus muertes cuando apareciera Olaf. Porque aparecería, estaba seguro. Ragna no estaría allí de no haberlo encontrado.

Cualquiera de los que la rodeaba acabaría por matarla si no lo impedían los aldeanos más próximos. Acercó la mano a su espada, preparando para dar la alarma cuando un gesto de Ingunn lo detuvo.

Ya no lloraba, miraba a su hija y parecía asentir con la cabeza. Por primera vez en su vida de guerrero, Eric se sintió aterrado.

Si bien Ingunn era tranquila también era muy decidida. Ragna era, imprevisible, si estaban de acuerdo... ¡es que estaban dispuestas a acabar con el traidor a cualquier precio!

Olaf lo mataría.

—¡Someted a esa ramera! —Finnbogí tiró su cuchillo al suelo y aflojó el brazo de Ingunn.

Ragna no se inmutó ante esa orden, incluso cuando el círculo de asesinos se cernió sobre ella, la vio mantenerse impasible.

—¡Ahora! —Gritó Eric.

Sus hombres dejaron sus posiciones y se arrojaron contra los seguidores de Finnbogí. Con los primeros batientes que cayeron al suelo llegó el olor de la sangre. La mayoría de aliados de Olaf participaron en la refriega, deteniendo a los mercenarios.

—¡Eric! ¡Ponla a salvo!

Eric echó a correr hacia Ingunn para liberarla, Finnbogí seguía escudándose detrás. La muchacha se enfrentaba contra los traidores utilizando sus propias armas e intentando salir del círculo de guerreros que ahora intentaban atraparla. Continuaba luchando con ímpetu para llegar hasta su madre.

—¡Ivarju, Solsteg, encargados de que no lleguen a los caballos! —Gritó Eric. —¡Thorgils, Sigmund, Kolbeinn cerradles el paso! ¡Mujeres salid de ahí ahora mismo o detenedlos!

A pocos pasos de Finnbogí, Eric se vio obligado a detenerse, cuando el hombre retorció el brazo de Ingunn. Por suerte, al rendirse Ragna había tirado el cuchillo y ahora le rodeaba el cuello con el brazo.

—Apártate o sufrirá las consecuencias.

—No seas necio. Os superamos en número y he bloqueado las salidas. Sabes que no tienes escapatoria.

—¡No! Tengo a vuestra señora. Rendirlos, ¡O pagará las consecuencias!
—Amenazó el hombre con la locura pintada en el rostro.

—¡Madre! —El rugido de Ragna resonó por encima de la lucha e hizo encoger el corazón de Eric. Un destello precedió un gruñido animal. Acababa de liberar a la bestia.

Ingunn aprovechó para clavar su propio puñal en el estómago de Finnbogí con la poca fuerza que le quedaba, se separó justo a tiempo para que la daga de Ragna le alcanzara en el pecho. Finnbogí intentó retener con una mano a Ingunn, a la vez que con la otra intentaba detener la sangre mientras retrocedía. El lobo le detuvo mostrando los bellos con agresividad.

—¿Aún sigues en pie?

Ragna se acercó, herida y en peor estado que antes. Un odio infinito cruzaba su cara.

Arrancó a su madre de los brazos del opresor, que la retenía cogida por una muñeca y la abrazó antes de entregársela a Eric.

—¿Acaso creías que atacarnos te saldría bien? —Preguntó. El lobo se deshizo de uno de los mercenarios que se acercaba por la espalda, mostró los

belfos y se colocó al lado de la Husfrejya, en posición defensiva.

Ingunn, sollozaba contra su pecho, sin ver como la revuelta se sofocaba. Los habitantes y algunos invitados que sofocaron la revuelta con valentía. Otros, observaban la escena como hipnotizados, una vez superado el peligro; murmuraban. Eric suspiró, ya se preocuparía Olaf de las nuevas conspiraciones.

—No tendrías que haberlo herido de muerte, Loba. —Dijo.

—Estaba muerto. —Le espetó antes de propinarle una patada en el pecho que hizo crujir sus huesos y perder el equilibrio. —Selló su destino al secuestrar a Olaf.

—¿Él lo raptó?

—Sí.

—¿Ibas a matarle por eso? —Preguntó otro.

—Nadie que toque a mi señor, no lo paga con su vida. —Ragna miró al que había hablado. —No mientras yo respire.

Eric sabía que los guerreros más veteranos apreciaban su profunda lealtad, algunos llegaron a sonreír satisfechos. Ragna acababa de ganarse a los guerreros más curtidos. Pronto empezaron a vitorearla, con su nombre de guerra: Loba Blanca. Cuando la joven empezó a patear a Finnbogí con saña otro volvió a preguntarle.

—Ya lo has vencido, Loba Blanca, ¿Porque sigues?

—¡Se ha atrevido a tocar a nuestra husfrejya!

—No entiendo. —Dijo entonces Eric. —Querías matarlo por secuestrar a Olaf... ¿Y lo golpeas por maltratar a Ingunn?

Ragna dejó de golpearle apoyando un pie en la cabeza del hombre.

—Primero rapta a Olaf, consiente que le den una paliza mientras esperan mi regreso. No le permitió tenerme, quería humillarlo públicamente sometiéndome a mí, puesto que fue él quien me adiestró. Como no lo ha conseguido se ha atrevido a ponerle encima sus sucias manos. ¡Nadie en este pueblo toca a una mujer indefensa! ¡No pienso permitirlo! Aunque quisiera salvarlo para sonsacarle información... no puedo. Le traspasé el pecho. Va a morir antes de que sufra todo lo que Olaf quisiera.

—Hija... mira el lado bueno. —Ingunn habló con voz quebrada. —Ha soltado su arma, no hay honor en su muerte, lo has condenado a vagar con Hela lejos del Valhala.

—Eso no es suficiente...

Finnbogí se retorció cuando Ragna levantó el pie, en un vano esfuerzo de

recuperar su dignidad incorporándose. El lobo lo impidió.

—... me advirtieron... —gimió tosiendo sangre —que no me fiara de ti. —Dijo entre borbotones de sangre. —No me hablaron... de tu bestia... solo debía entregaros con... vida.

—¿Quién te dijo eso?

Otro acceso de tos impidió que hablara. Tirado en el suelo, languidecía ante sus ojos, sin poder responder a la pregunta. Eric miró a Ragna, que era presa de la ira.

Sin soltar todavía a su señora, ordenó que amordazaran a los supervivientes, dejando a los muertos en una hilera. Eric sabía que tendría que pensar si les daba un entierro digno puesto que habían muerto en batalla, a pesar de su traición. Eso causaría una pelea entre Ragna e Ingunn.

Su señora, exigiría darles un entierro; Ragna, los dejaría pudrirse en el bosque. Solo Olaf podría evitarles esa discusión.

—¿Cómo sabes quién raptó a Olaf?

—Di un breve rodeo antes de volver. Me lo confirmaron sus propios hombres.

—¿Está...?

—Por lo que sé, está vivo, aunque le dieron una buena paliza. —Abrazó a su madre.

—¿Por qué no estás con él?

—¿Por qué crees? El traidor estaba aquí contigo. Olaf está atrapado en la vieja cabaña del lago y yo tenía que cumplir mis órdenes trayendo a los Gerhardsen a Rindal. Era mejor enfrentarme con Finnbogí, aunque no sabía quién era en ese momento. Nuestra señora estaba en peligro, por lo que mandé a tus hijos a por mí... a por Olaf. Quería evitar el derramamiento de sangre de nuestra gente.

—¿Sin supervivientes? —Preguntó Eric.

Ragna asintió pesadamente. A esas alturas no quedaría nadie que les contara quién puso sobre aviso a Finnbogí.

Algo había cambiado, Eric lo sabía; los invitados especulaban en voz alta sobre si era conveniente o no seguir allí. Se maldijo por ser tan confiado, no tendría que haberse concentrado en las mujeres de Olaf, su estupidez podía matarlos. Nunca era buena idea mostrar debilidad ante otros señores.

Como de costumbre, Ragna fue más rápida que él y su reacción, intempestiva.

—¿Alguien más quiere enfrentarse a mí, la Loba Blanca? ¿A la furia de

los Durs? ¿Algún valiente que se atreva a retarme? ¿Alguien se cree con derecho a reclamar la tierra de mi señor?

Incluso herida y cansada, se percibía la determinación en su voz. Al igual que aquella vez en la cabaña, Eric no dudó que Ragna defendería con su vida lo que quería. Con el lomo erizado, el lobo, más etéreo que antes daba círculos a su alrededor.

—Sí. Yo lo hago...

Se giraron en dirección a la voz, apartándose para que pudiera ver al recién llegado que la retaba. Eric sonrió al ver a sus gemelos sujetando a un guerrero enorme de cabellera dorada. Aunque estaban heridos, su gesto torcido aseguraba que ninguna de sus heridas era grave, a diferencia de su señor.

Su rostro estaba desfigurado por los golpes y los cardenales, un grueso vendaje cubría su pecho desnudo, que no estaba en mejor estado. Olaf caminaba torpemente apoyado sobre los hombros de Kart y Ketill.

Ingunn se lanzó contra él, rompiendo en sonoros sollozos. Olaf la abrazaba enjuagando las lágrimas con el dorso de la mano. A Eric aún le parecía increíble que alguien de su tamaño y reputación fuera tan dulce con su esposa.

—¿Estás bien? —Preguntó Olaf al ver su cuello magullado.

—Sí, ahora sí. —Aseguró pasando una mano por su rostro desfigurado.
—Mucho mejor que tú.

—¿Está vivo? —Preguntó Olaf a Eric.

—No. Ragna no le permitió seguir con vida ni alcanzar el Valhala.

—Dime muchacha, ¿lucharás contra mí para apoderarte del clan?

Abrió los ojos con incredulidad antes de caer al suelo de rodillas, sobresaltando a Eric.

—¡Jamás, mi señor! —Juró con pasión. —¡Por el gran dios lobo! ¡Jamás!

CAPITULO 12

Incrédulo, Olaf la miró estupefacto. Esperaba su postura jactanciosa, su arrogancia típica pero Ragna se vino abajo. Era la primera vez desde el día en que la salvó en aquella lúgubre cabaña.

Lo que Jon y gemelos le contaron sobre su comportamiento desde que se enterara de su secuestro, era cierto. Los presionó para sonsacarles como dieron con él. Hasta ver su reacción no terminó de creer lo que contaban.

Siempre había estado orgulloso de su muchacha, sabía lo mucho que lo apreciaba, aunque ahora podía ver cuán importante era para su irascible hija. Algo que lo llenaba de júbilo y alegría. Era un hecho que adoraba a Ingunn, eso era indiscutible, pero respecto a su persona nunca estuvo muy seguro sobre sus sentimientos. A veces sentía que lo único que quería era exprimirle por sus conocimientos. Con todo, se enfrentó sola a seis hombres para encontrarlo y de no haber un traidor que ponía en peligro a Ingunn, sería ella y no los gemelos quién lo salvara. Su trato sería incluso menos inclemente que la de los salvajes hijos de Eric.

—Levanta. —Dijo emocionado. —Conozco el alcance de tu lealtad, nunca he dudado de ti. ¿Me oyes?

Observó cómo se levantaba sin alzar el rostro. Olaf sonrió al contemplarla, a pesar de estar herida, sucia, despeinada y llorando, transmitía su típica fuerza y arrogancia. El cuchicheo de las gentes que los rodeaban le decía que no era el único que lo notaba.

—De lo que no estoy tan a salvo es de tu lengua afilada. —Le dijo con socarronería; provocando que los guerreros más jóvenes rieran y que los mayores fruncieran el ceño contrariados.

Olaf le guiñó el ojo al lobo espiritual, que con la lengua fuera le sonrió antes de desaparecer.

Ragna estalló en carcajadas, que cesaron cuando lo abrazó para apartarse con la misma rapidez muy sonrojada, mirando a Ingunn que reía entre dientes.

Varios varones hicieron lo mismo, abochornándola aún más. Olaf pudo ver que la mayoría de las mujeres, una vez recuperadas de la sorpresa, sonreían con la misma ternura que Ingunn. Hembras, suspiró resignado. Aún así, agradecía su ternura.

—¿Porqué está muerto?

—Era su destino. Te raptó y se atrevió a tocar a nuestra husfreyja. — Ragna levantó el mentón, furiosa.

—Ese traidor era mío.

—No pude mucho más si no quería que se escapara con mi madre. — Miró a Ingunn, quién le rodeaba el cuerpo con los brazos temblorosos.

—Es cierto, esposo. Moría o escapaba. No iba a respetar su palabra, no tenía honor.

Olaf asintió, consciente de que le ocultaban algo. Ya se encargaría de averiguarlo. Eric se apresuró en acercarse, esquivando con habilidad al grupo que se amontonaban para escuchar y darle un buen recibimiento.

—Bienvenido a casa, Olaf. ¿Acaso no tenéis nada mejor que hacer? — Murmuró Eric enfadado, logrando que alguna de sus gentes se retirara.

—Es un placer estar de vuelta. —Gruñó. —Tus hijos me explicaron la situación. Actuaste con inteligencia, bien hecho.

—No digas eso, esto no tendría que haber pasado. Al no encontrarte, envié a por Ragna, que no podía demorar mucho más en regresar. Ella supo localizarte, ha matado a Finnbogí y ha salvado a tu esposa. Por cierto, ¿dónde te encontraron mis chicos?

—En una de las antiguas cabañas del lago, una muy pequeña y bien oculta. Voy a quemarlas, esta vez las destruiré una por una. Hay muchas cosas que explicar... —Dijo Olaf, observando a su mujer y su rostro cansado.

—Primero serás atendido. —Interrumpió Ingunn. —Ragna, ocúpate que se pongan en movimiento. Ahora.

—¡Pueblo de Rindal! —Gritó Ragna. —¡Ya habéis oído! Olaf contará lo ocurrido una vez sea atendido como es debido. Ingunn lo ha decidido así. — Encogió los hombros y se dirigió a su grupo, que la esperaban sonrientes. —Y si él no se opone... ¿quiénes somos nosotros para hacerlo?

Estallaron en carcajadas antes de dispersarse a hacer sus quehaceres. Su señor estaba de vuelta, Ingunn sana y salva y Ragna, después de demostrar su valía y su lealtad, volvía a ser la descarada de siempre.

—Maldita mocosa deslenguada. —Murmuró deteniéndose en la puerta de la gran casa descontento por sus métodos. —Ahora entro, Ingunn. ¡Eric!

Esperó a que llegara y se apartó de la puerta, poniendo distancia con los esclavos que empezaban a moverse.

—Quiero refuerzos en las entradas y salidas del pueblo. Deshazte de esa escoria que ensucia nuestro suelo. No quiero rehenes. Que la zona sea barrida en profundidad, eliminaremos cualquier grupo hostil por pequeño que sea,

¿entendido?

—Ingunn querrá darles un entierro digno. —Eric le interrumpió con suavidad.

—Estoy seguro de que Ragna opinará lo contrario. Mi palabra es la ley, amigo. Y pienso como mi muchacha. —Esperó a que su segundo asintiera y continuó. —Llevadlos lejos de aquí, tiradlos por los acantilados o al desfiladero. No quiero verlos. Ya que estoy de vuelta... ¿No es momento de preparar una fiesta? —Olaf miró a Ragna que bromeaba alegremente con Ivar y Jon, aunque se quedó quieta mirando el gentío antes de que Kart le diera un empujón y ella contraatacara. —Ocúpate de nuestros invitados, no creo que Ingunn esté en condiciones de hacerlo porque Ragna no sabría ser una buena anfitriona aunque lo intentara.

—Será un placer, tan solo tengo que recurrir a las matronas. Hablando de invitados, algo sucedió en el viaje de Ragna. Su comportamiento con los Gerhardsen es más arisco de lo habitual.

—Sí, lo sé. Tus hijos me lo contaron por el camino. —Contestó furioso. —Los hicieron esperar un día entero para atenderlos, la ridiculizaron... y por lo visto, mi mocosa casi les declara la guerra cuando pusieron en duda mi honor. Ya me encargaré después, sabrán quién soy. Si es que Ragna no se ocupa antes.

—Algo más, antes de morir Finnbogí susurró que le advirtieron que no la menospreciara, aunque no le habían advertido de su lobo. La tenía que entregar viva a alguien. —Eric miraba al grupo de amigos de sus hijos. —En mi opinión, os querían a ambos vivos.

—Entiendo. —Olaf se quedó pensativo. —Cumple mis órdenes, luego ven a contarme lo sucedido desde mi ausencia, creo que mi esposa querrá escuchar tus palabras. Una cosa más, ¿por qué Ragna lo mató tan rápido? No entiendo porque no lo atrapó. ¿Acaso el lobo se descontroló?

—No, fue ella quién lo libero. Desde el principio estaba claro que Ragna ganaría, hasta que ese bastardo se escudó en Ingunn para obligarla a rendirse. No le gustó que la nombráramos campeona, quería humillarte, Olaf. Cuando tu muchacha fingió doblegarse, demostró que iba a violarla delante del pueblo, estoy seguro. Lo que quedara sería para sus hombres; a pesar de dar su palabra de que las dejaría marchar. Creo que mientras la entregara viva, no importaba su estado. —Eric suspiró mesándose el cabello con frustración. —Estaba preparado para frenar una revuelta, aunque con su llegada la situación se precipitó. Cuando estalló el caos, Ragna estaba desarmada y rodeada de

enemigos, Ingunn retenida, algunos de los invitados se planteaban cambiar de bando. —Lo miró con cansancio. —No te va a gustar...

—Dímelo. —Ordenó Olaf con sequedad.

—Ragna se defendía como si Loki la poseyera. Ingunn herida y de rehén. Cuando ambas se miraron... Maldición. Ragna llamó a su madre de tal manera que me desgarró. Se que liberó a su lobo, lo vi en sus ojos, de alguna manera ha aprendido a controlarlo. Ingunn en lugar de tener miedo se enfrentó a Finnbogí, lo apuñaló y se separó lo justo para que Ragna lanzara un cuchillo desde donde estaba. Con una sola mirada estaban de acuerdo: morirían por ti.

—¿Podían haber muerto? —Murmuró Olaf con la garganta seca.

—Sí. Estaban dispuestas por acabar con tu secuestrador. La marca de su cuello es prueba de lo cerca que ha estado de la muerte. —Eric apartó la mirada. —No podría haberlo evitado...

—No es culpa tuya. Sé cómo pueden ser de decididas y tercas cuando se lo proponen. No sé qué haría si les sucediera algo. —Se quedó callado intentando asimilarlo. —Me encargaré que a mis enemigos no se les ocurra volver a intentar utilizarlas. Si tienen que aprenderlo por las malas, pues sea. Por muy duras que sean mi deber es protegerlas, lo que ha sucedido hoy no volverá a repetirse. Cualquiera que intente dañarlas deseará la muerte y que Hela lo acoja en su morada antes que seguir en mis manos. Se acabaron las contemplaciones, averigua quien planea traicionar mi hospitalidad, atravesaré su maldito corazón ante el resto de invitados. Me encargaré de ellos en cuanto las pócimas de Ingunn me devuelvan la fortaleza.

—¿Y la Loba?

—No me avergonzará. Hasta que no le de mi aprobación no los destripará.

—¿Lo harás?

—Habrá derramamiento de sangre, Eric. No puedo dejar las cosas así, si me creen débil irán a por nosotros, lo sabes bien. Quiero saber quiénes son mis enemigos antes de enfrentarme a Kraka. Ragna no aguantará mucho más.

Ivar y Kart volvían de los acantilados para deshacerse de los últimos cuerpos cuando escucharon a Eric.

—¿Acaso no vamos a celebrar el retorno de nuestro señor? ¡Alarguemos la fiesta hasta el solsticio!

La algarabía tumultuosa demostró que estaban preparados para montar una gran fiesta. Tenían mucho que celebrar, pensó Ivar para sí. El viaje fue agotador para los gemelos y Jon: la búsqueda, la liberación de Olaf, a pesar de haber sido rápida, los dejó exhaustos.

Pudieron emboscar a sus enemigos, pues no esperaban problemas y no tuvieron piedad. Ivar sabía que lamentaban no haber llegado antes al poblado para unirse a la refriega; sus ansias de combate y el orgullo los agujoneaban.

Kart había defendido a Ragna cuando la acusaron de rendirse, estaba convencido de que utilizó esa estratagema para que Finnbogí se relajara y poder acercarse. Logró que algunos invitados cambiaran de opinión mientras los ayudaban a desembarazarse de los cadáveres. Ragna no se rendía nunca. No existía debilidad ninguna en esa muchacha.

Caminaban por el poblado examinando los asombrados rostros de los invitados cuando las mujeres les ofrecían cuernos llenos de hidromiel, cerveza y otros licores, otras preparaban ricas viandas para ofrecer en breve. Incluso los Gerhardsen estaban sobrecogidos, tanto por la actividad como de la generosidad de sus anfitriones.

—Ahora sabréis lo que es la hospitalidad. —Les dijo Ivar al pasar por su lado en dirección a la taberna.

Era una de las cabañas más antiguas, a pesar de que sus maderas estaban viejas y reseca, lucía más impresionante que cuando era un niño. Desde que Rjupa la regentaba, estaba limpia y reluciente, las jóvenes que la atendían eran alegres y bonitas. Con frecuencia acompañaba a los gemelos para beber y contemplarlas.

Con una sonrisa abrió la puerta entrando en la semi oscuridad, que a esas horas estaba casi vacía. Rjupa sonrió al verlos entrar, continuó frotando una de las mesas, la otra joven siquiera se volvió para seguir cortando trozos de carne seca.

—¿Tenéis algo de beber para unos guerreros sedientos? —Les dijo Kart,

instalándose en uno de los bancos.

Ivar sabía que a Kart le gustaba oír la risa de Rjupa, tan sincera y sensual. La mujer tenía varios años más que él pero su larga melena color de la noche y sus bellos ojos verdes hacían que siguiera deseándola desde su tierna juventud. No era precisamente un secreto.

—Siempre encontrarás algo con lo que refrescar tu garganta dentro de estas paredes. —Le dijo Rjupa lanzándole el trapo húmedo al pecho. —Como si no lo supieras.

—Preferiría encontrar algo más aquí dentro. —Le contestó insinuante. Con lo que se ganó otra sonrisa comedida de la mujer y un codazo por parte de Ivar.

—Te he dicho muchas veces que soy demasiado vieja. Deberías ir tras una buena moza... —Le decía sirviendo una jarra de hidromiel.

—¿Qué te he respondido siempre? No quiero a ninguna a otra, eres tú a quién quiero en mi cama. —Le contestó con la voz más enronquecida que de costumbre.

—Bobadas. Olvida ya tus fantasías de juventud. Necesitas a una mujer que te de hijos y que cuide de ti, no a una antigua esclava desgastada por el trabajo. ¿Verdad, Ivar?

—Siempre le dices lo mismo. —Confirmó llenando sus cuernos.

—Son muchas las que estarían dispuestas a compartir tu cama y a darte hijos. —Rjupa miró de reojo a la otra chica, quién se sonrojó ante ese comentario.

—Quiero una hembra que pueda considerar mía. Que sea buena esposa y madre, que sepa defender a los suyos a base de espada si es necesario. —Respondió Kart mirando el contenido de su cuerno. —No quiero a una moza que vaya de catre en catre.

—En definitiva. —contestó Rjupa mirando a Ivar —quieres una mujer como lo fue tu madre.

—No sabía defenderse. —Cerró los ojos y sonriendo con nostalgia. —Se pasaba el día llamando a padre al menor problema, lo volvía loco. Eso sí, cuando él no estaba nos defendía a Ketill a mi como una verdadera loba. Quiero que mi esposa sea tan capaz como Ragna a la hora de defender lo suyo.

Kart sacudió la cabeza. Ivar recordaba que su madre había sido amable y amorosa, con un carácter temible que siempre ocultó a Eric. Hacía años que llegó a la conclusión de que a pesar de su aparente fragilidad había sido muy fuerte. Eric prefería a las mujeres dóciles, desamparadas, y ella le había dado

el gusto. En cuanto a sus hijos los había criado con amor y ternura, hasta que la enfadaban. Entonces demostraba que su carácter podía ser tan feroz como el de su marido y sus castigos nunca estuvieron faltos de imaginación. Siempre habían encontrado la manera de eludirlos y teniendo en cuenta que siempre estaban metidos en líos se vio obligada a usar métodos muy creativos. Sus amigos jamás revelaron a su padre esos castigos, eran demasiado orgullosos. También temían que la reacción de su progenitor fuera mucho peor. Era casi un juego, una demostración de fuerza entre ellos y su madre. El invierno de seis años atrás fue demasiado duro y se la llevó. Ivar estaba convencido que Kart en particular la echaba muchísimo de menos.

—Esa condenada siempre ha sido muy valiente y ha luchado por lo quiere. —Murmuró Rjupa para sí hablando de Ragna con cariño.

—En fin, ¡cómo me alegro de estar de vuelta! —Suspiró Ivar antes de dar un buen trago. —Ha sido un viaje muy largo.

—¿Es cierto que fuisteis vosotros quienes rescatasteis a Olaf? — Preguntó la otra mujer con genuino interés.

—Sí. Podría decirse que sí.

—Cuéntame.

—¿En serio quieres que te lo cuente? —Peguntó Kart sorprendido.

—¡Pues claro! Cuando los chismes nos llegan están cambiados y exagerados...

—Será por que tus bebidas ayudan a que aumente nuestra imaginación. — Ivar sonreía.

—Puede. —Rjupa torció el gesto. —No me vengas con halagos que no vas a distraerme, por una vez puedo enterarme de algo por boca de quién lo ha vivido.

—Hazlo o nos aguaran las bebidas. —Le provocó Ivar.

—Está bien, está bien. —Kart levantó las manos. —Te lo contaré. ¿Qué sabes?

—Solo que Olaf desapareció, tu padre nos dijo que no pasaba nada, que estaba controlado. —Contestó la otra muchacha.

—Bien. —Kart se rascó la barbilla. —cuando mi padre mandó a informar a Ragna de la desaparición nosotros estábamos en una misión.

Kart narró la historia satisfecho, las mujeres lo miraban con interés, hasta Ivar reconocía que era agradable tenerlas pendientes de sus palabras. Por lealtad a Ragna omitió algunas situaciones e intentó no exaltar los hechos para no quedar él como un héroe. Con semejante público no le fue del todo posible.

Ivar sabía que si Kart tan solo pudiera convencer a Rjupa para llevársela después a su lecho, habría valido el esfuerzo.

Olaf observaba cómo Ingunn se aseaba mientras se sumergía en la tinaja llena de agua. Sus músculos protestaron antes de empezar a relajarse, apoyó la cabeza contra el borde mientras escuchaba como tarareaba al asearse y cambiarse de ropas. No había accedido a bañarse hasta no asegurarse que estaba bien. El corte del cuello era un rasguño, su hombro y su brazo tardarían unos días en recuperarse de la agresión. Se negaba a usar sus propios ungüentos.

—Tendrías que haberte metido aquí conmigo, mujer. —Susurró aún con los ojos abiertos.

—El que necesita un baño eres tú. Además cada vez que me convences para que lo haga, acaba el cuarto lleno de agua y lo último que hacemos es bañarnos.

Olaf gruñó. Solo de pensar en esos agradables baños sentía una tirantez en la ingle que no estaba en condiciones de poder satisfacer.

—La misma excusa de siempre. —Murmuró. —Tienes un aspecto terrible, querida, ¿de verdad no quieres complacer a tu pobre esposo?

—El que tiene un aspecto terrible eres tú. Compórtate por esta vez, que tenemos muchos invitados... y muchas cosas por resolver.

—No te preocupes. Eric está al cargo.

—Lo se. —Ingunn se acercó. —Ahora estate quieto, voy a aplicarte este ungüento en la cara.

—Huele fatal. —Olaf arrugó la nariz al olerlo.

—Es posible. Sabes que te ayuda a curar con rapidez. Es el último me que me queda hasta Samhain. No calculé que este año gastaría más de cinco tarros.

—Sigue sin gustarme como huele. —Protestó cerrando los ojos y dejando el rostro relajado para que pudiera aplicárselo.

—Si no te metieras en líos no tendrías que usarlo tan a menudo. —Rezongó Ingunn concentrándose en el profundo corte de su pecho. —No te mojes ésta herida.

—Mujer, ¿estás riñendo a un señor de la guerra como si fuera un niño?

—Sí.

—¿Quién te crees...? —Empezó a decir Olaf, picado por su actitud.

—¡Tu mujer! ¡Eso es lo que creo! ¡Esta vez pensé que te había perdido!
—Le lanzó al pecho el tarro del ungüento. —¡Llegas aquí como si nada

hubiera pasado.... —Dio un alarido cuando Olaf salió de repente de la tina y la abrazó, mojándola por completo.

—¿Te atreves a chillarme cuando eres tú la que arriesgaste tu vida tontamente? —Levantó el tono ignorando el dolor de sus heridas en sus esfuerzos por liberarse.

—¿Atreverme?! —Por primera vez en su matrimonio, Ingunn le alzó la voz. —¡No fui yo la que desapareció sin dejar rastro! Creímos que esta vez te perdíamos para siempre por tu manía de hacer las cosas *a tu manera*. —Le golpeó las costillas doloridas para desasirse del abrazo.

—¡Maldición! —Bramó furioso y lastimado. —Juegas sucio. No soy yo el que se arriesga sin medir las consecuencias.

Fuera de sí, Ingunn lo empujó con furia, cogiéndolo por sorpresa y tirándolo dentro de la tina. Ignorando su expresión de dolor al caer y el chapoteo posterior, se alejó de él para poder alcanzar los frascos de su tocador y arrojárselos.

—¡Maldito patán arrogante! ¡Tú no estabas aquí! Ragna tiró su espada para poder salvarme aunque era evidente de que no respetaría su palabra. ¡No podía proteger a mi hija! ¡Deseaba que ese hombre muriera por atreverse a tocarte! ¡A tocaros! ¿Creías que me estaría quieta mientras me utilizaban para destruir a mi familia? ¡Estás loco!

Olaf se incorporó para evitar los proyectiles que iban en dirección a su cabeza, asombrado por la fuerza con que se los arrojaba, por su furia. En los años que llevaban juntos jamás la había visto así, ¿Dónde estaba la mujer dulce y frágil con la que llevaba compartiendo su vida los últimos quince inviernos?

—Maldita sea. —Rezongó Olaf. —¿Quieres parar ya? Te pareces a Ragna, esa mocosa te ha contagiado su mal carácter.

—Puede que haya aprendido de ella un par de cosas pero eso es porque Ragna aprendió del mejor. —Gritó a su vez antes de abrir la puerta enojada. —Hablando de Ragna, ¡también va a escuchar lo que tengo que decirle! Atiéndeme bien, guerrero idiota, no vas a volverme a acusar de jugarme la vida cuando arriesgas la tuya y la de Ragna casi a diario. No vuelvas a recriminarme nada. Te quiero vestido y listo para la fiesta antes de que vuelva. Ni se te ocurra olvidar recoger este desastre antes de salir.

Cerró la puerta de un tirón dejando a Olaf con la boca abierta. No solo la habitación parecía haber sido arrasada por un vendaval, también sus ánimos. Se preguntaba cómo conseguía ocultar aquel temperamento tan atroz. ¿Cómo

había conseguido que creyera que era frágil?

Entendía su rabia al ver en peligro a su familia, él mismo la sentía. No imaginaba que su tierna mujercita tuviese unos sentimientos tan intensos. Ni que tuviera el mismo espíritu protector que Ragna o él.

Casi compadecía a Ragna por lo que se le venía encima. Casi.

CAPITULO 12

Las risas alegres resonaban por el poblado, grandes cantidades de bebida y viandas se consumían con avidez. Las mozas más audaces danzaban los ritmos alegres de las flautas y tambores, los muchachos las observaban y los guerreros más curtidos narraban sus historias más bravas y sangrientas.

Ragna miraba al vacío sin prestar demasiada atención, desde la puerta principal contemplaba la algarabía con despego, presa de sus pensamientos. Nada más de entrar en su cuarto para asearse, apareció Ingunn hecha una fiera. Sin remordimientos le gritó por haber tardado en regresar, por no casarse y por ser tan terca como Olaf. Entre gritos o amenazas la obligó a bañarse y a curar sus heridas. Jamás la había visto así tan fuera de sí, y cuando le preguntó los motivos, la mirada de su madre fue tan intensa como la de Olaf.

—Tú y tu padre, eso es lo que me pasa.

Sin decir nada más tras depositar un vestido nuevo sobre la cama.

Debía reconocer que era precioso, la larga túnica estaba llena de ricos bordados y ribeteado con suaves pieles. Si no se sintiera incómoda y ridícula, se vería hermosa. Era demasiado desgarrada y musculosa para serlo, su pelo casi blanco, heredado de su verdadera madre, le hacía parecer una anciana.

Ingunn siempre le decía que era guapa sin que nunca llegara a creerla. Su estatura media, su melena blancuzca y su falta de curvas femeninas la convertían en una mujer carente de atractivo. Años atrás llegó a esa conclusión cuando el resto de muchachas de su edad se fueron casando, atraían a los varones. Ella no. Ingunn solía decirle que eso era por su carácter huraño, quisquilloso e irascible que mostraba al mundo. Por su obsesión de ser fuerte, indestructible.

Qué ironía que una mujercita de frágil y dulce apariencia como Ingunn, hacía con ella lo que quería. Siempre acababa cediendo. Como demostraba que llevara un vestido y estuviera buscando a los Gerhardsen. Los vio apoyados en una de las casas, degustando con tranquilidad la sabrosa cerveza. Suspiró para sus adentros, si no cumplía con la misión encomendada por Ingunn volvería a gritarle. La prefería cuando la reñía con suavidad a como se había comportado rato atrás.

Arrancó el vaso de Kart cuando pasó a su lado, dándole un buen sorbo, estaba agotada moral y físicamente. Volver a hablar con los Gerhardsen no le

era grato pero comparado a lo que podría hacerle pasar Ingunn, le parecía algo sencillo. Aceptó las miradas y cumplidos de su gente, que la felicitaban tanto por su actuación como por su apariencia.

Habituada a moverse entre el gentío, al ser Olaf el jefe del poblado, estaba preparada a que los demás se entrometieran en su vida. Por lo que tampoco le costaba nada amedrentar a nadie para que respetara su intimidad. Aunque reconocía que no había secretos en una comunidad como la suya.

Varias jóvenes y viudas prestaban atención a los invitados, en especial a los Gerhardsen que eran hombres grandes y llamativos, tanto por su indumentaria como por su apostura. Algunas lo hacían por hospitalidad, otras con claras intenciones de seducirlos. Ragna se aproximó con una mueca, disgustada por las lánguidas miradas y por la actitud sexual que mostraban.

—Gerhardsen, tengo instrucciones de llevaros a los aposentos que han preparado para vosotros.

—¿Eso quién lo dice? —Preguntó Ayn, la pelirroja propietaria de unas voluptuosas curvas.

—Ingunn. Si quieres discutirlo...

—No, no. Si eso es lo que la Husfreyja desea... —Contestó la joven.

—Es lo que quiere. Les ha buscado donde descansar después del largo viaje. Tengo órdenes de llevarlos. Si más tarde lo que quieren es un buen revolcón, no creo que haya problema en que reciban visitas.

—¿Tú crees? —Inquirió Ayn, muy interesada.

—¿Alguna vez Ingunn ha interferido en vuestras diversiones?

—No.

—Es curioso que llames por su nombre a tu madre. —Gunnar interrumpió el intercambio de palabras, cohibido por su franqueza.

—Porque no lo es. —Contestó la pelirroja. —La ha criado como a una hija desde que Olaf la salvó de la esclavitud y del bastardo asesino de Kraka.

Thorvarld continuó bebiendo después de dirigirle una clara mirada de disgusto. Por parte de Gunnar solo obtuvo una mirada sorprendida y curiosa.

—¿Me acompañáis? Tengo aun cosas que hacer...

—Ve tú, hijo. Yo no voy a obedecer a una esclava. —Murmuró Thorvarld con desagrado.

—Soy una mujer libre. —Dijo Ragna sin enfadarse, no era la primera vez que actuaban así cuando se enteraban de su pasado.

Por primera vez, deseó poder proclamar quién era y borrar de los rostros cualquier muestra de superioridad, como el de Thorvarld, por ejemplo. Ni sus

padres sabían que conocía su verdadero linaje, aunque aún tenía lagunas de su pasado que no recordaba, creía saber quién era. Gunnar se mantenía sereno y eso le ayudaba a mantener la calma, ya que las mujeres parecían expectantes por una mala reacción de su parte. Esperaban obtener algún chisme fresco. Desde luego no estaba dispuesta a darles el gusto, por no hablar de cómo se pondría Ingunn si se enteraba.

—Vamos, —Dijo Gunnar —yo sí necesito refrescarme un poco, más tarde podré indicarle donde estamos. No es necesario desairar a la señora.

Ragna asintió y empezó a caminar esquivando los habitantes que iban de un lado a otro.

—Suéltalo. —Murmuró a Gunnar dirigiéndose a una de las casas más nuevas.

—¿El qué?

—Lo que sea que quieras preguntarme. —Comentó mirándole por fin.

—Pues... ¿Hay algún lago por aquí cerca? —Ragna parpadeó un par de veces algo descolocada por su esa pregunta.

—No, cerca no hay ninguno. En el río hay un par de recovecos profundos por si lo que quieres es bañarte.

—Perfecto. Eso es lo que necesito. —Contestó el hombre.

—Ve hacia abajo...

—¿No vas a acompañarme? —La provocó.

—Por los colmillos de Sköll, si lo que necesitas es una hembra, seguro que encuentras a alguna que este bien dispuesta.

—No. —Gunnar parecía contrariado por su suspicacia. —Lo que quiero es hacerte unas preguntas y quería aprovechar el camino... ¿Siempre que estás furiosa te encomiendas al lobo que persigue al Sol?

—¿Qué pasa si así fuera?

—Nada. Me parece extraño. La mayoría no invoca a Sköll como mucho a Fenrir, sólo recuerdan su afán de perseguir de engullir al Sol hasta la llegada del Ragnarok. Aunque se poco del dios carpintero que el rey Hakon nos quiso imponer, te aseguro que nada tiene que ver con los nuestros y a ése, ni lo mencionas. Solo algunos de los más ancianos creen que hay dioses más antiguos que Odin, que piensan que hay otro orden jerárquico.

—Solo los ancianos, no. Se que hay algo más de lo que conocemos. Te lo creas o no, me siento unida a Sköll. Ese dios carpintero nada tiene que ver conmigo.

Ragna que seguía caminando se volvió para mirarle.

—Quizá tenga que ver con ese lobo que proyectas. ¿Puedes darme un par de respuestas sin saltarme a la yugular?

—Está bien. —Contestó suspirando. —Tienes suerte de que Ingunn me haya ordenado ser hospitalaria y de que esté demasiado cansada para seguir discutiendo sin que ella se entere. —Ignoró su bufido encaminándose hacia otra dirección, alejándose del poblado.

Caminaron en silencio hasta que se alejaron de la jarana de los festejos. Gunnar fue el primero en romper el mutis.

—Por cómo te trata pensé que era tu madre de verdad.

—Lo es. —Contestó. —Es la única madre que recuerdo. Me ha criado como a una hija y la quiero como tal.

—¿Qué ha querido decir la pelirroja con lo de salvarte de un asesino?

Ragna tardó en contestar, poco convencida de explicar algo tan personal. Si quería averiguarlo Gunnar tan solo tenía que preguntarlo a los aldeanos. Muy pocos conocían su historia, solo una pequeña versión que variaba con el paso de los años. Conocía las absurdas patrañas que corrían sobre ella y su pasado.

Con reticencia, le fue contando parte de lo sucedido. Cada vez fue dándole más detalles; él era un oyente cortés que incluso evitaba mirarla a los ojos, por si se sentía incómoda

Ragna tomó aire, llegaba a la parte más dolorosa, le costaba organizar sus ideas para no contar de más, sobretodo intentaba no dejarse llevar por el miedo o el rencor. Algo que siempre le costaba. Entre menos ocultara, menos posibilidades habría de que descubrieran la verdad.

—Ese bastardo tenía por costumbre dejar por su camino los cadáveres de las chicas que violaba y torturaba. Cuando Olaf lo supo, quiso deshacerse de él, por desgracia cuando llegó no solo tuvo que luchar contra él y protegernos...

—¿Protegeros? ¿A quién? —Interrumpió Gunnar fascinado por la escena.

—Aquel día... jugaba con dos chicas delante mía, preparándome para lo que vendría después. Quedábamos cuatro. —Susurró conteniendo un escalofrío.

—¿Las violaba delante tuya? —Horrorizado se detuvo en seco.

—Sí. —Ragna sabía que tenía que detenerse en aquel punto o no podría callarse pero no pudo. —Cuando las sometía me obligaba a mirar, cuando yo no lo hacía... rajaba la cara a otra. —Ragna se reprochó que le temblara la voz tantos años después. Tragó saliva.

—¿Qué clase de monstruo era? —Preguntó asqueado.

—El peor. Se encontraron nueve cadáveres en el breve tiempo que estuvo en nuestras tierras, dos muchachas nunca se encontraron.

—¿Te tocó?

—No. Quería demostrarme primero lo que era capaz de hacer. —Ragna movió los hombros, intentando quitarle importancia.

—¿Durs lo mató?

—Aunque lo intentó, no pudo. Es lo que intentaba contarte pero no paras de interrumpir. —La queja le permitió volver a respirar. —Kraka quería usarnos de rehén, aunque Olaf luchó bien, estaba cansado después de rastrearnos y de enfrentarse a sus secuaces. Lo emboscaron dentro de la cabaña y fue herido. —Aminoró el paso y continuó hablando mirando el cielo, presa de los recuerdos. —Estaba muy mal herido, aun así, venció a su atacante gracias a mi lobo. Fue a por Kraka, que estaba atándome a la grupa de su caballo. Ese malnacido no jugaba limpio. Se enfrentaron, mi lobo volvió a ayudarlo, cuando Olaf fue derrotado. Por fortuna, Eric fue en busca de Olaf cuando lo vio partir...

—Espero que recibiera su castigo.

—Kraka nos maldijo con un hechizo de venganza. —Gunnar abrió los ojos. —Olaf tuvo que dejarlo ir tras mi promesa, ya que era la única que podía matarlo. Cargó con el único superviviente y se marchó. —Ragna esquivó la rama de un árbol. —Nadie del clan Durs podía tocarlo, él y su descendencia... moriría.

—¿Qué? ¿Lo dejasteis ir? —Preguntó Gunnar. —¿No podríais haberlo retenido?

—Afirmaba conocer a Elkcatcher, ser su pupilo.

—¿Cómo? ¡Por Odín! —Gunnar se detuvo otra vez. —¡Con razón lo dejasteis marchar!

—Olaf no solo me devolvió la libertad, sino que me concedió el derecho de vengarme por mí misma. —Cuadró los hombros, desafiándolo a que pusiera en duda la decisión de Olaf. —Necesitábamos tiempo para liberarnos de la maldición, descubrir si el asesino contaba con el apoyo del nigromante. Han pasado los años sin que el mago nos ataque, así que suponemos que Kraka no es su protegido. O al menos no hasta el punto que afirmaba.

Apresuró el paso hasta ponerse a su lado antes de empezar a hablar.

—La venganza no es habitual en las mujeres...

—No dirías lo mismo si conocieras a Hallkatla, Stsao y Jora. —Le soltó

de mal humor.

—¿Quiénes son?

—Junto conmigo, son las únicas supervivientes de la cabaña. Ninguna ha vuelto a confiar en los hombres. Jora no puede concebir. Hallkatla ha decidido seguir sola su camino, sabe defenderse pues en su juventud quiso ser una guerrera. Stsao, vive en una cueva pues ha decidido ser sacerdotisa del bosque. Es una ermitaña que solo permite mis padres o yo nos acerquemos. No importa los años que pasen, solo piensan en una cosa: la muerte de Kraka. Me exigen que cumpla la promesa que les hice. Mi hermana me reclama lo mismo. Ese hombre morirá por mi mano o moriré en el intento.

Gunnar caminó a su lado cavilando en silencio hasta llegar a un recoveco del río que parecía bastante profundo.

—Supongo que se trata de tener motivos. Jamás pensé que una mujer pensara en eso, más bien que dejaría la venganza para los hombres de su familia. —Gunnar murmuraba cuando empezó a desprenderse de sus ropas sin prestarle atención.

—Algunas queremos algo más que criar hijos, queremos justicia. —Se tensó. —Te esperaré en el pueblo. —Soltó Ragna negándose a mirarle al oír su risa.

—¿No te importa matar a un hombre pero sí verlo sin su jubón? —La pregunta teñida de risa la mortificaba pero continuó caminando ignorando la provocación.

Solo podía pensar en cómo se pondría Ingunn si se enteraba, en que su reacción podía ser muy desagradable. Por supuesto conocía los cuerpos masculinos, no sería el primer hombre desnudo que viera; lo que incluía a su grupo, al crecer juntos fue como mirar a sus hermanos. A pesar de su virginidad sabía de las prácticas sexuales entre hombres y mujeres. Sin embargo, la recia masculinidad de Gunnar la avergonzaba.

—¡Vamos, muchacha! ¿Cómo voy a volver? —Gritó Gunnar fingiendo seriedad. —¿Acaso vas a desobedecer a tu madre y dejar a un indefenso invitado perdido por vuestros bosques?

—Tonterías. Has memorizado el sendero mientras bajábamos. —Le gritó a su vez.

— Eso no es lo que voy a decirle a tu madre...

—¡No te atreverás! —Gruñó Ragna indignada deteniéndose.

—Compruébalo por ti misma. —La sonrisa malévola de Gunnar se transformó en carcajada cuando la oyó gruñir y retroceder.

—Eres de la ralea de Loki, Gerhardsen. —Le espetó. —Cómo Ingunn se entere de esto no será a mí a quien amargue la vida... pedirá tu cabeza a Olaf.

—¿Segura?

— Mi madre se toma muy en serio lo de protegerme. Quiere que me case. Si llegara a pensar que te has desnudado... si duda siquiera de mi virginidad...

—¿Qué haría? —Preguntó Gunnar con curiosidad.

—¿Ella? Nada. —Ragna disfrutó del intercambio de papeles. —Olaf se encargaría. Si la ve triste o pensativa accederá a cualquier cosa que le pida.

—¿Solo porque ella se lo desee?

—Sí. —Ragna asintió con vehemencia, no estaba mintiendo.

—Muchacha cruel. —Gunnar sonrió. —¿Acaso quieres meterme miedo? —Se quitó el jubón quedándose con los pantalones.

—¿Cruel? —Ragna fingió inocencia.

—Sí. Cruel. —Gunnar recogió agua con las manos y echársela a la cara. —Lo eres por amenazarme con que tu madre ponga a Durs en mi contra por hablar contigo.

—Eso no es crueldad sino verdad. Ingunn no tendrá que decir nada, Olaf lo hará. —Contestó Ragna apoyándose en un árbol para mirar hacia otro lado. No quería volver a ver el cuerpo de Gunnar bajo ningún pretexto.

—No te creo. No puede dejarte ser una guerrera y luego querer matar a cualquier hombre porque sospeche que haya yacido contigo. —Le dijo enfascado en la tarea de asearse sin desnudarse más.

—¡Oh, eso! Ha intentado convencerme u obligarme a dejar de serlo. Piensa que sería una buena esposa, de hecho, suele presentarme para que escoja a alguno. —Ragna se preguntó cómo había conseguido que confiara en él y le contara su pasado para después enfurecerla, hacerle reír y seguir interrogándola. Era curioso que el hijo del pomposo de Thorvarld fuera tan complejo.

—Por lo que veo no lo ha conseguido aún.

—No. Hasta que no cumpla con mi promesa no lo haré. No puedo permitir que ninguna me venza. —Contestó. —Prometí que no descansaría hasta que Kraka pagara por sus crímenes. Hasta que no lo haga, nada ni nadie va a desviarme de mi destino. Incluyendo éste desfile de grandes señores que han organizado para que escoja marido. Me da igual quien sea el sucesor de Olaf, no voy a casarme con él.

Gunnar se mantuvo silencioso antes de volver al ataque con su tono

irónico mientras se vestía.

—Me extrañaba que no supieras para que nos han reunido. Si Durs hace lo que su mujer le pide... ¿Por qué no te ha obligado él a casarte?

—Por dos razones. Primero, porque Olaf me concedió la libertad y el derecho a reclamar mi venganza por lo que ahora no puede negármela. Segundo, si me obligara a hacer algo que no quiero, me iría. No estoy dispuesta a que nadie gobierne mi vida como si mi opinión no valiera nada. — Empezó el camino de regreso. —Él lo sabe, me conoce.

—Podrían arrebatarte la libertad y obligarte a lo que quisieran. — Contestó Gunnar sin pensar que hasta que reparó en su mirada asesina. — Aunque claro, al criarte como una hija propia no podían. Si hasta diriges tu propio grupo siguiendo las órdenes de Durs en lugar de tener una casa llena de niños.

—No vuelvas a dudar del honor de mi señor o tendrás que vértelas conmigo. —Su mal genio hizo que se girara con la mano apoyada en la empuñadura. —No voy a ser una yegua de cría solo porque lo decidan por mi. Si me obligaran, acabaría con mi espada atravesando su corazón. Nadie va a poseerme por la fuerza.

Gunnar parecía ofendido, hasta sorprendido, por su agresividad.

—No pretendía ofenderte ni a ti ni a Durs, Loba. —Gunnar suspiró. — Aquí las cosas son muy diferentes a lo que estoy acostumbrado. *Tú* eres diferente. Jamás conocí una Skjaldmö ni escuché hablar de ninguna que atacara con un lobo espiritual. Creía que Durs no aceptaba hechiceros ni magia de ningún tipo. —Ragna no quiso sacarlo de su error. —Espera, no dije eso para te obligaran a ser mi... —Gunnar cayó en cuenta de entonces de sus palabras. —No eres mi tipo. Prefiero a las hembras suaves y dispuestas.

—Más te vale. —Respondió enfadada. Apretó los puños al sentir el calor previo al resplandor que anunciaba a su protector. Se concentró en controlarlo. —Ni lo pienses. Acepta un consejo, aprende rápido las costumbres del lugar. No son tan tolerantes como yo. Si hubieras dado con Kart, uno de los dos yacería moribundo en el suelo. Apostaría mi espada a que no serías tú el superviviente.

—Trágate tus consejos.

—Como quieras. —Se encogió de hombros. —Solo procuraba que uno de los invitados de mi padre viva más tiempo, nada más.

—Mocosa deslenguada.

—Gracias, eso mismo me dice Olaf. —Sonrió con malevolencia.

Ignoró el gruñido de Gunnar que la seguía de cerca, señaló una cabaña bastante nueva situada a la derecha de la casa principal.

—Esa es la cabaña donde os alojareis. Seréis atendidos por dos mujeres enviudadas hace poco. Si necesitáis algo tan solo tendréis que pedirselo, son suaves y dispuestas a agradar.

Se encaminó a la casa central buscando un sitio donde sentarse para comer con tranquilidad cuando Gunnar la cogió con suavidad del brazo.

—Ragna, espera. Lo hiciste muy bien. Usaste las bazas que tenías de una manera admirable. No me dejaron actuar. —Ella asintió sin saber que decir. —¡Ah! Por cierto, te quedan mejor esas ropas que las de hombre.

—Agradéceselo a Ingunn, no es cosa mía. —Gruñó.

—Eso haré. —Con una gran sonrisa Gunnar entró en la cabaña impidiéndole responder. El muy bruto se divertía tanto con su incomodidad que era capaz de decírselo a su madre.

Maldición, jamás voy a librarme de la colección de túnicas que ha ordenado confeccionar, pensó.

Lanzó un gruñido, maldiciendo a los dioses por el carácter bromista de Gunnar. Le agradaba y exasperaba a partes iguales. Empezaba a acostumbrarse a sus disculpas y explicaciones, aunque detestaba sus estallidos. Percibió que alguien estaba espiándola en cuanto se puso a andar. Se trataba del joven rubio de ojos azules que había visto el día que Olaf le ordenó ir por los Gerhardsen. El mismo que la seguía con disimulo esa tarde. El muchacho asintió con la cabeza antes de desaparecer con facilidad entre las sombras del atardecer.

Tendría que averiguar quién era, porque estaba allí, el motivo de su vigilancia y sobretodo, porque su rostro le resultaba tan familiar. A veces lamentaba no haber podido recuperar los fragmentos de su pasado.

CAPITULO 13

El entrecejo fruncido de Kart obligó a Ivar seguir su mirada. Rjupa, cómo no.

Cargada con una bota llena de hidromiel salía de la taberna para disfrutar de la fiesta, en una ocasión cómo esa no era cuestión de quedarse encerrada, pues nadie iba a entrar hasta bien tarde. Los pocos que lo hicieran irían de noche cuando quisieran encontrar una mujer que les calentara la cama. Rjupa celebraría el regreso de Olaf, adoraba al hombre que le concedió la libertad, su honor y su orgullo.

Al ponerla al frente de la taberna le ofreció una gran oportunidad para su futuro. Ivar sabía que desde entonces no había vuelto a vender su cuerpo. Su energía y voluntad se concentró en su negocio, volviéndolo un lugar limpio y agradable. Una taberna donde las mujeres no estaban obligadas a nada, si alguna quería ofrecer su cuerpo era libre para hacerlo. Tampoco las golpeaba ni les robaba. Hasta las esclavas eran felices con lo que tenían.

Las pocas veces que Ragna entraba a la taberna, se encargaba de que siguiera así. A Ivar le intrigaba que dos mujeres tan diferentes de rango y edad fueran tan buenas amigas. Ragna no podía evitar vigilar que ninguna pasara por el calvario que Hallbera les hizo vivir. Rjupa era, sin lugar a dudas, una de las pocas mujeres del poblado con las que Ragna tenía algún tipo de vínculo amistoso. La mayoría pensaba que era demasiado arisca y masculina, aunque les gustaba que siendo tan bonita tuviera el coraje para enfrentarse a Olaf. Lo que les cautivaba era su relación con Ingunn, la única para la que reservaba su docilidad.

Ivar sabía que los guerreros más ancianos no acababan de confiar en Ragna, no solo por ser mujer, sino por su condición de antigua esclava; las mujeres por su parte parecían estar bastante orgullosas. Aunque algunas opinaban que tendría que casarse y tener hijos, sabían que Ragna no lo haría hasta que acabara con Kraka. Eso era tan cierto como que llegaría el Ragnarok y la muerte del gran Odín. De vez en cuando había alguna rencilla entre las casamenteras por su culpa, que ajena a lo que provocaba seguía con sus planes sin mirar a su alrededor. En ocasiones se emboban de Ragna y no reclamaban a las otras mujeres. En cuanto comprobaban que los ignoraba, volvían con la cabeza gacha y reclamaban al resto. Los problemas venían después, cuando

sus mujeres se lo echaban en cara.

Observó a Ragna con su nuevo vestido sentada entre su grupo sirviéndose una porción de carne. No tardaron en empezar a bromear, sus groserías y pullas no solían molestarle. De hecho, para consternación de la propia Ingunn, solía ser ella quien los acallara con sus bravuconerías.

El gemelo no apartaba la mirada de Rjupa, que seguía repartiendo hidromiel, la mayoría hablaba y bebía, otros danzaban. Las risas y los olores abundaban. Se celebraba con alegría el regreso de Olaf, la victoria de Ragna y su demostración de lealtad. Por no mencionar también que su Husfrejya estuviera a salvo. Bajo su atenta mirada, la tabernera llegó hasta ellos cuando Ragna estaba siendo blanco de las ironías de Jon por su aspecto delicado y femenino.

—Pareces una dulce y frágil doncella, Loba Blanca. ¿Estás segura que no pretendes encandilar a algún mozo?

—Muérdete la lengua. O le digo al grupito ese, que no te quita ojo, que estás preparado para dejarte cazar. —Fue su respuesta mientras seguía masticando con tranquilidad, ignorando con indiferencia la mirada horrorizada de Jon.

—Hazle caso. —Dijo Rjupa. —Las casamenteras están exaltadas con tanto huésped. Y tú no eres mal partido...

Los demás se echaron a reír disfrutando de su incomodidad. Él siempre se reía de sí mismo por su descendencia, sus padres murieron siendo esclavos. La fortuna le sonrió cuando Olaf reparó en él y le asignó a Ragna, que tras demostrarle su valía le concedió la libertad.

—Les cuesta entender que de vez en cuando me gusta sentirme... femenina. —Ragna bebió con delicadeza, escondiendo su mueca tras su cuerno.

Rjupa sonrió con complicidad.

—Son así de simples, nuestros hombres. Si haces algo, es por ellos y si no la haces, también. —Le contestó. —Por cierto, gracias. Por devolvernos a Olaf, por salvar a Ingunn de esa bestia.

Ragna asintió, a Ivar le encantaba ver como la joven se sonrojaba cuando le hacían algún cumplido. Era hábil devolviendo insultos y bravatas pero incapaz de encajar las adulaciones, lisonjas o agradecimientos.

Bajo el escrutinio de su amigo Kart, Rjupa continuó llenando vasos y cuernos. Bromeaba con facilidad, los hombres le pedían que les calentara la cama. A algunas insinuaciones respondía con suavidad, a otras con cinismo,

dejando siempre muy claro que no le interesaba acostarse con nadie.

Después de tantos días de tensión, era obvio que se alegraba de tener algo que celebrar. A Ivar le extrañó ver a Ingunn sola cerca de la casa. Nunca se separaba demasiado de su esposo habiendo forasteros en la aldea. Ingunn siempre fue muy bondadosa con Rjupa pesar de su aversión por los borrachos. Ambas se sonrieron y se acercaron para conversar. Admiró la belleza y el coraje de su Husfreyja. Muy pocas afrontarían una liberación tan dramática permaneciendo tan entera.

Rjupa solo consiguió dar unos pasos cuando unos brazos fuertes la rodearon, la mujer intentó desasirse con vehemencia. Se enfurecía cada vez más cuando al ver que el hombre se resistía a soltarla e intentó patearle la entrepierna con saña cuando el hombre le habló al oído.

Ivar suspiró, por el bien de su amigo, se acercó para detener la escena.

—Estate quieta, mujer.

—¡Quítame las manos de encima! ¡Ahora, Kart!

Pasmado por su actitud autoritaria y violenta, la liberó a regañadientes.

—No tienes que ponerte así. —Dijo contrariado. —No hay manera de estar a solas contigo, así que aproveché para acercarme...

—No tengo por qué estar a solas ni contigo ni con nadie. Soy una mujer libre ¿recuerdas?

—¿A qué viene eso?

—A que ni tú ni nadie tiene el derecho de tocarme, ya no soy una esclava a la que obligan a vender su cuerpo. Puedo escoger.

Kart se puso serio al escucharla. Conocía su pasado, así como su decisión de no acostarse con nadie por obtener nada a cambio. Eso era algo que agradaba tanto a Ingunn como a Ragna.

—Pues escoge. Conviértete en mi mujer. —Le espetó Kart.

—No digas tonterías. Soy muchos inviernos mayor que tú. Te repito que lo que necesitas una mujer joven que pueda hacerse cargo de tu fogosidad.

—¿Qué tiene eso que ver? ¡No quiero a una moza! ¡Te quiero a ti en mi cama!

—Soy mayor que tú, es posible que ya no pueda darte hijos, sin contar que me gusta trabajar en la taberna y no estoy dispuesta a dejarlo por nada ni por nadie. —Contestó furiosa.

—Cambiarás de idea. Necesitas un hombre. —Se jactó Kart.

Exasperada por su actitud arrogante volvió a echar a andar. Cuando la tomó de la cintura para detenerla, lo abofeteó con furia.

—¡Que no vuelvas a tocarme! —Gritó.

Kart se acariciaba la mejilla golpeada sin haberla soltado. Ivar gruñó. El muy idiota no esperaba una reacción tan violenta, ni por tocarla ni su negativa a casarse. Debía estar más borracho de lo que pensaba. Miró a Ingunn a escasos pasos de la pareja, que señaló con la cabeza a Ragna antes de ir en su busca para distraerla.

—Kart. —Avisó Ivar.

—Te casarás conmigo.

—No. —Contestó Rjupa iracunda.

—Cambiarás de idea. —Sus palabras cayeron a modo de advertencia, la abrazó con dureza para besarla.

Ivar avanzó con rapidez. A ese loco poco le importaba que estuvieran observándolos o que Rjupa se debatiera histérica entre sus brazos, estaba decidido a hacerle cambiar de opinión y nada iba a detenerlo.

—¡Déjame en paz! —Gritaba aterrada.

—No. Serás mía, ya es hora que lo comprendas. —Contestó con rabia, manoseando con avidez sus curvas. Rompió la túnica antes de introducir su mano para llegar libremente a sus pechos.

—No seas idiota, ¡Suéltala! —Le gritó Ivar sujetando los brazos de su amigo.

Sin previo aviso ambos cayeron al suelo. Algo grande y pesado había derribado a Kart. Rjupa no perdió tiempo en desembarazarse para salir de su alcance. Su oscura melena se soltó con el forcejeo impidiéndole ver, al apartarse algunos mechones contempló a su atacante. Cuando ella palideció, Ivar suspiró de frustración.

Eric, con el rostro desencajado por la ira, sostenía en alto el banquillo con el que había golpeado a su hijo.

—¡Levanta!

Desorientado obedeció a su padre, en reacción a la voz autoritaria. El tono hostil de Eric consternó a Ivar, nunca lo usaba con sus hijos. Miró a Ragna, que seguía ocupada con Ingunn adentrándose en la gran casa, suspiró de alivio.

—¿Acaso te he educado para que seas como los salvajes del este?

—No...

—¿Qué estabas haciendo? ¿Crees que Olaf va a permitir que la fuerces? ¿O yo? ¿No sabes que Ragna te matará por esto?

—Yo... yo... —Kart se paró en seco, cuando estaba nervioso le costaba

articular los sonidos, como cuando casi se había quedado mudo. Tragó saliva sin apartar la mirada de su padre. —Quiero que sea mi mujer.

—Rjupa no parecía muy contenta con tu propuesta

—Porque me ha rechazado.

—¿Por eso la tratabas así? —Le bramó. —¿No te enseñé a respetar a nuestras hembras?

—Lo hiciste, padre. —Ivar agradeció que su amigo pareciera consternado o su padre se vería obligado a matarlo allí mismo.

—¿Entonces?

—Me rechazó porque cree que soy demasiado joven. Quería demostrarle que soy el hombre que necesita. Pensaba raptarla.

Ivar maldijo en silencio cuando miró a la tabernera, era evidente que la mujer estaba enamorada, sus ojos la delataban. Por desgracia no era su amigo el destinatario de ese amor. Rjupa no podía dejar de mirar a Eric, quién seguía gritando a su hijo.

Sin previo aviso Eric se acercó a ella tomándole con delicadeza el brazo, la miró antes de preguntarle con suavidad.

—¿Estás bien?

Rjupa asintió la cabeza, incapaz de encontrar su voz. Ivar gruñó, acababa de confirmar lo que ya sospechaba.

—¡No le he hecho nada! —Protestó Kart indignado. —¡Se raptan esposas a diario!

—Cállate. Has agredido a una mujer libre. ¿Acaso sabes cuál es el castigo que exige el clan por eso, hijo? Tendrás suerte si Ragna se conforma con solo aceptar lo que exija Rjupa, querrá tu pellejo. Eres uno de sus hombres, maldita sea.

Kart se quedó quieto donde estaba. El castigo dependía de la mujer agredida, la mayoría exigía la muerte de su atacante y nadie podría negarse a su decisión ya que era la ley impuesta por Olaf: La mujer atacada era quién decidía el futuro del agresor. Ragna insistía y reforzaba ese ajusticiamiento. Paralizado, el gemelo observaba a Rjupa y su padre.

—¿Qué decides, mujer? ¿Cuál es el castigo de mi hijo? —Preguntó Eric con voz ronca.

—Que se aleje de mí y de mi taberna. Estar lejos de mi hidromiel ya es suficiente castigo para él. No quiero que vuelva a acercarse a mí ni a mis chicas.

—¡Malditos seáis!

El muy idiota acababa de darse cuenta de lo que pasaba. Era evidente, Rjupa no parecía molestarse si Eric la tocaba. Era imposible no ver la adoración que brillaba en sus ojos, lo sumisa y tranquila que se volvía en su presencia.

—¿Podrías haber dicho algo!

—Ya basta, Kart. Estás llamando demasiado la atención. —Le advirtió Ivar.

—¿Se puede saber de qué hablas? —Preguntó Eric.

—¿De lo vuestro! —Espetó apretando los puños para no golpear a su padre.

—¿Lo nuestro?

—¡Sí! —Kart temblaba de pies a cabeza.

—Hijo, sabes que no tengo a una mujer fija desde la muerte de tu madre.

—¡Ja!

—Si Eric tiene alguna mujer. —Rjupa recuperó parte de su temperamento. —Te aseguro que no soy yo.

Si Ivar percibió el leve rencor que vibraba en sus palabras, Kart también. Era obvio que se sentía dolida por no ser con quien compartiera sus noches. El gemelo fue a contestar cuando Rjupa se le encaró y le apuntó al pecho con un dedo acusador.

—Aunque lo fuera, no ha sido él quien ha intentado forzarme. Deja de comportarte como un crío y agradece que no sea rencorosa. No he mandado a castrarte o a quitarte la vida, que es lo que te mereces.

La cólera de Kart era inmensa. Ivar lo conocía lo suficiente para saber que deseaba golpear tanto a la mujer por negársele, como a su padre por arrebatarse la oportunidad de conseguir la esposa que deseaba. Si los creía amantes, los odiaría con virulencia.

—Me las pagaréis. No vuelvas a cruzarte en mi camino, padre. La próxima vez no tendré tantas consideraciones. —Juró girando para marcharse furioso.

Para cuando la mujer se atrevió a mirarlo, Eric estaba colérico. Ivar gruñó por lo bajo.

—¿Se puede saber porque le das esperanzas para luego rechazarlo?

—¿Qué? Pregunta a quién quieras, guerrero, te dirán lo mismo. Jamás le doy esperanzas ni a él ni a nadie. Soy demasiado vieja.

—Eso es cierto. —Intervino Ivar. —Nunca le ha dado alas.

—¿Nunca?

—Nunca. —Volvió a confirmar.

—Kart, tiene razón. Necesitas un hombre que te proteja.

Ella rugió al escucharlo, atacándolo con rabia con su dedo acusador.

—No necesito a ninguno, me ha ido muy bien sin tener a un macho egoísta que me mangoneé y me de órdenes a cada instante

—Está claro que llevas demasiado tiempo haciendo tu voluntad. Necesitas que te metan en cintura. —Respondió Eric.

—Cuando veas a un *hombre de verdad*, avísame. —Su respuesta fue colérica. —Porque solo veo malcriados y guerreros tercos como mulas.

—Maldita mujer...

—No me provoques Eric, aún puedo clamar venganza para destruirte a ti y a tu hijo. —Soltó con fiereza alejándose en dirección contraria a Ingunn y Ragna.

Ivar se quedó dónde estaba sin saber a cuál debía calmar primero.

—Ragna, lo matará. —Comentó quedamente.

—¿Intervendrás por él?

—Puedo intentarlo. —Murmuró rascándose la cabeza. —Tiene suerte que Ingunn distrajera a nuestra loba...

—¿Realmente no...?

—Jamás, Eric. Siempre le ha dejado claro que no está interesada. Es obvio que le interesa otro hombre y ese no es tu hijo. Kart ha perdido los nervios.

—Por Odín, casi cometo el mismo error. Quise demostrarle a esa bravucona cuán hombre soy.

—Está en su derecho a enfurecerse. Ha estado a punto de ser violada ante medio pueblo. Además, es la única amiga de verdad de nuestra loba.

—¿De parte de quién estás?

—¿Tú qué crees?

—Deberías contarle a la mocosa de Olaf lo que ha pasado e intentar suavizarla.

—Lo intentaré. Un consejo, que tus hijos no te escuchen llamarla así o no les importará quién seas. Te arrancarán la lengua.

Sabía lo problemático que era ese gemelo en cuestión. Jamás hubiese pensado que fuera del tipo que sometiera por la fuerza a las hembras. Que estuviera más ebrio de lo que aparentaba no le salvaría de la ira de Ragna.

Eric suspiró antes de dirigirse juntos a la gran casa central.

—¿Qué vas a hacer? —Preguntó Ivar.

—Cumplir con mi deber y sentarme al lado de Olaf. Con suerte, podré emborracharme hasta caer inconsciente.

—Tu mujer hace muchos años que murió, deberías tomar una nueva esposa.

—Estos días he estado pensando en una. Ya no estoy muy seguro de mi elección.

—Rjupa. —Ignoró la mueca y puso la mano sobre su hombro. —Eso te va a traer problemas.

—Lo sé. No volveré a mirarla. Olvida lo que te he dicho. No voy a ser yo quién se interponga en el camino de Kart.

Cuando lo vio marcharse no supo hacia donde se dirigía su furia, si a su hijo o a la hembra que quería por esposa. Tendría que conformarse con el retorno de Olaf y la salvación de su Husfreyja. Contárselo Ragna sería tan difícil como fingir que no había visto la tristeza que embargaba al guerrero al tomar la decisión de olvidarla.

Rjupa y Eric, estaban enamorados.

A Eric le costó calmarse para no ir en busca de la mujer. Rjupa estaba en su derecho de enfurecerse, estar a punto de ser violada en medio de una celebración, era algo que alteraba los nervios a cualquiera. Por mucho que le enfurecía que menospreciara su virilidad, no la podía culpar. De no ser por Ivar, hubiera cometido el mismo error que su hijo.

Tampoco le gustaba lo que sintió cuando la reconoció entre los brazos de su hijo. La cólera lo invadió cuando fue evidente que Kart estaba obligándola a aceptar sus caricias por la fuerza.

Rjupa fue bondadosa al no castigarlo. Su hijo merecía aprender la lección. Como segundo de Olaf se veía obligado a comentárselo pero como padre no quería que Ragna se enterara. La joven Loba no toleraba esa actitud. El tiempo pasado con Kraka la endureció hasta tal punto que no toleraba ese comportamiento entre las gentes de Rindal. Enloquecería al saber que uno de sus hombres, uno de sus amigos estuvo a punto de forzar a una mujer. Y no una mujer cualquiera, sino a Rjupa. A una de las pocas mujeres que tenía por amiga.

La cena no tardaría en servirse, era su deber estar al lado de Olaf. Por más que deseara beber a solas para maldecir, su obligación estaba primero.

Hacía varios años que su mujer había muerto, aunque disfrutaba de compañía femenina de vez en cuando, ya era hora de tomar una nueva esposa. Rjupa era la única en la que pensaba una y otra vez, la conocía desde que Hallbera la había traído, sabía que era tranquila y trabajadora.

Después de ver lo terrible que podía llegar a tener, ya no estaba tan seguro de que fuera una buena decisión.

—Malditos sean los dioses. —Murmuró irritado.

Ahora resultaba que quería la misma que su hijo escogía para sí. Suspiró. Hacía años que deseaba a Rjupa pero se había mantenido alejado pues parecía no querer compañía masculina. Debía escoger a cualquier otra.

Ivar descubrió sus intenciones con rapidez, quizá hasta Kart y de ahí sus acusaciones. Esperaba que su enojo se evaporara aunque conociéndolo sabía que era inútil mentirse. Le dolía reconocer que había perdido para siempre a Kart por nada.

Injurió en silencio. No volvería a mirarla, olvidaría cualquier pretensión.

No sería él quién se interpusiera en el camino de Kart.

De un plumazo acaba de perder un hijo y una esposa. Tendría que conformarse con el retorno de Olaf y la salvación de Ingunn. Si ocurría un milagro, incluso Ragna perdonaría la vida al zopenco de su hijo. Se alegraba que los Durs estuvieran bien pero la tristeza seguía latiendo en su corazón.

CAPITULO 14

Buscaba a Ingunn con la mirada pero seguía sin encontrarla. Afligido por su explosión, Olaf no tenía muy claro cómo tratarla cuando la encontrara. Le costaba aceptar lo mucho que sufrió en su ausencia. Sabía que era compasiva, por lo que su desaparición y la escena vivida con Ragna debían ser muy estresantes para alguien tan sensible. Quería convencerse que era por eso que había perdido los estribos. Ingunn jamás perdía la compostura, su repentina actitud belicosa se debían a los nervios y la tristeza padecida.

Olaf sabía que lo amaba, era algo que sabía desde que se casaron. Ingunn no se lo había ocultado nunca. Lo quería tanto que casi se murió de pena tras su desaparición. Se lo repetía siervo tras siervo al felicitarlo por su regreso. No quería pensar que hubiera pasado de fallecer Ragna durante el enfrentamiento. Ese sentimiento lo abrumaba. Estar a punto de perderlas era culpa suya. No previó ese tipo de ataque. Estaban dispuestas a arriesgar su vida por defenderlo, preparadas a morir por él. Jamás volvería a dejar a Ingunn desprotegida. Ragna, ella era otro tema.

No la educó para que fuera una mujer hogareña y que deseara hijos. La convirtió en una líder, en una Skjaldmö capaz de dirigir un ejército y llevar un clan. Le enseñó como llevar a cabo su venganza por su propia mano, no a ceder ese privilegio a un esposo. Tendría que obligarla a aceptar su decisión, lo tomaría como una ofensa perdiendo su lealtad. Era consciente que si se veía forzada, Ragna desaparecería. Se le helaban las entrañas solo de pensar en perderla para siempre.

¿Qué podía hacer? Sospechaba que de alguna manera Kraka estaba metido en su rapto. Olaf sabía que la salud del asesino empeoraba día a día, ya fuera por los excesos, una enfermedad o los rituales de sangre que hiciera con Elkcatcher, se moría. Pagaba muy bien cualquier información fiable que le dieran. Mantener a Ragna apartada de su camino cada vez le costaba más. Si la vida de Ingunn no estuviera en juego, se arriesgaría a ir contra Kraka. El pago de la liberación de la maldición había sido muy caro y no muy preciso. La propia Ingunn reconocía que aunque ahora podían matarlo, al lograrlo ella también podía perecer. Los hechizos del nigromante eran muy poderosos.

Pese a la obsesión de Kraka con Ragna no era tan tonto como para compartir con su señor la reliquia que buscaba. Fuera lo que fuera que

guardara su muchacha, era tan poderoso que lo motivaba a mantenerse entre los vivos a pesar que servir a Elkcatcher le consumía. Hasta que no muriera uno de ellos dos, estarían atados de alguna manera a su maldición.

La única que podía terminar con aquella situación era Ragna. No le importaba quien fuera su padre, ni cual fuera su secreto, era *su* hija y no la dejaría sola cerca de ese maniaco.

Era demasiado viejo para conseguir protegerla él solo.

Necesitaba a Ingunn a su lado cuando desvelara sus planes. Su dulce mujercita, inoportunamente, desapareció teniéndose que ocuparse él solo del desastre provocado por su rabieta.

Se sorprendió de la cantidad de órdenes que tuvo que dar para que las cosas salieran bien, cuando lo hacía Ingunn parecía algo sencillo y natural. Escrutó el gentío en su busca hasta encontrarla cerca de la taberna. Parecía que consolaba a Rjupa, aunque un instante después parecía ser lo contrario.

Fue en su busca evitando a los ebrios que deambulaban de un lado a otro. Las grandes mesas colocadas en el centro estaban repletas de ricas viandas. Los aromas de las carnes se entremezclaban con las frutas recién cortadas y los licores derramados, colapsándole las fosas nasales. Bendita primavera.

Las ancianas vigilaban que los mozalbetes no intentaran adelantarse y llevarse los mejores trozos, utilizaban con agilidad largos bastones de madera verde. Olaf sabía que golpearlos les proporcionaba cierto placer demostrando que todavía eran útiles a la comunidad.

Esquivó a las mozas que salían corriendo entre risotadas después de intentar ser atrapadas. Sonrió satisfecho, tras los raptos, pronto tendrían más niños correteando de un lugar a otro. Se sentía orgulloso de poder mantener y proteger a su pueblo con la progenie que llegara. Durante demasiados años el hambre y el miedo habían azotado a la mayoría; cuando llegaron hasta él, los alimentó brindándoles su protección. Por lo que su lealtad hacia su persona era inquebrantable. Ésa era su filosofía con los esclavos y siervos. Si los tratabas bien, ellos cuidaban de su amo.

Llegó hasta Ingunn y Rjupa, secándose las lágrimas lo miraron con mal semblante. Su actitud fue tan belicosa que no se atrevió a preguntar. No quería volver a encolerizarla.

—Vamos. —Le tendió una mano.

—¿Y por qué tendría que ir? —Si Olaf se asombró por su altanería, Rjupa no daba crédito.

Inspiró un par de veces, de ser cualquier otra persona, yacería en el

suelo. Jamás había tolerado muy bien ese tipo de insolencia. Tratándose de Ingunn intentó recordar lo que Eric le dijo sobre esa actitud, que era una defensa. Estaba furiosa por hacerle sentir tan vulnerable y desprotegida. Qué lo amaba tanto que casi lo odiaría.

—Te necesito a mi lado. Primero, porque eres mi esposa. Segundo, porque me gusta saber que estás conmigo, de mi parte. Y tercero, porque... tengo que hablar con Ragna sobre lo que decidimos.

—¿No te ves capaz de enfrentarte a mi hija?

—No. Debo admitir que no. —Se pasó la mano por la nuca. —No con lo que tengo que decir.

Ingunn no le contestó por lo que tuvo que levantar la cabeza para mirarla a los ojos, tenía una expresión tan rara que no supo descifrar.

—¿Qué quieres que diga, mujer? Soy un guerrero, solo entiendo de batallas y así la eduqué. Como sueles recordarme, no sé qué decirle o cómo reaccionará cuando le obligue a enfrentarse a su condición femenina. —Olaf interrumpió sus palabras al ver la lenta sonrisa de Ingunn.

—Vamos. No le hagamos esperar. —Colgándose de su brazo, Ingunn miró a Rjupa y le sonrió. —Parece que sí hay algún hombre que aprende de sus errores. Aún hay esperanza para nosotras.

Aunque era obvio de que se reían de él, lo más inteligente era fingir que le daba igual si no quería perder su apoyo.

Caminaron juntos evitando hablarse entre sí, era la primera vez que discutían. Ingunn le levantó la voz y no sabía cómo salir del paso. Conversaron con los aldeanos que los saludaban con alegría. Los hombres golpeaban a Olaf en la espalda demostrándole su afecto, Olaf contenía gestos de dolor que podían llevar a la desconfianza o al miedo. Lo sacudían con relativa suavidad preocupados por su salud mientras los ungüentos de Ingunn hacían efecto.

No se fiaba de los invitados que rondaban por el poblado. Demasiados señores acostumbrados a gobernar y sacar partido de cualquier situación, un gesto de debilidad les llevaría a creer que era alfeñique. Prefería descansar unos días antes de volver a levantar una espada. Los ungüentos de Ingunn eran rápidos y efectivos, pese a su evidente mejoría prefería recuperarse. Tenía entre manos el futuro de Ragna y necesitaba concentrarse.

Sonrió orgulloso cuando ofrecieron consuelo a Ingunn, ésta lo rechazó con cortesía. Qué equivocado estaba al creer que era pusilánime y quebradiza. No había una pizca de debilidad en sus huesos, solo era menuda y tierna, su

único problema eran los ataques de melancolía por la pérdida del bebé o su incapacidad para procrear, a causa de la maldición. Estaba desesperada por continuar con su tradición. Si no aparecía su hermana, era la última curandera de la luna. La última Hija de Máni. Con su muerte se perderían los secretos de su estirpe. Al día siguiente volvería a mandar una patrulla en busca de su hermana, *debía* encontrarla ya fuera viva o muerta.

La escuchó tomar aire cuando se sentó en el centro de la gran mesa, fue entonces cuando se dio cuenta que temía ese día tanto como él. La acomodó a su lado, tomó un sorbo de hidromiel e inspiró a la espera que se aplacaran las voces.

—Esta noche alabamos muchas cosas. Celebramos la victoria sobre la escoria que ha intentado quitarme del medio. Así como mi retorno, también el triunfo de Ragna y el buen estado de Ingunn. Nuestros enemigos deben saber que *nadie*— enfatizó la última palabra —que ose atacarnos, vivirá para disfrutarlo. Mi pueblo es fuerte y no permitirá que ningún usurpador les arrebaté su vida. —Sonrió cuando le gritaron su conformidad. —Esta noche nombraré a mi sucesor. Pero primero... Ragna, ven hacia aquí.

Olaf percibía la tensión de los invitados, algunas sonrisas socarronas evidenciaban que no sospechaban a quién nombraría. Una decisión que posponía una y otra vez en los últimos tiempos. Después de lo sucedido, ya no podía retrasarlo más. Observó como Ragna se aproximaba desafiante no pudo evitar sonreír con satisfacción.

Pese a vestir con las ropas femeninas que tanto detestaba, su arrogancia era evidente a cada paso, era consciente de su valía, de su fuerza. Caminaba con la cabeza levantada, sus andares presuntuosos destilaban el coraje y la decisión de un Berserker. No, tampoco había nada tímido y frágil en su cuerpo.

A pesar de su pose, se detuvo ante él, desconfiada. Olaf sabía que nadie más podría notarlo, a excepción, de Ingunn o Ivar.

—Ragna, una vez más has demostrado tu valor. Gracias a ti, Ingunn sigue aquí y has conseguido traerme de regreso. —Aferró la mano de su esposa. —Has demostrado tu lealtad, no a nosotros, sino al clan. A Rindal. Eso me enorgullece.

Sonrió ante los murmullos que escuchó, por primera vez, Ragna contaba con la aprobación de los veteranos, algo que temía que nunca consiguiese.

—Por eso, he decidido que ya es hora de reconocerte como hija. —Ignoró su gesto sorprendido y la oleada de rumores que se extendía. —Te crié y eduqué como si fueras de mi propia sangre, es hora de que te conviertas en

la hija que siempre has sido.

Temió que el clan rechazara sus palabras, hasta que los hombres de Ragna comenzaron a aullar demostrando su apoyo, al instante el resto del pueblo los imitó. Risueños mostraban su satisfacción. Una suave presión en su mano le hizo mirar a Ingunn, quién sonreía a la vez que gruesas lágrimas se derramaban por su cara. Ragna era la única incapaz de reaccionar.

Antes de dejarle terminar de hablar, Ingunn corrió a abrazar a su hija. Rió entre dientes cuando Ingunn casi consiguió tirarla al suelo, fue el peligro de que su madre cayera lo que la despertó de su estupor y consiguió que reaccionara. La abrazó con fuerza entreabriendo las piernas para estabilizar su preciada carga. Su reacción solo consiguió que los aldeanos gritaran más. Olaf, se asombró del orgullo que brillaba en los ojos de su clan ante ese simple gesto protector. Siempre protegería a su señora con la misma ferocidad que a Olaf.

—Madre... no, no debe, no puede hacer esto. —La oyó susurrar.

—Está hecho. —La voz de Ingunn apenas audible, tenía la cabeza enterrada en el cuello de su hija. —Es algo que quería hacer desde hace mucho tiempo. Eres nuestra hija.

—No debe. No lo merezco. Además, puedo morir cuando...

—Ragna, —Ingunn tomó su cara con las manos. —desde el día que Olaf te gritó por primera vez, se quedó prendado de una terca y escuálida niña. Cuando te rescató, fuiste nuestra, ya es hora de que el mundo entero lo sepa. No podría estar más orgullosa de llamarte hija. Eres más de lo que siempre he deseado.

—No lo merezco.

—Eso está por ver. Pase lo que pase ya eres nuestra. —Olaf pudo ver su vulnerabilidad, cuando lo miró. —Sécate esas lágrimas...

—Un guerrero no llora... —Cortó Ragna con sequedad. —... padre.

La miró enfadado, no debía tolerar su arrogancia pero acabó sonriendo. No derramó una lágrima, como lo consiguió era algo que se le escapaba. Volvió a ser la guerrera intrépida y mal hablada de siempre. Además, era la primera vez que lo llamaba padre.

—Antes dije que nombraría a mi sucesor. —Continuó clavando una dura mirada a dos de los forasteros que discutían. —Ragna es mi hija ahora, por lo que será mi sucesora. —Se tensó a la espera de gritos en contra. —Por eso... —Olaf se detuvo cuando Ingunn negó con la cabeza. Se sorprendió que no quisiera agregar que Ragna se tendría que casar con alguno de sus

invitados. Ese era el plan desde el principio, se lo comunicó frunciendo el entrecejo, ella se limitó a negar y señalara a Ragna con la cabeza.

Su hija estaba mortalmente pálida, luchaba por evitar que le temblaran las manos con las que abrazaba a Ingunn. Su esposa tenía razón, en aquel estado, bien podía huir para no volver. Tendría que dejarlo para más tarde.

—Ha demostrado su lealtad hacia mí y por eso cuando yo falte, ella me sucederá.

—No, Olaf... digo... No, padre. —Interrumpió Ragna recuperando el color.

—Está decidido, muchacha. —Olaf la vio tragar saliva y coger aire.

Olaf seguía esperando que alguien se opusiera.

—No seré yo quien te sustituya cuando faltes, está Ingunn. —Los ojos verdes de Ragna se convirtieron en dos brasas ardientes. —Es tu sucesora.

Olaf no podía dar crédito a su indignación.

—No es una guerrera...

—Es tu esposa, es tu sucesora. —Ragna tenía el rostro enrojecido. —No pasaré por encima de mi madre para sucederte.

—Alguien tendrá que protegerla cuando yo no esté.

—Parad los dos. —El tono autoritario de Ingunn sorprendió a la audiencia. —Lo que Olaf quiere decir es que si él falta, tendrás que ayudarme a proteger nuestro hogar.

—Eric...

—Aunque Eric es el mejor segundo que se pueda desear, es en ti en quien tu padre quiere delegar. Que seas tú quien me protejas si falta. Has demostrado con creces tu valía.

Olaf se preguntó cuánto duraría aquella conversación y el estupor de los avariciosos invitados.

—Sea, te protegería con mi vida. No porque sea su sucesora, sino porque es mi deber como hija. —Contestó Ragna con voz clara, cargada de determinación. —Cuidaría de ti hasta el día que los dioses te llevaran junto a él. También os digo aquí y ahora, que Eric se encargaría de sucederme si yo falleciera o no estuviera aquí para proteger a mi madre.

Un escalofrío recorrió la espalda de Olaf. Los vítores apoyando la decisión de Ragna le demostraban la aceptación del pueblo. A Olaf le preocupaba más sus palabras; no solo aceptaba sus decisiones sino que imponía las suyas. No pensaba olvidar su venganza, por eso escogía un sucesor. Delegaba en Eric y no en ninguno de sus hijos. Eso le decía cuan

responsable se consideraba del bienestar de Rindal. Escogía a la misma persona que debería elegir él.

Miró a su amigo, que estaba perplejo. Olaf también observó a sus hijos, intrigado por su comportamiento pues sabía que eran ambiciosos. Ketill no tardó en palmearle la espalda para felicitarlo sonriendo con orgullo; Kart, por su parte, se dedicaba a mirar el suelo con acritud.

—¿Una mujer? —Preguntó un forastero por fin.

—Eso he decidido y así se hará. —Zanjó Olaf.

—¡Lo que necesita un hombre a su lado! —Gritó otro ofendido. —¿Para eso nos hiciste venir?

—¿Osas contradecir a mi padre? —La agresividad de Ragna detuvo a los alborotadores por el matiz acerado de su voz. —El que lo haga se encontrará con el filo de mi espada. Su decisión es ley en estas tierras. —Se separó de Ingunn desenvainando su arma.

—Rindal necesita un guerrero, no una zo... —El invitado no terminó su indignado discurso, cayó al suelo agarrándose el cuello cuando Ragna se lo seccionó de un rápido y eficaz golpe de muñeca.

—Mi padre ha decidido.

—¿Acaso no se dice que tienes una venganza que cumplir? ¡Pues cúmplela! Deja Rindal en manos de un guerrero que sepa cuidar de sus gentes. —Viendo como Ragna pasaba por encima del moribundo y se dirigía al otro invitado que la increpaba Olaf decidió interceder.

—Ragna... —Olaf ocultó su asombro cuando obedeció su orden implícita y se alejó del hombre. Solo por eso le dejó hablar.

—Es cierto, tengo una venganza que cumplir. Siempre he estado dispuesta a morir con tal de cumplirla. Hoy, las cosas han cambiado. Juro aquí y ahora, ante vosotros y los dioses que protegeré a mi señora si Durs muere. No voy a faltar a mi promesa, a ninguna. Voy a encargarme que Olaf viva varios años más. Le arrancaré el corazón a quién ose hablarle mal o insultarlo. —No sonrió cuando los aldeanos pusieron los ojos en blanco, sería la primera en provocarlo. Su instinto de protección y su ferocidad los emocionaba. —Me ocuparé de suceder a... mi padre, cuando llegue el día. Si creo que debo casarme con alguno de estos guerreros para protegeros, lo haré, cuando esté convencida de que es el hombre que Rindal necesita. Hasta entonces, tengo una venganza que cumplir para honrar a nuestras muertas. Y por la madre de Hati y Sköll que nada va a detenerme.

Los rugidos de aprobación enorgullecieron a Olaf. Los ancianos que

tenían algún reparo, asentían satisfechos. Le tocaría mostrarse implacable sobre el matrimonio ahora que ella misma lo había mencionado. Ragna tendría que escoger a alguno de los invitados. Iba a proclamar su decisión cuando Ingunn lo retuvo.

—Déjala ir.

—Mujer...

—Acaba de jurar ante dioses y hombres que se casará para proteger tu legado. —Ingunn situándose delante procuró que nadie la oyera. —Solo se trata de presionarla con el hombre correcto antes de que... —Era obvio que le costaba asumir su muerte. Iba a abrazarla cuando lo esquivó para ir en busca de su hija. —¡Ragna, no te vayas, tenemos que brindar! ¡¡Ya eres mi hija!!

Olaf abrazó a Ingunn y la besó con pasión. Se sentía como un jovencuelo. Su cuerpo dolorido poco importaba, los invitados eran una leve molestia para sus repentinos planes. Lo único que deseaba era arrastrar a Ingunn a un lugar oscuro y poseerla una y otra vez. Necesitaba saciarse de ella y demostrarle, que él estaría ahí para protegerla siempre.

Nada salía como quería, aunque no podía quejarse. Ragna protestó más por aceptar ser su hija que por su sucesora. Sin embargo, había aceptado. Por el momento no la obligaría a casarse, aunque había jurado que lo haría si lo creía necesario. Ingunn se encargaría. Su frágil mujercita era una verdadera estratega. Llevaba años capeándolos sin que ninguno se diera cuenta. Sus hembras eran tercas y voluntariosas.

Escuchó como Ragna refunfuñaba. No se le escapó como su muchacha guiñaba el ojo a Eric, qué seguía mirándola con asombro. Olaf se compadeció y le palmeó la espalda tras soltar a su esposa.

—¿Aún sin palabras? —Bromeó.

—No sé qué decir. —Eric sonó muy seco.

—Solo ha hecho lo que yo he querido hacer muchas veces. —Sonrió por su gruñido. Era la respuesta preferida de Ragna cuando algo le disgustaba. —¿Contestas como ella, sabes?

—Es contagioso, tú también lo haces. —Eric soltó una risotada antes de ponerse serio. —Pronto la oirás rugir de verdad.

—¿Por qué? —Se apartó con Eric de Ragna e Ingunn que levantaban sus cuernos para brindar.

—Kart atacó a Rjupa. Quería forzarla cuando se negó a casarse con él. Tuve que intervenir antes de que hiciera algo de lo que pudiera arrepentirse. Ivar e Ingunn impidieron que tu mocosa se enterara.

—¿Y?

—Lo detuve. —Parecía costarle proseguir. —Ha renegado de mi como padre.

—¿Qué le pasa a esa bestia tuya? Sabes que tendré que castigarle, no permito ese comportamiento en nuestro pueblo. Es una mujer libre.

—Lo sé, Olaf, lo sé. No pude hacerlo. Menos aún cuando Rjupa se mostró clemente. Me fue imposible. En cuanto Ragna se entere...

—Le dará su merecido. Si antes aceptaba su castigo, ahora que es mi hija a ojos de los demás, aún más. —Eric asintió, Ragna detestaría la actuación de Kart y su escarmiento sería incluso más temible que el de Olaf.

—Será una buena líder. —Dijo Eric. —Se preocupa por cada uno de los aldeanos, es fuerte y está dotada para el liderazgo. Su carácter es a veces imprevisible, algo que está bien en los grandes señores, ¿verdad? Siempre se ha negado al matrimonio y de su propia boca ha salido el juramento de que se casaría por el bien del clan. No se le puede pedir más.

—Mi mocosa lo hará bien. —Contestó Olaf.

—Tan bien que no hará falta que me convierta en jefe. —Comentó Eric sonriendo, sin borrar la tristeza de sus ojos. —Le serviré a tu hija como te he servido a ti Olaf.

—No seas tan sumiso, amigo. No va a renunciar a vengarse, lo sucedido esta noche acelerará las cosas. No tenemos mucho tiempo, pronto decidirá que ya le he apartado demasiadas veces de su camino. Mañana trazaremos planes. Hoy tenemos mucho que celebrar.

—Cierto. Estaré atento. —Eric, que miraba de reojo a Rjupa mientras la mujer se servía un cuerno de hidromiel. —Mencionando a Ingunn, hay algo que deberías saber.

Eric le narró lo mal que había sobrellevado su desaparición. Olaf casi prefería seguir sin saber nada, de las explicaciones que escuchó, la suya fue la peor. La cantidad de detalles era espeluznante.

No le contó nada que no supiera ya, aún así, su rostro adusto le inquietó muchísimo más. Eric no era dado a la exageración. Sabía que Ingunn era muy querida, hasta ese entonces no supo cuánto. Los aldeanos se preocuparon por su estado cuando desapareció e intentaron ayudarla. Ingunn casi había enloquecido, no escuchaba a nadie. Solo la llegada de Ragna y su promesa de haberlo encontrado, consiguieron sacarla de su desesperación.

Ninguna se tomó bien su rapto. Eran capaces de enfrentarse a los mismos dioses en su afán de protegerlo.

Olaf sintió como el frío se apoderaba de sus entrañas. Demostraría a sus enemigos que atacando a su familia solo encontrarían la peor de las muertes. Alguien se había esforzado mucho para tramar aquella rebelión sin ser descubierto. Su instinto le decía que Kraka estaba involucrado, se trataba de encontrar la manzana podrida que utilizaba para mantenerse informado. Otro traidor.

Ni los dioses, viejos o nuevos, le convencían de lo contrario.

—Ahora, amigo mío, es hora de darnos un festín con la sangre de los traidores. Al amanecer, las tripas de los aliados que han traicionado mi confianza estarán colgando de sus cuerpos. Quiero que montes el tribunal, voy a ser juez y jurado.

—¿La loba será tu mano ejecutora?

—Solo si ella quiere. Avísala, y a Ingunn también. Querrá estar de mi lado antes de ordenar a su hija que no ensucie más de sangre su nuevo vestido.

CAPITULO 15

Si la situación no fuera peligrosa, Ivar la compartiría con sus compañeros. Preferiría guardarse sus ideas, especialmente si el entrecejo de Kart se convertía en algo perpetuo. De los forasteros, Gunnar y su padre eran los que más le llamaban la atención por sus reacciones tan enfrentadas. Era evidente que el más joven no podía evitar que la mirada carnal de su padre le molestara, cuando descubrieron la nueva posición de Ragna. Parecían tan diferentes que le intrigaba su compleja relación. Hasta entonces Thorvarld no mostraba el mínimo interés o respeto por Ragna. Gunnar, era contradictorio en su actitud. Casi parecía decente cuando su padre no estaba delante.

Eran como la noche y el día.

Al igual que Geirhildr y Ragna, que eran como agua y aceite.

Lo que estaba sucediendo era una muestra clara. Geirhildr se contentaría con gritar y esperar que su hermano la socorriera. Ragna se defendía sola a una velocidad pasmosa, aunque Olaf miraba al invitado furioso, éste no se había movido. Conocía y respetaba sus habilidades. El salvaje carácter de su hija no le desagradaba demasiado.

Dudaba que Gunnar contara con ese apoyo o comprensión.

Observaba con curiosidad la escena que se desarrollaba. Intentó ver con los ojos de Gunnar lo que le envolvía y no pudo evitar sonreír. Le costaba integrarse a un grupo, no estaba acostumbrado a la camaradería. Ragna trataba con sus hombres con familiaridad y descaro, al resto con respeto y con las mujeres siempre parecía algo incómoda a pesar de que la mayoría la trataban como a un guerrero varón más. Olaf hablaba con Eric sin quitarle ojo a su esposa e hija. Ingunn conversaba con varias matronas. Se acercaban dos forasteros que no formaban parte en las celebraciones. Ivar continuó observando, hasta que no se fuera el último invitado, no dejaría de hacerlo. Volvió a fijarse en Gerhardsen.

Gunnar se fijó como Ingunn se situaba al lado de su esposo, que le llamaba la atención con discreción. Ragna no tardó en separarse de sus hombres para situarse al lado de su madre, en actitud protectora.

Con desapego, Ivar, solo vio a dos hombres grandes, de hombros anchos y brazos hercúleos. Sus ojos color miel suavizaban sus facciones duras. Vestían con túnicas color tierra, sobre sus calzones oscuros. Su pecho cubierto

por una gruesa piel de lobo, sujetos por grandes broches de oro labrado a juego con sus brazaletes. Si bien el más joven era más grande, ambos llevaban largas trenzas con las que dominaban sus melenas color melaza. Parecían padre e hijo, solo se diferenciaban por la estatura y por los ojos. Uno poseía un tono azul verdosos, el mayor era dueño de los ojos más verdes que jamás hubiera visto.

La curiosidad de Gunnar por los nuevos invitados al ver cerrar filas a la familia Durs en torno a Ingunn, era evidente. Se las ingenió para acercarse a escuchar. Ivar hizo lo mismo al reparar en la mirada especuladora del padre. Quizá a uno le concediera el beneficio de la duda, al otro no pensaba perderlo de vista.

—Veo que las habladurías son ciertas, estás sano y salvo. —Bramó el mayor a modo de saludo.

—Ya ves que sí, Vestein. —Olaf respondió. —Olvídate de quedarte con mis tierras.

—¿Tus tierras? No quiero tus tierras, quiero a tu mujer.

—Es mía.

—Lo sé, Durs. —Vestein hizo una mueca que en realidad pretendía ser una sonrisa. —Mi sobrino Harald me ha hecho ver que ganaste limpiamente y que Ingunn es tuya. Por la expresión de su rostro cuando te mira jamás sería del todo mía. Por no hablar de la mocosa...

—Mi hija. —Ingunn siseó enfadada. —Ten cuidado con lo que dices Vestein, ahora es mía. Si vuelves a insultarla dejaré que te destripe.

—Caramba. —Contestó sorprendido. —No eres tan dulce como creía.

—Ya has oído a mi mujer, Mikkli. O respetas a nuestra hija o no serás bienvenido.

Vestein rió, lo hizo con más ganas cuando vio a los Durs fruncir el entrecejo.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —Exigió Olaf irritado.

—Estos años maldiciéndote por habérmela robado...

—No te la robé. La pedí antes que tú, te vencí cuerpo a cuerpo, decidí raptarla al creer que su padre se demoraba en darme respuesta.

—Calma, calma. —Vestein sonreía. —Cierto. En mi defensa he de decir que estaba tan prendado que no podía aceptar que me la arrebatas. —Levantó la mano para detener las protestas de Ingunn. —Antes de conocerte éramos amigos y por ti, nos distanciamos. Por fin veo lo que Harald lleva años diciéndome. No eres para mí. Tienes que ser una mujer formidable para

tolerar a estos dos.

—Lo soy. —Sus ojos relucían con altivez. —Solo que por fin os estáis dando cuenta. —Sonrió a su esposo al verlo con el ceño fruncido.

—No, mujer. Siempre he sabido que eras formidable. Lo que he descubierto ahora es que eres mucho más fuerte de lo que pensaba. —Su marido le acarició la mejilla con ternura.

Se miraban con amor, sin preocuparse en ocultarlo. A Ivar no le extrañó las demostraciones de afecto entre su señor y su Husfrejya, las veía desde niño.

—¿Significa que podemos dejar de mimarte? —Ragna rompió el hechizo.

—Ni lo sueñes. ¡Me encanta que me malcriéis! —Su precipitada respuesta provocó las risas de los recién llegados al verla sonrojarse.

Vestein movió la cabeza, con su mueca típica.

—Espero que aceptes las disculpas de este viejo tonto, Olaf. Tienes una buena familia y ya es hora de que lo acepte. También llegué a ser jefe, tengo una gran esposa e hijos saludables.

—Como soy un verano mayor que tú y no me considero un anciano, no me queda otra que aceptarlas, seguimos siendo vecinos. —Olaf sonreía. —Ya era hora de que recuperaras el buen tino. —Propinó un fuerte golpe en la espalda antes de conducirlo a una de las mesas para que pudiera servirse algo de comida y bebida.

Ivar observó como Ragna decía le algo a su madre al oído y ésta se marchaba con el rostro sonrojado. Se la veía complacida a pesar de la risa maliciosa de la Loba. Por su parte, Ragna sonreía al otro recién llegado, que aún no había dicho nada.

—Harald no sé cómo has conseguido que esos dos se hablaran sin matarse.

—Era cuestión de tiempo.

—No, han pasado años y no se solucionaba. Conseguiste meter en la cabezota dura de tu tío que Olaf no le robó nada, solo fue más rápido y astuto. Supongo que lo pasaban demasiado bien atacándose el uno al otro.

—Puede ser. Eso se merece un trago.

—¡Pues claro! —Llenó su propio cuerno y se lo entregó. —Será mejor que me cuentes como lo has conseguido, palabra por palabra.

—Después que tú me cuentes porque los Durs tienen ese aspecto tan maltratado. —Contraatacó alejándose hacia la mesa de las carnes.

Gunnar observaba con interés, fascinado por la morbosa historia de la

que Ingunn formaba parte. Ivar soltó una risa socarrona. Si no estaba equivocado, su entrecejo ofuscado lo convertía en otra conquista involuntaria de su amiga.

Se la veía relajada, risueña al bromear con Harald, conversaba con tranquilidad sin una pizca de la agresividad que afloraba en ella cuando estaba cerca de Gunnar. Los gestos de la pareja denotaban complicidad y cariño, eso no pasaba desapercibido entre los invitados que pretendían desposarla.

La llegada de Harald provocaría muchos problemas a la Loba. El ceño de Thorvarld bien podía significar que él sería uno de sus principales quebraderos de cabeza. No era el único que debía pensarlo cuando oyó al hijo maldecir.

Gunnar llenó su cuerno, se lo bebió de un trago antes de rellenarlo otra vez. Su actitud hizo reír a varios aldeanos. Compadeciéndose, se acercó a él y juntos se dirigieron a Ketill, que devoraba con entusiasmo una pierna asada. Les sonrió con la boca llena, al intentar tragar se atragantó, Gunnar le ofreció su cuerno para ayudarlo a bajar la comida.

—Gracias, Gerhardsen. —Dijo entre toses.

—Sí, gracias. —Agregó Jon apareciendo por detrás. —Este bruto nunca aprenderá a comer, si no le llegas a brindar un trago es posible que se quedara tieso...

—No empieces. —Le cortó Ketill sin ofenderse. —Tengo hambre, eso no es un crimen.

—No, el crimen sería que te ahogaras y no pudieras entrar en el Valhala. —Acicateó Jon.

Rieron al escuchar su gruñido. La mayoría respondía de la misma manera. Por primera vez, Gunnar parecía sentirse más cómodo entre sus bromas. Empezaba a acostumbrarse que le trataran como a un igual y bromearan con él.

—Sabes, Jon, si no se atraganta con la comida... lo hará con su ego. —Añadió entonces.

Ante la abierta sonrisa de Jon y la mala cara de Ketill, Ivar no pudo evitar reír entre dientes, no tardaron en unirse a él. Gunnar parecía anonadado por su propia participación.

—No sé de qué os quejáis, el de mi hermano... —Empezó Ketill.

—No me lo digas. Es peor. —Gunnar estalló en carcajadas que se redoblaron por la atónita pregunta del gemelo.

—¿Y tú como lo sabes?

—¿Quizá porque respondéis igual?

—¿Qué? —El alcohol impedía pensar a Ketill con claridad. —¿Jon sabes de qué habla?

—Claro...

—Ragna se ríe de nosotros... pero éste...

—¡Es peor! —Gritaron entre estruendosas risas. El gemelo por fin captó la ironía.

—Que le vamos a hacer, esa es nuestra Ragna, la peor.

—Pues sí. —Contestó sonriendo el gemelo. —Aún así, ha conseguido que la reconozcan...

—Era cuestión de tiempo, Ketill. —Contestó Jon. —Ya era su hija. Era evidente que la adoraban, sino Olaf no hubiera permitido su insolencia.

—Le encanta su insolencia. Que no lo sepa, pero hasta a mí me gusta. —Confesó Ketill.

Incluso Gunnar, que empezaba encajar el carácter del grupo y su escandalosa manera de demostrarse su amistad, sonreía.

—¿Esperabas que nombrara su sucesor a vuestro viejo? —Preguntó Jon.

—No. —Se puso serio. —Pensé que escogería entre Kart o yo. Nos hubiéramos matado si pasa eso. En el peor de los casos, siempre puedo llegar a ser el sucesor de mi padre ¿no?

—¿Eric es tu padre?

—Sí. ¿Algún problema? —Ketill levantó una única ceja al preguntar.

—No. Solo me sorprendió. —Contestó Gunnar. —No sabía que vuestro padre fuera el segundo de Durs.

—Lleva media vida siéndolo.

—¿Porqué seguís a Ragna en lugar de a tu padre o a tu señor?

—Pues... —Sonrió con descaro. —Creen que somos unos salvajes y no pueden dominarnos.

—¿Ragna sí?

—Por si no te has dado cuenta, puede ser más salvaje que nosotros. —Contestó Jon volviéndose para observarla. —Creo que ni Olaf se imagina hasta que punto. Siempre ha sido consciente de que debía ser fuerte para vencer a Kraka, es su mayor obsesión. Es dura. Trabaja mucho para ser la mejor.

—Excepto cuando está Ingunn cerca. Si hasta lleva vestidos para complacerla. Es capaz de cualquier cosa por su madre, en su presencia se vuelve otra... al menos todo lo que puede. La obedece o encuentra la manera

de compensarla cuando no lo consigue.

—Me resulta difícil creer que cambie. —Gruñó Gunnar. —Aunque vista su reacción cuando atacaron a vuestra Husfreyja, tampoco puedo dudarlo. Me reconoció que su vestido era obra de Ingunn.

Eludió la mirada interrogadora que Ivar le dirigió y continuó con la vista clavada en la pareja que conversaba. El cabello blanquecino de la joven, limpio y trenzado, sus risas desinhibidas la hacían destacar entre los demás. Era difícil perderle la pista. Ivar gruñó al ver que Thorvarld también la observaba. Gunnar no parecía mucho más contento que él al notarlo.

—Hablando de vuestra Loba. ¿Con quién se comporta tan suave?

Se miraron entre sí, precavidos, también habían captado la mirada de Thorvarld.

—Es Harald Mikkli. El apodo, como verás, es por su altura. Es sobrino de Vestein. Se conocen desde niños. A pesar de estar peleados por Ingunn, jamás dejaron de hacer tratos. —Contestó Jon. —Es increíble lo grande que se ha hecho... ¡es tan recio como un buey!

—Es el doble que su tío. —Añadió Ivar.

—Tiene unos inviernos más que nosotros. Olaf jamás le negó la entrada. A mí me parece demasiado tranquilo a pesar de su terquedad. —Ketill no quitaba ojo a Harald. —Se ganó nuestra amistad cuando se lanzó al río hace años para salvarnos a Ragna y a mí.

—¿Cómo?

—Una tontería. Ragna tendría unos nueve inviernos cuando se le ocurrió tirarse al río con otros niños. No sabía nadar y para mi sorpresa, descubrí que yo, tampoco. No sé de donde salió, solo se que nos sacó antes de que Kart llegara. Desde entonces somos amigos. Es fiel como un perro.

—Creo que es por eso que Olaf lo tolera... —Murmuró Ivar para sí mismo.

—Lo dudo. Sabes que es un buen guerrero, de los mejores.

—Sí, cuando consigue enfadarse y sacar carácter, entonces es terrible.

—Hasta que lo hace tarda lo suyo... míralo, parece un perro faldero

—No empieces, Jon. —Cortó Ketill. —Adora a ese grandullón, con eso debería bastarte. No es mal tipo. Me dijo que su único defecto es que le cuesta enfadarse. Lo que te pasa es que no has superado aún que te haya salvado el culo más de una vez. Ragna está en paz, se han ayudado en muchas ocasiones y se ha ganado su gratitud. Cuando tú dejaste de entrenar y te uniste a nosotros, esos dos ya eran amigos.

Jon gruñó a modo de respuesta.

—Será mejor que no lo olvides, piojo. Ragna no permitirá que lo insultes o aprenderás que es perjudicial para tu salud enfrentarte a sus decisiones. Tiene un genio atroz. Hablando de mal carácter, voy a ver qué sucede a Kart, está de peor humor que de costumbre. —Se alejó en busca de su gemelo.

Ivar, decidió que era mejor que escuchara las malas noticias de labios de su hermano. Se mantuvo junto a Gunnar, que seguía sin apartar los ojos de la pareja. Ragna volvía a llenar solícita el cuerno de Harald. Al pobre Gunnar debía parecerle muy extraño que discutieran delante suya sin importarles que los escuchara. Era por sus escaramuzas con Ragna que habían empezado a tratarlo como si fuera parte del grupo. Si seguía vivo, era porque Ragna lo respetaba, por consiguiente, ellos también.

Gunnar, decidido a ignorar las miradas de su padre, les rodeó los hombros para conducirlos a la otra punta de la aldea, donde las muchachas más bonitas servían hidromiel entre risas.

Las confrontaciones tendrían que esperar hasta después de recuperarse de una buena resaca.

Ivar aceptó otro cuerno lleno.

Sí, Gunnar prometía.

CAPITULO 16

El sol se había escondido sin que afectara la celebración, que seguía en pleno apogeo. Las mujeres sacaban un plato tras otro. Los comensales reían exaltados divirtiéndose sin notar los vigilantes integrados en la algarabía.

Influenciados por la bebida, los jovencitos se batían con entusiasmo ante su atento público. Las parejas de la noche se escondían buscando un lugar oscuro e íntimo para retozar, ignorando a los borrachos que dormían esparcidos por los rincones.

Gunnar bebía con Jon e Ivar apostando si los gemelos acabarían golpeándose, ya que llevaban un buen rato discutiendo a pleno pulmón en el límite del bosque. Olaf los miraba con especial interés, sabiendo el motivo de la discusión. En cuanto su muchacha se enterara, la cosa empeoraría. Solo esperaba que fuera por la mañana, estaba demasiado cansado como para lidiar con su enfado; deseaba que la fiesta acabara pronto y poderse retirar con Ingunn. Su mujer percibiendo su fatiga, entrelazó su mano con la suya, en una muestra de cariño y apoyo. Se sonrieron y continuaron atentos a lo que sucedía a su alrededor.

Ragna seguía conversando con Harald, manteniéndose sobria. No se permitiría el lujo de embriagarse en presencia de su madre, ya que en otras ocasiones no tenía problemas en hacerlo. No se le escapó como lanzaba miradas a Gunnar de vez en cuando, como tampoco las miradas curiosas que dirigía a los gemelos.

Al igual que Ingunn observaba con calma a los invitados. Muchas cosas podrían haber acabado mal en muy poco tiempo, fechorías demasiado bien planeadas, para que hubiese terminado ya. Preveía más problemas de los que su esposa imaginaba. Las miradas especulativas de los invitados al nombrarla hija y heredera, hablaban por sí mismas. Ingunn tenía razón, posponer los juicios hasta terminar la celebración le daba tiempo para descubrir si eran ciertas las acusaciones de Eric. Conociendo a su amigo, no se equivocaba. El mismo pudo ver que cuando Ragna proclamó que se casaría si era necesario, sus expresiones relucieron de avaricia. Como ese maldito Thorvarld, que no le quitaba ojo a su hija.

No le gustaba ese tipo. Se hablaba mucho sobre él, lo más destacable es que era un taimado oportunista. Al ser un jefe de un clan poderoso con un hijo

soltero, los mandó a llamar como dos candidatos entre los que Ragna se hubiese visto obligada a escoger para casarse. No aceptaría a Thorvarld como marido. No, no con su fama.

Se decía que era de hablar lento y pausado, excepto cuando se trataba de apoderarse de los de otros a hurtadillas, entonces era sagaz como un zorro y aprovechaba cualquier debilidad para obtener la victoria. Tampoco era compasivo con las mujeres, menos aún con su hijo. Gunnar parecía estar hecho de otra pasta. Pese a tener la misma pose arrogante de su padre afrontaba al mundo de cara con su mirada inteligente. No le importaba bromear y reír con el grupo de Ragna. Jon lo había increpado sobre su incapacidad para cazar, su respuesta provocó que el grupo rompiera en carcajadas. Incluso hizo sonreír a Ketill cuando se les unió, serio y furioso, después de la discusión. Iba a localizar a Kart cuando un gesto de Gunnar lo distrajo.

El hombre miraba a Ragna cuando ella lo pescó, él levantó una ceja inquisitiva y sarcástica. Olaf casi echó a reír cuando Ragna lo miró ceñuda, ante su mirada interrogativa, le hizo un gesto grotesco con la mano antes de girarse y darle la espalda. Su respuesta provocó otro ceño en Gunnar que le taladraba la nuca a su hija. Ragna tenía un punto salvaje que a Olaf le agradaba, por lo que jamás puso mucho empeño en sosegar. Esa condenada debía descender de los antiguos dioses, tenía su ferocidad y decisión.

Ragna era especialmente desagradable con los Gerhardsen, al igual que Ingunn, los culpaba de su retraso. Quizá por eso se comportaba de esa manera con Gunnar, casi como si fuera una chiquilla enfurruñada en lugar de atravesarles el corazón.

De no ser por su recibimiento que tanto los retrasó, el rapto no se hubiera producido. Su muchacha lo habría evitado. En el peor de los casos, no tardaría en encontrar su pista mucho antes. Los dioses decidían que las cosas pasaran por alguna razón, solo el tiempo mostraría el porqué. Hasta ahora, le enseñaba que tenía más de un traidor entre sus filas; la fortaleza de su mujer y había dejado entrever a cuales de sus invitados no debía considerar como amigos. Como ese Gerhardsen en concreto.

Su instinto de padre le decía que entre Ragna y Gunnar podría surgir algo más que el desprecio que se mostraban. El primer enfrentamiento empeoraba la situación, no cabía duda. Ragna era muy rencorosa cuando la infravaloraban, aún más si insultaban a su señor. Aun así, algo no cuadraba. Los amigos de Ragna no estarían bromeando con él existiendo enemistad real, ni tampoco habría el duelo de miradas que se dirigían una y otra vez. Sonrió

travieso, deseaba acertar sobre duelo de voluntades que ignoraba la presencia de Harald. Lástima que Ragna fuera tan terca.

El paso de los años transformaron al joven Mikkli era un hombretón casi tan grande como él. Era la mano derecha de su tío con su carácter tranquilo y complaciente. Sabía por las habladurías que tenía nervios de acero en la lucha y que cuando llegaba a una decisión, su voluntad era inquebrantable. A pesar de sus riñas con su tío Vestein, siempre le había agradado. Agradecía la tranquilidad con que trataba a Ragna cuando estaba enfurecida y admiraba su capacidad de hacerla reír.

Harald pese a su ebriedad, siempre pendiente de su humor, se veía fastidiado, irritado por su comportamiento respecto a Gunnar.

Sus sentimientos eran evidentes. Eso inquietaba a Olaf. No desistía en su intento para que Ragna aceptase la proposición de matrimonio hecha el verano anterior.

Se reprochó ser tan ingenuo. Siempre creyó que tan solo buscaba su amistad como el resto de imberbes que la seguían, ahora ya sabía que no. Pretendía casarse, si era tan implacable como decían eso acarrearía problemas. Sin contar la indignación de su tío cuando se negara a ese matrimonio por segunda vez, porque se negaría. Ragna se merecía alguien mejor. La terquedad de Harald podía enfrentar a los dos clanes, esa nueva escaramuza sería mucho peor que la que habían tenido desde su juventud. Si conseguía raptarla, su hija buscaría la manera de matarlo. No aceptaría un matrimonio impuesto por la fuerza. Ingunn lo frenó antes de que cometiese el mismo error delante de los invitados.

Ragna seguía ajena a la situación, no pretendía seducirlo, lo trataba como al resto de sus compañeros aunque en realidad era mucho más suave con él que con sus hombres. Tampoco le molestaba su galanteo y era extremadamente solícita con Harald.

Aquel trío implicaba y ramificaban muchas cosas. La peor era que la presión de Ingunn sobre Ragna para que se casara podría terminar provocando que escogiera a Harald. No sería un buen marido, como tampoco podría ayudarla en su venganza, se ocuparía en cargarla de críos para mantenerla apartada. Conseguiría que le odiase tanto que terminaría por matarlo. Olaf preferiría a Gunnar, que tenía mucho más temple y no se acobardaba por su mal carácter. Era el que siempre intervenía a su favor ante los desplantes de Thorvarld. Por el contrario, no apreciaba en absoluto a su padre, que seguía atento a cada gesto de la nueva heredera. Por desgracia, no podía hacer nada

al respecto pues muchos otros hacían lo mismo.

Disimuló sus pensamientos a Ingunn, que lo observaba sonriente. No necesitaba preocuparle aunque ahora supiera que era capaz de soportarlo. Pondría a Ragna sobre aviso para que evitara enfrentamientos a la mañana siguiente, tras una buena noche de descanso y pasión.

Estaba tan absorto que casi se perdió la retirada de Harald, iba a sacar gran parte del hidromiel ingerida al bosque. Ragna se dirigía a Ingunn cuando uno de los invitados la agarró por el brazo con fuerza. Solo la borrachera lo salvaba de estar muerto o quizá que estuviera su Husfreyja.

—Suéltame.

—Serás mía. Te casarás conmigo.

Era un joven rubio, de rasgos clásicos sin que nada destacara en él aparte de ser el primogénito de uno de los señores de la zona. Ragna chasqueó la lengua.

—No.

—¡Serás mía!

—Escucha, borracho. No voy a casarme contigo. —Contestó a voz de cuello. —Si algún día tengo que hacerlo seré yo quien lo decida o quién me venza en combate. Si alguno tiene la idea de obligarme por la fuerza... —continuó mirando a los invitados —olvidadlo. Si no os mato, cosa que dudo, me quitaré la vida para que el clan vaya a manos de Eric. No conseguiréis retenerlo aunque me obliguéis. Mi heredero ya ha sido...

—Serás... mía... No voy a permitir... —Murmuró el borracho antes de caer al suelo con la nariz rota.

—No seré tuya ni de nadie hasta que no haya cumplido mi promesa.

—Si tan solo te quedaras con nosotros... pero no, no serías tú, si tus promesas no fueran tú ley, no serías la Loba Blanca. —Se escuchó decir a Ingunn. —Es tu destino.

—Déjame ayudarte.

Olaf miró a Gunnar con interés, parecía tan sobrecogido por su ofrecimiento como la propia Ragna.

—¿Por qué quieres hacerlo? —Le preguntó.

—Ya es hora de que acabe con esto. Está tan obsesionada con su venganza que se olvida de vivir. —Respondió Gunnar.

—¿Qué crees que vas a ganar ayudándome? —Ragna lo miraba con los ojos entrecerrados.

—El respeto de tu clan. —Respondió él en tono hiriente.

—¿Solo quieres eso? —Olaf no pudo evitar reír entre dientes al preguntarlo. —¿No el suyo?

—He aprendido a respetar a ésta salvaje, aunque en un principio dudé de sus capacidades, me ha demostrado su valía. Es hora de redimirme. Vuestro orgullo reside en ella, no podrá corresponderos hasta que se quite la losa de encima. Por eso ofrezco mi brazo y mi espada. —Contestó con solemnidad.

—Ni lo sueñes. —Murmuró Ragna.

—Sea. —Dijo Olaf a la vez.

El resoplido de Ragna dejó claro lo poco que agradecía su aceptación, por más que luego acatará sus órdenes.

—Yo también me ofrezco. —Gritó Thorvarld.

—No. —Gruñó enfadada. —Ni loca.

—¿Segura? —Preguntó Olaf solo por irritarla.

—Con un Gerhardsen tengo más que suficiente. —Contestó clavando puñales a Gunnar con los ojos.

—Sea.

A Olaf le molestó ver como Thorvarld se acercaba mirándola de mala manera. —¿Cómo permites que la mocosa decida? —Le preguntó. —Tú eres el jefe.

—Es mi sucesora, es hora de que empiece a tomar decisiones propias... que tengo que respetar. —Se situó al lado de Ragna.

—Aceptaste a mi hijo.

—Olvidé mi propósito de respetar sus decisiones. —Lo observó. No podía dejar margen al error, ni a malos entendidos. —Acepté su proposición porque me sonó sabia y sincera. He dado mi palabra y se cumplirá. Cuando lleve a cabo su misión recibirá nuestra bendición y apoyo. —Miró a Thorvarld, casi podía escuchar cómo funcionaba su mente. —Mi hija no quiere ayuda, lo ha dejado claro. No quiere un esposo. Aceptará la de Gunnar por mi honor. No pienso entrometerme más. Es hora que empecemos a respetarla, algún día será mi sucesora y debe aprender mucho todavía. La única manera de que lo haga es que empiece a encaminarla cuando crea que está equivocada.

—Pero...

—Pero, nada. Tolerará a un solo Gerhardsen.

—Ya... Lo hace solo porque has dado tu palabra... —Respondió Thorvarld ofuscado.

—Si. —Sonrió. —Por mucho que le disguste, no me deshonrará. —Acarició su rostro y se rió entre dientes ante su asombro. —A mi Loba Blanca

se le olvidó mencionar que si decide casarse mientras esté vivo, su matrimonio no será válido a menos que yo lo acepte. Reconozco que soy muy exigente. Ahora si me disculpáis, voy celebrar mi retorno a solas con mi esposa. Ya he esperado demasiado.

Se encaminó a la gran casa, riéndose del sonrojo de Ingunn, guiñando los ojos a los aldeanos que le felicitaban a pleno pulmón su lasciva decisión. Por la mañana tendría mucho en lo que pensar, problemas a los que adelantarse, evitar escaramuzas e impartir justicia. Nada era tan importante como compartir su lecho con Ingunn. Tan solo esperaba que las esperanzas de los que querían apoderarse de Rindal mediante Ragna fueran aplastadas por la actitud de la joven.

Besó con pasión a su mujer antes de entrar en la gran casa, levantando vítores a su paso. Consumido por la pasión agradeció a los dioses que Harald no estuviera presente. De estarlo, su tío lo hubiera obligado a tener que aceptar también su ayuda en lugar de mirarlo con el ceño fruncido.

CAPITULO 17

Si la resaca no fuera tan terrible, Ivar se interpondría entre la Loba y Kart, como no era el caso, decidió que era mejor esperarse. Ya que no había llegado a tiempo para evitar que Ragna se enterara de la peor manera de su hazaña, más valía dejarla desfogarse un poco antes de intervenir. No quería acabar mal parado.

—Ragna... ¡me estaban engañando!

—¡Qué me importa eso, maldito! —Gritó furiosa a la vez que proporcionaba una patada en el estómago. —¡Ibas a violarla porque se negó a casarte contigo! ¡Te destriparé para que Sköll se de un festín!

—La deseo hace mucho tiempo... —Al menos era listo y no se defendía de los golpes. —¡Lo sabes!

—Maldito. Maldito. Maldito. —Con cada palabra le golpeaba el rostro. —¡Tiene el derecho a negarse! Me da igual que fuera una esclava, ambas lo fuimos bajo el yugo de Hallbera. En esta tierra, tenemos derecho a negarnos a la violación y a la humillación.

—Una esclava no, Ragna. Como mucho puede resistirse y luego buscarte para pedir justicia. —Ketill observaba la escena con los brazos cruzados y el ceño fruncido, poco dispuesto a intervenir.

Ragna gruñó, cuánto odiaba aquella verdad. Seguía con la vista clavada en el gemelo, que estaba sentado en el suelo con la cara ensangrentada. Se la vería hermosa con su vestido nuevo si no fuera por la furia asesina que la embargaba.

—Tiene derecho a pedir tu vida, inútil.

—Renunció. —siseó Kart. —Hasta mi padre pareció sorprenderse cuando lo hizo. El muy traidor...

—Ahí fue cuando mi hermanito, listo como nadie, renegó de él. — Interrumpió Ketill. —Cree que esa es la solución.

—¿Qué? —Volvió a encajarle otro puñetazo que lo tumbó. —¡Qué Sköll mastique tus huesos!

Si Kart seguía vivo, solo podía ser por dos cosas: que Ragna estuviera de buen humor o que otro tema la distrajera del problema que tenía entre manos. Ivar suspiró. Más problemas, solo podía ser eso.

Le palpitaban las sienes por la maldita resaca, lo único que deseaba era

escondese en un lugar oscuro hasta que desaparecieran los efectos del alcohol. Por el rostro cerúleo de Gunnar al aparecer entre los matorrales debía sentirse igual, o quizá no. Desde luego él no se veía capaz de moverse a esa rapidez con tal de quitarse del camino de una Ragna furiosa. Por su bien, era mejor que la viera enfadada en su máximo esplendor. Quizá así, no la provocaría hasta enfurecerla lo suficiente para querer matarlo de verdad.

Ragna no se inmutó cuando Kart se negó a contestar frotándose la mandíbula dolorida. Había sido un buen golpe, ella ni siquiera se frotaba los nudillos.

—Eres idiota, ¿me oyes? —Refunfuñaba acercándose, Kart retrocedía. —¡Voy a matarte!

—Si reniego de mi padre...

—Idiota es poco. —Rabiosa sacó un látigo del cinturón y le azotó media docena de veces.

—Me iré de aquí...

—Cierra la boca. No te vas a ir a ningún lado. ¿Me oyes. —Ordenó con los ojos entrecerrados. Su látigo resonaba en el aire, dejando leves marcas en los brazos del gemelo, que no se apartaba.

—¿Acaso quieres que suceda a mi padre en el caso que sea el jefe? —Preguntó Ketill con sarna.

—Sois igual de tontos. —Bufó la joven. —Se va a quedar conmigo porque ese es su sitio. Me pertenece. En el caso de que tu padre me sucediera sería él quien tendría que escoger entre vosotros. No voy a permitir que este patán te deje el camino libre sin luchar.

—Yo...

—Cierra el pico Ketill. Y tú, Kart, escúchame bien, grandísimo imbécil. —Apuntó con el índice a Kart. —Vas a pagar muy caro tocar a mi amiga. Nadie ataca a una mujer en este pueblo, ¡menos aún uno de mis hombres! Vas a estar tres lunas enteras sin tocar a una hembra. Pobre de ti que me entere de lo contrario o seré yo misma quien te alimente con tu propia carne mutilada. Te prohíbo que bebas, que hables o forniques con hembras. Vas a recompensar a Rjupa con tu próximo botín. Hasta nueva orden vas a entrenar conmigo cada mañana... ¿Queda claro?

Kart abrió y cerró la boca varias veces. A pesar de su propia furia no estaba tan loco como para levantarse mientras ella blandía el látigo.

—¿Queda claro? —Repitió marcándole la cara con un movimiento de muñeca.

—No veo justo que tenga que pagar por la traición de mi padre.

—Eres tú quién intentó forzarla, no él. Agradece que no sea tu piel lo que se haya pedido a cambio porque con gusto se la servía.

—¿Por eso quieres que nos entrenemos juntos? ¿Para desollarme?

—No, no es para arrancarte la piel sino para golpearte hasta que me canse. —Contestó con sequedad. —¿Si quisiera tu maldito pellejo te lo arrancaba ahora mismo! —Para dar crédito a sus palabras, movió de nuevo su muñeca. Un verdugón rojo y sangrante atravesó el rostro del gemelo.

Se observaron en silencio unos instantes.

—Hasta que te haga pagar por tu infamia, hasta que se me olvide lo que querías hacer, hasta entonces, serás mío. —Le marcó los brazos con saña.

—¿Solo por eso? ¿No te importa que reniegue?

—No, eso es cosa tuya. Es una estupidez, tu padre es un gran hombre.

—¿Apoyas a este inútil? —Preguntó Ketill boquiabierto.

—Tu padre es demasiado viejo y tu hermano siempre la ha deseado. Es posible que él mismo haya quemado sus naves. Aceptará mis términos o saldrá del pueblo en pedazos.

El suspiro de Kart demostraba que sabía que no le quedaba otra alternativa que aceptar. En ese tema Ragna no era nada dada a sentimentalismos.

—Sea. —Murmuró desde el suelo.

—Voy a vigilarte. —Le contestó tendiéndole la mano.

Kart la aceptó sin importarle demasiado su ceño fruncido.

—Lo sé. Supongo que lo tengo merecido. —Kart se rozó la mejilla.

—¿Supones? —Gritaron Ragna y Ketill a dúo. La Loba volvió a encajarle un rechazazo que le partió el labio.

—Está bien, está bien. Me lo merezco. —El gemelo se marchó sangrando en dirección al poblado.

—Creo que esta vez te equivocas, Loba. Eric no... —Empezó a decir Ivar.

—Se van a preguntar que le ha pasado. —Gunnar se introdujo en el claro frotándose la nuca.

—¿Cuanto llevas ahí? —Siseó Ragna.

—Lo suficiente.

—Sabrán que ha sido mi mano. —Contestó tajante.

—Se sorprenderán de lo suave que has sido, apenas sangra. —Añadió Ivar.

—Por lo que he oído, según vuestras leyes, se merecía más. —Gunnar enfrentaba su mirada furiosa con estoicismo.

—¿No te basta con inmiscuirte en mis cosas que tienes que espiarme?

¿Espiarle?

—Ahora no te hagas el tonto, sabes de sobra de lo que te hablo. Esa tontería de querer ayudarme porque debo vivir sin presiones. —Soltó indignada.

—Deja de perderme el respeto o...

—¿O qué? —Lo provocó acercándose a él hasta estar nariz con nariz.

—O voy a tener que enseñarte cuál es tu lugar.

—¿Mi lugar?

—Sí, tu lugar.

—Te recuerdo que ahora soy tan sucesora como tú. No tienes que enseñarme nada. —Bramó ella agriamente. —¡El Gran Lobo me ayude! La que va a enseñarte a no cruzarte en mi camino, soy yo.

Apoyaron las manos en sus espadas preparándose para atacarse.

—Dejadlo ya... —Ketill intervino con suavidad.

—Esta mujerzuela me ha acusado de espiarla.

—Gunnar, si le vuelves a llamar así seré yo quien se sienta obligado a matarte. —Interrumpió Ivar. —No es una mujerzuela, creo que lo sabes. Es una de las pocas Skjaldröm que quedan.

—¿Qué...? —La pregunta que iba a formular Gunnar murió en el aire cuando Ragna le asestó un golpe en el estómago.

—¡No vuelvas a insultarme!

—No debí hacerlo. Lo lamento. —Ivar tuvo que reconocerle cierto mérito por ese rápido cambio de actitud. —A veces me pierde mi carácter.

—Deja de mentir, pomposo. No voy a echar a mi clan contra el tuyo solo porque me provoques. Esto es entre tú y yo.

—Olvidemos esto. —Gunnar se tragó sus palabras fulminándola con la mirada.

—Lo que tú digas. —Ivar le dio un codazo a Ragna para que continuara. —Una vez acabe con Kraka no vuelvas a cruzarte en mi camino, tu deuda ya estará saldada.

—¿Porque aceptaste?

—No fui yo, sino Olaf. —Contestó de mala gana alzándose de hombros. —Si tengo que escoger entre un Gerhardsen, prefiero a uno joven y con sangre en las venas, a uno que no la tiene y es más frío que un témpano.

—Eres mucho más simpática con el tal Harald. —Murmuró descontento con su respuesta.

—Él no se mete en mi vida y tú sí.

—¿Parece que le molesta Harald, verdad? —Preguntó Ketill con ironía a Ivar.

—Eso parece y eso que apenas hablaron. Me pregunto... —Las voces asustadas de los aldeanos lo interrumpieron.

—¡Fuego! ¡Fuego! —Gritaban a la vez. El miedo y la angustia eran evidentes.

—¡Onund! —Gritaron a la vez los tres amigos corriendo en dirección a las casas.

Siguiendo los gritos cruzaron el poblado seguidos por Gunnar. No tardaron en encontrar dos casas en llamas. La gente corría de aquí para allí. En su mayoría, seguían tan borrachos que no sabían cómo actuar. Ragna tomó las riendas de la situación dando órdenes sin cesar. Gunnar apreció que su clan se apresurara a recibir sus instrucciones. El peligro acabó de despejarles la mente a la mayoría, aldeanos y forasteros colaboraron con presteza.

—Ivar, despeja la zona. Ketill, Jon cread una cadena con agua. Kart, entra en esa casa quizá haya gente. Yo iré a la otra. —Decía Ragna. — Vosotros, ayudad a Ketill y Jon. Rápido.

—¿Y yo? —Preguntó Gunnar antes de que echara a correr.

—Tú... —Titubeó unos instantes antes de hablar. —Impide que el fuego alcance las casas de al lado, dos casas más para allá está la bodega y si el fuego llega allí... por no hablar de ésta, se almacena la manteca...

—Ve tú, yo entraré en las chozas.

—No. Es mi gente, iré yo. —Contestó ella antes de salir corriendo y gritarle. —Impide que se propague. ¡Vosotros seis, iros con Gunnar! ¡Ahora!

—¡Ahora, no, Gunnar! ¡Por los colmillos de Sköll! ¡Ya discutiremos después!

—Estará encantada de hacerlo después. —Le aseguró Ivar antes de darle un buen golpe en el brazo. —Nunca rechaza una buena pelea.

Gunnar no perdió tiempo, junto con Ivar y los seis hombres que Ragna asignó se dedicaron a mojar las casas colindantes al incendio. Durante largo rato creyeron que podrían conseguirlo hasta que una lengua de fuego alcanzó una de las bodegas y se reavivó. Iba a ser un día muy largo.

Ivar no cesaba en la búsqueda de supervivientes. Gunnar se detuvo cuando él y Jon salieron cargando un cuerpo inconsciente. Era tan grande que

apenas podían moverlo.

—¡Tenemos a Onund! —Gritó Jon.

—¡Han encontrado a Onund! —Repetían una y otra vez las gentes del pueblo, que sucias de hollín acarreaban baldes de agua o golpeaban con esfuerzo pieles y mantas sobre las llamas, otros incluso tiraban tierra.

Gunnar, impresionado por su capacidad de reacción, miró a Ivar.

—¿Qué tal si te cuento luego? —Bromeó Ivar. —Sigamos mojando esas casas.

El peligro despejó a la mayoría, luchaban hombro con hombro contra el fuego sin importarles el cansancio o su estatus.

Ivar vio entrar a los guerreros de Gunnar como una exhalación. Al ver al clan Gerhardsen, Gunnar suspiró con satisfacción.

Ivar sabía que necesitaban toda la ayuda posible.

CAPITULO 18

Fue de las primeras en ver entrar a la compañía. Ragna, se asustó, no resistirían un asedio en aquellas condiciones. La mitad seguía inconsciente a consecuencia de la noche anterior, los que se mantenían en pie luchaban con ímpetu contra el fuego. Los recién llegados eran imponentes, de grandes músculos y fieros rostros, que observaban con seriedad y desconfianza. Hasta que Gunnar salió a su paso a darles órdenes, no se dio cuenta que eran sus hombres. Con todo lo acontecido ese día se había olvidado que seguían sus pasos. Observó como Gunnar los ponía en movimiento mientras arrastraba a una joven que apenas respiraba. La dejó en manos de las mujeres que se ocupaban de los heridos.

No se permitió volver a distraerse y continuó con su trabajo, por desgracia su mente se negaba a cooperar y tuvo que reconocer que ver a Gunnar en acción era un placer, tanto para su parte guerrera como de mujer. Demostraba tener más ímpetu que su padre. Por como manejaba la situación e impartía órdenes supo que era un gran líder, a pesar de la influencia de Thorvarld.

Cuando la entrada a las casas fue inaccesible, el agotamiento se hizo evidente. Se sintió orgullosa cuando el clan no se rindió y continuó colaborando con ahínco. Poco a poco los borrachos se despertaban uniéndose al bullicio. Incluso Olaf e Ingunn trabajaban para que no se propagara más. Solo un par de invitados seguían quietos sin hacer nada, entre ellos Thorvarld.

El sol brillaba en lo alto cuando por fin, controlaron la situación. Habían ardido hasta los cimientos cinco casas y un par más, estaban afectadas. No debían lamentar pérdidas humanas aunque si contaban con tres personas heridas de gravedad y una docena más que seguían inconscientes. Si era a causa del alcohol o del humo, era algo que aún no se sabía.

Ragna suspiró agotada mientras buscaba a sus padres. Sus ropas estaban chamuscadas por lo que no quería ni imaginar lo que diría Ingunn cuando viera su vestido arruinado. No se veía con fuerzas para enfrentarla.

—¿Estás bien, madre?

—Sí, sí. ¿Y tú? —Preguntó nerviosa Ingunn atendiendo una hemorragia menor.

—Sí, tranquila.

Sonrió a sus amigos cuando se acercaron con una mueca en sus caras, les indicó que estaba bien con un gesto, negándose a reírse de su aspecto, tan parecido al suyo. Miró a Olaf, que a su vez miraba a Gunnar que también se acercaba.

—¿Onund? —Preguntó Olaf.

—Eso parece. Le encontramos cerca de donde se provocó el incendio.

—¿Sigue vivo?

—¿Hemos perdido a alguien?

—No. Hay tres lesionados graves y varios inconscientes... nada más. Eric está fuera de peligro pero no sé cómo le quedará el brazo después de la quemadura que ha sufrido. —La que contestó fue Ingunn que seguía atendiendo a los heridos.

—Bien. —Gruñó Olaf apenado por su amigo.

—¿Quién es Onund? ¿Por qué pensáis que ha sido culpa suya? —Preguntó Gunnar al llegar, su aspecto era tan demacrado y sucio como el suyo.

—Es nuestro herrero. De vez en cuando le da por quemar algo; sobre todo si ha bebido de más. —Contestó Olaf poniéndose ceñudo al ver que Thorvarld se acercaba.

—¿Porque no ha sido castigado todavía? —Preguntó el progenitor de Gunnar con su lenta entonación. —¿Por qué se le permite vivir?

—No sabemos si ha sido él. Hasta ahora los fuegos que ha provocado han sido incendios sin importancia, siempre paga con su trabajo los desperfectos. —Contestó Olaf hoscamente. —No voy a castigar a nadie sin saber si es el causante.

—Si no fuera por mis hombres... —Ragna sonrió cuando Olaf lo interrumpió.

—Que estén aquí solo significa que incumplieron las condiciones de nuestra Loba. Aunque reconozco que su presencia nos ha beneficiado, por eso son bienvenidos, han ignorado los deseos de mi hija. Muchacho, —prosiguió ignorando el entrecejo fruncido de Thorvarld —te debemos mucho. No tenías motivos para ayudarnos pero lo has hecho con presteza y coraje. Siempre serás bien recibido en Rindal.

—Tanto como siempre... —Murmuró Ragna entrecerrando los ojos.

—Me siento honrado por tu agradecimiento y será un placer venir a visitaros. —Contestó Gunnar con una gran sonrisa. —Siempre y cuando la nueva sucesora no tenga nada en contra.

Acababa de ponerla entre la espada y la pared y no podía insultarlo como

le apetecía, menos aún delante de Olaf y Thorvarld. Se moría de ganas de devolverle la pulla.

—No, no tengo nada que decir. —Comentó con dulzura antes de que una perversa sonrisa le atravesara la cara. —Aunque tranquilo, me ocuparé de que no recibas ningún tipo de invitación..

—¡Ragna! —Gritó Ingunn contrita, que intentó reñirla antes de que Gunnar estallara en risas.

—No esperaba otra cosa, señora. —Le dijo. Entonces hizo algo que la desconcertó e impresionó a partes iguales —Con ese vestido estabas hermosa, lástima que lo destrozaras de esa manera. —Para humillación suya tuvo el descaro de guiñarle un ojo.

Gruñó al recordar la amenaza que le había hecho en el río, por lo que no le gustó la mirada inquisitiva que su padre le dedicó, mucho menos aún el rostro enrojecido de su madre.

—Anda con ojo, guerrero. O mi señor... quiero decir, mis padres, pensarán lo peor y tendrás que atenerte a las consecuencias.

—¿O qué? —Gunnar, con una sonrisita picara, repetía las mismas palabras que ella dijo en el bosque.

—O nada. Lo único que pasaría sería que pediría tu cabeza.

—Ay, yo que pensé que pedirías mi corazón. —Murmuró disfrutando de su incomodidad y enfado.

—Solo lo pediría si me lo trajeran sangrando y tembloroso...

—Si no te conociera pensarías que intentas intimidarme. —Le contestó él sonriendo con malicia.

—Eso intentaba. Eres tan torpe que ni siquiera te das cuenta. —Contestó Ragna con los ojos brillantes. —Además, tienes a una linda y suave mujercita esperándote, ¿qué va a pensar la pobre?

—¿A quién habrá salido esta mocosa deslenguada? —Intervino Olaf.

—A ti, esposo. —Respondió Ingunn con dignidad.

—¡No! ¡Es peor! —La voz de sus compañeros retumbó, incluso Gunnar se unió antes de estallar ruidosas carcajadas.

—Eso es cierto. —Intrigado por la sonrisa de su hija Olaf le preguntó. —¿Que es lo que te hace gracia?

—Que consideren que tengo peor carácter que tú es un gran halago; ahora solo falta superar tú reputación. —Olvidó su enfado. —¡Por ahora me conformo con eso!

—Vamos que... —Empezó a decir Gunnar.

—Si sigues buscándome las cosquillas soy capaz de casarme contigo solo para amargarte la vida. —Sonreía con maldad al decirlo, provocando risas socarronas entre sus gentes y dejando pensativo a Thorvarld. —No te hagas ilusiones, Gunnar, soy dura de pelar y te destrozaría la existencia por pura diversión.

—¡Uffff, como si quisiera casarme contigo! ¿Con ese carácter y esa lengua? Demasiado terca para mí... —Contestó él con una ceja enarcada. —aunque si prometes ser más suave, no se me ocurre nada mejor para combatir el aburrimiento y el frío invierno.

—Ya te hartarás de verme cuando vayamos por Kraka, no tendrás tiempo de aburrirte. Atiende a tus hombres, aunque no tienen tu aspecto frágil y delicado seguro que necesitan un descanso y que les pongas al día. Creo que pensaban que quería asesinaros. Tenían razón, lo he tenido en mente la mitad del tiempo desde que os conocí. Ahora tengo mejores cosas que hacer que aguantarte. Onund se está despertando. Voy a averiguar quién ha sido el causante de este fuego.

—Lástima, lástima grande. —Murmuró muy alto para que lo escuchara.

—Sí, lástima grande. No sabes lo que te pierdes. —Contestó echando a andar con Ivar en dirección a Onund.

Las risas de Olaf y Gunnar la acompañaron en su camino. Decidió desentenderse de ese patán. Ignoró la mirada pensativa de su madre, la sonrisa satisfecha de Olaf y la avaricia de los ojos de Thorvarld. No, se negó a darle importancia a nada de eso por muy consciente que fuera. Su atención se distrajo cuando vio al mismo hombre rubio de ojos azules y fríos que la observó en bosque. Sabía con la certeza de que la vigilaba. Le era muy familiar. Ivar captó enseguida su mirada.

—¿Qué pasa?

—Ese hombre. Lleva días vigilándome, lo he visto varias veces, demasiadas para ser coincidencia. Sé que lo conozco, aunque no recuerde de qué.

—Lo conoces, es Kodran, el hijo de Hallbera... —Contestó Ivar con suavidad.

—Maldita sea. —Rugió con odio.

Cuando se giró hacia él ya había desaparecido. Justo donde estaba Kodran, encontraron una antorcha con marcas en el suelo que con toda probabilidad era la causante del incendio.

—¡Por los colmillos sangrantes de Sköll! —Murmuró Ragna.

CAPITULO 19

La muchacha lloraba desconsolada contra la espalda de su hermano. Ivar también lo culpaba de este nuevo incendio, solo los dioses sabían porque prendía fuego a las cosas cuando se emborrachaba. Era algo de conocimiento público y la noche anterior había bebido hasta hartarse. Ivar se acercó dejando a Ragna sola mientras ésta seguía maldiciendo a los antiguos dioses, uno por uno, tras ver a Kodran e imaginar cualquier tipo de traición.

—¿Por qué lloras? —Preguntó Onund con voz pastosa. Geirhildr lo ayudó a sentarse con suavidad.

—Otro incendio, hermano. El peor.

—¿Qué? —Lo vio encogerse. —¿Alguien a...?

—No, no. —Se apresuró a negar Geirhildr. —Solo hay heridos y casas quemadas.

No pudo recriminar que gimiera al oír su respuesta, era estupendo que nadie pereciera, que se quemaran varios hogares afectaría a varias familias. Por suerte acaban de entrar en la primavera y tenían varias lunas para repararlo antes de que la noche y el frío se apoderaran del poblado.

Le vio humedecerle los labios reseco mientras Olaf impartía órdenes junto a un Eric malherido. Ingunn ayudaba a los heridos lo mejor que podía, jamás intercedía. Eso dependía de la Loba Blanca. Geirhildr detestaba ese apodo, pues seguía culpándola por eclipsar a Olaf y dejar a su hermano en ridículo, a pesar de que él disfrutara mucho más de su trabajo de herrero que de su intento de guerrero años atrás. De no ser por Ragna, posiblemente ella seguiría trabajando bajo el mando de Hallbera, hasta convertirse en un ser tan amargado como la tabernera. Para Ivar era evidente que se sentía dividida en lo que respectaba a Ragna.

—¿Recuerdas algo de anoche?

—No demasiado...

—Haz memoria, por favor. Esta vez casi muere gente... —Presionó a su hermano.

—Recuerdo beber hasta emborracharme. Lo último que...

—¿Si? —Era cuestión de tiempo que Ragna llegara.

—Me meaba. Recuerdo arrastrarme agarrándome a las cosas para ir hasta el bosque...

—¿Qué más?

—Ya te lo he dicho... nada más.

—¿Llegaste al bosque? —Volvió a preguntarle.

—Por el estado de sus pantalones diría que no. —Ragna apareció seguida de Ketill.

Geirhildr dio un brinco al oírla. Atenta a su expresión.

—¿Qué quieres decir?

—La mancha y el olor de sus pantalones indican que se orinó encima. Debió desmayarse antes de llegar. —Contestó Ragna observando el estado de Onund. —¿Qué recuerdas?

—Nada. Que iba al bosque, nada más. —Onund hablaba con la lengua torpe, incapaz de acabar de fijar la mirada en el rostro de Ragna.

—Igual pudo ser él. Si no recuerda... —comentó Ivar.

—¡No! —Gritó Geirhildr furiosa. —¡No fue él! ¡Estaba demasiado borracho! Intenté despertarlo para llevarlo a casa y no fui capaz.

—Pudo hacerlo una vez te fuiste, Geirhildr. —Contestó Ivar fascinado por su reacción.

—¡Os digo que es imposible!

—Es cierto Ragna, no pudo ser él. Pude verla arrojándole un cuerno entero de cerveza para que se despertara y Onund ni se movió. —Ketill habló sonriendo a Geirhildr, sonrojándose al quedar su travesura al descubierto. —Solo los dioses saben que sucedió en realidad.

—No fue él, Ketill. —Contraatacó ella.

—Vamos, Geirhildr, deja de protegerlo. No deberías arrebatarse la hombría defendiéndole de esa manera. —Respondió Ketill inmune a sus gritos.

—Veo que sigues burlándote por lo que pasó cuando erais pequeños. ¡No todos estáis hechos para empuñar una espada! ¡A ver cuando maduras! Quién me dice a mí que no has sido tú el que ha provocado el incendio para inculpar a Onund, ¿eh?

—¿Acaso es culpa mía que no supiera...?

—Ya basta. —Onund ignoró las miradas. —No discutáis por lo que pasó cuando éramos unos críos. Eso ya pasó. Soy mejor herrero que guerrero. No recuerdo nada, por lo que puede ser culpa mía. Aceptaré el castigo que se me imponga.

—¡No has sido tú! No me cansaré de repetirlo.

—A Olaf le agrada saber que estás preparado a...

—No sabemos si ha sido él...

—Basta. —La voz de Ragna se elevó sobre las demás interrumpiendo la disputa que estaba a punto de empezar. —Me gusta saber que estás dispuesto a recibir un castigo justo si eres el causante. Eso dice mucho de ti, Onund. No creo haya sido tu mano quién lo provocara. Investigaré lo que ha pasado y cuando encuentre al responsable...

La dura mirada del herrero detuvo la contestación de Geirhildr. Era la primera vez que Ivar la miraba de aquella manera. Sonrió al ver como imitaba el gesto de Onund y asentía aceptando la respuesta de Ragna. Con lo terca que era, esa recapitulación sería dolorosa.

Atendió solícitamente a su hermano ocultando su enfado. Sin embargo, el brillo de sus ojos decía otra cosa, estaba herida, su actitud le dolía.

Fuera Onund o no el responsable de la catástrofe, Geirhildr intrigaba a Ivar. Era trabajadora y voluntariosa, solo su mal carácter impedía que uno se fijara en sus curvas firmes o lo bonita que era bajo esa fachada insolente.

Una hembra digna de ser tomada en cuenta.

CAPITULO 20

Desmontó su caballo antes de entrar en las caballerizas. Ragna galopó sin descanso hasta agotarlo, no estaba de humor para que diera muestras de su habitual mal carácter. El sol calentaba el ambiente borrando los estragos causados por el invierno, durante el paseo el canto de los pájaros llenaba de vida el ambiente, la dulce fragancia de las flores del bosque encubría el olor a madera carbonizada que impregnaba el poblado. Las pequeñas hadas primaverales revoloteaban por los árboles colindantes, ayudando a las plantas a recibir el sol veraniego. Con tristeza confirmó lo que Ingunn decía, cada año se veían menos. Ellas quizá no regresarían pero el pueblo que consideraba su hogar, recuperaría su aroma en un par de lunas como mucho.

Entró en los establos silbando, con el ánimo levantado por el vigoroso paseo pese el incidente con un criado que pretendía secuestrarla para su señor. Le apetecía consentir un rato a su animal, ya que no lo hacía con frecuencia estando encerrada en el maldito drakkar. Malcriar a Orri, su caballo islandés de brillante pelo color tierra y crin dorada, era uno de sus pequeños placeres. Un regalo de Olaf de hacía mucho tiempo.

Lo remojó con suavidad antes de cepillarlo con energía. Ella tataraba una alegre canción, Orri pastaba el heno; estaba tan concentrada que no escuchó al jinete que se acercaba por el camino.

Se sentía tan segura entre su gente ahora que Olaf estaba de vuelta, que se relajó por completo. El único aviso que tuvo fue el relincho de Orri, que empezó a patear. Con reticencia tuvo que admitir que solo una persona conseguía que sus manos empezaran a brillar con suavidad incluso sin verlo. Gunnar era el intruso que volvía de su paseo.

No entendía porque su lobo protector insistía en salir o avisarla cuando él estaba cerca si no estaba en verdadero peligro. Los sacrificios y el esfuerzo para controlarlo tenían su recompensa.

No reprimió su mueca arisca, recordaba demasiado bien las expresiones de sus padres al verlos discutir, parecían encantados. No estaba dispuesta a que ese impertinente le complicara la existencia. Se recriminaba el bajar tanto la guardia al descubrir que Gunnar poseía una faceta tan gamberra. Una estupidez que no podía permitirse si quería ser mejor que su enemigo. Una lección demasiado importante para olvidarla con tanta rapidez por más

agotador que fuera estar siempre en tensión.

Admiró la rapidez con la que Gunnar ocultó su sorpresa para mirarla con indiferencia, casi con desprecio. Le agradó ver que no era de esos señores que dejan su animal a cargo de otros. Fue él mismo quién retiró las mantas que servían de montura, antes de acercarse a su semental al abrevadero para que se refrescara. Por su aspecto su paseo tampoco fue demasiado relajado.

—Ahí tienes paños si quieres cepillarlos. —Le dijo sin interrumpir su trabajo.

Gunnar no le contestó, tan solo escuchó sus pasos. Se negaba a mirarlo. Tanto él como su caballo estaban acostumbrados a la tarea, el semental cabeceaba en respuesta a los relinchos de Orri sin prestar atención a su dueño. Gunnar trabajaba con la energía y la precisión de alguien acostumbrado a esa labor, algo que le extrañaba. Ninguno habló por largo rato, disfrutando de la compañía y el trabajo.

—En un par de días partiremos, ¿estarás preparado. —Dijo. —La última pista que tengo de Kraka está en el este.

—Bien. —Asintió él. —¿Hace mucho que lo buscas?

—Sí. Casi diez inviernos. Desde que supe quién era y que asesinó a... esas chicas. Una vez formada como guerrera, quería esperar un poco para encontrar a alguien para Ingunn, con lo de anoche, ya no puede ser.

—Sigo pensando que no es tarea tuya... y no vuelvas a enfurecerte, es lo que pienso. —Le lanzó una mirada iracunda. —Aunque después de lo que me has contado yo también querría sacarle el corazón a ese desgraciado.

—Prometí que vengaría a las chiquillas con las que compartí la cabaña. He jurado desagrar a sus víctimas, en especial a una. —Creyó hablar de más, aunque se tranquilizó al recordar que él no era de la zona y que desconocía su historia casi por completo.

—¿El honor es muy importante para ti, verdad? —No pudo ofenderse por la pregunta que hecha en un tono tan suave, que casi sonaba a confidencia.

—Lo es todo. Es lo único que es mío por derecho propio. —Contestó Ragna con franqueza. —Cuando llegué aquí era una esclava que no recordaba su pasado, tan sólo mi nombre. Por algún motivo impresioné a Olaf lo suficiente para que me rescatara y decidiera educarme.

—¿Cómo le impresionaste? —La pregunta le hizo sonreír mientras seguían con su labor.

—Me las apañaba para colarme en los entrenamientos entre tarea y tarea. Una vez incluso me atreví a interrumpirlos y a enseñar a Onund como debía

protegerse a pesar de que el día anterior Olaf me echó.

—¿Aún siendo esclava?

—Sí. Llevaba muy pocas lunas en Rindal, por lo que me olvidé de lo que me podía pasar si me pillaban con un arma en la mano. —Empezó a reír entre dientes, inspirando el aroma de los animales, un olor tan familiar y querido desde su niñez.

—Podrían haberte dado una paliza de muerte. —Gunnar interrumpió su trabajo para mirarla.

—Lo sé, ahora soy consciente. Entonces solo pensé en que Onund era un inútil que no sabía ni defenderse. Era incapaz de realizar un movimiento simple, me exasperé y no pensé en las consecuencias, era muy impulsiva.

—¿Qué pasó? —Preguntó intrigado, pasando por alto que aún no controlaba su fogosidad.

—¿Aparte de que Olaf me gritó como un loco? Nada. Al principio pensaba que admiraba a los chicos, cuando vio que no era eso volvió a gritarme. Luego descubrió que me vendieron. Supo de la existencia Kraka, del que hasta entonces no sabía nada, fue en busca de nosotras. Secuestró a Stsao para diversión de sus hombres durante el camino de vuelta. El resto, ya lo sabes. Olaf me educó como a un guerrero, me habló de orgullo, de honor. Es lo único que tengo. Puede que ahora me haya reconocido como hija pero aun pueden pasar muchas cosas. Por eso para mí, es lo más importante. Me ha alejado de ese bastardo durante años, me ha protegido, a veces dejando de lado su propio orgullo, su seguridad y la del clan. Cree que no se que lo hace a propósito.

—Tuviste suerte, otro señor... —Gunnar se interrumpió. —Tienes razón, el honor es lo único que te queda. Te lo has ganado poco a poco. —Era obvio que pensaba en su propio padre.

—No descansaré hasta que mi promesa se haya cumplido. He trabajado muy duro para llegar donde estoy, nada va a detenerme. Las muertas no me lo permiten.

—No insistiré más. Prometí ir y eso haré.

—¿Juras no protestar? —Preguntó fingiendo sorpresa.

—No, no puedo prometer eso. —Su tono indicaba que estaba picado y no pudo evitar increparlo un poco más.

—Pues vaya, menudo viaje me espera...

—Tengamos la fiesta en paz, ¿eh? —Se echó a reír hasta que Gunnar amenazó con quitarse la túnica, una intimidación que resultó ser muy efectiva.

Durante unos largos minutos estuvieron en tensión, volviendo al cuidado de sus animales, que pronto estuvieron lustrosos. Suspiró al finalizar, al oírla Gunnar decidió romper el mutis.

—¿Eres hechicera? ¿Sabes algún hechizo más aparte de tu lobo?

—No. Lo cierto, es que no se usar la magia. Soy capaz de detectarla, de oler a distancia otras razas y de proyectar a mi lobo, nada más. Al principio, no podía controlarlo. La primera vez que supe que tenía ese don, fue en la cabaña, cuando Kraka casi acaba con Olaf.

—¿Sigues sin recordar tu pasado?

—A duras penas. —Respondió evasiva.

—Tienes una buena vida. Unos padres que te apoyan y unos amigos leales. Quitando tu mal carácter y lengua viperina, tienes lo que muchos desearían.

—¿Lengua viperina? ¿Yo? —Fingió desconcierto. —Fue a hablar el que decide demostrar que tiene humor justo delante de...

—Oye, te estás...

Las palmas de Ragna empezaron a brillar con fuerza. Ragna tuvo que concentrarse cuando sintió al lobo removerse en su interior. El esfuerzo le perló de sudor la frente. Con sosiego controló a su animal interior hasta que éste se calmó.

Gunnar miraba de un lado a otro, esperando un ataque sin perderla de vista. El idiota parecía dispuesto a protegerla.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Al igual que Ivar, Gunnar estaba atento a sus cambios de humor —Todo. Que Olaf me nombrara sucesora ha cambiado mis planes.

—¿Resplandeces porque estás en peligro? —Gunnar preguntó con calma.

—Si. —Era una mentira a medias. —Ser la heredera del clan Durs me pone en peligro. Por eso escogí a Eric. Moriré antes que rendirme a cualquier sabandija o puede que no sobreviva a Kraka. Dejar el clan a uno de los gemelos, no es la mejor opción. Sea como sea, me temo que resplandeceré durante un tiempo.

—Después de lo visto... estoy de acuerdo. —Murmuró Gunnar acariciando a su caballo, lo llevó al cercado para que pastara y se giró para mirarla. —Aunque Ivar sería la opción lógica, ya que es tu segundo, ¿no?

—No lo aceptaría. —Acercó a Orri al abrevadero. —Es mi segundo solo porque le gusta estar a mi mando, ser mi conciencia y mi mano derecha. No quiere más obligaciones que las que tiene, ya me costó lo mío convencerlo

para que me siguiera como para decirle que lo nombro mi sucesor. Nuestro Ivar no tiene nada que ver con su antepasado Ivar el Deshuesado y su ansia de poder.

—Quién lo diría, por su temple nadie adivinaría que proviene del linaje de Ragnar Calzas Peludas. — Comentó impresionado. —Estoy pensando que si tu desapareces, si Eric no nombra un sucesor y le pasa algo... él sigue siendo tu segundo, por lo que el cargo recaería en él. Si luego sale o no alguien que lo rebata es otro tema. —Murmuró él apoyando los brazos en la cerca pendiente de las suaves caricias que prodigaba a su caballo.

—Lo sé. —Sonrió entrando en el cercado. —Espero que nunca se de cuenta o lo perderé.

Ignoró su ceño fruncido esperando a estallara en carcajadas. Empezaba a predecir cuando su humor se abría paso sobre su altanería.

—¡Eres tremenda! Te quejas de los gemelos y...

—Uf, no me quejo. Sé que soy peor. —Contestó con una mueca traviesa. —Ya se ocupan de recordármelo cada día.

—Mira la parte positiva. Si sigues brillando podrás iluminarnos el camino por las noches. —Bromeó Gunnar.

—Seré un blanco fácil.

—¿Teniendo a Jon y sus flechas cerca? Lo dudo. Dudo que los gemelos permitan que nada ni nadie se te acerque. Ivar desde luego no me quita la vista de encima...

Continuaron hablando con la vista fija en sus bestias, eran imponentes y dominantes respecto a los demás, aunque mantenían las distancias entre sí. Eran hermosos, inteligentes y muy territoriales. Grandes animales de guerra muy parecidos a sus respectivos señores.

—¿Estás preparada para irte una larga temporada lejos de los Durs? —El tono neutro de la pregunta le provocó escalofríos. Era un tema en el que se negaba a pensar demasiado.

—Es algo que debo hacer, quiera o no. Ahora que se que Ingunn no dejara que el viejo se le suba a las barbas, porque no sabrá cómo tratarla y procurará no enfadarla, ya no seré el cebo. Sé que estarán bien, además Eric los cuidará. Están prevenidos, no los cogerán por sorpresa otra vez. Si acabo con Kraka, su maldición se romperá. Puede que Ingunn aún consiga concebir...

—¿Me estás diciendo que crees que volverán a ir contra Olaf?

—Estoy segura.

—¿Por qué?

—Porque el que haya sido se ha tomado demasiadas molestias para secuestrar a Olaf y quitarme a mí del medio como para dejarlo así.

—Eso fue cosa de Finnbogí... —Contestó el hombre.

—No. —Se preguntó hasta donde podía contarle. —Estando moribundo nos dijo que estaba advertido, que no me subestimara. Alguien le metió la idea en su cabezota. Lo conocí años atrás, era incapaz de tramar algo tan complejo, era de los que llegaban y arrasaban cuando quería algo. Secuestrar a Olaf, esperar mi llegada para humillarlo es demasiado sutil. Pretendían destruir nuestra reputación y entregarnos a otra persona

—Entiendo. ¿Quién crees que puede ser? —Gunnar estaba concentrado en lo que acababa de contarle. —¿Sabes de algún enemigo capaz de eso?

—Los que tenemos vienen de frente, conocen a Olaf, se sabe que arrasaría con sus poblados. El único que veo capaz de algo así es Kraka. Olaf no le ha dado cuartel, ha ido atacando sus territorios sistemáticamente impidiéndole expandirse. Piensa que no me di cuenta de que ha evitado cualquier acercamiento por cualquiera de sus flancos. —Añadió casi para sí misma.

—¿Por qué Kraka está obsesionado contigo? Entiendo que Olaf puede representar un peligro pero tú no, no eras ni su hija ni su sucesora hasta ahora. Lo que no entiendo es porque Durs no ha dado por zanjado esta situación y ha terminado con ese maníaco. No estoy muy seguro sobre su relación con el Nigromante.

—Romper la maldición que nos lanzó costó la fertilidad de Ingunn. Incluso siendo la última Hija de Máni, el pago fue terrible. Es muy posible, que muera si otra mano que no sea la mía acabe con Kraka. Su vida es demasiado valiosa para nosotros.

—¿Por las barbas de Odín! Eso lo complica. —Gruñó Gunnar. —No entiendo entonces porque no han acabado con los Durs al completo.

—¿Quizá porque Elkcatcher no sepa de nosotros? —Ironizó ella.

—Es posible. No crees que Kraka vaya solo a por tu padre, ¿verdad? Hay algo más.

—No. Ha pasado demasiado tiempo para que vaya tras Olaf. Esto tiene que ver conmigo. Es a mí a quien quiere. —Susurró. —Tiene que ver con lo que no recuerdo. El que lo fraguó, conoce nuestras idas y venidas.

—¿Más traidores? —Inquirió Gunnar.

—¿Porque preguntas tanto?

—Si tengo que jugarme el pellejo me gusta estar informado de quién y de

qué es capaz mi enemigo. ¿Tanto impresionaste a Kraka?

—Dudo que se tomara mis palabras en serio, desprecia demasiado a las mujeres. Si fuera obra suya, desaparecería una noche sin dejar rastro o como mucho encontrarían mi cadáver. Pretende algo de mí y me necesita con vida.

—Puede que te equivoques en eso, y si...

—No, nuestra gente es incapaz de eso.

—¿Y el fuego? ¿Ese Onund no...?

—Esta vez no fue él. Estaba demasiado bebido... Tengo sospechas de otra persona pero no te diré quién es hasta que no lo confirme. —Viendo su gesto obstinado intentó zanjear el tema. —No tengo pruebas. No quiero que luego caigan dudas sobre él si resulta ser inocente.

Era evidente que se moría de ganas de discutirle pero se refrenaba, ¿tendría que ver con Thorvarld y su expresión malhumorada? Al cruzarse con él para entrar al establo su mirada estaba cargada de odio y lascivia.

—Si tú lo dices, los conoces mejor que yo, así que por ahora no insistiré. Antes de irnos tendremos una larga charla sobre ese Kraka. Aún tengo que asimilar de quién desciende Ivar y que tu madre es una Hija de Máni.

—Es justo. Tengo que irme. No puedo presentarme así delante de Ingunn. —Eché a andar. —Te veo tristón. Si te pones guapo te presento un par de hembras bien dispuestas, de esas que tanto te gustan. Quizá consigan levantarte algo más que la moral...

—Eldhúsfífl.

Reía entre dientes por el insulto al cruzar las caballerizas. Sus contradicciones resultaban divertidas cuando no la provocaba más de la cuenta. Saludó al guardia más cercano y continuó con su camino preguntándose como llegar hasta la gran casa para cambiarse sin que Ingunn se enterara ni de su presencia ni de su estado.

Los aldeanos seguían con sus quehaceres habituales, en beneficio de los invitados. Otros, escogidos por Olaf por su destreza y habilidad, quitaban los escombros para empezar a reconstruir las cabañas afectadas. Los heridos, visitados a diario por Ingunn, estaban a cargo de sus familiares hasta que se recuperan. Eric fue trasladado a la gran casa, Ingunn no le había dejado otra opción insistiendo que allí recibiría las mejores curas, sin escuchar sus quejas. Si quería recuperar la movilidad del brazo, solo ella tenía la habilidad y los conocimientos necesarios.

Ragna conocía los motivos que la motivaban a no escuchar sus ruegos. Se había quemado un brazo y parte de la espalda por lo que necesitaría ayuda

durante unas cuantas lunas antes de poder moverse. El enfado de Kart aseguraba que no la recibiría de su parte y en su estado no era recomendable volvieran a enfrentarse.

Un cosquilleo en la nuca la puso sobre aviso, nunca era buena idea desoír su instinto, no tuvo que mirarse las manos para saber que resplandecerían. En esta ocasión no era obra de Gunnar, la sensación era distinta.

Con suavidad colocó la mano sobre su daga, arrepintiéndose de obedecer a Ingunn y no llevar su espada llevando vestido, solo un maldito puñal. No volvería a ir desarmada. La sensación aumentó hasta hacerla sentir incomoda. No imaginaba quién podía perseguirla, quién fuera se movía con sigilo, todavía no tenía ningún indicio de donde se ocultaba. El sonido de los habitantes al hacer sus tareas le dificultaba posicionarse a su atacante, mientras continuaba caminando, con fingida inocencia. El leve crujido de una hoja le llegó desde su derecha un instante antes de que alguien muy pesado la derribara sin contemplaciones. Se sintió aplastada y sin aliento. Su atacante sabía cómo acabar con su resistencia antes de que empezara siquiera.

Al verse privada de respiración entró en pánico. Se acordó de volver a respirar cuando los pulmones empezaron a arder, recordándole que aún estaba viva, que mientras lo estuviera su deber era luchar. Ya no era la niña que fue raptada por Stymir Kraka. No podía permitirse que el miedo la dominara y convertirse en víctima de nuevo. Desenfundó su daga de la vaina con torpeza. Su atacante la sujetó con más fuerza al notar que no se rendía, pretendía asfixiarla hasta dejarla inconsciente o darle muerte. Le clavó con fuerza su puñal en el costado, antes de desmayarse a causa de la falta de aire. Por suerte, su golpe provocó que el hombre se retirara dolorido. El muy lerdo no esperaba que opusiera mucha resistencia o le atacara. Su atacante se separó, Ragna recuperó su arma por precaución antes de mirarle a la cara.

—Gerhardsen... —Pronunció su nombre con incredulidad. El padre de Gunnar la miraba con verdadero resentimiento mientras detenía con la mano la sangre que manaba de su costado.

—¿Cómo te atreves a herirme?

Se negó a contestar, concentrada en recuperar el aliento, se levantó sin perderlo de vista. Si la había atacado una vez por la espalda no dudaría en hacerlo una segunda. Consciente que los aldeanos empezaban a rodearlos modificó su expresión, relajó la postura aunque seguía sujetando su daga, concentrándose en no dejarse llevar por la rabia. Tenía ganas de matarlo aunque eso provocara una guerra.

Imposible. Quizá Olaf la apoyara pero sabía que no estaba en condiciones de enfrentarla si quería enfrentarse a Kraka.

—¡Maldita zorra, contéstame! —Le gritó. —¿Como osas tocarme?

—Solo me he defendido, tú atacaste primero. —Fingió una indiferencia que no sentía.

—Pediré tu piel por esto... —Thorvarld lanzó la amenaza con odio dando un paso adelante.

—Puedes intentarlo. —Necesitó de su fuerza de voluntad para fingir indiferencia. Cada parte de su ser pugnaba por atacar y destrozarlo.

—Voy a acabar contigo, esclava insolente. —Cayó en cuenta que cuando se enfurecía hablaba y pensaba más rápido. Si el odio no latiera con cada palpito de su corazón se hubiera reído de su descubrimiento.

—La que va a acabar contigo soy yo. —Le contestó. —Quizá de niña fuera esclava durante un tiempo. No olvides que ya no lo soy. Se me concedió la libertad, se me entrenó como Skjaldmö.

—¿Qué más me da? Quiero tu pellejo. Serás mía. Una esclava siempre será una esclava. —Dijo cada vez más furioso.

—¿Olvidas que Olaf me ha reconocido como hija y como sucesora? ¿De verdad crees que me va a entregar a un traidor que ataca por la espalda insultando su hospitalidad en lugar de retarme a un duelo abierto? —Se mofó para inflamar su ira.

Se obligaba a controlar su propio genio para no abrirle la garganta de un solo golpe. El lobo se removía inquieto en su interior.

—Durs hará lo que tiene que hacer y te entregará a mí. Cuando lo haga recibirás tú merecido, perra.

—Permíteme dudarle, no soy yo quién juega sucio. —Le contestó, relajando más su postura. Saboreando como su gente se enardecía con cada palabra de Thorvarld.

—Puede que eso sea cierto pero no tienes modo de demostrarlo.

—O sí, lo tengo. Mi pueblo me conoce lo suficiente para saber que siempre ataco de frente. Tu reputación no es esa... —Contestó apoyando la mano izquierda en su cintura, en una actitud tan despistada que Thorvarld no quiso desaprovechar.

—¡Acabará contigo! ¡Le enseñaré a esos sucios aldeanos quien manda! —Se lanzó con intención de derribarla.

Ni por un instante pensó que eso era lo que ella pretendía. Se dejó golpear la mandíbula, tenía que ser atacada primero y aunque el dolor la

aturdió no se permitió desfallecer, contraatacó con fuerza. Si el muy estúpido volvía infravalorarla era culpa suya. Le propinó un rodillazo en la entrepierna que le hizo caer al suelo con un quejido.

Una discreta multitud los envolvía a medida que discutían, oyendo las palabras acaloradas de Thorvarld y su actitud relajada. Los aldeanos e incluso alguno de los huéspedes, miraban con desprecio a Thorvarld. Una cosa era atacarla, otra hacerlo por la espalda dentro del poblado, con eso, insultaba a ambos clanes.

Se frotó la barbilla sin dejar de observar a Thorvarld, que yacía en el suelo gimoteando, sujetándose los genitales. No sentía ni un mínimo de compasión por él aunque nada de su expresión podía delatarla todavía.

—No tendrías que haberme atacado. —Le dijo. —Me has obligado a defenderme... —Sentía ganas de reír de orgullo por sus dotes para la interpretación.

—Perra. —La voz de Thorvarld era ronca y cargada de dolor. —Me las pagarás. Me las pagará tu pueblo, acabaré con ese maldito Olaf y luego...

Dejó de fingir indiferencia para patearlo con saña liberando parte de su propio enfado. Solo se detuvo cuando Ivar apareció entre la multitud y la llamó por su nombre. Liberó a su lobo interior dejando que lo amenazara con las fauces abiertas.

—Escúchame bien, Gerhardsen, por respeto a la hospitalidad de mi señor no te mato ahora mismo como mereces. No vuelvas a cruzarte en mi camino. No te atrevas a maltratar a las gentes de Rindal o a conspirar contra nosotros porque yo misma me encargaré de ti. —Le marcó con su cuchillo la runa de Thor a la inversa en su brazo, el símbolo de Loki, locura y traición. —Mientras seas huésped de mi señor mostrarás el respeto que le debes. Vuelve a intentarlo y me recrearé con tu muerte.

Su lobo, erizado y amenazante, dio un círculo alrededor antes de clavar sus fauces sobre la runa marcada. En lugar de hincarle los dientes, cauterizó la marca, hasta convertirla en un símbolo imborrable. El animal aulló antes de correr hacia Ragna para desaparecer.

Ragna se alejó con dignidad escuchando como menospreciaban y abucheaban a Thorvarld. El detalle de dejarse golpear primero le dejaría un buen morado que Ingunn insistiría en eliminar con sus ungüentos. La estupidez del hombre no haría más que aumentar la ira de Olaf.

Cuando Ivar se situó a su lado continuaron en silencio, conscientes de las miradas y especulaciones que corrían entre la multitud. Teniendo en cuenta que

la interpretación había salido a la perfección, no debía estropear la escena. Le ardían las manos por las ganas de liberar al lobo para que eliminara a esa escoria.

Dentro del gentío estaba Gunnar. Odio, decepción y repulsión brillaban en sus ojos. Por un breve instante pensó que iba dirigido a ella. Un atisbo de disculpa, incluso pena, apareció entonces en su mirada y supo que no había sido partícipe de la jugarreta de su padre. Siendo tan orgulloso no debía ser fácil tener que aceptar la treta de Thorvarld. Lanzó un último vistazo a su progenitor que discutía a gritos con varios campesinos. La cara de Gunnar era de absoluta desdicha, sin decir nada desapareció entre la multitud para alejarse del griterío. Olaf escogió al Gerhardsen correcto para enfrentarse a enemigo.

La postura de Gunnar removió sus recuerdos, apareciendo el guerrero con el que soñaba desde que perdió la memoria. Su *verdadero* padre. *Maldición, no. Ahora no.* Se negó a pensar en eso, su padre era Olaf, no Haard... Apuró el paso, en cuanto dijera su nombre, sería real.

Era Ragna, la Loba Blanca, hija adoptiva de Olaf Durs.

Nada más.

CAPITULO 21

Sentía como la cólera bullía en su interior al acercarse a la gran casa. Ragna sabía que ese tipo de pensamientos podían quedarse donde estaban, bien ocultos en su interior o terminarían por volverla loca. Olaf estaba equivocado, no era la hija de ningún Jarl. Imposible. Según el asesino era la protectora de un objeto mágico. Eso ya era lo bastante malo, como para aceptar ser otra persona con más cargas. Para colmo desde que diera la noticia de ser la sucesora, varios hombres intentaban seducirla o someterla por la fuerza para hacerse con Rindal; una clara muestra del desprecio que le tenían como guerrera.

Estaba sucia, desaseada, furiosa y por encima de todo, le profesaba cierta compasión a Gunnar a pesar de sus discusiones. Tenía más honor que su padre y no merecía tal ignominia. Él la atacaba siempre de frente.

Ingunn apareció de la nada, deteniendo su retirada, su cara estaba marcada por la preocupación y la abrazó.

—¿Es cierto que te han atacado?

—No te preocupes por eso, no ha sido...

—¿Qué no me preocupe? —Su tono ascendió con rapidez, en otra muestra de los cambios que sufría. —Mírate, ¡estás hecha un desastre! Tienes la ropa sucia, rota y manchada de sangre, un moretón está apareciendo en tu mejilla... ¿Te atreves a decirme que no es nada?

—Nada que no haya solucionado. —Le contestó enojada. —No es la primera vez que me atacan hoy, así que siento no estar lo suficientemente limpia pero no he podido evitarlo.

—¿Qué? ¿Acaso crees que me importa la ropa? Espera. ¿Dices que te han atacado más de una vez hoy? ¿Aquí en *mi* casa? ¡Olaf! Más vale que soluciones esto o... —Se sintió incapaz de enfrentarla, no tenía ánimos para sobrellevar sus cambios, por lo que continuó caminando y dejó a Ivar con las explicaciones.

—Mi señora, escúchame, por favor. A Ragna la han atacado varios de los invitados, es cierto. Hasta ahora han sido inofensivos pero muy molestos. — Ivar entrelazó su brazo al de Ingunn y continuaron la marcha tras sus pasos. — Los muy idiotas piensan que pueden forzarla a un matrimonio para que Olaf se vea obligado a aceptar. Nuestra Loba se ha ocupado de subsanar ese error... el

mismísimo Thorvarld Gerhardsen lucirá siempre el símbolo de la traición por su ofensa, no te quepa duda. Que no te engañe el moretón de tu hija, por lo que he podido ver se ha dejado golpear para ganarse la simpatía del pueblo y que ese traidor quedara en peor lugar.

—Por los malditos cuervos de Odín. —Miraron a Ingunn sorprendidos. Su Husfrejya jamás injuriaba. —No pensé que esto podía pasar y a ninguno de los dos se les ha ocurrido decírmelo. Tengo que hablar con Olaf, hay que cortar esta situación de raíz. ¿Seguro que estás bien?

—Sí. Estoy más herida en mi orgullo que otra cosa, no soporto que me traten como si fuera una inútil. —Contestó con una sonrisa torcida. —Ivar está en lo cierto, me dejé golpear, esperaba que nos vieran. —Omitió el miedo que había sentido, no era algo que Ingunn necesitara saber. —Tenía que atacar el primero para que no me acusara a mí de lo contrario, lo saqué de quicio aposta, no fue difícil. Aunque quería acabar con él en lugar de increparlo.

—Dime, hija. ¿Querías matarlo por atacarte...?

—¡Por deshonar la hospitalidad a Olaf! ¡Me atacó por la espalda. —Respondió sin pensárselo. —Por pensar en someterme para apoderarse del clan. Por... —Pensó en la mirada desolada de Gunnar. —Por creer que vamos a permitir que una sabandija sin honor nos domine.

—Entiendo. —Ingunn calló unos instantes. —Ve a casa, refréscate y cámbiate. Voy a tener una conversación muy seria con Olaf. Ahora mismo.

—Bien. Quiero que Olaf entienda que Gunnar no tuvo nada que ver en el ataque de su padre. Nos encontramos en las caballerizas, se sorprendió al verme, al salir fue cuando Thorvarld me atacó. Lo he visto en la multitud al venir hacia aquí, créeme, la mirada de odio y decepción que tenía no iba dirigida a mí.

—¿Lo defiendes?

—No creo que tenga que pagar por la traición de Thorvarld. Hemos discutido lo suficiente para saber que no es de los que te atacan por la espalda. Viene de frente y te escupe lo que piensa, para después enfrentarse a las consecuencias. —Contestó con ardor.

—Eso es cierto, Ingunn. —Ivar asintió. —Gunnar no es como Thorvarld. A veces hasta parecía molesto por cómo nos trataba, por su lentitud de ideas. Se ha enfrentado con Ragna en varias ocasiones, hasta han desenvainado sus espadas. Ha bromeado con nosotros, se ha reído de sí mismo. Es incapaz de seguir los pasos de su padre, le gusta dar la cara.

El delito de Thorvarld era demasiado grande para dejarlo así, sin

embargo, no podían dejar que Gunnar pagara por sus actos. Ragna sabía que a su madre le costaba creer que lo hubiera ayudado después de verlos discutir.

—Tenéis razón. Será mejor que se lo explique a Olaf antes de que tome represalias. —Le abrazó antes de salir corriendo.

Ivar miraba a su señora con una mueca divertida.

—Si no lo veo no lo creo. Tenías razón, ha cambiado. Antes era tan suave... ahora va en zaga de Olaf a la hora de dar órdenes.

—Lo sé. Supongo que siempre ha tenido carácter pero hasta ahora no ha necesitado sacarlo. El rapto fue muy duro para ella, aún no lo ha superado.

—Eso parece. Creo que voy a ir a ver que hacen los gemelos, que con el humor que tiene Kart estos días es capaz de encararse a Gerhardsen..

Miró a su amigo con el ceño fruncido sin entender su apresurada huida. Lo supo enseguida. A unos pasos se encontraba Harald con los brazos cruzados y con cara de pocos amigos. Seguro que había estado escuchado. Estaba harta de enfrentar a un hombre tras otro como mujer, era más fácil hacerlo como guerrero.

—¿Cuánto tiempo llevas escuchando, Harald? —Le preguntó sin detenerse.

—No sé de qué hablas. —Lo dijo con tal sequedad que era imposible creerle. —Acababa de llegar cuando me enteré del ataque, así que vine a verte, por tu aspecto veo que es cierto...

—Ya, claro. —Si bien no dudaba de sus palabras, pues siempre la cuidaba, sabía que su enfado no se debía al ataque.

—¿No me crees?

—Sabes que no, Harald. —Se detuvo en la puerta de la gran casa, muy cansada. —Dime porque estas enfadado para que acabemos de una vez ¿quieres? No estoy para juegos.

Supo con facilidad la magnitud de su enfado, cada gesto de su cuerpo, lo delataba. Harald nunca sabía cómo expresarse por lo que con frecuencia debía sonsacarlo. Esta vez tendría que encontrar su propia voz, explicarle lo que le pasaba, no estaba de humor para facilitarle las cosas. Puso los brazos en jarras y lo miró ofuscada.

—Si no tienes nada que decirme me voy.

—Sí. No... Quiero decir, sí. Tengo algo que decirte.

—¿Sí? —Lo apremió.

—¿Por qué lo defiendes?

—¿A quién?

—A Gerhardsen.

—No lo he defendido, Harald. —¿Tenía que preguntar justo eso?

—Sí, lo hiciste. Has insistido a Ingunn en que crees en su inocencia.

—Caramba, Harald, para no escuchar nada estás muy bien informado, ¿no? —No pudo evitar el sarcasmo a pesar de la ceja alzada de su amigo. Era la primera vez que empleaba ese tono con él desde que se conocían.

—No tienes porque hablarme así, eres tú la que has querido que preguntara. —Murmuró mirando hacia el suelo, en un gesto tan infantil que le irritó en sobremanera.

—Siempre hablo así. —Contestó.

—No a mí.

—¿Qué es lo que quieres? —Perdió la paciencia.

—¿Por qué lo defiendes? Su padre te ha atacado y aun así lo respaldas.

—Escúchame bien, Harald, no voy a repetirlo otra vez. Gunnar no tiene nada que ver con lo que ha intentado hacer Gerhardsen. Cuando no está de acuerdo conmigo, me lo dice a la cara. No es de los que atacan a traición por lo que no voy a dejar que lo inculpen. No sería justo que pagara por la traición de su padre.

—Lo defiendes a pesar de insinuarse delante de... —Empezó a decir en tono quejumbroso.

—Dile a tu tío que no invente. Gunnar me soporta tan poco como yo a él. —Sabía que no la creía. —Puedes preguntar a Ivar, nos ha separado más de una vez cuando hemos llegado a las manos.

—Dices que es un hombre de honor y a la vez que habéis peleado...

—Es demasiado orgulloso por lo que con frecuencia chocamos. Me puede el carácter, así que discutimos. Sólo soy justa. No voy a permitir que pague por algo que no ha hecho. —La retuvo del brazo cuando quiso entrar en la casa dando por zanjada la conversación.

—¿Seguro que es eso? No parece molestarte demasiado sus atenciones. Permitiste que os ayudara en el incendio sin protestar.

—Deja de decir tonterías, Harald. No estoy interesada. —Se liberó con un manotazo. —Ni en él, ni en ti, ni en ningún otro hasta que no cumpla mi promesa. Si tanto te molesta que aceptara su ayuda en el incendio, no te hubieses perdido en el bosque con un par de mozas en lugar de ayudarnos a detener el fuego.

—¿Lo juras? —No contestó. El muy imbécil solo estaba interesado en sus propias reclamaciones. —Aceptaste su ayuda...

—No, Olaf la aceptó y cumpliré con su palabra. —Quería dejarlo claro de una vez para poder marcharse, a lo lejos podía ver como Ingunn hablaba con Olaf y como su rostro se ensombrecía. Esta vez deseaba estar lejos cuando estallara en cólera. —Mi señor aceptó y haré lo que se me ordena. Se ha demostrado que hice bien al no aceptar la ayuda de Thorvarld, quién recibirá su castigo. Me ocuparé de que no caiga la culpa sobre ningún inocente por mucho que me saque de mis casillas. Ahora déjame en paz de una vez o seré yo quien te reclame por no aparecer cuando más te necesitábamos. Si esa es tu manera de cortejarme, suerte que te rechacé.

Harald quiso seguir protestando hasta que miró en la misma dirección que Ragna, solo tuvo que ver la expresión de Olaf para cambiar de opinión. Incluso para el obtuso de su amigo era evidente que era mejor que no los encontraran discutiendo. No, no cuando Olaf llevaba la palabra muerte escrita en la cara.

—Está bien, vete. Ya hablaremos. —Harald se alejó.

Si bien se libraba por el momento sabía que volvería con sus preguntas incesantes una y otra vez hasta convencerse. Nunca entendería cuanto le molestaba esa actitud tan posesiva e infantil. Tenía que insistir en cortar de raíz los motivos de sus celos irracionales, aunque sería otro día. Prefería desaparecer dentro de la casa, consciente de la ira de Olaf. Cerró la puerta escabulléndose en dirección a su cuarto. El grito de guerra de su padre se escuchó dentro de la casa. Nadie podría dudar de sus intenciones.

Pasara lo que pasara, ya no estaba en sus manos.

CAPITULO 22

No estaba dispuesto a oír ni una palabra más de Ingunn, si bien esperaba que Ragna tuviera problemas, Olaf no previó que fuera tan pronto. Menos aún estando dentro del poblado. Ignoraban las palabras de su muchacha, para colmo, traicionaban su hospitalidad.

—Escúchame Olaf... —Le decía su esposa. —La niña está bien, ya se ha encargado de que sepan como es Thorvarld y qué planes tiene. No se puede pedir más.

Se negaba a escucharla, necesitaba cada fibra de su ser para no asustarla antes de que acabara su relato. Su paciencia se estaba agotando. Empezaría por dar muerte a los Gerhardsen y luego...

—¡Por las barbas de Odín! —Gruñó Ingunn con rabia. —Será mejor que te pares a escucharme o me encargaré de que no recibas alimento, ni bebida, ni ropa en buen estado, ni mozas bien dispuestas hasta pasado el invierno.

Se detuvo en seco más sobrecogido por el tono que por la amenaza. Otra vez se comportaba como Ragna. No era el mejor día para que se volviera difícil.

—No serías capaz.

—Ponme a prueba. —Le espetó con los ojos entrecerrados y los brazos en jarras. Olaf pensó que se veía magnífica en su enfado. En esta nueva fase de su carácter no estaba seguro de si cumpliría su amenaza o no. Aún así, le fascinaba, le seducía.

—Sabes que apenas retozo con otras hembras. —Murmuró. —Está bien, mujer, habla. —Se mostró amenazador sin dejar de maravillarse cuando ella ni se inmutó.

—Es cierto que mencionó que la atacaron más veces pero no ha habido escándalos ni cadáveres... eso significa que no les da importancia. Si con Gerhardsen lo hace diferente es por como la atacó el canalla: faltándote el respeto. ¿Acaso crees que se atrevería a atacar y marcar a un gran señor, en lugar de matarlo, si no estuvieras tú de por medio? Sabes que no, maldito cabezota. Quería someterla para que tu orgullo sufriera, Ragna se las ha ingeniado a demostrar que clase de carroña es. Si no te afectara a ti, estaría degollado. —La vio coger aire y lanzarse de nuevo. —Te exijo un castigo, lo dejo en tus manos, solo espero que sufra lo increíble. —No recordaba oírle

desear mal a nadie.

—Así será. Pagarán por esto. —Le prometió.

—Espera. —Lo sujetó del brazo. —Debo contarte algo muy importante y quiero que prestes mucha atención. Ragna insiste en que Gunnar no tiene nada que ver en el ataque. Se encontraron en las caballerizas, si bien han vuelto a discutir, asegura que no es cosa suya. Que vio la mirada de desprecio que le dirigió a su padre al ver de lo que era capaz. Ivar piensa igual, los ha tenido que separar en alguna ocasión. Yo misma dudo de que sea participe, no le importa discutir o halagarla delante nuestro por lo que me parece imposible que sea capaz de algo tan bajo. Rezo para que cualquier día la rete a un duelo y la venza.

—¿Ragna lo defiende? —Su furia no le impedía ver la importancia de ese acto.

—Sí. Aunque ella no lo define así, es defender la verdad...

Que Ragna abogara por Gunnar podía ser significativo, o quizá no. Era una muchacha compleja que creía en la verdad y el honor de los inocentes como si se trataran de su propia sangre. Eso lo sabía. Su propio instinto le decía que Gunnar no estaba al tanto de la maniobra de su padre.

—Maldita sea. Puede que el muchacho se libre pero estoy obligado a declararle la guerra... —Vio a Gunnar acercándose llevando a su padre casi por la fuerza, seguidos por sus hombres, que caminaban con los dientes apretados.

Ivar, los gemelos y Jon lo flanquearon con rapidez, casi como por casualidad. Observó a los amigos de su hija con una sonrisa. Siempre creyó que eran demasiado salvajes para ser buenos guerreros bajo su mando aunque habían demostrado con creces que su lealtad a Ragna era inquebrantable y eso, a sus ojos, los convertía en insustituibles.

Observaban a Gunnar con seriedad, dispuestos a enfrentarse a él. Olaf sabía que se negaban a mirar a Thorvarld para no perder los nervios, se refrenaban por el bien de Ragna. Se contenían por ella, que siempre esperaba y respetaba sus mandatos, por eso seguían su ejemplo. Además, estando Ingunn de por medio no provocarían ningún altercado. En caso de haberlo, serían los primeros en dar la vida para protegerla

Gunnar se detuvo a unos pasos antes de soltar a su carga para mirarle a los ojos. Olaf quedó impresionado por su fuerte determinación, por el odio, el rencor que destilaban. No dudó a quién iba dirigido ese desprecio. Ragna no se equivocaba. Ese resentimiento visceral era para su padre que seguía

despreciándolo con arrogancia. Los guerreros Gerhardsen seguían a Gunnar, nerviosos y decididos, se situaron detrás.

—Se de la ofensa de mi padre y he venido a traéroslo. A dar mi vida, si es que vale algo, para salvar al pueblo de Sunndalsora, que nada sabía de su perfidia. —Gunnar hablaba con voz queda, cargada de brío y valor, dispuesto a detener una guerra que acabaría con su propio pueblo.

CAPITULO 23

Cada movimiento de Gunnar denotaba su determinación, sin importarle el precio que podía pagar. Olaf era consciente de lo difícil que debía ser dar la cara. Se enfrentaba a él, traicionaba a su padre, solo por defender algo en lo que creía decía mucho de su temple. Sí, la furia lo embargaba, aunque no tanto para no darse cuenta de su valor. Ya no albergaba dudas sobre su inocencia. Era diferente a su padre. No demostraría clemencia con Thorvarld o quedaría como un mequetrefe.

—¿Estás dispuesto a morir por tu padre? —Le preguntó.

—No. Estoy dispuesto a morir por mi pueblo, no por él.

—¿Sabías lo que tramaba? —Ingunn se le adelantó.

—No. —Se interrumpió ordenando sus ideas. —Me ordenó seducirla, me negué. No hay dignidad en algo así, casi prefiero vencerla en combate. Sé que no debería contarle pero tarde o temprano saldrá alguien que escuchara la conversación cuando discutimos y no quiero malentendidos.

—No podrías seducirla y aunque lo hicieras, faltaría mi aprobación. —Gruñó cada palabra, apreciaba su sinceridad tanto como la detestaba.

—Lo sé, protesté eso mismo. Me aseguró que no te quedaría otra que aceptarme, que no deshonrarías a tu hija. —Gunnar hablaba con firmeza, relatándole los hechos, sin culpas ni ambigüedades.

—Dudo que aceptara. ¿No le preocupaba lo que te haría Ragna? —Ingunn lo conmovió, nunca antes tuvo el valor de interrumpir algo tan importante, ni siquiera por su hija.

Si a Gunnar le molestó su interrupción no lo demostró, parecía acostumbrado a las interrupciones femeninas del clan Durs.

—Me perseguiría hasta destriparme y de no lograrlo, se mataría ella misma. Con lo que le sucedería Eric si faltarais vosotros. Es una idiotez intentarlo. —Gunnar seguía impertérrito aunque se movió con una rapidez extraordinaria cuando Thorvarld intentó alejarse, lo agarró por el brazo y esta vez no le soltó.

—¿Por qué no lo hiciste?

—No hay honor en ser de esa manera el señor de Rindal. Además, esa arpía deslenguada me haría la vida imposible, tarde o temprano uno de los dos acabará muerto y tú nos declararías la guerra. —Pareció molesto sin embargo

no intentó retirarlas. —He visto de lo que es capaz vuestra Loba, incluso siendo mujer es un gran guerrera y una buena líder pese a su mal carácter. Nos hemos enfrentado, es cierto... pero la respeto.

—¿En serio? —La voz de Ingunn estaba cargada de ironía. —¿A ella o su lobo?

—A los dos, no me ha quedado otra, señora. Siempre está dispuesta a sacar su espada contra mí para demostrarme cuan equivocado estoy. Que la respete como guerrera no significa que me agrade. No hace más que llevarme la contraria. Ella y su bestia, tienen mi respeto. —Demostró parte de su verdadera naturaleza al torcer el gesto. —No voy negar que disfruto incomodándola y provocándola.

—¿Sigues vivo? —Parecía poco dispuesta a dar credibilidad a sus palabras.

—Apenas, su lengua me descarna. Si no fuera porque Ivar la frena, en más de una ocasión hubiera intentado atravesarme con su espada.

—¿Intentado? —Ingunn estaba tan erguida, desafiante y desconfiada, que el pecho de Olaf se desbordó de orgullo.

—Señora, ¡claro que intentado! No pensarás que me dejaré atravesar así como así, ¿verdad?

—Eso es cierto, Ingunn. Al menos opondría resistencia.

—Mi muchacha lo vencerá si se lo propone, estoy segura. —Murmuró Ingunn cruzando los brazos con un mohín. Su respuesta casi hizo sonreír a Olaf por su parecido con Ragna.

—Volvamos al problema, Gunnar. —Esperó a que asintiera. —Te ordenó seducirla y te negaste, ¿cuándo fue eso?

—Esta mañana. Discutimos y me marché a cabalgar.

—¿Cómo se tomó tú negativa? —Preguntó mirando a Thorvarld, que como traidor había perdido sus derechos de intervenir hasta tener permiso.

—Mal

—¿Cómo de mal? —Insistió.

—Amenazó con no nombrarme su sucesor.

—Entiendo. ¿Qué pasó luego?

—Fui a por mí caballo, vi a Ragna pateando el culo a un siervo que intentaba apresarla para su señor. No hizo falta que la ayudara así que me quedé escondido, no tenía más ganas de discutir. —La dura mirada de Olaf le obligó a proseguir. —Salí a cabalgar para aliviar el malhumor y al volver, me la encontré. Cepillamos a nuestros caballos, charlamos un poco, discutimos

como siempre y se marchó después de recordarme lo sucio que iba. Al escuchar el ruido de las voces me acerqué. Ragna le marcaba por su traición, así que imaginé lo sucedido.

—Esa perra... —Empezó a decir Thorvarld que calló enseguida al ver que los hombres de Ragna sacaban sus cuchillos dispuestos a destriparlo.

—Será mejor que cierres tu bocota o te haré torturar para que tus tripas cuelguen hasta el suelo. —La amenaza de Ingunn amedrentó a Thorvarld.

Los compañeros de su hija sonrieron ansiosos, complacidos por la promesa sangrienta, aunque quedaron insatisfechos por la falta de respuesta de Thorvarld que agachó la cabeza en silencio.

Su orgullo también le clamaba sangre, por desgracia debía esperar un poco. Reconoció para sí, que no le importaría que se dieran un cruento festín en su nombre. Si no fuera por la interrupción de su esposa sería el mismo quien desparramara sus vísceras.

—Gerhardsen se proponía atentar contra mi hija, contra mi pueblo, contra mí. No voy a dejar que esto se quede así. —Quería que escucharan, era inevitable que los aldeanos se arremolinaran a su alrededor. —Que vayan contra mí es justo, que quieran someter a mi hija para arrebatarme mi pueblo es otra. No voy a permitirlo. Nadie juega con lo que es mío.

—Lo entiendo, es por eso he venido a dar la cara. Mi gente no ha tenido nada que ver, no quisiera que sufrieran por sus atrocidades. —Dijo Gunnar con tranquilidad.

—Soy yo quién decide.

—Cierto, eres tú el que ha sido ofendido pero no puedo permitir que nos arrases por las locuras ambiciosas de mi padre. —Miró a su progenitor con rencor. —Si quieres más sangre toma la mía. Si este es mi destino, lo asumo, aunque rehúse de mi como su sucesor, yo me siento responsable de Sunndalsora. Si tengo que morir bajo tu espada, sea.

Maldición, le gustaba Gunnar. Aceptaba su muerte para salvar un pueblo que no lideraría y allí estaba, tan seguro de sí. Thorvarld pagaría por su traición, no quería matar al joven no por la estupidez de su jefe.

—No, Gunnar. No vas a pagar con tu vida, tampoco tu pueblo va a sobrellevar esa carga. El único culpable es tu padre. —Pudo sentir como se relajaba, se tensaba Thorvarld y la ira de sus hombres se inflamaba. —Serás un buen señor, muchacho.

—Nunca. Rehúso de ti de como hijo, jamás será mi sucesor. —Bramó Thorvarld intentado liberarse. Gunnar lo soltó sin cambiar de expresión

observando cómo Jon y Kart lo golpeaban sin contemplaciones.

—No pareces muy sorprendido. —El joven no tuvo que detener a los hombres de su padre ya que estos ni se movieron para defender a Thorvarld.

—No. Es algo que esperaba hace tiempo. —Gunnar observó como Jon encajaba un puñetazo en el rostro de Thorvarld. —Jamás estuvo satisfecho conmigo.

—¿Qué será de tu clan ahora?

—Fingar se ocupará, es el segundo de mi padre, un hombre fuerte y justo que sabrá guiarlos. —No parecía resentido, al revés, parecía tenerle afecto.

—¿No vas a disputarle el puesto?

—No. Después de estos años soportándonos, se lo merece. No puedo luchar contra alguien que ha sido como un padre.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Cumplir mi palabra de ayudar a Ragna.

—¿Y después?

—Me convertiré en mercenario, hasta ser tan poderoso como un señor de la guerra como tú. Para eso me educaron ¿no?

Tarde o temprano conseguiría sus propósitos, tenía las cualidades necesarias para ser un gran guerrero y señor. Le molestaba que perdiera su lugar de esa manera.

—Siempre serás bienvenido, Gunnar. Puedes unirme a nosotros. Has puesto tu vida en mis manos para proteger a un pueblo que ni siquiera te considera uno de los suyos. Es el mayor sacrificio que se puede pedir a un guerrero. —Le dijo estrechándole la mano.

—Es para mí un honor. Aunque agradezco el ofrecimiento me veo obligado a declinarlo, no pienso rendirme hasta que encuentre mi propio sitio. —Respondió Gunnar con confianza. Olaf asintió.

—Recuerda que siempre serás un amigo, que las puertas estarán abiertas, decidas lo que decidas.

Gunnar asintió antes de mirar a sus hombres para hablarles.

—Fingar es vuestro señor a partir de ahora, volved con él y servirle con honor.

—No, Gunnar. Te serviremos hasta que decidas dejarnos, Thorvarld nos ha humillado. Si quería el pueblo de Rindal debería haber retado a Durs, incluso a su hija. No vamos a seguir a un traidor que nos ha puesto en peligro. Gunnar has luchado contra tu padre por conseguir alianzas que nos protegieran de Elkcatcher, el Nigromante. Convenciste a tu padre para venir con el

propósito de buscar aliados cuando te ignoró al querer reparar el poblado, haciéndonos pasar un duro invierno. Te dijera lo que te dijera, buscabas una manera de ayudarnos, de protegernos. —Contestó uno de ellos con seriedad, el resto asintió. —Has demostrado ser nuestro verdadero líder.

Olaf pudo ver que Gunnar se emocionaba. Asintió antes de adentrarse en el bosque dejando a su suerte a su progenitor.

El imbécil de Thorvarld parecía contrariado por lo que sucedía. No comprendía que le dieran la espalda por culpa de una esclava, ni que lo juzgaran por intentar arrebatarle sus tierras. Estaba escrito en su rostro al acercarse.

Lo mataría, no solo por Ragna sino por lo que hacía a su propio hijo. Después, era hora de sentarse en su silla e impartir justicia entre el resto de los invitados traidores.

CAPITULO 24

El entrenamiento fue duro, incluso para Ivar acostumbrado a los rigurosos ejercicios de Ragna cuando estaba de mal humor. Por su culpa se encontraba exhausto, deseoso de darse un buen baño. Su Loba no les dio cuartel durante la tarde, haciéndolos trabajar de lo lindo. No se detuvo hasta que estuvieron extenuados.

Nadie abrió la boca. Ninguno tuvo el coraje de contradecirla. Estaba demasiado furiosa como para ser razonable.

El peor parado había sido Kart, sin ninguna duda. Convertida en su sombra, lo provocó y golpeó con saña durante los ejercicios. Se sorprendía del aguante del gemelo, tan temperamental siempre, que soportaba sin quejas el maltrato. Incluso sabiendo que era por Rjupa, su dureza era excesiva. Si el mismo Kart no había protestado no sería él quien lo hiciera.

Ragna estaba de un humor de perros y no era para menos.

No contento con el ataque, Thorvarld había renegado de Gunnar e intentado poner a sus hombres en su contra. Lo hizo en presencia de Olaf, quién furioso casi lo mata sin someterlo a juicio. Solo se detuvo cuando suplicó clemencia.

Asqueado por su comportamiento, lo mandó a azotar antes de darse por satisfecho. Luego, fue abandonado en el bosque a merced de los carroñeros. Si conseguía sobrevivir, cosa imposible, estaría deformado de por vida tras romperle los brazos, Olaf se ensañó con su rostro al más fiel estilo de su hija.

Dependía del clan Gerhardsen que quisieran admitirlo como jefe si sobrevivía. De hacerlo pronto entrarían en guerra, no solo contra Kraka, sino contra los Gerhardsen.

Gunnar que era el que lo tendría más difícil, no parecía demasiado preocupado cuando los observó adiestrarse rato antes. Con razón Ragna confiaba en él aunque no quisiera admitirlo. Por más que quisieran arrancarse los ojos con frecuencia, era un hombre legal.

Demasiados problemas a la vez. Estaba cansado de estar siempre en tensión. Hasta que los invitados no se fueran no podían relajarse. La desconfianza era mala consejera, su semilla se esparcía con suma rapidez. Estaba deseando que Olaf acabara de impartir justicia y cada uno volviera a su hogar. Ragna no iba a casarse con nadie estando tan cerca de cumplir su

venganza. Que la excluyera y fuera el mismo Olaf quién ajusticiara a los que consideraba traidores la tenía desquiciada. Aunque entendía los motivos de sus padres, estaba enfurecida.

Incluso Onund, siempre tan tranquilo, parecía estar nervioso. El herrero estaba apoyado en su fragua con los brazos cruzados y el ceño fruncido, sin prestar atención al trozo de hierro que se enfriaba.

Nunca lo había visto tan serio. Incendiaba con regularidad el poblado, aunque nunca a esa escala. Decidió hablar con él para tranquilizarlo, si bien no acaba de compartir con Ragna la idea que Kodran era el culpable, las pruebas indicaban que Onund estaba demasiado borracho para provocarlo.

—¿Cómo va, Onund?

Necesitó llamarle dos veces de tan concentrado que estaba.

—Con mucho trabajo, necesito forjar suficientes clavos para volver a levantar las casas.

Ivar se acercó a la herrería, un lugar pequeño, lleno de martillos que utilizaba para la fragua, varios cubos estaban llenos de clavos de diferentes medidas, otros estaban dentro de las tinajas repletas de agua a la espera de ser terminados. Varias espadas estaban esparcidas en diferentes fases de elaboración. Siempre era muy concienzudo con cada uno de sus encargos. Onund estaba cubierto de sudor y suciedad, trabajaba sin descanso para terminarlos.

—Nadie te culpa de lo sucedido. —Apoyó su mano en su brazo en una muestra de afecto y lo escuchó suspirar.

—Eso me dijo Ragna. No es la primera vez que cometo esa estupidez, nunca recuerdo nada de lo sucedido y desconozco que me impulsa a... Que los dioses me perdonen... Esta vez, ha podido morir mucha gente.

—Ragna no te culpa. Cree que ha sido otra persona, estabas demasiado borracho para...

—No, Ivar. Estoy seguro que he sido yo. Loki siempre guía mi mano para el desastre.

—Escucha, nadie te culpa...

—Lo harán, recordaran mi pasado y seré culpable. No quiero ni pensar como se pondrá mi hermana cuando eso pase. Ya la viste cuando dudasteis de mí. Estoy preparado para el castigo cuando llegue, aunque me preocupa la reacción de Geirhildr.

—Habla con ella. Aunque no se cuál es el problema.

—No tengo valor para contárselo. Soy un cobarde. —Que no le mirara a

los ojos intrigó a Ivar —Puedo enfrentarme a la ira de Olaf o la Loba Blanca pero no a la suya. Soy incapaz de defraudarla, siempre me ha cuidado y protegido demasiado.

El herrero acababa de admitir su debilidad hacia su hermana en su presencia y no sabía que decirle. Geirhildr era conocida por ser demasiado protectora. Se quedó en silencio, miró hacia la gran casa, a sabiendas que, la mujer en cuestión, estaría dentro.

Entonces la vio escabullirse hacia la herrería con un plato de frutas en las manos.

—Hablando de tu hermana, viene hacia aquí. Será mejor que te alejes si no quieres que te vea en este estado. —Dijo Ivar consciente de las lágrimas que pugnaban por no salir de sus ojos.

Onund no perdió la oportunidad, cogió dos de los cubos llenos de clavos que tenía terminados antes de salir presuroso. No podía dejar de preguntarse cómo alguien tan enorme podía tener miedo de su propia hermana, que aunque entrada en años seguía siendo menuda. Quizá sin la presencia de Ragna o de Onund podría sacar algo en claro sobre que pensar de Geirhildr. La interceptó antes de que entrara en la herrería.

—Buenas tardes, Geirhildr, quisiera hacerte unas preguntas...

—¿Dónde está mi hermano? —Inquirió a su vez. —Estaba aquí.

—Ha ido a entregar los clavos. Estaban esperándolos.

Desconfiando de sus palabras lo miró con los ojos entrecerrados, eso picó su amor propio.

—¿Dudas de mis palabras?

—No. Dudo de tus motivos. —Le espetó antes de adentrarse en la herrería. Colocó el plato en una de las mesas antes de encararse. —Nunca me diriges la palabra, apenas a mi hermano y de repente... él desaparece tras unas palabras contigo.

Acostumbrado a los estallidos de Ragna para dejarse llevar por su mal genio, Ivar inspiró. Con razón Onund la temía, al igual que su jefa iba al grano.

—No tengo que dar explicaciones de si he hablado con él o no.

—Por supuesto que no. —Replicó ella. —Tampoco hace falta que vuelques tus simpatías hacia mí después de que converséis. Es inocente, no me cansaré de repetirlo.

—¿Crees que simpatizo contigo por eso? —Preguntó en tono exasperado.
—¿No puedo acercarme a ti porque me apetezca?

—Los hombres nunca hablan conmigo porque sí, menos aún después de

un incendio. —Respondió dolida.

Ivar meditó lo que acababa de decir, su dureza. Geirhildr era conocida por su fiero carácter, por lo que los varones pasaban por alto su belleza.

—Geirhildr, me acerqué a tu hermano porque estaba muy pensativo. Parece creer que es el culpable.

—¡No! No fue cosa suya.

—Es lo que piensa tu hermano, no yo. Cree que tarde o temprano se demostrará que ha sido su mano quien inició la desgracia y no quiere defraudarte. —Intentó explicarse pero el brillo de sus ojos lo distrajo.

—¡Mentira! ¿Cómo va a defraudarme cuando no tuvo nada que ver? —Exclamó ella temblando de furia. —No me cansaré de repetirlo, ¡es inocente!

—Deja de gritarme. Los indicios apuntan a su inocencia. No estoy inculpándolo, solo te he repetido lo que teme decirte.

—No te creo. —Se enfrentó a Ivar hasta quedar nariz con nariz. —No puede haberte dicho eso.

—¿Siempre defiendes así a tu hermano? —Preguntó sin poder evitar una sonrisa.

—¡Por supuesto! Es la única familia que tengo. —Gruñó ella.

—¿También defenderías así a tu marido?

La mujer se sonrojó a pesar de su furia, le acicateó más todavía la curiosidad cuando la vergüenza apareció en los ojos femeninos y apartó la mirada.

—Dime, ¿lo harías?

—Sí, lo haría, maldito. Si alguno me aceptara a pesar de mi edad.

Le agradó su respuesta, pues revelaba su propia vulnerabilidad y demostraba que no era tan dura como aparentaba.

—Mujer, ¿te casarías conmigo?

Geirhildr palideció hasta que de repente se encarnó, lo miró con los ojos abiertos antes de estallar. Le apuntó con el dedo al corazón echando chispas, sin saber, cuanto empezaba a excitarle su explosión.

—No es divertido, ¿me oyes? Puede que para ti lo sea, no para mí. Si piensas que con esas palabras vas a ablandarme para que hable en contra de Onund... olvídale. Se necesita más que eso para que traicione a mi familia. ¡Solo por burlarte de mí debería aceptar!

—¿Y si lo dijera en serio? —Habló muy suave, atento a su reacción, ella se quedó callada y enrojeció aun más emprendiendo la retirada.

—No digas tonterías, apenas enviudé este invierno.

—Eso no fue un matrimonio, tu marido nunca estaba aquí, le dabas demasiado miedo. —Le gritó provocando que Geirhildr se detuviera.

—Aún así era mi marido, ¿no?

—Puede. ¿No quieres uno que caliente tu cama por las noches?

—Idiota. —Le escupió con el rostro encarnado antes de echar a correr.

Rió entre dientes. Cada vez le gustaba más esa fierecilla. ¿Por qué no se había dado cuenta antes?

Quizás porque ser la conciencia de su Loba Blanca le exigía demasiado tiempo y esfuerzo. Siendo honesto, disfrutaba de cada nueva aventura juntos. Quizá cuando terminaran la última podría plantearse en buscar una mujer fija que le calentara la cama y le diera hijos fuertes.

Una con el carácter fiero.

CAPITULO 25

Silbaba al buscar a Ragna, se sentía absurdamente satisfecho tras la reacción de Geirhildr. A Ivar le intrigaba su reacción, no entendía porque se sonrojó antes de palidecer. A fin de cuentas, había enviudado antes del verano anterior de su flaco y escurridizo marido.

Geirhildr necesitaba un esposo con temperamento que la supiera sobrellevar, que la obligara a dejar de dominar a su hermano. Le apetecía más comprobar si tenía el mismo ardor en el lecho que protegiendo a Onund.

Hablaría con Olaf, quería saber que planes tenía Ingunn respecto a ella, no fuera que tuviese un matrimonio concertado.

Sorteó a las casaderas que tonteaban intentando llamar la atención de los escogidos. Ragna estaba entrenando sola en el patio de armas.

A esa altura del día los cazadores estarían despedazando la carne de la cacería de la mañana para empezar a preparar la próxima comida.

Le encantaba ese tiempo previo a la tarde, cuando el pueblo se quedaba en extraño silencio y parecía desierto.

Sonrió a Ragna al ver su mirada fatigada. Llevaba horas ejercitándose, en un intento vano de alejar de su mente a los Gerhardsen. Thorvarld estaría en algún punto recóndito del bosque. Olaf estuvo tentado a matarlo como un perro pero se asqueó al verlo suplicar y dejó que los dioses se encargaran de él. Hasta intervino uno de los invitados, aliado de ese perro traidor, que también acabó con las piernas rotas. Luego, declaró la guerra a dos clanes tras matar a sus señores por traicionar su hospitalidad. Otros tres más, volvían a casa con diferentes huesos rotos, agradecidos de estar vivos por más que maldijeran a Olaf.

—¿Sabes si Ingunn tiene pensado casar a Geirhildr? —Le preguntó al acercarse.

—¿Te interesa?

—Puede. —Le contestó con una rápida sonrisa.

—Es más mala que yo, espero que lo sepas. Honrada, trabajadora, terca y sobre protectora. Tendrás que domarla antes de que seáis felices.

—Loba, ¿porque estás de tan mal humor?

—No quieres saberlo. —Lo fulminó con los ojos.

—Si no quisiera saberlo no te lo estaría preguntando, ¿no crees? —

Cualquier otro hubiese salido corriendo ante la cantidad de obscenidades que Ragna masculló con furia. —No me impresionas.

—Debería haber dejado que tu feo culo acabara en el fondo del barranco.

—¿Y dejarte sola con ese mal carácter?

—Idiota.

—Gracias.

—Es esta situación. Es esta maldita situación. —Barbotó ella abarcando el cielo con los brazos. —Tengo que vengar a mi hermana, se lo prometí al igual que a mis compañeras de la cabaña. Por mi vida que conseguiré que Kraka pague por cada una de los horrores que vivimos. —La vio morderse el labio hasta sangrar, abriendo la antigua cicatriz. —Cada muerte.

—Lo sé. —Siempre se mordisqueaba el labio al hablar del asesino pero no de aquella manera. La conocía bien y algo más rondaba por esa cabeza leonina.

—Luego está Olaf y su absurdo de nombrarme su sucesora.

—Ya lo eras. Solo lo hizo oficial. —Le recordó.

—Con eso solo consiguió que me vieran como... como...

—¿Cómo una mujer a la que se puede usar?

—¡Sí! He tardado mucho en ganarme una buena reputación para que sus palabras me conviertan en un trofeo al que doblegar y conquistar para controlar a los Durs. Soy más que una hembra a la que abrir de piernas por la fuerza.

—¿Estás enfadada por hacerte de padre o por hacerte sentir vulnerable?

—Recuérdame porque no te mato.

No pudo evitar reírse, incluso enfadada Ragna era un espectáculo, en especial cuando sabía que él tenía razón.

—Quizá por impedirte matar al Gerhardsen decente. —Le dijo guiñándole un ojo.

—¡Esa es otra! ¡Tengo que cargar con un engreído bueno para nada. —Bramó.

—Te cae bien, ¿eh?

—No tientes tu suerte...

—Vamos, Ragna, de caerte mal no hubieses hablado con Ingunn para salvarle el culo. Lo que no sé es si estás enfadada por tener que aceptar su ayuda o por lo que hizo su padre.

—Odio tus preguntas. —Le escupió Ragna encajándole un suave puñetazo en el estómago. —Ese degenerado casi consigue salirse con la

suya... —Le reconoció con suavidad. —No entiendo cómo ha podido tener un hijo como Gunnar. Para colmo, el cuerpo de su padre no aparece, ni un solo maldito pedazo. ¿Dónde está su cadáver? ¿Pasará como con el bebé que rechazó Stsao? ¿Otro cuerpo que no aparece en nuestros bosques? ¿Acaso el nigromante...? ¿Gunnar merece saber dónde está el cuerpo de su padre!

—Dudo que el nigromante se interese en Rindal o sus muertos. Así que teniendo en cuenta la situación de Gunnar, ¿podrás intentar no destriparlo a cada instante? —La increpó. —Vamos, intenta tratarlo como a Harald.

—Harald no...

—Tratas a ese gigante como si fuera un niño pequeño.

—Un niño que está encaprichado en casarse conmigo.

—Vaya, te has dado cuenta.

—Como para no. No puedo seguir negándolo. —Respondió ella. —Tengo que tener otra larga charla con él un día de estos para recordarle que lo rechacé y que no he cambiado de opinión. Es solo que...

—¿Vas a decirme lo que te tiene de tan mal humor?

—Yo no...

—Mientes.

—Sí, miento. —Ragna suspiró. —Antes de ir a Sunndalsora a por los Gerhardsen escuché una conversación de mis padres. —La dejó sumirse en sus pensamientos, esperando a que se desahogara con él. —He recuperado algunos recuerdos, otros siguen siendo esquivos. Ingunn me encontró dormida, le conté cosas que se me escapan estando despierta. —Suspiró con pesadez. —Veo a un hombre, un guerrero. Creo que era mi padre. Nunca he dudado de quien era mi hermana Arndis, ni si me quiso o que fue de ella. Lo sabía, lo sentía. El guerrero, mi padre... es otro cantar.

—¿Sigues sin saber quién es?

—Si... no. Maldita sea, yo no se quién soy pero Olaf sí. Creo que Kraka se lo dijo estando en la cabaña, no recuerdo muy bien cuando lucharon, estaba casi inconsciente. —Se mesó el pelo con frustración. —Aún hoy no me lo ha dicho. ¿Es para protegerme? Sabemos que me ha apartado del camino de Kraka durante estos inviernos y creí que era por proteger a Ingunn. Por lo que oí, es más que eso. Kraka quería que recordara quién era. Solo yo, por mi sangre, puedo ayudarle a conseguir un amuleto. ¿Alguna vez pensaste en porque me buscaba?

—Sí.

—Eres más listo que yo. Por eso su obsesión conmigo, por ese maldito

amuleto. —Se rió de sí misma. —Estaba tan consumida por mi venganza que me negaba a creer que soy la única que puede ofrecerle ese gran poder. Por eso Olaf me aparta de su camino hasta tener la certeza de acabar con su mísera vida. Nunca pensé en quién era yo. Estaba tan obsesionada que... Por las barbas de Sköll —Se agitaba furiosa sin mirarlo a los ojos. —Olaf cree que soy la hija de Haardrard.

Ivar tragó saliva. Necesitaba asimilar su confesión. Ragna, era un arma de doble filo, era la única que podía acabar con Kraka sin poner en peligro a Ingunn. A su vez, también podía dotar a su enemigo de un grandísimo poder. Su Loba Blanca, era una Jarl y podía reclamar el derecho a las tierras de su padre, descendiente de uno de los vikingos más fieros y famosos. Tenían un antepasado en común.

—¿Ingunn...?

—Lo hablaban cuando lo escuché, así lo supe. Al principio le reclamaba por no encontrar a su hermana pero luego... ¿Por qué no me lo han dicho? ¡Es imposible que eso sea cierto! ¡Por los colmillos sangrantes de Sköll! ¿¡Quién soy en realidad!?

—Teniendo en cuenta los acontecimientos, quizá no hayan tenido tiempo a decirte algo tan importante. ¿Por qué cuando estas furiosa recurres a Sköll? Eres de las pocas que piensan que los dioses son algo más que lo que nos cuentan los ancianos. —Se interrumpió al ver como se acercaban con sigilo una docena de hombre. —zorro. —¡Detrás tuyo!

Desenvainó para lanzarse al ataque. Ella ya cruzaba su arma con los atacantes. Esperaba que el ruido de la reyerta alertara a los demás y recibir ayuda pronto, porque eran demasiado grandes y sigilosos. En especial, los mestizos.

Los agresores eran muy duchos en las armas, sucios y desdentados, aunque rápidos y coordinados. Ivar luchaba con cinco avanzando hacia Ragna. No pensaba arriesgarse pese a lo que acababa de contarle.

Se detuvo un instante que casi le costó la vida, cuando vio a Kodran oculto entre las sombras del bosque antes de desaparecer con rapidez. Maldijo en nombre de los dioses. La emboscada era cosa de aquel traidor. Ragna estaba en lo cierto al desconfiar de él. ¿Sería el informante de Kraka?

Alzó su espada cargando una y otra vez hasta estar espalda contra espalda.

—Casi no los vi llegar.

—Si no me hubieras avisado... —Murmuró Ragna. —¿Quién os envía?

¿Qué queréis de mí? —Obtuvo unos gruñidos por respuesta. —Ivar, tendrías que...

El grito furioso de sus enemigos les impidió seguir conversando. Lo que no sabían es que llevaban tantos años luchando juntos que no necesitaban hablar para entenderse. Se movían al mismo tiempo, como si fueran una sola persona.

—Kodran se esfumó por el bosque cuando aparecieron. —Gritó Ivar por encima del estruendo.

No escuchó su réplica pero la expresión de su cara dejaba pocas dudas, en cuanto lo encontrara podía darse por muerto. Enfadada, liberó la furia de su lobo etéreo para que eliminara a cuánto enemigo se cruzaba por delante.

Ivar bloqueó con agilidad una estocada con la que pretendían cercenarle un brazo y continuó embistiendo. El dolor lo distrajo un instante cuando le alcanzaron en el vientre. Sin asegurarse que el golpe no era mortal continuó sin dar tregua a sus contrincantes.

Querían matarlo mientras que a Ragna intentaban neutralizarla. No entendía que sacaba Kodran estando de parte de Kraka.

No vio llegar la maza que impactó contra su cabeza antes de que el mundo se paralizara. Observó cómo sus enemigos perdían velocidad haciéndose el silencio. La oscuridad se apoderó de él a medida que caía al suelo.

A lo lejos pudo ver a los gemelos corriendo hacia donde estaban, seguidos de Gunnar y sus hombres. Quiso apremiarles pero no encontró su voz, sus piernas ya no le sostenían.

Agradeció a los dioses su llegada lamentándose no haberse encomendado. Lástima grande, ahora no podría acceder al Valhala.

Su último pensamiento cuando la oscuridad absoluta lo abrazó fue que prefería morir cualquier otro día. No quería irse sin ayudar a su Loba y sin cortejar a cierta mujer.

CAPITULO 26

—¿Son tus hombres? —Olaf gruñó la pregunta.

—No. —Gunnar, tumbado en el suelo se sujetaba el costado, parecía bastante malherido.

—¿Por qué me parece lo contrario?

—Gunnar venció a ese gigante de ahí, pese a que durante un rato, él, Kart y Eric lo intentaron sin conseguirlo. Harald eliminó a su líder, sin embargo le brindaron lealtad a Gerhardsen. —Dijo Jon, taponando la herida a Gunnar.

—¿Y Ragna?

—Se la han llevado. —Contestó Gunnar inspirando. —Estaba inconsciente.

—Nos dimos cuenta de que se la llevaban cuando atacaron cobardemente a Gunnar, entonces apareciste. —Explicó Jon buscando a Ivar con la mirada. —Creo que Kart y Ketill los están siguiendo.

—¿Estás seguro?

—¿Acaso los ves por aquí? —Contestó de mala manera Gunnar sin prestar atención a la dura mirada que obtuvo como recompensa. —Debemos prepararnos y seguirlos. Los gemelos nos avisaran cuando se detengan. Estoy bien, Jon. Busca a Ivar... —El joven no tardó en ponerse en acción para buscar a su amigo.

—Maldita sea.

—¿Eric?

—Vi a mis hijos correr hacia aquí seguido de Gunnar tras hablar con Kodran. Cuando llegamos, Ivar acababa de caer y Ragna se defendía como la Loba que es. Luchamos contra estos perros pero no dejaban de entrar por el bosque. Ese maldito gigante, nos acorraló a los tres pero fue él quien lo liquidó. Los mercenarios empezaban a rendirle pleitesía a Gunnar cuando vimos que se la llevaban y lo atacaron. ¡No pudimos acercarnos! Ni siquiera su lobo podía con esos monstruos. Mis bestezuelas los siguen. Los que ya se rindieron empezaron a luchar contra sus compañeros. Ya has visto cuando has llegado, estábamos en desventaja...

—Olaf. —Gunnar lo llamó con debilidad. —He incumplido mi palabra de protegerla. Dame otra oportunidad, juro ante los dioses que traeré a Ragna sana y salva.

—Yo le ayudaré —Harald se situó entre ambos rompiendo el contacto visual.

Olaf quería matarlos por dejar atrapar a Ragna. Su aspecto seguía marcado por la paliza y eso empeoraba su expresión feroz. Seguía habiendo uno o dos traidores en sus filas, solo eso explicaría como podían adentrarse tanto en los bosques, sorteando trampas y sortilegios, para llegar al poblado y llevársela. Cuando le encontrara, ardería vivo hasta calcinar sus huesos.

—Sea, muchacho. Diste tu palabra y por Odín que tendrás que cumplirla. No voy a castigarte, no es culpa tuya, sino mía. He bajado la guardia y esto es la consecuencia. Si aprecias tu vida...

—La traeré. No por mi vida, si no porque le fallé y no pude rescatarla. Luchó como nadie, se merece un futuro. Si la han raptado... —El dolor parecía extenderse lenta e inexorablemente.

—La torturarán, violarán y desposarán. No te quede duda. La entrené para que resista y lo hará. Eso nos dará tiempo a rescatarla. Quieren su legado, aunque no la rescatemos indemne... seguirá viva.

—Hay que salir ya... —Murmuró Gunnar con los ojos vidriosos.

—Que Gunnar se quede. Yo iré en su busca, Olaf. —Harald hablaba exaltado y nervioso, llamando su atención.

—No. Tú no iras.

—¿Qué? —Harald parecía incrédulo. —Ragna me necesita.

—No. Sabe cuidarse sola. Los hombre. —zorro se darán cuenta que vamos tras su pista. No eres el más hábil siguiendo rastros.

—¡Voy a ir! —Gritó Harald enfurruñado.

—No. —Pronunció la palabra con tono sombrío, en una orden que prometía muerte si era desobedecida. —Te quedarás aquí. No voy a permitir que te embarques en esto, mucho menos sin que tu tío sepa nada.

—Soy lo bastante mayor para...

—No me importa. Mi respuesta sigue siendo la misma. No acabo de recuperar a tu tío para provocar una guerra por tu cabezonería. Tendrás que pedirle permiso mientras vivas bajo su techo. Ragna aceptó la ayuda de Gunnar.

—¿Pero...? —Harald parecía un niño al que habían arrebatado un dulce.

—Pero nada. Entiendo porque quieres hacerlo, así que escúchame bien. Ragna te quiere como un hermano, aun en el caso que te aceptara como esposo, yo no lo haría. Te falta sangre. Mi muchacha te desollaría. Ya declinó una vez tu oferta y eso no va a cambiar.

—¿Por qué él sí y yo no, eh?

—No fue a ti a quién miró Ragna cuando descubrió a Ivar herido de muerte, si no a mí. —Gunnar se levantó, ignorando la nueva oleada de sangre que brotó de su herida abierta. —Me pidió ayuda y la tendrá. Nada va a impedírmelo.

Olaf calibró a Gunnar antes de asentir, se sentía viejo y cansado. Sabía que la tristeza brillaba en sus ojos, también una furia infinita.

—Vete a casa. Si tu tío quiere declararme la guerra por esto, que lo haga. No será nuevo, aunque esta vez contará con tu ayuda y apoyo.

Harald abrió y cerró la boca como un pez antes de salir. Caminaba tenso sin evitar los cadáveres esparcidos por el suelo. No tardaría en llevarle las quejas a Vestein.

—¿Cómo está Ivar? —Preguntó Gunnar a Jon, que le atendía la herida impidiendo que derramara más sangre.

—El maldito cabezota sigue vivo. Apenas sigue respirando pero resiste.

—Traed a Ingunn ¡Ahora mismo! Si los dioses quieren que sobreviva, solo ella lo mantendrá entre nosotros. —Bramó Olaf. —Encadenadlos y llevadlos a la bodega. Eric interrógalos. Los quiero vigilados. Reforzaré las defensas antes de partir.

—¿No esperamos a los gemelos? ¿Sabes dónde está Ragna? —Si Gunnar pretendía sonar furioso había perdido demasiada sangre para conseguirlo.

—Sí. Se donde está. No esperaremos a que nos avisen, cuando aparezcan cambiaremos de rumbo si es preciso. Además, Ingunn tardará un poco en recomponerte.

—¿Si lo sabes porque no vamos...?

—Necesito reunir un ejército. Hay que averiguar dónde está y si nos ven antes de tiempo acabarán matándola. Hay que estar preparados por si el nigromante decide ayudar a Kraka. Tú necesitas curarte y yo, contárselo a mi mujer.

—No, no la mataran... solo viva abrirá... vale demasiado... —Murmuró Ivar con los ojos ensangrentados.

—¿Ella lo sabe? —Preguntó Olaf nervioso.

—Te escuchó... no quiere creer... —Ivar volvió a sumergirse en la inconsciencia.

—Mantenlo entre nosotros, Jon. Lo necesito vivo. —Se mesó el pelo sintiéndose muy anciano. —Tiene que decirme qué cree mi hija que sabe.

CAPITULO 27

Las alimañas se acercaban. Sus rápidos pasos retumbaban en el agujero subterráneo donde la retenían prisionera. Ragna se sentía débil por el hambre y el cansancio. Se negaba a gritar o a aceptar las migajas que sus carceleros le ofrecían desde lo que parecían varios días. Su orgullo le impedía pedir clemencia. No en vano Olaf la entrenó con tanta dureza.

Por eso agradeció no estar amordazada cuando la arrojaron al foso. En definitiva eso era su celda, un agujero excavado en el suelo con una trampilla que cerraba y ocultaba su cárcel improvisada, nadie encontraría donde se hallaba si no gritaba, cosa que era inútil hacer. Sabía que estaría en algún lugar impenetrable y solitario. La cadena que le aprisionaba el tobillo estaba atada a un poste, apenas la dejaba moverse o llegar al techo.

A veces creía estar dentro de una pesadilla. Desde el rapto de Olaf, la habían nombrado heredera, intentado matar, capturar o violar e Ivar estaba muerto. Su instinto le decía que prisionera de Kraka. Maldito fuera Kodran y su vengativa sangre. Si conseguía salir viva exterminaría la estirpe de Hallbera con sus propias manos.

No se hacía ilusiones, sería violada y torturada. ¿Kraka la quería para llegar a la poderosa reliquia o por los secretos que le guardaban sus padres? No le importaba. No podía dejar de pensar en el pobre Ivar, su grandísimo amigo y cómplice, tirado en el suelo, muerto, por su culpa. Rogaba a Sköll que lo dejaran entrar en su morada hasta el día del Ragnarok.

Le dolía el cuerpo, no solo el corazón, antes del rapto se fatigó en exceso en el entrenamiento, sentía los músculos doloridos. Por no hablar de los múltiples cortes de la batalla, que parecían haberle curado con torpeza. Especialmente el terrible golpe que tenía en la cabeza con el que la habían derribado.

Pateó con saña en la oscuridad a la pequeña bestia que intentaba trepar por su pierna. No iba a ponerse histérica o a desmoronarse por aquellas sucias maniobras destinadas a someterla. De niña Eric le explicó que eso era lo que podía suceder si era capturada. Estaba preparada. Si pretendían asustarla dejándola en la oscuridad, no lo conseguirían. Olaf la encerró durante muchos días en un agujero peor que aquel solo para que aprendiera a controlar sus temores. Su lobo, solía acompañarla dando luz y calor. Solo desaparecía

cuando abrían desde el exterior. Era mejor que desconocieran hasta qué punto lo controlaba. Era mejor hacerlos creer que solo aparecía en la lucha como protector.

Sonaron voces en el exterior, seguidos de pasos, pronto levantaron la trampilla. La luz, cegadora y ardiente, le obligó a cerrar los ojos.

No se sorprendió cuando dos hombre. —zorro bajaron de un salto en su busca. Su primer impulso fue ofrecer resistencia, tras pensárselo mejor decidió dejar que pensaran que estaba derrotada, ahorrar sus escasas energías era vital. El lobo aprobó su decisión gruñendo en su mente.

Respiró profundo obligándole a quedarse inerte, procurando no delatarse por su cuerpo en tensión. Se dejó atar y amordazar, aplacando el pánico que sentía. Si se equivocaba, el mostrarse sumisa podía matarla.

No pudo evitar dejar escapar un quejido al ser cargada como un saco. La cabeza le latió de mala manera en esa postura, tanto, que acabó por enfermarse. Notó que se ponía verde y descomponía.

Entrecerró los ojos, entumecida y mareada, no tuvo fuerzas para enfrentarse a sus captores. La dejaron en el suelo, donde se derrumbó cayendo sobre sí misma, poco le importaron las risas que obtuvo por recompensa.

—Llevala a la casa. Mi señor la espera. —Sus risas socarronas eran vagamente familiares. —Así es como más le gustan.

La levantaron de un tirón obligándola a caminar a empujones. Varias veces tropezó y cayó para deleite de sus torturadores, que seguían sin liberarla de la cadena. Sangraba en las rodillas y los codos, fingió que no le importaba concentrándose en recuperar la visión.

Le costó volver a abrir los ojos y lo que vio, la sobrecogió. Allá donde miraba veía aldeanos en un estado lamentable. Estaban en los huesos, sucios y la mayoría, enfermos. La mayoría con evidencias de recibir palizas. Ragna no pudo apartar la vista de una niña de unos diez inviernos que se escondía tras el que debía ser su padre. La tunda de golpes debió ser terrible, uno de sus brazos tenía una postura antinatural como si no se lo hubieran vuelto a colocar tras ser quebrado. Sus hermosos ojos apenas se podían ver a causa de la hinchazón, ambas mejillas estaban cicatrizando de las cuchilladas recibidas, de tal manera, que parecía sonreír.

Uno de sus raptores captó su mirada de horror y le dio otro empujón que le valió otro viaje al suelo. Ragna sintió que las lágrimas le caían por las mejillas, no por miedo sino de indignación. Nadie tenía derecho a atormentar a una niña de esa manera, a ningún campesino libre, ni los esclavos merecían

ese trato. Al ver sus lágrimas los hombres rieron pero esa vez sus graznidos fueron incapaces de hacer mella en su orgullo. No sentía miedo, era impotencia.

Los más ancianos la miraban con la boca abierta, sorprendidos. Ragna imaginó que sus ropas de varón les ofendían, como tantas otras veces. Más de una vez le gritaban obscenidades por su afán de usarlas. Solo Olaf había permanecido inalterable a su decisión de vestirse así.

Empezaba a vislumbrar cuanto la había protegido Olaf y la suerte que tuvo cuando acabó en su aldea. Él le mostró que la vida humana tenía un gran valor, que la obligación de un guerrero era proteger a los suyos. Incluso, la vida de los esclavos importaba.

Ese era el motivo por lo que los pastos estaban secos y los sembrados inermes, aquellas pobres gentes no tenían fuerza ni para trabajar la tierra. Sin alimentos no tenían energías, les era imposible sacar adelante los pastos. Un círculo vicioso del que no podían salir, las palizas a las que se veían sometidos empeoraba la situación.

Se sentía descompuesta por culpa del golpe y lo que veía la atormentaba más. Sin embargo, una extraña familiaridad la embargaba. En el centro de la plaza mayor, una enorme estatua del Sköll, se alzaba, rota y sucia. Los ojos lobunos la miraban directamente. El peso de su estómago creció. El símbolo de Sköll, se hallaba tallado en la mayoría de las destartadas casas.

Caminaban hacia la gran casa con rapidez, tan solo por torturarla. Disfrutaban humillándola. No le importaba, a cada paso, los secretos de Olaf eran más reales. ¿Cuántas cosas no recordaba?

La gran casa tenía tan mal aspecto como el resto. Las maderas eran viejas, quebradizas y sucias a causa del descuido. La arrojaron al interior con fuerza, tirándola de nuevo, antes de alejarse.

Se levantó con torpeza, le ardían las rodillas, la suerte había querido que la apresaran estando vestida de guerrero y no de mujer, pues su estado aún sería mucho peor. Ese pensamiento apenas la reconfortaba. No quería pensar en Ingunn. No podía permitírselo.

La oscuridad era casi absoluta. Los rayos se filtraban por las ventanas cerradas aportando un mínimo de claridad. No podía verlos pero sabía que había varias personas dentro, podía escuchar sus respiraciones, sollozos y jadeos, hasta unas cadenas al moverse. Se sentía observada. No era la primera vez que lo vivía.

Era como si las paredes se fueran ciñendo sobre ella, el ambiente fétido y

putrefacto de la sala le revolvía el estómago. Olor a muerte. Un estremecimiento le recorrió la espalda.

Reconoció varios cuerpos que yacían acurrucados en el suelo mirándola con atención. El silencio era lo peor, nadie se movía ni decía nada, cada respiración resonaba.

Una gran figura se movió sin dejarse ver. Tan solo sus medallones relucían opacamente en la semioscuridad.

—Ragna. —Se sobresaltó cuando su némesis pateó a alguien hasta lanzarlo a sus pies.

Stymir Kraka se alzaba sobre el cuerpo de Kodran.

Estaba en manos del asesino de su hermana. La utilizaría para obtener el poder que ansiaba. Luego, la violaría y torturaría hasta matarla.

Vomitó antes de desmayarse.

CAPITULO 28

Eric observó desde la distancia como su hijo contemplaba a Rjupa con rencor. La mujer cargaba un fajo de maderas hacia su taberna sin prestarle atención. Kart llegó al anochecer con información de algunos aliados que no tardarían en unirse.

Kodran no solo apareció para contarles de la emboscada, sino también para indicarles donde la encontrarían, por lo que sus hijos iban a quedarse cerca de Ragna. El plan se complicó cuando lo capturaron. No les quedó otra alternativa que separarse y esperar que no les delatara. Kart llegó al amanecer, cuando fue substituido. Traía nuevas noticias.

Olaf no se las tomó nada bien, así que mandó una avanzadilla para preparar una emboscada. Ragna estaba encerrada en un foso, lo que significaba que estaba viva, hasta que Kraka decidiera lo contrario. Olaf estaba formando un verdadero ejército para arrasar con su enemigo. A pesar de su herida Gunnar había colaborado hasta agotarse. Estaba tan decidido como Olaf a traerla de vuelta a cualquier precio.

Kart no podía apartar los ojos de la mujer. Rjupa se veía seria y apenada desde la pelea. A Eric le entristecía pues en el fondo no quería verla sufrir.

No se dirigían la palabra, ni siquiera cuando fue herido en el incendio. Rjupa siempre había sido solícita y entregada a los demás, sino le brindó su ayuda, era porque seguía furiosa con él.

Kart debía saberlo cuando la llamó.

—Rjupa. —Parecería que se alegraba de verlo de nuevo. —Quisiera disculparme por lo sucedido...

—Está olvidado, Kart. Fue un malentendido. Ragna ya te hizo pagar con creces...

Kart la abrazó con delicadeza cuando Rjupa se puso a sollozar, incapaz de acabar la frase.

—Tranquila. Está viva, hoy mismo salimos en su busca. La traeremos de vuelta, te lo prometo.

—Lo siento. Estoy demasiado sensible. —Se disculpó con el rostro sonrojado separándose de sus brazos. Eric apretó la mano en un puño para calmar las ganas de romperle la nariz a su hijo.

—No tienes que disculparte. Han sido días muy duros... me temo que no

te he ayudado mucho. —Kart levantó la mano. —Me comporté como un animal. Merezco el castigo que Ragna me ha impuesto. Hoy marcharé en su busca, solo los dioses saben si volveré vivo. Por eso, quiero preguntarte una cosa. ¿Quieres ser mi esposa? Nadie te tratará con más respeto y más devoción que yo.

—Conozco el castigo y lo soportas bien. No merezco eso, como tampoco que sigas queriéndome como esposa. Soy una mala mujer, Kart.

—Aún así. Si vuelvo, quiero que seas mi esposa. —Eric suspiró, su hijo era tan terco como él. —No tienes que darme ahora tu respuesta.

—Yo...

Se regocijó cuando ella perdió color al pasar cerca. Se negó a mirarlos aunque estuvo atento a su respuesta.

—Lo pensaré. —La escuchó decir. —¿Quién más va a querer a una vieja desgastada como yo?

—Bien. —Kart la besó con suavidad en la mejilla y dio media vuelta.

Eric estaba convencido que lo escogería a él si no la hubiera despreciado. No podía perder a su hijo por una mujer. Saber que se sentía vieja y despreciada lo atormentaba. No estaba espiando por gusto, se dijo, Olaf lo había mandado a seguirlos. Ivar, la conciencia del grupo de la Loba, estaba tan mal que nadie esperaba que llegara al día siguiente pese a los intentos de Ingunn por mantenerlo entre los vivos. Sin Ragna y él, el resto de amigos eran animales rabiosos deseosos de buscar sangre. La mejor opción era tenerlos controlados.

Se cruzó con varios guerreros que se ataviaban para la batalla. Lucían sus medallones y broches con orgullo, decididos a morir con sus mejores galas y entrar al Valhala.

Eric odiaba quedarse con una pequeña guarnición vigilando el pueblo, pero entendía que Olaf no quisiera arriesgarse a una represalia del Elkcatcher. El nigromante no era conocido por su benevolencia. La primera avanzadilla partió al alba, la segunda saldría en breve. Estaba formada por Gunnar y los Gerhardsen que lo apoyaban, así como por los proscritos que le juraron lealtad. Jon, Ketill y Kart también partirían. Olaf y el peso de su ejército, incluyendo a sus aliados, serían los últimos.

Ivar no los acompañaría esta vez. Ni siquiera la poderosa hechicería de Ingunn lo despertaba de su letargo, si no lo hacía pronto, moriría de inanición. A veces casi parecía querer abrir los ojos y volver al reino de los vivos. Ingunn esperaba que sobreviviera dos noches más, deseosa de intentar un nuevo ritual

en la luna llena.

Sus hijos exigían venganza.

Como Kart estaba cerca de la gran casa, le observó desde la distancia. En los últimos días el ambiente se había tornado hostil, la mayoría de invitados brindaron su ayuda. No se atrevían a desafiar a Olaf estando tan furioso. El pueblo parecía desierto y silencioso. La seriedad de los habitantes daba un aspecto fúnebre al lugar. Exigían a Olaf justicia. Querían de vuelta a la descarada Loba del clan.

Observó a Ketill acercándose a Geirhildr con una sonrisa. La curiosidad pudo más que la cautela cuando se acercó.

—¡Puede parecerte muy divertido pero es una broma de mal gusto! —Voceaba la mujer. —Si quieres reírte de mi hermano se un hombre. No me metas a mí por medio. No pienses que vas a usarme en esto.

—¿Reírme de Onund? Estás loca. Solo te he dicho que... —Ketill parecía estupefacto aunque empezaba a enfurecerse.

—¡No te atrevas a repetirlo! O sabrás quien soy. —Bramó ella antes de salir corriendo con el rostro encarnado, a punto de llorar.

Sus hijos contemplaron su retirada ignominiosa, Geirhildr no era conocida por rendirse ante ningún varón.

—¿Se puede saber que le has dicho? —Quiso saber Kart.

—Que nos vamos a casar en cuanto vuelva.

—¿Por qué?

—Bueno, ya es hora. No quiero irme de este mundo sin dejar un par de gemelos que atormenten a nuestro padre. Me afanaré en volver si sé que tengo una hembra que me espera. —Eric los conocía lo suficiente para saber que pensaban en Ivar. —Siempre nos llevamos bien a pesar de meterme con Onund. Creí que me agradecería... vamos, acaba de enviudar y sabemos que su marido nunca estaba aquí. Pensé que le complacería mi proposición.

—Pensabas utilizar su debilidad para hacerte el héroe, ¿eh? —Contestó Kart. —Parece que pensamos igual.

—Entonces, ¿tú...?

—Sí.

—¿Que ha dicho?

—Se lo pensará. Me dará una respuesta cuando volvamos. Será mejor que busquemos a Gunnar y nos ponga al día o nuestra Loba Blanca nos volverá a patear el culo por tardar tanto en rescatarla.

Se dirigieron al interior de la gran casa. Eric iba a seguirlos cuando

escuchó la voz de Thorvarld siseando en voz baja. Frenó en seco, era imposible que sobreviviera. Sus oídos no le engañaban, maldito vivía y se atrevía a entrar en el poblado. Inspiró con fuerza para controlarse, la furia no serviría de nada si quería descubrir con quién hablaba, luego, los mataría.

—No seas idiota. Esto no tiene porque quedarse así, aún podemos sacar provecho de la situación. —Decía con suavidad. —No saben que estoy vivo, que he sanado.

—¿Según tú que podemos sacar? —Se tensó cuando escuchó a Gunnar usando el mismo tono que su padre.

—Deshacednos de Durs, quedarte con la muchacha si es que está viva, al menos un tiempo y apropiarnos del clan después de matarla. —Contestó Thorvarld. —Están demasiado ocupados con Kraka y el nigromante, son presa fácil.

Eric posó la mano sobre su espada. Acabaría con esas dos ratas miserables.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Me lo debes. Me traicionaste, pusiste al clan en mi contra...

—Eso lo hiciste tú solo con tus acciones. —Respondió Gunnar.

—¡Maldito seas! —Thorvarld levantó la voz. —¿Acaso pretendes dejarlo así? ¡Los Durs son débiles y podemos quedarnos con Rindal! ¿O vas a dejar que esa esclava se quede con estas tierras tan prosperas?

—Escúchame bien porque no pienso repetirlo. —Gunnar habló con rencor y sin disimular su ira. —Tú fuiste quién me repudió. No te debo nada. Ni ahora ni nunca. Con mi lealtad y mi brazo, he pagado con creces que me reconocieras como hijo. Tú fuiste quién ensució nuestro nombre y honor con tu traición. Depende de nuestro pueblo que te acepten, no de mí. El que debe hacerles olvidar que actuaste mal en lugar de vencer a Ragna en una pelea justa. La atacaste por la espalda en lugar de retarla como la Skjaldmö que es. No te atrevas a pensar que son débiles, ¿acaso no te has dado cuenta que con señor o sin él, no van a rendirse? Puede que tu palabra no valga nada pero la mía aún tiene algún valor. Voy a ayudarles en lo que pueda. Vuelve al poblado y ponle precio a mi cabeza si quieres. Sal de aquí antes que de la voz de alarma.

—¡Lo que quieres es quedártelo para ti! ¡Por eso los pusiste en mi contra! Quieres el liderazgo de mi pueblo y el de Durs ¡por eso quieres ganarte la confianza de Olaf! —Gritó Thorvarld furioso. —¡Quieres quitarme de en medio!

Eric podía sentir la tensión de Gunnar, la indignación de su padre. Ojalá no lo matara, a Olaf le sentaría muy bien encargarse de ese hostigador.

—No pongas en mi boca tus propias intenciones. No soy como tú, nunca lo he sido y ya me he cansado de fingir lo que no soy. Obtener tu aprobación ha sido un imposible. Solo me he vuelto un ser tan amargado como tú. Olvídate que existo. Me repudiaste ¿Recuerdas? Tienes veinte pasos de ventaja antes que de la alarma. Olaf irá a por ti y a por quién te haya salvado. Si te has aliado con el nigromante para escapar de la muerte, seré yo mismo quién se ocupe de que tu sangre bañe el bosque. Uno, dos...

CAPITULO 29

El mundo de Ragna daba vueltas, no solo por el mal estar sino por lo que veía.

La masa sanguinolenta que yacía a sus pies no era otro que Kodran. El conspirador. Parecía estar moribundo, con su último aliento susurró su nombre. Las risas crueles aún resonaban en el aire, su torturador esperaba, le dejaba tiempo para que contemplara su obra.

Si quería aterrorizarla, lo estaba consiguiendo.

Kodran era, en parte, responsable de lo sucedido. Era un traidor, aunque quería matarlo ella misma, no esperaba que su propio cómplice acabara con él de esa manera tan brutal.

Se limpió la boca con el antebrazo antes de incorporarse, no quería que su captor la humillara todavía más. A medida que recuperaba la compostura sus risas socarronas la increpaban a levantarse, su orgullo no le permitía rendirse.

Con lentitud se acercó al hombre que yacía a sus pies, sin saber qué hacer, si socorrerlo o rematarlo. Por desgracia, estando atada poco más pudo hacer aparte de contemplarlo.

—Ese imbécil fue en busca de tus compañeros cuando te vio en problemas. —La voz venenosa surgía de la oscuridad, su carcelero seguía sin mostrarse por completo. —Cuando te raptaron siguió tu rastro hasta el foso dónde estabas. ¿No podía permitir que siguiera respirando, verdad? Creí que te gustaría verle.

Kraka se reía de su propia crueldad, como si fuera tremendamente divertido.

Ragna, mordiéndose el labio miró a la oscuridad. ¿Kodran inocente? ¿No era cómplice? ¿Había intentado ayudarla? ¿Por qué?

—¿Acaso el miedo te impide hablar? —Se mofó Stymir mostrándose.

—¿Qué... quieres qué diga? —Se sintió orgullosa que no le temblara demasiado la voz.

—Durs te ha tenido bien protegida estos años, tus idas y venidas en los Drakkars me han despistado. De vez en cuando se oía hablar de una joven de cabello casi blanco de muy mal carácter y seguía la pista, pocas veces llegaban rumores de tu lobo. Ocultas tu color bajo la mugre...

Se negó a contestar o a mirar el suelo. Estaba delante del asesino de Arndis y se sentía incapaz de vengarla. Maniatada, cansada y sin armas no podría oponer resistencia. La oscuridad de la habitación la oprimía, el desprecio del hombre la despojaba de su confianza, de su valor. El dolor de su labio la hizo dejar de masticárselo. El asesino estaría preparado para defenderse de su lobo. ¿Sabría que ahora lo controlaba?

—Era cuestión de tiempo que te atrapara. Durs no podía protegerte para siempre. Decidí eliminarlo de una vez pero llegaste a tiempo para salvar a su pueblo de Finnbogí. Tuviste mucha suerte. —Paseaba de un lado a otro sin quitarle la vista de encima. —Hallbera nos proporcionó una información muy valiosa. Será bien recompensada.

Era como mirar a una serpiente, Ragna no podía dejar de observarle, sabía que tarde o temprano atacaría, moral y físicamente, para herirla de muerte. Se aferró a la idea de cómo haría pagar a esa perra traidora de Hallbera. Era ella quién merecía el peor de los castigos, no su hijo. Qué equivocada había estado.

—Estuve a punto de atraparte un par de veces en tu propio pueblo. Thorall incluso lo incendió cuando llegaste. Como sabes, no sirvió de nada, ni te cogimos ni destruimos Rindal. Cuando haya acabado contigo mataré a tu protector por haberme impedido apresarte antes. Arrasaré ese maldito clan que tantos problemas me ha dado.

Esa amenaza le agitó el corazón. No podía permitir que Stymir arrasara su hogar. Olaf no la había educado para ser una cobarde.

—¿Por qué?

—Las runas han hablado. Anuncian tu regreso. Los aldeanos tienen esperanzas de liberarse. Es hora de que las pierdan. Hablan de la Loba que vendrá a salvar a los suyos, no será así. Vas a conseguirme el amuleto después de casarnos.

No supo que decir. Las runas sabían mucho mejor que ella misma los planes que nunca había acabado de trazar. Jamás pensó en nada más allá de la venganza. Su hogar estaba con los Durs y allí siempre quiso residir... si sobrevivía.

—Pagarás muy caro tu descaro, acabaré con los que hayas compartido tu vida. Vuelves a ser mía. Vas a arrepentirte de haberme costado tanto tiempo y esfuerzo. Cuando me consigas el amuleto seré invencible.

Las enseñanzas de Olaf le impedían rendirse pese a que el desasosiego rezumaba con cada respiración. Sería torturada, violada y vilipendiada. No

solo arrasaría a los que amaba sino que su instinto le decía que tendría que engendrar los hijos de aquel bastardo.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que te he hecho? —Fingió asombro cuando lo vio acercarse.

—¿Acaso no me reconoces? ¿No sabes quién soy? —La cogió del pelo con brusquedad.

—No. No te recuerdo. —Se mostró sumisa. No tuvo que fingir las lágrimas de sus ojos, la estaba lastimando de verdad. —Perdí la memoria de niña.

—Lo sé, perra. La última vez que estuviste conmigo la recuperaste.

—Hay cosas que he olvidado de antes y después de eso. En los últimos año cuando recordaba una cosa, olvidaba otra. —Gruesas lagrimas surcaban su sucio rostro.

Stymir la lanzó al suelo con desprecio. Comenzó a caminar de un lado a otro sin dejar de mirarla. No sabía si el hombre llegaría a creerse esa verdad a medias. No podía controlar los temblores de su cuerpo, el golpe de la cabeza le latía con fuerza.

Habituándose a la oscuridad lo seguía sin quitarle la vista de encima. No se sorprendió encontrarse varias jóvenes encadenadas, tiradas en el suelo, la mayoría estaban hechas un ovillo, temblando ante los gritos de su cruel señor. No se demoró en sus maltrechos cuerpos ni en sus rostros desfigurados. Controló con determinación el lobo que pugnaba por salir cuando una de ellas gimió cuando él pasó a su lado. Stymir no se lo tomó muy bien, la pateó con saña, desahogando su mal humor. El sabor a sangre le inundó la boca cuando se reabrió la vieja cicatriz al morderse con fuerza.

Ragna dio un respingo cuando Kodran la tocó en el tobillo. La miró con el rostro desfigurado hablando con mucho esfuerzo.

—Resiste. Gemelos... avisé... tu aquí. —Sin más, cerró los ojos y murió. —Olaf vendrá...

Dejó de mirarlo, no quería que Kraka le arrebatara su última esperanza. Debía ganar tiempo hasta que llegaran sus amigos. Sabía el coste a pagar por fingir. Entonces había sido una niña; ahora ya era una mujer, una guerrera. Solo tenía una oportunidad de sobrevivir y tendría que apañárselas como fuera hasta que llegara Olaf o encontrar la oportunidad de enfrentarse en igualdad de condiciones.

Kraka se separó por fin de su víctima cuando ésta dejó de respirar e inspiró. Ragna oró por la muchacha que yacía desmadejada en el suelo. Las

otras jóvenes suspiraron, envidiando la libertad de su compañera tras la muerte.

—Tú te lo buscaste, zorra. —Stymir le escupió.

Respiraba con dificultad. Los años, los excesos, el uso de hechizos nigromantes y las batallas no lo habían tratado bien. Se veía viejo, enfermizo, eso lo hacía todavía más peligroso. Ya no tenía nada que perder.

—Voy a descubrir si me mientes, Ragna. Si es cierto que has vuelto a olvidarme... pronto rogarás no haberlo hecho. —Le prometió antes de darle un puñetazo en la cara y dejarla inconsciente.

Un grito de horror la despertó. La oscuridad la sofocaba. No sabía cuántos días habían transcurrido desde que la arrojaron a los pies de Stymir. Solo la seguridad que Olaf la encontraría era lo que la mantenía cuerda.

Le costaba distinguir el día y la noche, seguía encerrada en una cabaña aparte para que no hablara con nadie. No iba a permitir que la rompieran. Su nueva celda era tan oscura como el resto de habitáculos de la aldea. Stymir parecía disfrutar sometiéndolas a la penumbra y a la suciedad. Era reconfortante abrir los ojos y encontrarse a su lobo.

Se veía privada de la luz, comía y bebía una vez por jornada, nunca la cantidad suficiente para saciarla. Kraka le cortó el pelo tras la primera paliza, le quedaban cuatro mechones desmañados y ensangrentados.

Se dedicaba a vejlarla sin importar la hora o el lugar. Ragna era consciente que acabaría por enloquecer tarde o temprano. No se conformaba con las patadas y los puñetazos, se divertía dándole cuchillazos superficiales con intención de lastimarla, le excitaba verla sangrar. Tenía experiencia en herir sin provocar lesiones permanentes hasta que decidía hacerlo de verdad. Entonces la convertía en un monstruo. Sus amenazas la obligaban a frenar la sed de sangre de su lobo, al que juraba no controlar y que aparecía en contadas ocasiones. Kraka nunca estaba solo, solía rodearse de hombre. — toro, grandes y fieros. Thorall la vigilaba para que no lo liberara, no se apartaba de su lado; por su cerúleo aspecto, el nigromante era el responsable de que siguiera caminando entre los vivos. La matarían antes que el lobo alcanzara el cuello de Stymir. Debía esperar a que estuviera a su alcance. No le importaba morir con tal de acabar con ese monstruo.

Le recordaba a diario que la violaría cuando recuperara la memoria, se esforzaba en arrebatarle cualquier atisbo de resistencia o esperanza. Le gustaba verla llorar y suplicar, entonces es cuando la dejaba tranquila un rato, por lo que le daba el gusto para lograr un poco de paz. Luego la arrojaban a su celda, donde se enroscaba en un ovillo despreciándose a sí misma. No siempre sus lágrimas y ruegos eran fingidos.

La forzaba a verlo masturbarse, la toqueteaba con brutalidad. No, él no la penetraba, sus esqueléticos dedos sí, así como la empuñadura de su sucia espada. No la violaba con su cuerpo pero encontraba obscenas y dolorosas

maneras de hacerlo. Procuraba no pensar en eso o caía presa de la desesperación y el sufrimiento. Thorall solía ser el único espectador, seguía disfrutando con aquellas escenas, sus guardaespaldas miraban hacia otro lado cuando se resistía y la sostenían por la fuerza. Los mataría sin piedad ni remordimiento.

Nunca entendió porque Olaf insistía que aprendiera a alejarse del dolor corporal, a desentenderse de su condición femenina, ahora se lo agradecía. Sobreviviría, era mucho más que su cuerpo. Aunque tendría pesadillas hasta el día de su muerte.

No podría fingirse desmemoriada para siempre, lo sabía. Acabaría traicionándose y entonces, empeorarían los castigos. Estaba preparada para la violación, siempre supo que ser mujer conllevaba ese riesgo. Por eso decidió ser una Skjaldmö, ser una guerrera le brindaba una muerte más honrosa. Le atormentaba más que le desfiguraría el rostro, algo con lo que se recreaba a menudo. Maldita fuera Ingunn y sus lisonjas.

Solía presenciar las torturas de las otras chicas, estando atada no podía hacer nada por más que su honor clamara sangre y venganza. Encadenadas y lastimadas se arrastraban a por las sobras que Stymir les arrojaba con desprecio. Casi cada noche disfrutaba viéndolas pelear entre si por unas migajas.

Thorall no tardaría en arrastrarla para su espectáculo nocturno. Su lobo, etéreo y brillante, se acercó a la puerta, olfateando la rendija del suelo. Le costó localizarlo, su ojo izquierdo estaba tan hinchado y amoratado que le costaba abrirlo. La idea que Olaf nunca la encontraría empezaba a torturarla. Dependía de ella el acabar con Kraka, debía escapar.

Entre sus harapientas ropas ocultaba un pedazo de porcelana para cortar las sogas que la sujetaban a la pared. El agotamiento se lo impedía. Pasaba las noches alejando a las ratas y las famélicas hadas dentadas de la zona. Cada ser de ese maldito pueblo parecía estar hambriento y desesperado.

Le costaba mover las manos, las tenía hinchadas de tenerlas tanto tiempo atadas, por no hablar de los moratones y los cortes. Cada uno de sus músculos y huesos habían sido golpeados. Los peor parados eran sus brazos, ya que siempre estaba maniatada.

Ya nunca las liberaba, ni siquiera cuando las violaba o desfiguraba, como hacía antaño. Pese a su debilidad física, su afán por torturar era aún mayor que años atrás. Con frecuencia Kraka hacía rituales de sangre para mantenerse entre los vivos, su trato con Elkcatcher se cobraba un alto precio.

Pensaba aprovechar ese conocimiento en su contra. Elkcatcher se alimentaba de la energía vital de los que le rodeaban, los consumía hasta dejarlos secos y, solo si eran útiles, los revivía. Aunque no estaban vivos del todo, eran simples marionetas en manos de su señor. Pese al desprecio evidente que Kraka sentía por Elkcatcher, también sentía veneración. Era casi como si necesitara una aprobación y reconocimiento que no conseguía.

Quería demostrarle que no era una loba, sino una simple perra domesticada. Mientras que sus compañeras de fatigas estaban encadenadas por un tobillo, ella era arrastrada de un lado a otro con una soga. Se equivocaba, era la Loba Blanca del clan Durs y tarde o temprano le tocaría demostrarlo. ¿Dónde estaba su orgullo y su mal carácter? ¿Y su fuerza?

A diario, Stymir la obligaba a abrir las puertas de la cueva donde creía que se ocultaba la reliquia. Ni su sangre ni su presencia, abrían las puertas como él esperaba. Ragna, agradecía esa clemencia por más palizas que eso le costara. No se permitía liberar al lobo no fuera a ser la llave necesaria para abrir los enormes portones de roca ocultos en la montaña que custodiaba el pueblo. Lo que albergara en su interior, era inmune a la magia o a los intentos humanos de romper la piedra a base de pico y cincel.

Que Kraka obtuviera ese poder, era lo último que necesitaba ese pueblo. La esperanza del regreso de su Loba, aunque no fuera ella, los mantenía vivos. Stymir eludía la muerte gracias a los rituales aprendidos del nigromante, aunque era evidente que cada día se consumía más. Estaba desesperado por conseguir el poder que podría liberarlo de las garras de Hela. Se moría. Por eso propició el rapto de Olaf y el de ella misma, estaba desesperado por encontrar la manera de seguir vivo lejos de las garras de Elkcatcher.

Los hilos de la cuerda se deshilachaban mientras se sumergía en sus turbios pensamientos, un poco más y estaría libre. Por los gritos cada vez más suaves del exterior no tardarían en ir en su busca. Aquel bastardo solía dejarla para el final, como si fuera un juguete que no quisiera romper todavía.

Escuchó los pasos amortiguados que se acercaban a la choza.

—Maldición, llegan demasiado pronto.

Tan rápido como pudo escondió entre sus ropas su arma improvisada, con la esperanza de tener otra oportunidad más tarde. Su protector desapareció tras un gruñido amenazador. No estaba nada contento manteniéndose oculto. Ragna no estaba preparada para que lo vieran los aldeanos, eso la convertía en la salvadora que esperaban.

Estiraron de la cuerda sin contemplaciones arrastrándola hasta el

exterior. Los aldeanos más valientes la miraban impotentes, a ninguno le quedaba el valor suficiente para ayudarla.

Acostumbrada a ese trato, se incorporó con la mayor dignidad que le permitió el agotamiento. Reservaba sus fuerzas con muchísimo celo. Conocedora de sus crueles juegos se quedó sentada donde estaba, en especial cuando vio a Stymir aproximándose con muy mal talante. Supo que las noticias que le traía ese malnacido le darían problemas. A pesar del esmero con el Kraka se había vestido ese día.

Iba ataviado con un pantalón largo muy holgado por encima de los calzones de lana. Cubría su pecho con una camisa amplia que llega hasta medio muslo, lo entallaba con un cinturón de piel. Sus botas, de cuero ingeniosamente doblado, reforzadas con cordones enrollados alrededor del tobillo, arrancaban miradas de envidia entre los mugrientos campesinos. Ragna reparó en la capa que llevaba por encima de la camisa, fijada por encima del hombro derecho por un enorme broche de oro labrado, más grande que su puño. Las intrincadas runas del broche casi resplandecían a la par que su lobo gruñía. Ragna casi podía oler el poder que latía en su interior.

Stymir Kraka vestía como un Jarl, mostrando una rica vestimenta que no le aportaba la importancia que quería aparentar y que estaba lejos de poseer. Su aspecto destacaba aún más la pobreza de sus siervos, e incluso, su propia enfermedad.

—Durs se ha movilizado. Eso significa que se te ha acabado el tiempo zorra, ya recuperarás la memoria más adelante. —Le dijo arrastrándola de la soga, con intención de someterla ante su público. —Vamos a casarnos.

No tuvo tiempo de resistirse antes de verse remolcada, cuando de la multitud salió una mujer, de aspecto demacrado, que comenzó a gritar. La recordó al instante, a pesar de los años seguía fresca en su memoria. Quiso negar al recuerdo, aunque eso significara que Olaf tenía razón sobre quién era, pero no podía seguir mintiéndose.

—¡Es ella! ¡Es ella! Mirad su pelo. La sangre de Ragnar corre por su venas. —Gritó la anciana. —Las runas no se equivocaron. ¡El gran Lobo nos la ha devuelto!

Stymir se detuvo en seco mirándola con odio. Solo la superstición le impedía matar a la anciana de las runas que aparecía y desaparecía a lo largo de los inviernos.

Era hora de luchar o de conformarse con ser un despojo el resto de sus días. No podía esperar más a Olaf.

Superaría las humillaciones, los toqueteos, las masturbaciones en su presencia y las privaciones. No estaba tan convencida de lograrlo con la violación o si le desfiguraban el rostro como a las otras. Maldijo su coquetería de mujer y a Ingunn.

Era una Skjaldmö, una doncella guerrera, con promesas que cumplir. Su juramento se basaba en que lucharía hasta el fin.

—Sí. Es vuestra Loba y es mía. No es como esperabais, ¿verdad? Es como el resto de mujeres: débil y cobarde. —Ragna aprovechó para sacar el trozo de cerámica y terminar de liberarse. —Han pasado muchos años desde que huyó. —Prosiguió Stymir. —No ha vuelto por vosotros...

—¡Claro que huyó! ¡Asesinaste a Arndis! —Interrumpió Ellisif, la anciana de las runas, provocando un susurro de asentimiento colectivo. —Era una niña, no podía hacer otra cosa.

—Quizá. He tenido que arrastrarla hasta aquí. —Stymir estaba furioso. —Pagarás por esto, vieja...

Ragna consiguió liberarse, casi lloró de alivio al notar que las últimas fibras caían.

—De hecho, venía en tu busca, cuando me raptaste. —Dijo con desprecio, fingiendo que seguía maniatada se levantó como pudo.

—¿Qué? —Su rostro poseía un punto de locura que antes no estaba.

—¿Acaso crees que he estado ociosa estos años? —Se sentía fuerte de nuevo al tener las manos libres. Tenía la opción de luchar. Las noticias de su padre le devolvían el coraje. Ya se encargaría después de los mercenarios que seguían las órdenes de Stymir. No liberaría a su lobo hasta estar segura que eso no beneficiaría a Stymir.

—¿Has fingido estos días? ¿Sabes que eres hija de Haardrard?

—¿Hija de quién? —El corazón de Ragna martilleó con fuerza. Olaf tenía razón. Obsesionada por vengar a su hermana incluso había olvidado a su pueblo. Su legado. Era consciente de los ánimos derrotados de los aldeanos, no soportaría sus miradas de odio. ¿Por qué no podía aceptarlo? ¿Por qué no se encaró a Olaf para que se lo confirmara? Porque era una cobarde. —No se quién crees que es mi verdadero padre, ni yo misma lo recuerdo. Me declaré Skjaldmö tras nuestro primer encuentro, deseaba vengarme por lo que nos hiciste en esa cabaña. Recordaba a mi hermana y su asesinato. Esa fue la causa por la que me entrenara estos años. No recordaba tu rostro, solo mi promesa de eliminarte. Conocía tu nombre pero no donde encontrarte ni como derrotarte. Olvidé que me buscabas para abrir las puertas del templo de Sköll.

Desconocía que mi padre fuera Haardrard, si es que dices la verdad. Aun no volvieron todos mis recuerdos.

—No eres más que una perra mentirosa, no creo que hayas olvidado nada de nada. —Le contradijo adelantando un paso.

—El que mientes eres tú. Cuando me capturaste de niña había olvidado mi pasado, lo sabes. No fui esclava por gusto... —Intentó mover los brazos con suavidad en un vano intento de aliviar la tirantez de sus músculos. No tardaría en perder la paciencia y terminaría por atacarla. —Me obligaste a recordar aquella vez, es cierto, pero aún hoy, hay cosas que no han vuelto a mi memoria.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así, zorra? —Gritó. —Esta vez Olaf Durs no te va a salvar.

—¿Seguro? —Sonrió con torpeza al decirlo, haciendo sangrar sus labios. Había notado el miedo, el reconocimiento que suscitaba su padre adoptivo al ser nombrado y pensaba aprovecharlo. —¿No te ha dicho Hallbera que acababa de nombrarme su hija y sucesora? ¿Acaso tu decrepita espía no te informó que mi padre tiene un ejército preparado para acabar contigo? ¿O que no me permitió encontrarte por temor a que mataras a mi madre hasta que consiguió los aliados suficientes para enfrentarse a ti y a tu mentor?

—¡Maldita seas! —Se lanzó contra ella con el puño en alto. —¡Acabaré contigo y con ese desgraciado! ¡La reliquia de Sköll es mía! ¡Libera el lobo de la cabaña para que se abran las puertas del templo! ¡Ahora! ¡Te vi sacarlo en aquella maldita cabaña! ¡Lo sacaste para matar a Finnbogí!

Stymir le encajó un puñetazo en la mandíbula que casi le abatió. Por instinto atacó con el trozo de cerámica, que aún tenía entre los dedos, cortándole muy cerca del ojo.

Un odio antiguo y visceral le daba fuerzas para enfrentarse a su enemigo acérrimo. Con sorprendente agilidad, se separó y empezó a moverse de un lado a otro, ignorando el temblor de sus piernas. No abandonaría a un pueblo que había dejado desamparado tanto tiempo. Nunca más dudaría de Olaf.

—¡Como te atreves! —Voceó tocándose el rostro. La sangre se escurrió entre sus dedos, la herida era profunda e irregular.

—¿Qué se siente al probar tu propia medicina? —Quería derrotarlo de la misma manera que a Thorvarld.

—No saldrás de aquí con vida. Iba a desposarte, a arrancarte unos cuantos descendientes que calmaran a estos inútiles campesinos y a Elkcatcher. He cambiado de opinión. En cuanto estés a punto de morir esa

bestia saldrá a protegerte. La montaña lo reconocerá, abrirá sus puertas tendré acceso a la reliquia. El poder de Sköll me ayudará a destruir a mis enemigos. El ejército de Olaf será barrido de un plumazo.

La atacó con un derechazo con el que pretendía derribarla y que esquivó a tiempo. Lanzó una patada a sus rodillas para hacerlo tropezar. Se distrajo con los fervientes gritos de los seguidores del asesino que se replegaban para ver mejor, por lo que recibió un golpe en el estómago que la dejó sin aire.

Pese su apariencia enfermiza, Stymir era ágil y fuerte. El broche de su capa empezó a emitir un destello rojizo. Ragna evitó como pudo la lluvia de ataques, aprovechando cada ocasión para arremeter, con intención de desprenderle la joya. Debía ser obra de Elkcatcher, su energía residía en su interior, podría vencerlo si se lo arrebatara.

Olaf quiso que supiera defenderse sin armas, por eso pudo partirle el labio y proporcionar un hermoso ojo hinchado a su enemigo igualando la balanza.

Kraka luchaba como un auténtico berserker. Era una fiera enfurecida inmune al dolor que no cejaba en su ataque incesante. El olor a podredumbre aumentaba a medida que utilizaba el poder del broche, que latía al ritmo de un corazón.

Los vítores de sus secuaces acallaban los valientes aldeanos que gemían cuando era alcanzada. El odio permitía a Ragna ignorar el dolor y el agotamiento.

Era el asesino de Arndis. El hombre que infringía un destino similar a las mujeres que tuvieran la desdicha de cruzarse en su camino. Vengaría a su hermana y al resto o perecería en el intento. El guerrero la apresó entre sus brazos. Si debía morir, se llevaría a ese bastardo por delante.

Con un fuerte rodillazo en su entrepierna se liberó, poniéndose lejos de su alcance. Al escuchar los suaves gritos de ánimo supo que no podía rendirse. Eran la gente de su verdadero padre, su propio pueblo. Ahora que lo sabía, no podía abandonarlos a su suerte.

El asesino respiraba con dificultad, al subestimar su resistencia, recibió un buen rodillazo en los genitales.

—No vas a vencerme. De una forma u otra acabarás muerta.

—Si tengo que morir hoy, será liberando a éste pueblo de tu presencia.

—Contestó secamente, volvían a rodearla al igual que con Finnbogí.

—No vas a arrebatarme lo que es mío. —Hablaban con voz ronca a la vez que se sujetaba la entrepierna —Ni siquiera ellas me frenaron y murieron bajo

mi espada.

—No es tuyo... —Ironizó Ragna, sin entender el murmullo final. —No eres el dueño legítimo de estas tierras. No eres su Jarl.

—Lo sería si...

—¿Reclamado las tierras? —Interpretó mal sus palabras a propósito. —¿Acaso me lo hubieras permitido de saber quién soy en realidad?

—¡Nunca! —Bramó enderezándose como un resorte.

—Estuve alejada de mi hogar sin saberlo y no ha servido de nada. No envilecerás más la tierra de mis ancestros. No voy a rendirme. No se si estás en lo cierto, si Haardrard es mi padre. Lo que si se, es que mi dios es el mismo que protege los alféizares de sus puertas. ¡Por Sköll!

Tras sus palabras, se desató el caos.

CAPITULO 30

—¡Nos atacan! ¡Nos atacan!

El grito detuvo en seco el ataque de Stymir. Su furia se esfumó, transformándose en el líder autocrático y cruel que lo había convertido en alguien tan peligroso.

—¡Encerradla!

Una lluvia de flechas cayó del cielo, hiriendo a aquel que encontrara a su paso. Los aldeanos despavoridos huían tropezándose con los mercenarios.

—¡Encerradla ya!

Ragna intentó enfrentarse cuando cuatro fornidos hombre. —toro se le abalanzaron. Mordió, pateó e hirió sin alterar su determinación. Ella quería liberarse, ellos someterla.

Ninguno consiguió su cometido.

Demasiado cansada para enfrentarse a su fuerza bruta acabó por sucumbir cuando la cogieron del cuello con sus manazas hasta casi asfixiarla. Semiinconsciente la arrojaron al interior de la choza para defenderse del asedio.

Encerrada en la pestilente oscuridad, recobró la consciencia. Aturdida y mareada luchó por recuperarse. Cada golpe, cada grito que escuchaba, la animaba a resistir, a levantarse. Estaban siendo atacados, aunque Olaf estuviera demasiado lejos para ser el autor de la matanza, agradecía fuera a quién fuera la oportunidad que eso le brindaba.

El clamor de la batalla la ensordecía. No tardó en percibir el olor a sangre y muerte. A tientas buscó la puerta, no volverían a cometer el error de encerrarla sin estar maniatada. Era su única oportunidad. Empujó, tiró y golpeó; nada de lo que hizo sirvió. La puerta estaba cerrada desde fuera.

Se le erizó el pelo de la nuca al escuchar que algo se arrastraba por el interior de la choza.

Algo grande.

Ragna reaccionó al oír la respiración pesada de un hombre. Buscó a tientas un arma con la que defenderse, sin hallar nada consistente con lo que dañar.

Se quedó quieta para no ser localizada en la oscuridad. Escuchaba el resuello del individuo que la buscaba. Nadie que no tuviera malas intenciones

entraría de aquella manera. Se preguntó cuándo y por donde habría entrado, llevaba días encerrada sin encontrar la más mínima vía de escape.

Un respingo involuntario, delató su posición, al escucharse un grito agonizante cerca de la choza.

—Ragna. —Un susurro entrecortado de varón la llamó.

No se dejó engañar por su tono apremiante, se desplazó, lo más lejos posible.

—Ragna. Soy yo, Harald.

—¿Harald? —Repitió Ragna buscándolo con su único ojo sano. —¿Eres tú?

—Sí, sí, soy yo. Vamos. —Le apremió.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabías donde estaba? —Tanteó en la oscuridad hasta encontrar el fornido brazo de su amigo.

—He venido a buscarte. —Le dijo triturándola en un abrazo posesivo que la incomodó. —Olaf sabía dónde encontrarte, no quería que viniera pero aquí estoy.

—¿Qué? No entiendo. —Se sentía aturdida, tanto por las palabras como por su abrazo. —¿Olaf te prohibió que vinieras?

—Sí. Me dijo que lo olvidara. Que tú solo aceptarías la ayuda de Gerhardsen porque lo aceptaste en su nombre. Que no me querías, que volverías a negarte a ser mi esposa.

Las explicaciones de Harald la enfurecieron. Su actitud infantil le asqueó por su egoísmo, él sabía que lo quería como a un hermano. La de su padre, le emocionaba, ya le había demostrado con creces que siempre la cuidaba. Estaba segura que tendría buenos motivos para prohibirle buscarla, como por ejemplo esa actitud posesiva.

—¿Entonces qué haces aquí?

—He venido a salvarte, vamos. —Le susurró estirando de su brazo. — Hay un túnel que nos llevará al exterior. Con el caos que hay montado huiremos sin ser vistos. Tengo todo listo para casarnos en cuanto estemos a salvo.

—¿Casarnos? —Se soltó de su amigo de un tirón.

—Sí, claro. Sabes que te quiero por esposa. —Le aseguró —Tienes que olvidarte de esta tontería. Ya has visto de lo que es capaz ese hombre y no merece la pena. Mientras el nigromante lo proteja es mejor quitarse de su camino. Nos escaparemos y nos casaremos, viviremos en las tierras de Durs. Con eso nos bastará. No me importa si te violó o si llevas su simiente...

—Yo no... —No encontraba las palabras que buscaba y él se lo tomó como gratitud.

—Olvidalo. Eres una mujer, estás hecha para tener hijos. Eres demasiado hermosa para dejarte matar o desfigurar por un estúpido juramento. En cuanto nos casemos olvidarás esas tonterías, ¿me oyes? Te he dado tiempo para que te acostumbres a la idea. —Harald volvía a subir la voz.

—¿Qué lo olvide? —La ira la embargaba. —¿Pretendes que deje esta humillación así? ¿Vas a vengarme tú? ¿Qué pasa con sus víctimas?

—¿Estás desequilibrada? No conviene enemistarse con Kraka, es demasiado poderoso y está tan loco como su protector. Cuando sea un gran señor entonces puede... No. —Contestó consternado. —Que lo haga Gunnar, como ya no es un sucesor, que se ocupe él y se quede con estas tierras baldías. Le vendrá bien la gloria y la fama. Ahora que eres heredera viviremos bien con las tierras de Durs.

—¿Gerhardsen está ahí fuera? —El tono asombrado de Ragna acalló el discurso que su amigo tenía preparado.

—Sí. Es la avanzadilla de Olaf. Debemos escapar ahora o se opondrá a nuestro matrimonio. Siempre te he cuidado, ya lo sabes. Tengo el mejor regalo de bodas para que Olaf me acepte, no podrá negarse. Mi tío tiene a la sobrina de Ingunn, estoy convenciéndolo para que os la devuelva. Ingunn no es la última hija de Máni.

—¿Qué tenéis a la niña? ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Siempre la tuvisteis vosotros? ¿Por eso no la encontrábamos?

—Quería que fuera una sorpresa, entregártela después de la boda. —La respuesta sonó socarrona e infantil. —Así Olaf estaría en deuda y me aceptaría. Podríamos vivir en tus tierras.

—Las tierras de Olaf, son mías *solo* si faltan ambos, de nadie más... y no voy a casarme contigo. Te lo dije antes y te lo repito ahora. —Murmuró con imperiosa suavidad. —Esa niña es familia de Ingunn, no vas a negociar con la sucesora de su linaje. Es la hija...

—Vamos, Ragna, yo te quiero... —Intentó silenciarla con un beso del que ella rehuyó.

—¿Más que a mis tierras?

Se sobresaltaron cuando la puerta se vino abajo, enfrascados en su discusión se olvidaron del mundo exterior.

Observaron al guerrero que se recortaba a contraluz, esculpido en piedra, destilaba tal determinación que Ragna se puso en guardia nada más verlo.

Supo quien la observaba cuando sus manos titilaron.

—Vamos, Ragna. —La voz de Gunnar resonó. —Has esperado demasiado para cumplir tus promesas. Kraka te espera.

Necesitó varios latidos de su corazón para comprenderle, una mueca escapó de sus labios. Quizá no lo hubiese reconocido a contraluz pero su protector no tenía ese problema.

¿Eran ciertas las palabras de Harald? ¿Era la oportunidad de conseguir nuevas tierras o la promesa que le hizo por lo que estaba luchando?

—Sí, vamos. —Salió al exterior.

—¡No! ¡No vas a luchar!

—¿Qué dices? —Bramó Gunnar a la vez que derribaba de un golpe a un sucio hombr. —zorro que se les abalanzaba.

—¿Acaso no lo ves? ¡Es una mujer! Su destino es darme hijos. —Lloriqueó Harald intentando cogerle la mano para inspirarle compasión.

—Es una Skjaldmö, idiota, escogió su destino al empuñar su primera espada. —Gunnar le encajó un puñetazo en la mandíbula.

—Lucha tú. Acaba con Kraka, quédate con sus tierras. Ragna no las necesita. ¡Déjala en paz! Como su futuro esposo decido que...

—No. Estoy cansada de decirte que no seré tu esposa. —Ragna tomó la espada de uno de los guerreros que yacían en el suelo. —Solo un dios decide mi destino.

—No es cosa tuya, Harald. Después de lo que he visto en la casa central mientras la buscaba... —Murmuró Gunnar con repulsión. —No, debe hacer frente a su juramento, llevar a cabo su venganza. Si le fallaran las fuerzas y me lo permite, sería mi mano la que acabara en su nombre con este maldito. Kraka debe morir hoy. Su reinado de terror debe acabar aunque entremos en guerra con el nigromante.

Ragna dejó escapar un alarido resonante; su grito de guerra casi no se escuchó en el bullicio. De los dos machos voluntariosos que se debatían por su futuro, las palabras de Gunnar eran las que producían cierto solaz. Se lanzó al ataque en dirección a Stymir, que luchaba contra Jon con clarísima superioridad.

A su lado apareció Gunnar que interceptaba los golpes destinados a detenerla. Su única misión, era que consiguiera llegar hasta su enemigo, lo más indemne posible.

Ketill se unió en cuanto consiguió atravesar el pecho de un enorme celta que quería partirla en dos. Su rostro se ensombreció al ver su deplorable

estado.

—¿Olaf? —Preguntó. Cruzó su espada con un enemigo de aspecto febril, abatiéndolo de un golpe en la garganta.

—Estará a punto de llegar. —Gritó su amigo haciéndose cargo de un hombr. —toro.

—¿Por qué no esperasteis?

—Gunnar no lo creyó oportuno. Nosotros tampoco. —Le gritó apartando a otro secuaz.

Lo vio derribando, cercenando y matando a cualquier adversario que se aproximara.

—Parecías necesitar un poco de ayuda. —Se defendió Gunnar. —Tómame esto. Ingunn me exigió que te lo entregara. Te aviso que apesta. Aunque hizo maravillas conmigo.

Ragna se bebió la maloliente poción sin rechistar. En seguida, notó como recuperaba las fuerzas y le dolía menos el cuerpo, su visión mejoró al reducirse la inflamación de su ojo herido. Bendita hija de Máni. Su estirpe debía continuar.

Sus enemigos eran dueños de una crueldad fría y brutal. Solían divertirse torturando a sus cautivos antes de darles la muerte, lo sabía bien. Los vio matar por placer, atando a los campesinos indefensos a un árbol para sacarles las entrañas y dejarlos allí, hasta que morían desangrados o devorados por los carroñeros, poco importaba. Nadie se atrevía a liberarlos, era evidente por la cantidad de cadáveres en descomposición que seguían sujetos por gruesas cuerdas de cáñamo. El que lo intentaba, era alimento de los hombre. —zorro que devoraban sus presas estando vivas.

El hedor a sangre corrompida llenaba el aire. Se sintió sola en medio de aquel horror, hasta que vio a sus hombres abatiendo con furia a los seguidores de Stymir, que no paraban de crecer en número. Si perdían, Stymir no solo la encerraría de nuevo, sino que disfrutaría torturando y matando a sus seres queridos.

Sintió que se le doblaban las piernas. Gunnar la cogió por el codo.

—No puedes rendirte. Naciste para terminar con esta pesadilla. —Ragna negó con la cabeza. —¿Acaso no eres la Loba Blanca de los Durs?

—¡Cogedla! —Rugió Stymir. —¡La quiero viva!

El primero que aceptó su orden, se abalanzó hacia Gerhardsen. No llegó a haber pelea, asestó un golpe salvaje para alcanzarlo pero Gunnar lo bloqueó sin dificultad, golpeando con fuerza la coronilla del hombre, que se desplomó

en el suelo.

—¿Eres su Loba o no? ¿Eres la Loba Blanca?

—Lo soy, Gunnar, lo soy.

Dos contrincantes se acercaron, uno esgrimía una gran maza, el otro una espada. Se agacharon cuando se lanzaron a la vez. Ragna, esquivó la espada. La fuerza del impacto de la maza hizo resoplar a Gunnar cuando le golpeó el costado, su coraza de pieles evitó que el acero le desgarrara, evitando parte del daño. Retrocedió para ganar espacio. El otro contrincante avanzó, Ragna lo derribó de una limpia estocada en el cuello. Gunnar se echó a un lado en el último instante cuando la maza volvía a caer, evitando que le alcanzara y aprovechó para liquidar a otro guerrero que alzó su espada contra la espalda de Ragna. El hombre aulló de dolor antes de desplomarse. Desarmada se vio obligada a saltar de un lado a otro, para enfrentarse a la bestia que blandía la maza.

Ketill gritaba corriendo en su ayuda.

—¡La espada!

Gunnar se agachó para recogerla, en cuanto lo hizo, atravesó al joven imberbe que lo hirió a muerte en el poblado Durs.

—¡Gunnar! ¡Dámela!

Gerhardsen se la lanzó esquivando otro ataque justo a tiempo. El guerrero se situó delante para darle tiempo a recuperarse.

Cansado de su incesante ofensiva, Gunnar buscó la manera de deshacerse de él con un rápido ataque. La sangre brotó de su garganta abierta tras un par de movimientos bien calculados.

Stymir apareció rodeado de hombre. —oso, auténticos berserkers barbudos vestidos con pieles de oso, junto a los sempiternos hombre. —toro que utilizaba de guardias personales. Estaban armados con mazas, espadas y hachas de guerra.

Stymir sonrió.

—Creo que la suerte me sonríe, perra.

—¿Ah, sí? —Le replicó.

—Ni siquiera a dos pasos de la muerte sabes comportarte...

—Sueñas, Kraka, sueñas si crees que vas a asustarme. Me comporto como lo que soy: la Loba Blanca de los Durs.

Se negaba a sucumbir al cansancio o al miedo. Gunnar la mantuvo a su lado cuando los guerreros enemigos se aproximaron haciendo retumbar el suelo.

Eran imponentes.

—Es ahora o nunca. —Murmuró Gunnar. —No me habrás hecho venir para nada ¿no?

—No voy a abandonar. —Contestó entonando la oración previa a la muerte. Él la acompañó. Los secuaces de Stymir se lanzaron al ataque interrumpiendo sus oraciones para encomendarse al Valhala.

Una enorme águila de batalla detuvo parte de la estampida de atacantes. Olaf, montando tan magnífica bestia eliminó a los que intentaron matarlos por la espalda. El gran señor abatió la espada y espoleó su montura, acabando con la resistencia que encontraba en su camino, que caían bajo las afiladas garras. Se ensañó especialmente en Thorall, al que odiaba tanto o más que ella misma. Jamás podría recuperarse de las garras clavadas en su vientre y espalda. Ragna sintió un gran alivio al verlo, tan vivo y tan furioso. Varias águilas gigantes daban caza a los arqueros, reduciendo así su defensa.

Stymir creyendo que bastarían pocos para recuperarla y eliminar a sus compañeros, envió una docena de hombre. —zorro. No fue así. La batalla pareció interrumpirse cuando los seguidores de Stymir se detuvieron al ver entrar el ejército de Olaf, tan mortífero y majestuoso. Olaf, llevaba consigo hechiceros guerreros y protecciones mágicas que nunca antes había utilizado. El cielo se llenó de más águilas de combate, un grupo de hombre. —jabalí se hacían con los tejados dando paso a los magos enanos.

Los hombre. —zorro emprendieron la retirada.

Los hombre. —toro formaban un corro alrededor suyo y de Gunnar. La única alternativa que se le ocurrió para escapar indemnes era arriesgada. Ragna estaba cansada que siempre la rodearan. Dio un paso sin dejar de mirar a su odiado enemigo, moviéndose dentro del círculo.

Empezaron a gritar cuando captaron sus intenciones, abrieron el corro para hacer más sitio a los contrincantes. Los hombres toro jamás rechazaban una demostración de fuerza.

Stymir no dudó, aproximándose con ferocidad. Ragna paró el golpe con decisión, con Olaf presente no podía perder, no podía humillarlo. Además, el maldito de Gunnar jamás se lo perdonaría. Stymir retrocedió al ver el brillo letal de sus ojos, quizá temiendo a sus propios fantasmas. Perdía sangre por una herida del costado, también por la herida que le había causado antes bajo el ojo, la debilidad hacía mella en él pese a la magia del broche. Ella estaba en peores condiciones, aunque sus heridas no sangraban con tanta intensidad. La poción de Ingunn aún hacía efecto mientras que el broche de Stymir se

oscurecía poco a poco.

—¡Un campeón! Necesito un campeón. ¡Tú, Horik. —Llamó a un hombr. —toro —Jam, tráemelo. ¡Un guerrero desterrado contra otro! El vencedor se lleva la vida de Ragna, sus hombres, la tierra, la batalla. ¡Todo!

Ella observó al que llamaban Horik. Era más alto que Harald, más pesado y fornido. Sus cuernos medían medio metro, de piel oscura y ojos negros. Se le secó la boca.

Soltó el aliento cuando Horik negó con la cabeza.

—Ésta es tu pelea, Stymir. Eres tú quién debe librarla. No quiero acabar como Thorall. —Apuntó el cadáver mutilado del hombre. —Tú querías traerla hasta aquí, ahora ya la tienes. Acaba la lucha que empezaste antes.

Stymir avanzó hacia él ciego de rabia.

—Te he pagado bien, canalla...

—Me has pagado para servirte y protegerte desde que abandonaste el servicio a Elkcatcher. Tu oro ha servido para defenderte de un ataque, no para ponerme en tu lugar frente a esta Loba. Por no hablar del ejército que la respalda.

—¡No la llames así! ¡Ha matado a tus compañeros! —Rugió Stymir.

—Y yo a los suyos. Es tu batalla no la mía.

Stymir miró iracundo a los que le rodeaban, no obtuvo la respuesta que esperaba. Desenvainó su espada y gritó.

—¡Harald! Hazlo tú. Te he pagado una fortuna para nada. Se suponía que Durs venía hacia aquí, maldito perro, no que estuviera a las puertas de mi casa. ¡Me lo debes!

—¿Harald? —Preguntó Ragna aturdida.

—Miente... —Susurró su amigo apareciendo a su lado.

—¿Qué miento. —Voceó el asesino. —¿De dónde has sacado la bolsa de oro que cuelga de tu cinturón desde hace tres días?

El leve gesto posesivo de Harald sobre la bolsita de piel que tenía anudada al cinturón, lo delató. Fue como si la golpearan en el estómago. Saber que era ambicioso era una cosa, que insistiera en casarse con ella podía aceptarse. La acusación de Kraka era muy diferente. Era traición. Pura y simple traición. Tres días que no hizo nada mientras ella padecía toda clase de ignominias.

—¿Cómo conseguiste hacer el túnel para entrar en la choza? —Preguntó.

—Yo...

—¿Qué túnel. —Rabió Stymir.

—Responde, Harald.

Su mirada suplicante fue lo único que necesitó para convencerse de su culpabilidad.

—¡Maldito seas! —La pena que sentía era casi un dolor físico. — Quisiste sacarme de esa choza para que nos casáramos a escondidas cuando ya habías traicionado nuestra confianza vendiéndote a este asesino. Te aliaste con él porque Olaf no te dejó salirte con la tuya. ¡Voy a matarte!

—Eso, enfrentaros... —Murmuró Stymir intentando sacar provecho de la situación.

—No. —Gunnar se acercó al traidor, su mirada acerada no presagiaba nada bueno, pero Harald no se acobardó. —Una rata como él no se merece morir bajo tu espada, Ragna. Este enfrentamiento es mío.

—Si me enfrento a ti y te venzo... ¿te casarás de una vez conmigo? —La proposición de Harald, dicha en tono esperanzado le produjo nauseas.

—No. Jamás. Me mentiste durante lunas, nos has traicionado para sacarme de aquí a escondidas dejando a mi gente a su suerte, ignorando mis promesas y responsabilidades.

—Te enfrentarás a mi. —Reclamó Gunnar.

—Te equivocas, hijo. —Bramó Olaf. —Es mío. Es a mí a quien ha traicionado.

—Olaf, yo no... —Harald abrió los ojos de par en par, como si acabara de comprender por fin la gravedad de lo sucedido. —Por Odín, no pretendía causar ningún daño. No podía esperar a obtener la aprobación de mi tío. Averigüé donde estaba, la única manera de entrar sin que me mataran era proporcionándole la información que quería...

—Sigue. —Ordenó Olaf cuando se detuvo.

—Le dije que saldríais hoy, tal como dijisteis. Te insulté tantas veces que me ofreció cobijo por unos días. —Tragó saliva. —Lo aproveché para embaucar a las hadas dentudas para que hicieran el túnel...

—¿Por dónde pensabas sacarla para obligarla a casarse a pesar de su negativa? De mi prohibición. De tu traición. —Terminó diciendo Olaf.

Harald bajó la cabeza, temeroso de su tono seco y autoritario. Parecía un niño al que hubieran reñido al pillarlo en alguna fechoría.

—Lo hice por tu bien, Ragna. No querías escucharme...

—Vas a pagar esto muy caro, Harald. —Murmuró Ragna en tono venenoso.

—No, no se va a quedar así, hija. Por respeto a tu tío, te juzgaré en su

presencia. No esperes clemencia de mi parte. Encadenadlo.

—¡No! —Gritó Harald cuando le cogieron de los brazos para reducirlo.

Ragna asintió, no podía perdonar su traición. Su estúpida arrogancia le llevaba a creer que conseguiría salirse con la suya, lo conocía lo suficiente para saber que confiaba en poder calmarlos si descubrían su engaño. Qué equivocado estaba. Es posible que pasara por alto algo que solo la afectara a ella. Su fechoría atentaba contra los Durs y contra ese pueblo, la había perpetrado con su peor enemigo, su némesis. La culpa era suya por estar tan ciega como para ver que sus sonrisas ocultaban una cosa: querer dominarla para conseguir su favor y las tierras, era como tantos otros. Incluso, sabiendo del afán de encontrar a la hermana de Ingunn viva o muerta, escondía a su hija para sacar beneficio.

—¡Enfréntate a mí! —Kraka interrumpió sus pensamientos.

Fue en su busca, la desolación que sentía por la traición de Harald, era un motivo más para acabar con Stymir. El fuego ardía en sus venas, la sed de venganza la impulsaba a terminar con su vida. Una sola mirada a Olaf le bastó para comprender que no permitiría que matara a Harald allí mismo, por mucho que se lo mereciese. Solo se le ocurría un motivo para eso: Ingunn. Sí, debía protegerla.

Maldijo en silencio y se concentró en el combate que tenía entre manos.

Kraka atacó. Era muy diestro con la espada, sin embargo, no tenía comparación con la agilidad de Ragna. Lo obligó a estar en constante movimiento parando sus golpes con habilidad. Aprovechó sus heridas y su agotamiento, esperando que se debilitara su broche mágico. Atacó sin descanso. Ella no estaba en mejores condiciones, solo su decisión la mantenía en pie, el odio la corroía de tal manera que no sentía las heridas. No intentó arrebatarle la joya, que ya era del color de la sangre. No quería que supiera que conocía la fuente de su poder.

La noche había caído, la oscuridad fue atenuada por las antorchas y por las casas incendiadas. El estruendo metálico de las espadas al cruzarse resonaba bajo las estrellas. Solo se escuchaba el chirrido de sus aceros.

Ragna dio un salto hacia atrás para evitar varios cadáveres, Stymir tropezó en su ansia de alcanzarla para asestarle la estocada final. Si lo que decía Horik, el hombr. —toro, Stymir seguía creyéndose invencible pese a dejar la protección del Elkcatcher.

Los dioses guerreros la acompañaban. Sköll estaba de su parte, tenía que estarlo. Jamás desampararía a un pueblo que lo veneraba. Ragna descargó un

golpe feroz contra Stymir, su arma salió despedida a pesar de su resistencia. La de Ragna descansó sobre su cuello. Sí, el gran lobo la guiaba.

—¡Mátalo! —Pidieron los mercenarios aliados de Stymir. Un jefe que demostraba su debilidad no era digno de confianza.

Ragna mantuvo la espada donde estaba.

—¿Por qué abandonaste a tu señor nigromante? —Quiso saber.

—Contar con su favor... me devora. —Gritó furioso. —Me veo obligado a hacer cada vez más rituales de sangre para seguir vivo. Era cuestión de tiempo que me remplazara.

—¿Le hablaste de mi? ¿De la reliquia?

—¿Para qué me convirtiera en un no muerto obediente y se quedara con su poder?

La furia de Ragna superaba con creces la de su lobo espiritual, qué se debatía por escapar del encierro.

—¿Por qué no te ha convertido?

—No puede hacerme nada. No puedo morir. —Rozó con ternura su broche. Estaba en lo cierto, era la fuente de su inmortalidad temporal. —Le busqué un nuevo vasallo que cumpliera con sus caprichos.

—¿Dónde está tu arrogancia ahora? Has matado y maltratado a muchos, incluyendo a mi pueblo durante estos años. Es hora de que lo pagues.

—No lo mates, aún... —Susurró una voz.

—No, es nuestro. Gran Loba, déjanos...

Varias de las esclavas torturadas se acercaron con el odio clavado en sus ojos. Ragna asintió cuando éstas levantaron sus cuchillos. Las entendía demasiado bien. Ella le había derrotado pero la venganza también les pertenecía.

—Una perra como tú no se atreverá. —Contestó Stymir con prepotencia. —No podrás hacerlo, eres maldita mujer... ni siquiera mi madre se atrevió a hacerme nada cuando descubrió que había destripado a su progenitora. Tú tampoco podrás... pagarás el mismo precio. Mi padre me traerá de vuelta, es un gran nigro...

Un gruñido surgió de su garganta. Se apartó para que las víctimas se hicieran cargo de su torturador. Éste gritó de agonía mientras su broche se volvía carmesí. Stymir la miraba desafiante resistiendo sus ataques cuando Ragna se lo arrancó con fiereza.

—¡Por mi hermana! —Alzó los brazos y le cortó la cabeza de un solo golpe. El rostro sorprendido de Stymir rodó por el suelo salpicando sangre a

su paso. —Será desmembrado y quemado. Esparciremos sus restos por la comarca. Qué no quede nada con lo que Elkcatcher pueda trabajar si decide traerlo de vuelta.

Respiró agradeciendo que sus amigos la sostuvieran. Se sintió sin energía hasta que vio a la vieja Ellisif sonriendo. Se separó de los gemelos, cogiendo el puñal de Kart, se arrodilló junto al cuerpo de Stymir. Con el pulso tembloroso abrió las entrañas del hombre y las desparramó a su alrededor. Sentía que Sköll exigía la máxima deshonra en su muerte. No estaba segura de impedir que entrara en el Valhala, ya que había muerto en combate. Lo que sí podía evitar era que fuera recompuesto ya fuera por magia, o por la llegada del Ragnarok. Eso completaba su venganza. Gunnar se encargó de cercenar sus brazos y piernas cuando le faltaron las fuerzas.

Ensangrentada y dolorida se acercó a lo que quedaba de Stymir, poniendo un pie encima del corazón, le escupió.

—Soy Ragna Haardrard, hija de Thorleif Haardrard, hijo de Kolli Sterki "el fuerte", hijo de Thorgrimr Loðbrókar, hijo de Ragnar Loðbrókar, conocido como Ragnar Calzas Peludas. Protectora de la reliquia del gran dios Sköll. Ahora hija y sucesora de Olaf Durs. ¡He acabado con el asesino de mi hermana Arndis! Reclamo las tierras ancestrales de mis antepasados, para mí y mi descendencia.

Ragna pudo sentir el sobresalto de Kart y Ketill al oírla mientras lanzaban partes del cuerpo de Kraka a una hoguera. Jon parecía mareado. Gunnar la miraba sin saber que decir. Harald se quedó delante sonriendo como un estúpido. Los seguidores de Stymir, la miraron con mala cara tirando sus armas, sabiendo que seguirían vivos para luchar otro día. Ella parecía más clemente que su padre adoptivo, por lo que se dejaron apresar por sus hombres.

—Demuéstralo. —Una voz dura de mujer retumbó en la noche. En su rostro, maltratado hacía años, no había rastro de la belleza de la que tan orgullosa se sintiera en su juventud. La miraba con furia, con esperanza, como hacían cada uno de los habitantes que se acercaban.

—¿Qué?

No imaginó que la pondrían en duda, que tenía que demostrar quién era. Nunca quiso pensar en más allá de acabar con aquel asesino, nunca se había planteado quién era su verdadero padre, si hasta ese mismo día no asimiló quién era.

—Puede que tengas su mismo pelo, su forma de hablar y hasta su misma

arrogancia... —Contestó con fervor la mujer. —No aceptaremos que finjas ser nuestra loba.

Ragna miró a Olaf con ojos impotentes, el guerrero se acercó a su lado, apoyó su gran manaza en su hombro. La alborotadora echó varios pasos atrás, atemorizada.

—Soy Olaf Durs, padre adoptivo de Ragna. De niña la arranqué de las manos de Stymir. La he criado desde entonces. Os juro que es quién dice ser. Él me lo dijo entonces, secreto que yo le he ocultado siempre en mi afán de protegerla. —La voz de Olaf resonó en el silencio de la noche.

—No dudamos de tu palabra, gran señor. —La vieja de las runas hablo con cautela. —Pero no queremos que nadie usurpe el legado de los Haardrard.

—Dime qué quieres que haga para demostrarte quién soy y lo haré. —Ragna habló con dureza a la que la acusaba de ser una impostora. Sin fuerzas se apoyó en el pecho de Olaf, que fingió no darse cuenta.

—Si fueras la auténtica heredera sabrías que debes hacer.

—Recuerda que perdí la memoria. —Respiró profundo, repitiéndose en silencio que su actitud huraña era normal. —Stymir me hizo recordar cosas, es cierto... Aún hoy se que olvidé otras. A veces vuelven a mí recuerdos inesperados. Maldita sea. —Se mesó el pelo de frustración. —Siempre tuve la sensación de que me faltaba algo importante, una parte de mí... nunca he prestado mucha atención a ese sentimiento. Me obsesionaba matar al asesino de mi hermana. Quizá sea eso... ¡Si ha tenido que obligarme a recordar quién fue mi padre! ¡No se ni como recuerdo los nombres de mi linaje!

La mujer del rostro desfigurado la observaba calibrándola. Nadie se atrevía a decir nada, observaban el duelo de miradas. Los gemelos prendieron varias antorchas más para iluminarles, sus ojos brillaban en la oscuridad, su postura delataba su tensión.

—Si es cierto que eres quien dices ser... Dime que sucedió ese día, como conseguiste escapar...

—Estaba con Arndis, padre había muerto hacía poco y estaba triste. Muy triste, ya no me enseñaría a usar una espada. Juntas le vimos llegar, era un antiguo conocido. Mi hermana creía que padre estaba muerto porque un *amigo* lo traicionó. Solo conocíamos su nombre. Corrí a ocultarme, siempre lo hacía cuando lo veía, algo en él no me gustaba. Le ordenó casarse, mi hermana se negó dos veces. —Se sumergió en sus recuerdos, dejándose llevar por el dolor. Apenas empezó a recordar todo eso la noche anterior. —Ese monstruo la mató a golpes... ella, ella... me rogaba que huyera pero no podía moverme.

Mandó a buscarme. La criada celta de bonitas trenzas me sacó delante de sus narices... siempre fui su preferida...

—¿Sabes cómo se llamaba? —Preguntó Ellisif acercándose.

—Yo... no. Sí. ¡¡Era Helga!!! —Sonrió al recordarla. Gunnar que todavía estaba asimilando lo que sucedía, asintió cuando le miró. —La dulce Helga. Quería huir conmigo para protegerme, me ocultó en el granero cuando la descubrieron en el límite del bosque. Lloraba. No quería dejarme sola...

—¿Qué sucedió? —La increpó Ellisif.

—Miedo. Tenía muchísimo miedo de los guerreros. Temía por mí. —Ragna caminaba de un lado a otro. —Se quedó para protegerme, la habían visto, sabrían por dónde empezar a buscar... me dio un hatillo y me dijo algo...

—¿Qué te dijo? —La mujer desfigurada preguntó con un hilo de voz.

—No lo sé... Solo sé que desperté en la taberna de Hallbera siendo esclava, que yo no encajaba allí y que no ganaba para palizas.

La mujer estalló en lágrimas y un murmullo general resonó en la noche.

—Ragna...

Se giró hacia donde la llamaban, llena de asombro observó como Kart llevaba en brazos a Kodran, que tenía un aspecto lamentable, seguía moribundo.

—¿Cómo...?

—Lo dieron por muerto y lo echaron al río. Lo encontramos a tiempo, un par de hombre. —zorro lo encontraron muy apetitoso. —Kart lo contó con un toque de humor, sin que su hilaridad llegara al fondo de sus ojos.

—Fue él quien dio el aviso, Ragna. —Aclaró Olaf. —Siempre estaba en el lugar que no debía porque te estaba buscando. No sabía cómo contarte sus sospechas.

—Lo sé, mi señor. Me lo dijo después de lanzármelo a los pies. —Ragna observó como Ellisif consolaba a la mujer, sintió lástima, quisiera o no sería su nueva señora.

—También quería ponerte sobre aviso, creía que su madre conspiraba contra ti. Hallbera es la traidora que ayudaba a los esbirros de Stymir. Ésta vez, no seré clemente. —Añadió Olaf por lo bajo.

—Lo siento, Kodran. Debí...

—No, no. —La interrumpió el herido. —No me debes nada... Esto es tuyo.

No se atrevió a tomar lo que le tendía hasta que Gunnar se situó a su lado.

—Acéptalo. Ese pobre ha sufrido un calvario para encontrarte y dártelo, sea lo que sea... se lo debes. —Le sonrió y la provocó. —¿Será que una Skjaldmö como tú tiene miedo?

Le asestó un golpe en el estómago que le cortó la respiración, se separó de él y cogió la bolsita que Kodran le tendía. Lo abrió con sumo cuidado.

Sacó un pequeño medallón de madera, de los que usaban los niños cuando eran demasiado jóvenes para llevar materiales valiosos. Se sintió desengañada, no obstante, se acercó a una de las antorchas para observarlo mejor.

—Me lo diste al poco de llegar, querías que lo guardara para que mi madre no lo encontrara. No sabías que significaba, lo apreciabas mucho y no querías que te lo arrebatara. Kodran hablaba, sus costillas rotas le dificultaban la respiración. —Lo encontraste atado a tu pelo.

—¿En mi pelo? —No hizo mucho caso a los renovados sollozos de la alborotadora.

—Sí. No sabías que era, solo que si lo llevabas tan escondido no era para que llegara a las manos de nadie. —Kodran intentó sonreír sin conseguirlo. —Al recobrar parte de tu memoria... me olvidaste a mí y a mi promesa de devolvértelo cuando fueras libre. Lo guardé con la esperanza de reponértelo. Nunca volví al pueblo ni me recordaste. Supe que había llegado el momento cuando empecé a sospechar de mi madre.

—¿Qué es? —Quiso saber Olaf.

—Es solo un medallón de madera... —Ragna no pudo evitar una sonrisa al tenerlo en las manos, desprendía una calidez que reconfortaba incluso a la bestia etérea de su interior. —Lleva el símbolo de Sköll y Hati persiguiendo al Sol y a Máni, en su caza eterna provocando la noche y el día.

Cuando Olaf quiso cogerlo se lo impidió, volvió a acercarlo a la claridad para echarle otro vistazo. Le era ajeno, sin embargo, muy familiar.

—Ese es el símbolo secreto de la mujer de Haardrard. —Las palabras de Ellisif se alzaron de repente. —¡Heredado de su bisabuela Otsia, una de las mujeres de Ragnar Loðbrókar! Solo las mujeres de su linaje pueden utilizarlo y pasa de una a otra.

—¡Es ella! ¡Es ella! —Gritó entonces la mujer desfigurada. —¡Escuchad que canta! —Ragna tataraba una canción de cuna, acariciaba el grabado del medallón casi con amor. —¡Esa canción se la enseñó Arndis! ¡Y a ella se la enseñé yo!

—¿Helga? —Preguntó con incredulidad al recordar el nombre antes de

soltar un grito de alegría. —¡Mi dulce Helga!

Ragna, olvidando su posición y el lugar donde estaba, abrazó con fuerza la sierva. Las voces emocionadas de los habitantes del poblado empezaron alzarse una tras otra, mientras la muchacha reía a carcajadas.

—¡Ragna ha vuelto! —Gritaban algunos.

—La sangre de...

—El lobo ha vuelto. —Decían otros.

—¡Es una loba, no un lobo! —Corregían otras voces.

—Es Ragna, ¡nuestra Loba Blanca! —Gritó Ellisif y pronto los habitantes la imitaron cargados de esperanzas.

—También es nuestra Loba Blanca. —Aseguró Gunnar con una mueca. —Guste o no.

—Soy la Loba Blanca. —Aseguró Ragna. —Ya sea del clan Durs o Haardrard. Ahora que se quién soy, os juro aquí y ahora, en presencia de las ruinas de mi dios, que os protegeré. Nadie más volverá a intentar llegar a la reliquia de Sköll. Su poder es demasiado grande para que caiga en malas manos...

Los restos de la estatua del dios lobo estallaron en pedazos sin previo aviso interrumpiendo su discurso. Incapaces de reaccionar, vieron como un haz de luz ocupaba su lugar mostrando la forma del antiguo dios. Un lobo espléndido de más de treinta pies los miraba.

CAPITULO 31

—¡Arie! —Gritó la forma lupina.

—Esa eres tú, Ragna. —Le susurró Helga. —Es el nombre que te dieron al nacer, antes que te lo cambiaran por el de tu antepasado.

Ragna tragó saliva. Los humanos no recibían la visita de un dios desde hacía siglos.

—Gran Sköll. —Respondió con claridad. —Soy Arie, llamada Ragna entre los míos...

El dios movió su enorme cabeza hasta clavarle su mirada. En su interior, su lobo se agitó inquieto como un cachorro. Ragna lo controló con firmeza.

—Arie Ragna. —Respondió Sköll. —Sangre que desciende de la mía. —Ragna sintió que se le erizaba la piel de la columna. —Has vuelto. Eres más de lo que nunca llegué a pensar. Para salvarte tuve que borrarte la memoria cuando escapaste del asesino, era mejor que no recordaras...

—¿Quién soy? —Se atrevió a preguntar inquieta. —¿Hay más secretos que ser la hija de Haardrard?

—Sí, hija mía. Los hay. —El gigantesco lobo sonrió. —Es hora de devolverte los recuerdos y secretos que compartías con Arndis. Los humanos desconocéis la batalla que libramos los dioses desde hace milenios cuando llegamos a este precioso mundo dispuestos a quedarnos. Los humanos, fascinados con nuestro poder, nos dieron diferentes nombres en distintas partes del mundo a lo largo del tiempo. Según utilizabais los conocimientos que os dábamos, vuestras civilizaciones cambiaban. Algunos de nosotros creemos que podemos vivir en paz con los humanos, otros prefieren veros como simples mascotas. Ese debate generó la gran batalla que dejó ambos bandos muy debilitados. Llegamos a un tratado: los mortales escogerían sus propios dioses. Los escogidos vivirían entre vosotros, el resto en un plano distinto donde podrían vivir muchísimos milenios antes de perecer. Odín se ocupó de llegar a vuestros corazones. Mi hermano Hati y yo, resistimos pues somos necesarios en el ciclo de vuestros días, sin nosotros no tenéis noche y día. Al dejar de creer en nosotros, los dioses de la naturaleza, desaparecemos ya que nos alimentamos de vuestra fe, estamos ligados a vuestra energía vital. Temeroso que eso pudiera sucederme, brindé a mi hija, carne de mi carne y de mi esposa humana, un medallón que las protegía de mis enemigos.

En la montaña de la reliquia algo se resquebrajó. Incluso en la distancia, se escuchaba como las pesadas puertas de piedra se abrían. Una jauría de lobos apareció, el líder de la manada, depositó a los pies de Ragna un medallón de oro igual al que ya tenía de madera.

—Mi esposa y mi hija, temerosas de que yo también desapareciera se convirtieron en mis sacerdotisas manteniendo mi culto, con la intención de alimentarme. Desde entonces, las descendientes han ocupado su posición una tras otra. Mi medallón, al contrario que creía Stymir, no es una fuente de poder para gobernar. Su único fin es proteger a las hijas de mi hija. Con frecuencia, mi presencia en su sangre las ha enloquecido.

—Estos años creyendo... —Susurró Ragna mirando a Olaf.

—Solo mi descendiente podía pasar las puertas para reclamar tu legado. —Respondió el dios. —Creyendo de corazón en mí las puertas se hubiesen abierto.

—¿Entonces no ha servido de nada que mantuviera dentro a...? —Se preguntó Ragna.

—Sí. Llegamos a eso. —Cambio su tamaño hasta tener las medidas de un caballo. Se sentó ante Ragna, dejando que los lobos lo rodearan. —Con el pasar de los años, la verdad del medallón desapareció cuando la locura hizo presa en mis descendientes. Cuando Ragnar sedujo con Otsia, ésta ya creía que era la protectora. El gran conquistador, compadeciéndose de su carga, mandó ocultar la reliquia mucho antes de abandonarla por otra skjaldmö. Tras darle una copia exacta en madera a su esposa, cerró el templo. Por entonces, mi magia aún era efectiva.

—Yo...

—De liberar a tu lobo interior, mis puertas se abrirían al reconocer tu linaje. Sólo una persona que cree en mí, puede controlar esa parte de sí misma. Se cuánto esfuerzo te ha costado retenerlo. Tú, no eres la protectora de la reliquia que guarda mi poder, ni el lobo que proyectas te protege. Canalizas la magia que heredaste para exteriorizar tu propia alma guerrera. Si me aceptas de corazón, serás mi sacerdotisa, estarás protegida por éste medallón hasta que mi magia desaparezca para siempre.

—Tu sacerdotisa... ¿Por eso aunque no recordara nada si te recordaba? —Quiso saber. —¿Por eso siempre estuve tan ligada a los lobos?

—Eso, mi niña, no es obra mía. Tú escogiste recordarme.

—¿Cómo puede ser?

—No tienes ningún protector, hija. Es tu alma, la que decidió recordarme,

por eso, toma mi forma cuando estás en peligro. Antes de morir tu padre tú sabías de mi existencia, me juraste lealtad. Aunque borré tus recuerdos, estabas decidida a luchar de mi lado en nuestra guerra.

—¿Vives en mi? —Ragna dio un paso atrás.

—No, es mi poder el que vive en tu interior. Donde otras perdieron la cordura, tú aprendiste a proyectarlo y utilizarlo en tu beneficio. Eres la única que lo ha conseguido en estas veintitrés generaciones, ni mi hija podía lograrlo. Como recompensa a tu esfuerzo, si me lo permites me ocuparé que vuestros enemigos desaparezcan. Se ha prohibido la magia, tampoco podremos pasear entre los humanos a nuestro antojo, no al menos con nuestra apariencia. Muchos seres creados por nosotros irán desapareciendo, otros se están ocultando en otros planos.

—¿Qué ha sucedido?

—No somos rivales para los dioses que crea la humanidad. La fe por el nuevo dios carpintero, con su obsesión por demonizar lo que no comprende está matando a los seres que hasta ahora campaban por la tierra. Destruyen las antiguas tradiciones, os llenan la cabeza de mentiras para que olvidéis a vuestros dioses, convencen a las comunidades que el lugar de las mujeres está en sus casas, cocinando y criando hijos. Borran de la historia a las grandes diosas, como a mi madre que apenas es un recuerdo en el tiempo. La magia perece tras el paso de los sacerdotes de ese dios carpintero.

—Por eso cada vez hay menos hadas... —Murmuró Ragna.

—Exacto. Tendrán que aprender a ocultarse si quieren sobrevivir. El tratado es frágil pero firme.

—¿Por qué has venido? —Quiso saber Olaf.

—Me muero. Debía conocer al pueblo que me ha mantenido vivo tantos siglos pese a su desgracia. Quiero mirar a los ojos al reflejo más fiel de la que fue mi hija mortal. Puede que tengas su rostro y su apariencia pero tu fuego interior, es todo tuyo. Si he de desaparecer quiero estar ante la más poderosa de mis descendientes. Los últimos pensamientos de Arndis para encomendarse a mí antes de morir, eran ciertos. Eres la Loba Blanca que puede salvarme. Por eso usé la poca magia que me quedaba para borrarte la memoria. Con el nuevo tratado no puedo interceder en la vida de un humano utilizando mi magia, tan sólo podía guiar tu camino para ponerte a salvo.

—¿Cómo puedo salvarte? —Preguntó Ragna emocionada ante la mención de su hermana.

—Mira esta tierra, hija, está tan yerma como los corazones de tu clan. Sin

su fe, yo languidezco.

—Me llevaré a mi gente, encontraremos un lugar donde empezar de nuevo. Alzaremos un templo donde podrás vivir para la eternidad. Te lo prometo. —Ragna dejó de luchar y dejó salir a su lobo, a su alma, que corrió hacia la manada.

—Quizá sea tarde para eso. —El dios se acercó hasta quedarse nariz contra nariz. —Si lo logras, me presentaré ante vosotros y os brindaré mi protección.

Ragna no se asustó cuando el dios tuvo una conversación silenciosa en su mente.

—Cumpliré mi promesa. Siempre lo hago. —Su alma lobuna lamió la cara del dios lobo antes de volver a su lado. —Cumple la tuya, mi dios.

CAPITULO 32

La llegada a Rindal, poco más de una semana después, fue triunfal. Protegidos por los hombres de Olaf, sus aliados y los nuevos seguidores de Gunnar, el pueblo de Ragna no pudo tener una escolta mejor.

Ingunn los recibió con honores, las celebraciones durarían varios días. Al ver el estado de Ragna no pudo evitar echarse a llorar a pesar de verla sana y salva.

—Bienvenidos al hogar. —Dijo en voz alta, sus grandes ojos anegados en lágrimas eran desmentidos por su gran sonrisa. —¡Que comiencen los festejos!

Se abalanzó a Olaf para besarlo sin prestar oídos a las sonrisas o comentarios que su actitud provocaba.

—¿Y esto? —Preguntó Olaf con un guiño reteniéndola entre sus brazos.

—Por volver... por devolvérmela. Se un buen marido y ocúpate. Tengo que hacerme cargo de mi hija. Luego ya premiaré a mi esposo.

Dejó que Olaf la besara en la frente y fue en su busca, quería reprimirse para no demostrarle su afecto en público. Sabía que Ragna no se sentía cómoda con las manifestaciones de cariño.

En cuanto su hija la sonrió con el rostro magullado, supo que estaba perdida y se lanzó a sus brazos abiertos.

—Está bien, madre. Ya no tienes que preocuparte más. Ha terminado.

—No lo estaré hasta que te bañes y me cuentes lo que ha sucedido. —Le dijo consciente que era incapaz de negarse al tono que acababa de usar.

—Yo...

—Olaf se encargará. —Tiró de ella sin darle tiempo a ofrecer resistencia. —¡Quietos ahí! —Gritó a la muchedumbre que se les aproximaba a felicitarles. —Ahora es *mía*...

—Madre... Soy su señora.

—*Yo soy tu madre*. Estás en casa de tú padre, él se hará cargo. Bien pueden prescindir de ti un par de horas, ¿no? —Sentía ganas de llorar, sabía que era una actitud tonta pero lo había pasado muy mal durante el tiempo que esperó noticias tuyas.

—Está bien. —Ragna la observó con preocupación. —Estamos en tierras Durs, a mi forma de ver eso significa que es obligación de mi *padre* ocuparse

de vosotros.

La risotada de Olaf demostró a los asustados aldeanos de Ragna, que al guerrero no le molestaba su descaro, más relajados sonrieron a su nueva señora y la dejaron marchar bajo la atenta mirada de Ingunn.

—Muy bien, flacuchos. —Dijo Olaf en su habitual tono irónico. —Os quiero ver comiendo hasta que estéis bien alimentados. No probaréis mejor hidromiel que la nuestra. ¡Mi muchacha se arrepentirá de haberos dejado a mi cargo, no querréis dejarnos! ¡Os lo aseguro! ¡Reponed fuerzas para construir el nuevo templo!

Ingunn la arrastró entre carcajadas a hacia el interior de la gran casa. La propia Ragna reía entre dientes. Le sorprendió que saludara a los criados que las miraban, parecía más relajada, más accesible.

Agradeció a Geirhildr que preparara una gran tina con agua caliente. La propia Ragna le aseguró que estaba bien antes de sacarla del cuarto. Con suavidad Ingunn la despojó de sus ropas haciendo caso omiso del pudor de Ragna, que intentaba taparse como fuera. Cada golpe, cada herida, le demostraba su calvario. Sabía que no se quejaría cuando debería hacerlo, la mitad de su cuerpo era una mezcla de verdes, azules, lilas y amarillos, dependiendo del estado de curación. El viaje habría sido una auténtica pesadilla, aunque nada delataría su incomodidad, su sufrimiento.

Ragna suspiró de placer al sumergirse en el agua, provocando una sonrisa satisfecha en su madre, que empezó a lavarle el pelo con intención recortárselo después.

—No puedo entender lo sucedido. —Dijo frotándole la cabeza. —Si Jon no me lo hubiera contado, no me lo creería.

—Por eso insistí en que viniera él. —Ragna ronroneaba de placer — Quise que fuera uno de los gemelos...

—No hubo manera, ¿verdad?

—No. No lo conseguí. —Hizo una mueca.

—¿Qué les hiciste?

—Nada. Los muy rapaces me juraron lealtad... —Contestó sonriendo. — Olaf no dejaba de reírse, me dijo que tenía los mejores hombres que pudiera conseguir. Tan salvajes como yo misma.

—¿Cómo conseguiste que Jon viniera?

—Fácil. Le recordé lo afligida que estarías. —Tuvo que parar de reír cuando el labio volvió a sangrar.

—Te lo tienes merecido. —No tardó en sonreír al oírla gruñir. Su

indómita hija no cambiaría pasara lo que pasara.

Se quedaron calladas durante un rato, disfrutando de su mutua compañía, hasta que la curiosidad le pudo.

—Sabes que se muere, por eso me lo enviaste.

—Sí. —Ragna asintió con pesadez. —No alcancé a ver quién le lanzaba la maldición, ni cuándo. Cuando todo terminó, me fije en que sus ojos cambiaron. Ahora parece más mayor que los gemelos.

—Cuando lo vi, supe que algo iba mal. Le di una pócima haciéndole creer que era para su curación. No pude detener la maldición que lo consume, tan sólo retrasarla. —Ragna asintió, es algo que la corroía.

—Encontraremos la manera de salvarlo. —Aseguró a su madre. —Y si no podemos, no dejaré que muera en una cama debilitado por la enfermedad. Lo llevaré a su última batalla. —Le prometió a Ingunn antes de quedarse callada.

—¿Qué te hizo? —Preguntó en un susurro.

—No puedo decírtelo. Te prometo que te lo contaré cuando esté preparada. Cuando ambas lo estemos.

—Solo dime si te... No, déjalo... —Tenía miedo de preguntar.

—No. No lo hizo. —Respondió en un susurro.

—Esperaré. —Suspiró más tranquila, sabiendo que no le mentía y que cumpliría su palabra. —Dime. —Prosiguió cambiando de tema con voz temblorosa. —¿Cómo es que habéis venido a Rindal?

—Tendrías que ver Orkmnger, el pueblo de mis antepasados, está arrasado. La pobreza, las enfermedades, el maltrato y el hambre los estaba matando. —Hablaban con tristeza, mantenía los ojos cerrados pero pudo percibir la nota de dolor de su voz. —Tenía, no, debía sacarlos de allí si quería brindarles una oportunidad. Uno de los mercenarios de... Kraka — pareció atragantarse al mencionarlo —nos dijo que hace poco más de dos lunas que se apoderaron de Berkák. Si quiero que Sköll sobreviva debo ayudar a mis gentes a que siga creyendo en él.

—Sigo sin creer que se os apareciera. No se cómo no vi que eres su descendiente, estoy perdiendo capacidades. —Ingunn suspiró. —Berkák. Eso está a menos de dos días a caballo... ¡Espera! —Abrió mucho los ojos y apretó un puñado de pelo. —¿Ese no es el tiempo que hace que empezaron nuestras desgracias?

—Sí. Ese es el motivo porque se hizo con Berkák. Estaba cansado de buscarme, Olaf siempre me tenía de un sitio a otro. Por Hallbera sabía que

tarde o temprano conseguirías casarme. Temía que Olaf buscara una alianza lo suficientemente poderosa para acabar con su reinado de terror. Sobre todo porque dejó al nigromante. Decidió eliminar a mi padre, ocultó su rastro para que me confiara y poder apresarme. Kodran sospechaba así que vino a avisarme. Kraka se apresuró por miedo a ser delatado. Cuando las cosas no salieron como tenía previsto...

—Te secuestró.

—Eso mismo, madre. —La miró a los ojos consciente del peligro que las rodeaba sin saberlo.

—Espero que muriera como el perro que es. —Ingunn habló sin pensar pero no pudo sentirse culpable. La vio temblar y no supo si era de frío, de miedo o de rabia. —Y espero que Hallbera también.

—Lo hicieron. Harald también lo hará, en cuanto consigamos algo que nos pertenece. No preguntes todavía. Solo te interesará saber que llorarás de alegría.

No descansaría hasta saber por boca de Olaf la historia completa. Apresuró el baño cuando su hija empezó a arrugarse. No habló hasta untarla en sus cataplasmas y la tuvo envuelta en suaves pieles, empezó a cepillarle el pelo con destreza.

—Cuéntame, ¿Qué tiene que ver Berkák con que estéis aquí?

—Olaf.

—¿Olaf qué?

—Estaba de acuerdo en que tenía que sacarlos aquella tierra moribunda. Decidió que Berkák, en cuanto la recuperáramos, era la mejor opción y que estaríamos aquí una buena temporada... Discutimos.

—Lo hizo en mi beneficio. —Respondió con lágrimas en los ojos.

—Lo sé. ¿Por qué crees que ganó. —La muy descarada le guiñó un ojo. —Tuve que mantenerme inflexible por mi pueblo. Solo cedí cuando me gritó que como hija tenía la obligación de obedecerle.

Detuvo en seco su relato al escuchar una discusión que subía de tono, al lado de la pequeña ventana de su cuarto.

—¡Dijiste que te lo pensarías!

—Eso he hecho, no puedo casarme contigo. —Murmuró una voz femenina.

Ragna abrió mucho los ojos, habían reconocido las voces. Eran Kart y Rjupa.

—¿Por qué no quieres casarte conmigo?

—No puedo. No sería justo.

—Eso debería decirlo yo, ¿no crees? —Kart elevaba el tono cada vez más furioso.

—Me dijiste que lo pensara, he decidido. Tendrás que aceptarlo, Kart. — Respondió Rjupa.

—¿Acaso lo amas?

Para Ingunn y Ragna el silencio de la mujer fue respuesta suficiente. No deseaban dar a conocer su presencia, se mantuvieron quietas y silenciosas.

—Contesta, mujer ¿lo amas? —Le gritó Kart a Rjupa zarandeándola.

—¿¿Se puedes saber qué haces?! —Resonó la voz de Eric —¿Suéltala ahora mismo!

—Eso te gustaría, ¿verdad?

—A mí no me hables en ese tono... —Eric resonó amenazante hasta el interior de la casa.

—¿O qué, padre?

La provocación no tardó en ser respondida, el sonido de un forcejeo les llegó. Ragna aferró las pieles dispuesta a salir a frenar aquel absurdo, un grito de dolor la detuvo.

—¿¿Qué le has hecho a tu padre?! ¿Acaso querías matarlo? ¿No ves que no han curado las heridas del incendio? —La voz de Rjupa sonó enfadada y acusadora. —¿Vete de aquí!

—Yo... yo no... —Los pasos apresurados de Kart alejaron su respuesta.

—Estate quieto.

—No es nada, mujer. —contestó Eric malhumorado.

—Me has salvado de tu hijo por segunda vez, Eric. Seré yo quien decida si es algo no. Cállate y levanta. Voy a curarte ese brazo. La pobre Ingunn no da abasto con tantos heridos.

Ingunn vio su propia incredulidad reflejada en el rostro de su hija.

—Me equivoqué, esos dos se quieren...Maldición. Ahora sí tendré que matarlo. —Ragna se dejó caer sobre su lecho al decirlo.

—No tienes que matarlo, hija. Tal vez... —Ingunn no sabía que decir e intentó otra táctica, no dejaría que se enfadara e hiciera algo de lo que luego tuviera que arrepentirse. No podía perder más amigos. —Quería casarse con ella, sentar cabeza... reaccionó mal, sí, pero en el fondo tenía buenas intenciones.

—¿Herirlo sin querer es una buena intención?

—No tergiverses lo que digo, jovencita. Sabes que quiero decirte. —

Entrecerró los ojos, no estaba dispuesta a permitir que tuviera la última palabra. —Hablo del matrimonio. ¿Entiendes lo que significa?

Ignoró su gruñido para dirigirse a su baúl. Sacó con cuidado un hermoso vestido de lino tintado de azul y su túnica de lana ligera a juego. No escatimó en detalles sacando broches, anillos, collares y brazaletes.

—¿A qué viene esto. —Preguntó Ragna sobrecogida.

—Eres una Jarl, tu linaje es impecable. Desciendes de dioses. ¿No pensarás que vamos a dejar que vistas siempre como una sierva, verdad? —Rebosaba de orgullo al entregarle las prendas. —Llevo años trabajando en este vestido. Esperaba que fuera para tu boda. Tienes que empezar a comportarte como lo que eres.

—Olaf también insistió en eso... no empezaras tú también, ¿verdad?

—No. —Eché a reír antes de responder la coletilla preferida de su hija. —¡Seré peor!

Su contestación impidió que pudiera vestirse durante un rato.

—... es posible que esto te genere algún que otro problema. —Ingunn se secaba las lágrimas cuando pudo dejar de reírse.

—¿Problemas?

—Eres mejor partido que antes, te perseguirán todavía más. —Esperaba juramentos de venganza, se sorprendió cuando se mantuvo callada y sacó una pieza de madera de su bolsillo.

—Estoy cansada de luchar. Ojalá me dejaran en paz por un tiempo.

—Quizá deberías hacer como Kart y pensar en casarte. Tener alguien a tu lado que te ayude. —La mirada que le dirigió denotaba un profundo dolor y cansancio infinito que antes no estaba ahí. Maldito fuera Kraka. —¿Qué es eso?

—El medallón de los Haardrard. Resulta que... —Ragna empezó a contarle con detalle las palabras del gran Sköll. Le habló del estado de su pueblo, las cosas que empezaba a recordar; omitió parte de las humillaciones sufridas, lloró por la traición de Harald, sobre la inevitable muerte de Kodran y Jon, de su culpabilidad por no recordar a su pueblo y sus deberes como señora, le contó todo hasta llegar al medallón de madera. Sin saber muy bien como describir lo que significaba el auténtico de oro que custodiaba Olaf para su gente o para ella misma.

Lo único que se guardó fue la conversación secreta que mantuvo con Sköll.

CAPITULO 33

Ivar observó desde su oscuro rincón como Ketill se movía entre la muchedumbre, saludando y animando a los asustadizos recién llegados. Solo se detuvo cuando Helga, la antigua salvadora de Ragna, se cruzó en su camino cerca de su escondite. Su amigo parecía evitar a la vieja de las runas, la misma que le advirtió a él que no quitara ojo a ese gemelo en particular. Helga ignoraba con desdén las miradas curiosas que se dirigían a su rostro deformado.

—¿Has visto a mi niña? —Helga se sonrojó, dando color a su peculiar rostro. —Quiero decir...

—No tienes que disculparte de nada. Si no fuera por tu valentía no sería nuestra señora. Siempre será tu niña. —Respondió Ketill con una sonrisa. —La encontrarás con nuestra Husfrejya. Ha decidido que Olaf haga de anfitrión y dejarse mimar por su madre.

—Entonces, ¿ha estado bien?

—Sí. Después de que la liberaran, la criaron como a una hija. Eso incluye formación de guerrero, navegar de un sitio a otro, incursionar y comportarse como una dulce mujercita.

—No debe haber sido fácil, sigue teniendo un carácter atroz, diría que ha empeorado. Será por vuestro señor Olaf.

—No sabes cuánta razón tienes. —Ketill rió feliz. —Olaf la adora por eso.

—Discuten siempre. —Murmuró confusa.

—Cierto. Ingunn te dirá lo mismo que pensamos en el pueblo, que disfrutan al hacerlo. Es su manera de demostrarse cuanto se importan. —La acompañó hacia la gran casa, fingiendo no notar sus temblores. Incluso Ivar, que los seguía con torpeza, podía verlo. Costaba creer que fuera la misma que se enfrentó a Ragna con tanto valor días atrás. Caminaron hasta llegar al cuarto de su señora sin apurar el paso, Helga parecía sobrecogida por la magnificencia y la alegría reinante.

—Nuestra casa fue hermosa, aunque no tanto como esta. —Se maravilló.

—Ragna siempre trae a Ingunn cosas bonitas de nuestros viajes. —Contestó Ketill. —Aquí es. —Dio unos suaves golpes en la puerta del cuarto. Ivar aprovechó para arrastrarse y sentarse en una de las sillas más alejadas,

mezclándose entre los esclavos y criados que corrían de un lado a otro.

—¿Si? —Se escuchó.

—Helga te busca. ¿Quieres que te hable de otra manera, mi queridísima Jarl?

—¡Muérete idiota! ¡Que pase! —Se escuchó. —Madre, te voy a presentar a Helga. ¡La recordé!

Empujó a la sierva cuando ésta dudó, le habló con ternura

—Ingunn es una buena mujer. La quiere como a una hija sin importarle quién es o el peligro que corría por tenerla aquí. Es muy dulce y compasiva, aunque en éstos últimos tiempos está echando mucho carácter...

—Seguro que no le ha quedado otra. —La defendió Helga con lealtad.

—Eso mismo dice Ragna. —Contestó con una mueca.

Ingunn salió con una gran sonrisa que no varió lo más mínimo cuando reparó en su rostro desfigurado. Ivar se enorgulleció de su diplomacia.

—Debo darte las gracias por lo que has hecho por... por nuestra Ragna.

—Tu hija, mi señora, es tu hija. —Respondió Helga sonrojada con voz sumisa.

—Nuestra hija. La protegiste como tal. —Contestó Ingunn con voz emocionada. —Sin ti, no sería mía. Ven conmigo, ayúdame a vestirla. Esta noche tiene que lucir como nunca. —Bajó la voz para que Ragna no la oyera desde dentro. —Necesito refuerzos, se está poniendo difícil para aceptar el vestido que he preparado.

Ketill decidió irse con una gran sonrisa. Ivar se preguntó porque daba crédito a las palabras de la anciana bruja que olía a hierba fresca, no había motivos para vigilarlo. Su amigo cruzaba el gran comedor cuando vio a Geirhildr dirigiéndose al cuarto de los señores de la casa. Iba tan cargada de telas y sábanas que no veía lo que tenía delante.

—¿No saludas a tu futuro esposo? —Le preguntó el gemelo rodeándole la cintura con las manos.

Geirhildr soltó su carga sorprendida, lanzando un sofocado grito de miedo. Al verlo frunció el entrecejo.

—No vuelvas a darme un susto así. —Lo reprimió antes de agacharse a recoger lo que había tirado. De repente volvió a enderezarse con el rostro encarnado. —¿Futuro esposo?

—Te dije que iba a casarme contigo. —A Ivar le reconfortó la expresión de reproche femenino.

—Y yo te contesté que si lo que querías era reírte de mí para llegar hasta

mi hermano, que lo olvidaras. —Geirhildr levantó la voz, muy enfadada puso los brazos en jarras y pateó el suelo.

—¿De qué estás hablando?

—Quieres saber si Onund es el culpable de ese odioso incendio y pretendes utilizarme. —Geirhildr estaba que echaba chispas.

—No digas bobadas. Quiero casarme contigo. —Estaba tan furioso que ni se percataba de la pequeña audiencia que se acumulaba a su alrededor y le impedía la visión a Ivar. Estaba muy alterada para darse cuenta. Onund, que acababa de entrar, miraba la escena estupefacto. Ingunn, Ragna y Helga espiaban desde la puerta abierta de su habitación.

—Es hora que siente cabeza, nos conocemos desde niños y siempre nos hemos llevado bien... así que...

—¡Ja! —Le interrumpió Geirhildr. —Apenas me has tolerado. Decías que tenía el carácter de un trol, el rostro de Hela y el comportamiento de un ogro...

—Eso eran tonterías de niño.

—¿Cómo lo fue decirle a mi esposo el día de nuestros esponsales que se casaba con una arpía sin corazón? —Ironizó Geirhildr con sarna.

—¿Qué? ¿Cómo sabes...? —Ketill se calló al instante.

—¡Lo sabía! ¡Solo podías ser tú!

— Mujer, fue una broma

—¿Fue una broma que encontrara siempre ascuas en mi silla? ¿También lo fue que los pantalones de mi hermano desaparecieran una y otra vez? ¿O que sus herramientas se rompieran cuando estabas cerca? ¿Qué los hombres del poblado me tengan por malvada y cruel?

—Sabes que dice la verdad, Ketill. —Dijo Ivar dejándose ayudar por Onund para acercarse a la pareja.

—Aunque me alegro que estés vivo, amigo, no me estás ayudando... — Dijo el aludido tapando el grito sobresaltado de Ragna al verlo con vida. La temida Loba Blanca estaba en la puerta del salón a medio vestir, tapada con pieles, sujeta por Ingunn y Helga que le impedían salir corriendo para abrazarlo.

—¿Ayudándote a qué? ¿A destruir a mi hermano? —Vociferó la mujer.

—Geirhildr, él no... —Empezó a decir Onund.

—¡No me llesves la contraria, hermano! ¡No en esto! —Contestó rabiosa. —Quiere reírse de nosotros y no voy a dejar que me humille por el camino. Ya lo ha hecho demasiadas veces. No voy a casarme con alguien que se divierte a

costa de mi desgracia.

—¡Por las barbas de Odín! ¡Esta hembra es imposible! —Gritó Ketill a su vez, se dirigió a la puerta mirándolos. —Ya que la defiendes tanto Ivar, cástate tú con ella, porque yo desisto. No voy a unirme con una hembra tan rencorosa.

—Eso pensaba hacer. —Respondió Ivar sonriendo, el gemelo se detuvo en seco al escucharlo.

—Tu propuesta es aceptada, Ivar. —Respondió Onund.

—¿Qué? —Preguntó Geirhildr consternada. —¿Quién te crees...?

—Tú hermano. Cumplirás con mi palabra o tendrás que dar explicaciones a Olaf. Ya me he cansado de tu carácter rebelde. Ivar es el hombre adecuado.

—¿Pero...?

—Ya es hora de que vivas tu vida. No fui yo quien inició el incendio, no tienes que protegerme. Soy inocente. Es hora de buscarme una buena mujer y formar mi propia familia, por desgracia, asustas a las que me interesan.

—¡No es justo! ¡He cuidado de ti desde que padre murió! ¿Así me lo pagas?

Geirhildr soltó un alarido muy poco femenino antes de salir de la casa como una tromba. Los tres la miraron; dos de ellos irritados, el otro, muy sonriente.

—No va a ser fácil que te acepte. —Onund se sonrojó al decirlo. Se le veía orgulloso tras su arranque de valor.

—Me aceptará. Ya me ocuparé yo que lo haga. Por si no lo has notado, no ha dicho nada contra mí, solo contra de Ketill. —Se rió entre dientes. —Me encargaré después. Primero tengo que saludar a mi señora... que por lo que me han dicho es una Jarl descendiente de su dios favorito.

—Espero que sepas en que te metes. Estás solo. No volverá a hablarme. —Murmuró el herrero acerándolo hasta Ragna.

Ketill salió al exterior sin decir palabra. Más tarde se ocuparía de él, cuando el gemelo se hubiese buscado una hembra que le quitase el malhumor.

—Madre mía... esto es contagioso... ¡Será mejor que ande con ojo o acabaré casada antes que acabe el día! —Gritó Ragna antes de abrazarlo con fuerza. —Te creía muerto, hermano. Me alegra verte. Pensaba que os perdería uno a uno.

No entendió que quería decir pero no le importó, aunque le picó la curiosidad la risita nerviosa de Ingunn.

Era evidente que su jefa se alegraba que anduviera por la tierra de los

vivos, sabía que por su aspecto, aún cabía la posibilidad que los abandonara. La herida de su cabeza era grave. No solo había quedado disminuido por la pérdida de sangre, sino que desde el golpe, era incapaz de controlar sus piernas. Odiaba esa debilidad.

Existía la posibilidad que nunca se recuperara. Si era así, insistiría en que Ragna se buscara otro segundo al mando, si es que permitía que renunciara a su puesto. Quizá ese cargo aplacara a alguno de los gemelos.

No pudo evitar sonreír. Si tenía que renunciar a guerrear y saquear, con Geirhildr como esposa, no se aburriría nunca. En el peor de los casos, esa aventura, tendría que valerle hasta la muerte. Era tan terca, que no le facilitaría en absoluto la vida, solo después de haber desarrollado tanta paciencia estando con Ragna podría enderezar la rebeldía de esa mujer en cuestión.

Sí, definitivamente, estaba hecha para él.

CAPITULO 34

El atardecer llegó y con él, la gran cena preparada durante días para la llegada de Ragna. Olaf se sentía orgulloso. Su pueblo acogió a los campesinos de Ragna, compartiendo con gusto sus posesiones de buena gana con aquellas pobres almas. No tardarían en reponer las existencias.

Las gentes de Ragna llevaban años sufriendo carencias y malos tratos, demorarían en sanar pero con paciencia, lo harían. Su habitual pesimismo se esfumaba con rapidez, no pasaba lo mismo con la desconfianza y el miedo, tan arraigados. Arropados por su nueva señora y los guerreros Durs se sentían protegidos, levemente temerosos, bien alimentados y limpios. Empezaban a hablar en convertirse en guerreros, aprender a defenderse, no solo a ellos mismos sino a su nueva señora. Confiaban en poder salvar a Sköll. Volvían a tener fe en su dios.

El jolgorio y la algarabía resonaban por el bosque, donde acababa de pasar un agradable escaqueo con Ingunn en el río. Su mujercita tardaría un poco más en llegar, ese pensamiento le hizo sonreír, estaba seguro que la próxima vez pondría menos resistencia a la hora de apartarse de Ragna. Siempre estaba bien dispuesta a recibir ese tipo de atenciones, más aún cuando estaban separados largo tiempo.

La buena noticia de que el loco de Elkcatcher no tomaría represalia lo dejaba muy tranquilo. Parecía haberse cansado de Kraka, desde hacía un tiempo ya no le era útil. No es que no se atreviera a plantarle cara, podría con él, aunque prefería no tenerlo que intentar si Sköll cumplía su palabra y los liberaba de ese enemigo en particular. Lo primero, era su pueblo. El suyo y ahora, el de su muchacha. Olaf sospechaba, por sus últimas palabras antes de morir en manos de las esclavas que torturaba, que Kraka era en realidad hijo de Elkcatcher. Un hijo al que toleraba pero que no le daba importancia ninguna. Intuía que el nigromante centraba su atención en otro descendiente, algo que tendría que averiguar para confirmar o desmentir su teoría.

Tras el ejercicio volvía a tener hambre, se dirigía a la mesa central cuando vio a Kart acercándose a la hoguera por un trozo de carne. Suspiró y fue en su busca, aquel muchacho estaba descontrolado. Esa misma tarde no solo hirió a su padre en el brazo lastimado al intentar proteger a la tabernera sino que acabó peleando con Ketill cuando este se enteró de lo sucedido. Por

primera vez en muchos años Kart fue vencido por su gemelo y su derrota había sido peculiarmente dolorosa.

Siguió su presa hasta que consiguió detenerlo.

—Quiero hablar contigo. —Le ordenó ignorando la mirada de reproche que le dedicó.

—Sí, señor.

—Sé que le has brindado leatad a mi hija, algo que ya tenía desde que os pateó el culo de niños... —Le clavó una mirada penetrante, tan profunda y seria como su tono. —No olvides que estás en mis tierras. Me debes a mi más que a mi hija. Quizá pueda pasar por alto tu disputa con Ketill, Odín sabe que siempre estáis igual. Lo sucedido con tu padre, no. Atacar a mi segundo sin provocación, tiene consecuencias.

—Yo... —Kart miró al suelo, incapaz de defenderse. Vio su remordimiento antes que ocultara el rostro.

—¿Perdiste los nervios?

—Maldita sea, sí...

Su tono angustiado era evidente, se arrepentía de su genio intempestivo. Kart siempre era demasiado orgulloso para su bien.

—Ni tu padre ni Rjupa te han denunciado ante mí, por lo que no puedo castigarte... —Supo que no tenía que agregar nada más, su muchacha no dudaría en escarmentarlo para llevarlo al buen camino. Se conformó con dejarle un bonito ojo morado, sin conseguir que perdiera el equilibrio con el impacto, después de todo, Ragna solía desquitarse a menudo con él.

El gruñido de Kart le divirtió, Ingunn tenía razón al decir que respondían igual. Lo que no le gustó fue la mirada ladina con la que observó a Rjupa cuando salió de la taberna. La mujer llenaba los cuernos con su sabroso hidromiel, parecía algo más mohína que de costumbre. Ingunn le había puesto al día y no se equivocaba, entre Eric y Rjupa corría una tensión sexual difícil de pasar por alto. Se lanzaban miradas ardientes cuando el otro no observaba, si sus ojos se cruzaban, fingían indiferencia.

Era evidente que la juventud de Kart lo convertía en un ciego. Un buen castigo le abriría los ojos. Casi sonrió al dar con la idea que no solo lo atormentaría durante días, sino que le haría pensar las cosas con más calma a partir de entonces.

—He dicho que no voy a castigarte. Me refiero a un castigo físico, de eso se encargará mi hija, aunque sí recibirás un buen escarmiento. Vas a pedirle disculpas a tu padre y a Rjupa por lo sucedido. —Una dura mirada calló su

respuesta airosa antes de hundirle el puño en el abdomen. —Vas a contarles que he decidido que deben casarse esta noche.

—¡No! —Kart se encendió. —¡No pueden! ¡Es mía!

Olaf actuó con rapidez, cogiéndolo del cuello lo alzó. El joven calló a pesar del desafío que brillaba en su mirada.

—Lo harás.

—Yo... yo... —Parecía decidir si enfrentarse o someterse a su voluntad.

—La fidelidad a mi muchacha no te salvará de retorcerte el cuello. Si me obligas a escoger, Eric sale ganando.

—Lo haré, lo haré... —La falta de oxígeno era visible, empezaba a ponerse morado.

—Tendrás que aprender a controlar tu carácter. Cuanto antes lo hagas, mejor. —Lo arrojó al suelo con desprecio. —Tú padre es un buen hombre, no lo deshonres de esta manera.

—Es él quien me deshonra...

—¿Qué estás diciendo? —Le pateó el pecho, al estilo de su hija.

Kart se levantó con cuidado, manteniéndose lejos de su alcance.

—Desea a la mujer que escogí.

Olaf no podía creer que fuera tan tonto, si bien siempre fue engreído y arrogante era muy inteligente o lo había sido. La pasión estaba nublandole el juicio y por el bien de Ragna debería abrirle los ojos. Luchar junto a un hombre tan inestable la ponía en peligro, justo cuando apenas empezaba a estar a salvo.

—¿La deseas tanto que eres capaz de enfrentarte a tu padre?

—Sí.

—Abre los ojos, idiota. Eric es de una sola mujer. Fíjate como la mira y dime si crees que lo hace solo por molestarte. —Dijo con dureza.

Kart lo miró con inquina antes de obedecer su orden, durante largo rato miró a uno y a otro, hasta que perdió el color.

—Yo... la amaba... —Susurró a modo de disculpa.

—No la amabas antes y no lo haces ahora. —Olaf era consciente del daño que podía hacer. Por desgracia, la paciencia y la delicadeza, no eran su fuerte. —Si la hubieses respetado o amado no estarías flirteando a escondidas con una de las siervas de Ragna.

—¿Acaso debo dejar que Ragna me de una paliza por mirar a otras?

—Sí, si te la tienes merecida. —Contestó. —Estás a punto que te arranque la piel. Iras a pedir disculpas y a darles la noticia. ¡Ah! En cuanto mi

hija de su aprobación vas a casarte con esa sierva, será tu esposa. Tendrás que ocuparte de ella y vuestros hijos...Creo que eso te obligará a pensar las cosas un poco más, y si no estás dispuesto, siempre puedo solucionar el problema colgando tus tripas de un árbol antes que lo haga Ragna.

Kart lo miró con los ojos abiertos, consternado, la dureza de sus palabras fueron reforzadas por un puñetazo en la mandíbula. El muchacho encajó bien el golpe, antes de echar a andar arrastrando los pies. Cualquiera que lo viera pensaría que se encaminaba a su propia ejecución. Para los jovencitos tener una esposa que mantener y proteger era una gran carga. Una cosa era retozar con las hembras disponibles, otra muy distinta, ligarse de por vida a una a la que se debe honrar. Eric y él, eran de los pocos que no retozaban con las criadas, al menos no con frecuencia. La mayoría de hombres contaban con uno o dos hijos bastardos correteando entre los esclavos.

Cruzó los brazos para ver la escena desde un lugar privilegiado, que prometía ser entretenida cuanto menos. Quiso la fortuna que cuando llegó hasta donde estaba su padre, Rjupa estuviera llenándole el odre con el rostro sonrosado. Al verlo, la mujer perdió el color con rapidez. Se acercó a Eric, buscando su protección.

—Unas palabras con vosotros... —Empezó a decir Kart.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Herir otra vez a tu padre? —A pesar de su palidez no dudó en atacarle. Olaf sonrió al ver el rostro exasperado de Kart.

—Olaf me ha ordenado que os diga...

—Habla. —Respondió su padre.

—Yo. —Empezó a decir Kart mirando el suelo. —Os pido disculpas por mi comportamiento.

—¿Te lo ha ordenado? —Eric lo miraba con fijeza, ofendido. Olaf le pidió paciencia con un gesto de la mano.

—Sí.

—Solo las aceptaré, si juras por tu vida, no volver a atacar a tu padre. — Rjupa no dudó en poner sus condiciones con los brazos en jarra.

—Maldición. Acepto. —Contestó Kart de mal humor. —Nunca tuve intención de herirle. Olvidé que estaba lastimado, me dejé llevar por mi mal carácter...

—Dime, hijo. —Eric cortó la respuesta de Rjupa. —¿Sientes el daño que has causado?

—Sí.

—Acepto tus disculpas. —Le contestó. —¿Algo más?

—Os vais a casar esta noche. —Sonrió con ironía al decirlo.

Atónita, la mujer boqueaba sin ser capaz de decir nada, parecía faltarle el aire. Eric movió la cabeza, sonrojándose.

—No puedo aceptar...

—Lo que no puedes hacer es negarte. —Espetó su hijo. —Es una orden.

—Tú querías casarte con ella, no puedo hacerlo yo... —Parecía incapaz de encontrar su propia voz para expresarse como quería.

—¿Olvidé decir que si Ragna consiente también me caso esta noche? — Empezó a decirlo con furia pero terminó con resignación. La negativa de su padre a casarse mitigaba su enfado.

—En ese caso... ¿Cómo desobedecer? ¡Me caso! —Contestó Eric con vehemencia.

—Pues será mejor que te ocupes de tu novia... —Kart reía entre dientes.

—Esto no puede quedarse así, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, claro que lo sé. Ragna insistirá en que te desahogues, que me des una buena paliza. Si quieres puedes intentar darme mi merecido en un combate... después de casados. Tienes que curarte primero, no quiero ventajas contra un viejo cascarrabias. —Contestó Kart con su habitual tono seco.

Olaf pudo ver como se alejaba en dirección a su hermano, que los observaba desde la mesa de los asados. Eric tuvo que levantarse de un salto para socorrer a Rjupa cuando se desmayó.

Olaf rompió en estruendosas carcajadas llamando la atención de su segundo. Eric la miró contrariado, hasta que sonrió. Con un gesto le agradeció que pusiera al joven en su lugar sin costarle una severa disputa.

Al obligarlo a disculparse recuperaba al obstinado de Kart, nada cambiaría la determinación de su hijo de no ser por la fuerza. Desde la distancia, pudo ver como a Eric se le dulcificaba la mirada al intentar despertar a su futura esposa.

No le gustó descubrir esa misma mirada en Harald cuando Ragna apareció ataviada con sus mejores galas.

Era la Jarl más hermosa y formidable que sus viejos ojos hubiesen visto nunca.

CAPITULO 35

Ragna se sentía fuera de lugar vestida según su nueva posición. Caminaba entre los aldeanos con una sonrisa tensa, consciente de las miradas vigilantes de Ingunn y Helga. Aceptó los elogios y los buenos deseos con un aplomo que estaba lejos de sentir. Incluso logró amedrentar con duras miradas, a los que le hacían escandalosas propuestas, sin dejarse llevar por su mal carácter.

La vieja de las runas de su propio pueblo se acercó con una sonrisa, le aferró las manos antes de hablarle con su peculiar vitalidad. Su olor a hierbas le transmitía cierto solaz, era como si nunca lo hubiese olvidado.

—Tu madre estaría orgullosa de tu belleza; Haardrard, de tu bravura. La sangre de Ragnar corre por tus venas, de eso no hay duda. —Le dijo con lágrimas en los ojos. —No hay duda, eres nuestra Loba. Si es cierto que los dioses son más que creemos y que el Ragnarok, solo es parte de su historia... estoy segura que la madre de Sköll estaría orgullosa de tenerte por nieta.

—Gracias, Ellisif.— No se sentía hermosa sino ridícula, su sinceridad la conmovió.

—¡Ay, niña! —Suspiró. —Tu viaje ha sido largo, haz caso a esta vieja y sé tú misma. Deja de fingir lo que no eres. Helga e Ingunn estarán orgullosas, hagas lo que hagas. Sköll te esperará.

Su lenta sonrisa emocionó a la mujer, que se apresuró en disculparse para salir corriendo, cuando Ragna le besó la frente a modo de gratitud. Así debía sentirse una cuando besabas a tu abuela favorita.

Creía entender su extraño mensaje. Pese a ir engalanada con las mejores joyas, seguía siendo la misma que desafiaba a su padre a la que tenía la mínima oportunidad, como demostraba el pequeño medallón de madera que llevaba puesto entre el resto de alhajas. El auténtico lo escondía con celo. No lo usaría hasta que el templo estuviera terminado. Vio a los gemelos bromeando, eso acicateó su curiosidad, pues sabía de su pelea rato atrás. Ignoró a Harald cuando intentó interceptarla para alabar belleza y riqueza. Enganchándose a Ivar tiró de él en dirección a sus amigos, sin hacer excesivo caso a su antiguo amigo ni a las cadenas de sus pies y manos.

—¿Se puede saber que ha pasado para que bromeéis después de querer sacaros las tripas? —Les preguntó al llegar.

—¿Ragna? —Preguntaron a unísono.

—La misma que viste y calza. —Respondió en un tono que dejaba claro que no toleraría tonterías sobre su aspecto. —¿Qué es lo que celebráis?

—Que Olaf ha obligado a este tarugo a pedir perdón a nuestro padre y a decirle que esta noche se casa con Rjupa. Y mi hermanito también...

—¿Se casan los dos con Rjupa? —Preguntó Ivar confundido.

—No seas tonto. Kart se casa con una niña que es sierva de Ragna... —Contestó Ketill con tono alegre.

—Solo si Ragna acepta y no...

—¿La niña de ojos verdes? —Preguntó Ragna.

—¿Cómo sabes...? —Kart suspiró. —Sí. Con ella.

—Sea. Aceptará encantada, está loca por ti. Por tu bien espero no recibir una queja. Te casarás junto a tu padre después del festín. —El rostro alegre y magullado de Kart demostraba su conformidad. Padre e hijo, lucharían. Kart no saldría bien parado, castigo suficiente para su enorme ego. No pensaba volver a dudar de los motivos de Olaf. Si él creía que era lo mejor, lo era.

—Pobre muchacha. No sabe dónde se mete... —La voz de Geirhildr se escuchó por detrás, en un tono cargado de reproche.

Llegaba con una gran fuente de deliciosas frutas que repartía entre los comensales. Los oscuros círculos de sus ojos revelaban que había llorado durante mucho tiempo, antes de decidirse a salir para cumplir sus tareas.

—¿Qué quieres decir? —Le preguntó Ivar con suavidad.

—Compadezco a cualquiera que se vea obligada a someterse a esta panda de brutos. —Espetó sin mirarle.

—Ketill, hazte cargo de esa bandeja. —Autoritario Ivar miró a su amigo. —Creo que es hora de resolver un pequeño problema que tengo pendiente.

Enganchó a la mujer por el delantal, abrazándola para que no escapara, la besó con fuerza en un gesto de posesión absoluta. Geirhildr se resistió con brío antes de sucumbir al beso arrasador.

Cuando la soltó por fin, la mujer tenía la vista nublada y los labios sonrosados.

—Está visto que cuando uno quiere algo, tiene que tomarlo lo antes posible. —Murmuró Ketill con ironía.

—Recuerda que ahora es mía.

—¡No! ¡No! Él no... —empezó a gritar la mujer.

—Después de ese beso nadie te va a escuchar Geirhildr. —Le dijo Ragna con suavidad. —Creo vamos a tener tres bodas en lugar de dos, porque me veo incapaz de matarlo tras su recuperación, por mucho que quisiera apoyarte.

Geirhildr la miró atribulada antes de salir corriendo con el rostro encarnado.

—Será mejor que vayas. Es capaz de fugarse. —Kart miraba como huía. —¿Por qué llora? Ya ha demostrado que tiene predilección por...

—No irá a ningún sitio. —Su paso tambaleante, pesado e inseguro, aseguraba una ligera ventaja a la mujer sobre Ivar.

Ninguno dudaba que Geirhildr tuviera alguna oportunidad de escapar. Ivar no le daría tregua hasta obtener lo que quería. Era un predador nato, uno muy paciente. Ella se lo pondría difícil, después de su demostración, no dudaban que acabaría siendo una buena esposa. Él se ocuparía de que lo fuera, se harían felices.

—Será mejor que vaya en busca de Olaf...

Ragna se alejó en busca de su padre, que estaba riendo con Eric, a su lado Rjupa lloraba feliz en brazos de Ingunn. Aceptó un cuerno de hidromiel caminando en busca de sus padres, se detuvo para ver como Gunnar conversaba con su inesperado ejército de mercenarios.

Lucía esplendido con sus nuevas pieles, mucho más simples y hermosas que las que trajo consigo, tan cargadas y ostentosas.

No soportaba sentirse en deuda. Gracias a su rescate en la choza, seguía viva. Al apartarla de Harald y su traición, le había devuelto el orgullo y la fe en sí misma.

Deseaba que la tratara de otra manera desde que supiera quién era en realidad, como hacía la mayoría. Ese bruto seguía tratándola igual de mal que siempre, lo peor, es que no le molestaba. ¡Ya no tenía ganas de destriparlo! ¡Disfrutaba de sus trifulcas!

Su pesadilla había terminado mientras que la de Gunnar acaba de empezar. Olaf, también parecía estar pendiente de la conversación que Gerhardsen mantenía con uno de los hombres de su padre. A su lado, el cabecilla de los mercenarios que formaban parte de su pequeña tropa.

—¿Qué pasa Gunnar? —Le preguntó al ver su rostro sombrío.

—Mi padre decidió volver a Sunndalsora, nuestro... su pueblo. —Empezó a decir él con los labios apretados. —Quiere recuperar su orgullo, ha decidido matarme.

—¿Sigue vivo? ¿Cuántas veces hay que matarlo? —Ragna no podía creer lo que escuchaba. —¿Recuperar su orgullo? ¡Fue él quien lo perdió por su propia estupidez!

—Puede ser. —Dijo Gunnar con resignación. —Cree que es culpa es de

Olaf, por parecer débil y no serlo. Tuya por ser mujer y no dejarte utilizar, sin saber todavía quién eres en realidad. Me culpa a *mí*, sobretodo, por traicionarlo y no apoyarlo, por unirme a vosotros, por desafiar su autoridad y una larga lista de reclamaciones.

—También por hacer que esos mercenarios te siguieran por propia voluntad. —Añadió el hombre del clan Gerhardsen con ironía.

—Como si hubieses planeado...

—No voy a permitir que nadie salga herido por sus caprichos. Debo detener esta locura. —Gunnar parecía cansado. —Pensé que moriría en los bosques, que le darían caza después de sobrevivir la primera vez.

Lo miró con malas pulgas, aunque era inaceptable irse durante una celebración como aquella, entendía la situación en la que se encontraba.

—No tienes que irte. Cumpliste tu palabra, me ayudaste. Es hora devolvarte el favor. —Reforzó sus palabras apoyando la mano en su brazo, en un gesto varonil. —Iré contigo.

—También cuentas con el nuestro. —Olaf se acercó muy solemne.

Gunnar los miró con admiración.

—Sabéis que no puedo aceptar. Debo marcharme...

—Ven, muchacho. —Dijo Olaf —Hablemos.

Excluida de la conversación se dirigió a la mesa donde estaba sentada Ingunn.

—Si han vuelto a aceptarlo...

—Fingar hará entrar a mi padre en razón. No es un hombre que estalle con facilidad ni que haga las cosas acaloradamente, ¡siempre ha pensado primero en el pueblo! Dudo que permita que lo acepten sabiendo de su traición y de los problemas que acarreará. —Arguyó Gunnar con fervor defendiendo al segundo de su padre.

—¡Gunnar! ¡Gunnar! ¡Fingar me envía! —De la nada apareció un adolescente, de cabello oscuro y ojos pardos muy resueltos. Su caballo y él resollaban a causa del esfuerzo.

Ragna quiso levantarse para acercarse, su madre la detuvo negando con la cabeza.

—Deja que tu padre se ocupe. —Le susurró. —Espera.

El recién llegado desmontó antes de soltar sus armas en muestra de respeto. Los guerreros que estaban a la defensiva bajaron las suyas para permitir que se acercara a Gunnar y Olaf, que lo observaban con el ceño fruncido.

Ragna no pudo evitar una mueca. Gunnar y su padre parecían estar cortados por el mismo patrón. Nadie se atrevía a romper el tenso silencio. La fiesta se detuvo por completo.

—Habla. —Olaf sonó tan amenazador que provocó escalofríos al mensajero.

—El pueblo se ha negado a seguir a Thorvarld. Fingar no quiere ser el nuevo señor estando tú vivo... —La voz fue disminuyendo a medida que Gunnar se le acercaba.

—¿Que ha pasado? ¡Habla!.

—Te hemos escogido como nuevo señor. —Respondió el joven con rapidez.

—¿Está vivo?

—Cuando me marché sí, aunque dudo que ahora lo esté.

—Explícate. —Exigió Olaf.

—Quiso que nos enfrentáramos unos a otros. Cuando supimos de sus traiciones fue desterrado. De ser una lucha cuerpo a cuerpo en lugar de un insulto a una Skjaldrmö algunos se hubiesen puesto de su parte. Otros lo culparon por ponerse en contra de Durs. No lo aceptó e intentó acabar con Fingar, como no lo consiguió, raptó a Melkorka y huyó. Pretende utilizarla para obligarte a ir en su busca. Fingar me envió para avisarte. Cree que va en busca de mercenarios, teme que se alíe con el nigromante ahora que la tabernera que lo salvó está muerta.

—Estábamos en lo cierto, Hallbera fue quién lo salvó... —Murmuró Olaf. —Las pociones que encontramos en su cabaña eran obra de Kraka.

—¿Cuándo fue eso? —Quiso saber Gunnar.

—¿Quién es Melkorka? —Preguntó Ingunn.

—Thorvarld considera que es la favorita de Gunnar. —Aclaró prestamente el recién llegado.

—¡Por las barbas de Odín! ¿Tienes mujer? —Preguntó Ingunn furiosa.

—No, no la tengo. Era la opción más lógica o lo sería, porque ya no soy señor de nada.

—Gunnar, te queremos de señor, de verdad. —Aseguró el jovencuelo. —Thorvarld es un cobarde. Recupérala y cástate. Se nuestro señor.

—Y un cuerno. —Murmuró Ragna jugueteando con su medallón.

—¿Cuándo fue? —Volvió a preguntar Olaf.

—Hace día y medio...

—Quizá siga con vida. —No tardaron en negar con la cabeza a Olaf.

—No. La partida de caza los habrá encontrado. Si bien mi padre es muy apto para esconderse por su cuenta cuando le interesa, a estas horas está muerto o moribundo, estoy seguro. Tenemos muy buenos rastreadores.

—Enhorabuena... —Olaf sonó triste al decirlo.

—No lo merezco. No es mi manera de conseguir las cosas.

—Quizá no. —Respondió Olaf. —Escucha, hijo, él escogió su destino. Tendrías que estar orgulloso, tu pueblo no siguió su camino. Te escogieron.

—Necesito pensar.

—Piensa en casarte con mi hija. —Espetó Ingunn.

—Perdona a mi mujer. —Olaf la disculpó con una mueca. —Como puedes ver, ha aprendido los modales de mi mocosa. Aunque está en lo cierto, podrías...

—¡Sobre mi cadáver! —Se escuchó.

De no sentirse mucho mejor tras los mimos de Ingunn y Helga, Ragna sabía que nunca hubiese tenido la fuerza y la velocidad necesaria para detener la estocada que Harald dirigía al corazón de Olaf. Por suerte, esta vez, Ingunn no se opuso a que fuera armada.

—¿Se puede saber qué haces? —Le gritó Ragna cruzando su propia espada justo a tiempo.

—¡No vas a casarte con él! —Gritó su amigo enloquecido. —¡Eres mía!

—Hara...

—No. —Gunnar la apartó con rapidez colocándola a su espalda para ponerla a salvo. —No se puede hablar con un loco.

—¡Moriréis!

Su viejo amigo se arrojó, fuera de sí, lanzando un duro contraataque. Gunnar, curado de sus heridas gracias a los conocimientos de Ingunn, lo detenía con movimientos fluidos y precisos, ahorrando el máximo de energía.

—Sobrino... —Ragna vio a Vestein acercándose, tras él, un pequeño ejército lo acompañaba. —¿Qué haces?

—¡Ragna es mía! ¡Así como sus tierras! —Bramó Harald lanzándose hacia Olaf con la espada en alto. —¡No he trabajado tanto para nada!

Sus palabras fueron un golpe para Ragna, que aún no terminaba de asimilar su traición y buscaba una manera de liberarlo en nombre de su larga amistad. Su corazón se detuvo al ver como la mole de Harald se lanzaba contra su padre. Gunnar, aprovechó su inmovilidad y atravesó el costado de Harald.

—Ragna, no pertenece a nadie más que a si misma. —Murmuró Gunnar.

—O a la manada que quiera formar. —Las palabras de Ellisif llegaron ella desde su derecha. Ragna, apoyó la mano sobre su hombro y asintió. Sacó su puñal mientras Harald caía de rodillas.

—Esto ha sido decisión tuya, amigo. Jamás quise llegar a esto...

—Aparta, muchacha. —Vestein la apartó. —Esto solo corresponde a Ragna o a...

—Serás idiota, ¿quién te crees que soy? —Gruñó.

—¿Ragna? ¿Qué es esta locura? ¿Por qué vas así vestida? —Preguntó Vestein enfurecido.

—Tu sobrino es un traidor. —Olaf se acercó a su amigo con un gesto tan feroz como el del recién llegado. —Me desobedeció cuando le prohibí que viniera sin tu consentimiento. Fraguó un plan para casarse a escondidas con mi hija tras venderse a Kraka y darle información sobre nuestra llegada. Planeaba escaparse mientras nosotros librábamos la batalla.

—Imposible. Me dijo que me haría caso, que la retaría en duelo... —Balbuceó Vestein. —Que acabarías aceptando la antigua ley y ella no perdería su orgullo.

—Es por ti que aún sigue vivo. —Prosiguió Olaf. —Quería juzgarlo en tu presencia. ¿Por qué tardaste tanto en llegar?

—Nos encontramos con los últimos mercenarios de Kraka. No volverán a dar problemas. Os traía la noticia y un obsequio, pretendía... —Vestein calló. —Ragna, a petición de mi sobrino te entrego un regalo muy especial.

Tras un gesto con la mano, salió una esclava entre sus guerreros. Flaca, sucia y harapienta, como todos los que dependían de Vestein, abrazaba con fuerza un pequeño bulto.

—Ese regalo pertenece a mi madre, no a mi. —Murmuró Ragna con la voz temblorosa.

La mujer se dirigió a Ingunn.

—¿De qué se trata, hija mía?

—De tu sangre. —Contestó Ragna. —Es el regalo de Harald para convencerlos que es... era, mi esposo ideal.

—Lo soy... ayúdame. Solo trataba para protegerte. Pensaba traicionar a Kraka. —Harald alzó la mano. Ragna cerró los ojos. —Sabes que soy tu mejor opción, con gusto me haré cargo de tus...

—Los muertos no hablan. —Vestein se acercó a su sobrino y le rajó el cuello.

El grito de Ingunn resonó en el tumulto que empezaba a formarse cuando

distinguió a la diminuta criatura en brazos de la esclava.

—¿Es... es...?

—Sí. Es tu sobrina. —Afirmó Vestein limpiando la sangre de su cuchillo en el jubón de Harald mientras a éste se le escapaba la vida.

—¿Cómo es que la tienes? —Olaf se acercó a su mujer que sostenía a la niña con infinita suavidad. —La buscamos sin descanso. ¿Sabías quién era cuando la cogiste?

—No. —Vestein miró a su propio sobrino. —Harald lo supo tras acostarse con ésta. —La esclava se encogió. —Ella le contó que la niña no era suya, al perder a su hijo tras la matanza del poblado la tomó bajo su cuidado, la mantuve como su ama de cría. Os la traía para... nada. Ya nada.

—¿Conociste a mi hermana? —Preguntó Ingunn a la mujer.

—Sí.

—¿Sabes si sufrió?

—Tuvo un parto difícil. —Musitó la mujer. —En cuanto su esposo dio su aprobación, la sostuvo, le dio un nombre... y se apagó.

—¿Mi cuñado dio su bendición? ¿De verdad. —Ingunn parecía sorprendida. —La veo tan delicada... Da igual. Mejorará. —Aseguró con vehemencia. —Ya está en casa. Una nueva Hija de Máni. Aprenderá mis secretos y los pasará a sus hijas.

—Sí, está en casa. —Corroboró Olaf. —¿Estamos en guerra?

—¿Querías matarlo? —Preguntó Vestein a Ragna.

—No. —Fue su seca respuesta, se sentía descompuesta. —Pero atacó a Olaf...

—Y por él morirías, lo sé. —Vestein suspiró.

—¿Qué tal la vida de mi sobrina por la de Harald? —Preguntó de pasada Ingunn.

—Eres tan mala como ellos...

—Y la ama de cría es ahora *mía*. —Añadió la mujer.

—Creo que...

—Ragna. —La joven Loba levantó la espada como respuesta a la orden.

—Mi madre quiere a la criada, Vestein. Y a la niña.

—En nombre de los dioses... —El hombre se mesó el pelo. —Olaf, espero que entiendas que me guardo el derecho de declararte la guerra. Tus mujeres son lo...

—¡Peor! —Ragna vio a su madre decir lo mismo antes de estallar en risas.

—¿Cómo aguantas que siempre estén por el medio? —Preguntó Vestein de malhumor.

—Te acostumbras. —Respondió su padre con orgullo.

—Ahora que ya habéis resuelto... —Empezó a decir Gunnar que se mantenía en un segundo plano.

—Hablando de estar en medio... —Ragna lo interrumpió sin contemplaciones. —¿Quién te crees para interponerte entre Harald y yo? ¡Es mi responsabilidad cuidar de...!

—Lo insultáis. Puede cuidarse solo. —Ingunn habló para sí, pendiente de la carita que la miraba desde sus brazos muy sonriente.

—Estás herida... —Empezó a decir Gunnar.

—¿Acaso tu volviste ileso tras la batalla? —Contraatacó.

—Estás...

—Si no estoy mal informada te apuñalaron antes de...

—Eso no es lo que...

—Chicos, porque no... —Quiso interrumpir Olaf.

—Nuestra Loba saca el carácter. —Se oyó decir a Ellisif.

—¿Te crees que porque vayas a irte puedes interrumpir en mi vida? —Lo acusó Ragna enfadada.

—Eso no es cierto. Bueno, si me voy pero no es...

—Cobarde. —Le gruñó.

—Ya basta, hija. —Le ordenó Olaf.

—Eres una maldita bruja. —Graznó Gunnar a su vez.

—¿Te vas, eh? —Sobre su cadáver, pensó Ragna, no se iría. —¿Sin darme opción a compensarte por tu ayuda? ¡Ohhh, grandísimo hijo de...!

—Vigila esa lengua, Ragna. —Siseó Gunnar. —No vaya a olvidar quién eres...

—¿Ahora importa quién soy? —Levantó su espada amenazadoramente. —Sigo siendo la Loba Blanca, Gerhardsen y vas a acepar mi ayuda si no quieres que te patee tu pomposo culo.

—¿Dónde está Ivar? —Preguntó Olaf molesto. —Es el único que puede detenerla.

—¿Detener el qué? Este mequetrefe no va a darme el gusto. —Gruño Ragna con el corazón acelerado.

—Se acabó. —Gunnar golpeó con su propia espada la de Ragna.

Ella le devolvió el ataque con rapidez. Con un suspiro vio como Olaf se interponía delante de Ingunn y la alejaba del peligro.

Ragna no le quitó los ojos de encima, tenía la intención de terminar de una vez con aquella estupidez. Al ver su expresión, Gunnar quiso retroceder para ganar espacio, por desgracia, el gentío le cortaba la retirada. Ragna se acercó a Gunnar y con una rápida estocada cortó el cordel que sujetaba su capa. Cuando ésta cayó al suelo el hombre reaccionó a su provocación lanzándose a la ofensiva. Ragna consiguió bloquear cada golpe con esfuerzo. Herido o no, Gunnar tenía una fuerza terrible. Ragna empujaba su arma oponiendo resistencia, ejerciendo presión para derribarlo. En su interior, su alma pugnaba por salir. Su lobo le hablaba.

Cambió de táctica y le pateó la rodilla, logrando que Gunnar perdiera el equilibrio. Recuperaron su espacio y se miraron furiosos.

—Recuerda quién eres, Loba. Tu manada te está esperando. —Las palabras de Ellisif la irritaron. Gruñó.

—Sé quién soy, vieja. —Se sentía tan cansada como debía sentirse la mujer mayor.

Se lanzó al ataque, buscando herir el brazo de Gunnar, brincó a su alrededor propiciando un buen golpe. Cuando lo encontró, pasó el peso de una pierna a otra y se dispuso a entrar en acción cuando tropezó con las faldas de su vestido.

Por instinto, Gunnar apoyó su espada en su cuello cuando la vio retorcerse para escapar de la caída y golpearlo de nuevo en la rodilla. Se miraron a los ojos sorprendidos.

—Mierda. —Murmuró él. —¿Y ahora qué?

—Ahora... tendremos cuatro bodas. —Canturreó la vieja Ellisif estallando en risas.

—Eso me temo, Gunnar. —Contestó Olaf satisfecho.

Ragna tocó su medallón, su alma lobuna salió al exterior, acercándose a Gunnar. Suspiró. No podía negar el resultado del enfrentamiento.

Cumpliría sus promesas.

EPILOGO

Los gritos de la parturienta resonaban en la casa. Ingunn sonrió. Su Ragna no podía hacer las cosas de otra manera. Si debía a dar a luz mientras Gunnar no estaba, vaya si iba a asegurarse de que éste escuchara su sufrimiento.

El segundo de sus nietos ya venía al mundo.

Ingunn no podía ser más feliz. Su familia estaba completa. Su temperamental marido repartía sus gritos entre sus dos hijas.

Asgeir, su sobrina, era también su hija. Con tiempo y dedicación se había convertido en una muchachita de cuatro inviernos muy espabilada y vital. Aprendía con rapidez, en especial el mal carácter de su hermana mayor, por no hablar de su obsesión en imitarla. Olaf, la consentía hasta tal punto, que le construyó una espada y un escudo a medida. A Ragna le encantaba enseñarle como discutir con Olaf. Formaba parte de la tradición familiar.

Con dos hijas así, no tenía tiempo para echar de menos un hijo varón, menos aún desde que Otkatla, su pequeña nieta, llegó al mundo.

Aunque Ragna fuera refunfuñando al altar tras ser derrotada, su primera hija no se hizo esperar. Poco más de nueve lunas después, Otkatla llegó al mundo entre gritos de dolor y júbilo. Su muchacha había cumplido sus deberes de esposa, aunque solo eso, pues se negaba a quedarse en el hogar y volverse una Husfreyja. Su esposo estaba encantado que fuera una guerrera reconocida y capaz.

Ragna y Gunnar, pese a sus discusiones continuas eran un matrimonio ejemplar y muy unido.

Sacar a Gunnar de la casa, le costó una buena discusión a Helga, que finalmente se alzó victoriosa tras recordarle que en el último parto Ragna intentó lanzarle una daga a causa del dolor.

Enfadado, su yerno se entrenaba con los gemelos muy acostumbrados a lidiar el mal humor de esa manera tras años de práctica con Ragna. Kart había pasado por eso dos veces, siendo padre de dos pares de gemelos. Eric estaba alborozado con sus cuatro nietos, por no hablar de la inminente e inesperada maternidad de Rjupa. Ketill era el único que se negaba a sentar cabeza y formar una familia. Jon, cortejaba un par de mozas, decidido a encontrar la misma felicidad que Ragna antes de que la maldición acabara por consumirlo. Pocos sabían que no le quedaban más que unos pocos inviernos por delante. El

broche de Kraka no le servía, por lo que aceptó la realidad y vivía cada día como si fuera el último. Ivar, sin embargo, muy a su pesar aceptó la ofrenda de Ragna con mucha renuencia. Ragna tuvo que convencerlo para que lo aceptara, no pretendía que se emponzoñara ofreciendo la sangre de sus enemigos, sino que aprovechara el poder que aún residirá en su interior y se mantuviera lejos del reino de Hela.

Las risas de Olaf le llegaron desde el gran comedor. Cansado que las pequeñas de la casa no le hicieran el mínimo caso, vitoreaba a ambas en el nuevo combate en el que estaban enzarzadas. Asgeir y Otkatla, eran inseparables cuando estaban juntas, aunque con frecuencia imitaban las discusiones de sus guerreros más idolatrados: Gunnar, Ragna y el propio Olaf.

En las dos ocasiones en las que iban a ser abuelos, Olaf insistió en ir Berkák una larga temporada para que Ingunn pudiera asistir los partos. Tras muchos esfuerzos, Berkák fue recuperada de las ordas de Kraka. Elkcatcher, demasiado ocupado con su propio descendiente había desaparecido. Bajo la atenta mirada de Olaf, Berkák no tardó en convertirse en el poblado rico y próspero que ahora era. La cercanía entre ambos poblados permitía a Ingunn viajar con frecuencia para estar cerca de su familia. Las gentes de Orkmnger tenían un próspero futuro bajo el mandato de su nueva señora, al abandonar el antiguo poblado y los malos recuerdos.

Berkák era su nuevo hogar. Y el de Gunnar.

Ragna se puso de parto justo cuando celebraban la construcción del templo de Sköll. En cuanto se puso el antiguo amuleto de oro, le llegó la primera contracción. Era una señal divina, el dios lobo tenía sentido del humor.

Dar caza a Thorvarld fue mucho más complicado de lo que se preveía. Nunca supo odiar a nadie durante mucho tiempo, hasta que conoció a ese hombre. El muy canalla intentó socavar la reputación de Olaf y Ragna cuando fue repudiado por su clan. La lealtad y bravura de su hija era demasiado conocida para que su treta funcionara. Tampoco consiguió llamar la atención del nigromante ni de ningún otro aliado. El viejo traidor fue encontrado en los bosques poco antes del nacimiento de su primera nieta, cuando se le acabó la poción que le diera Hallbera al salvarlo tras la paliza de Olaf. El duro invierno se ocupó de él como no pudo hacerlo la herida infringida por Gunnar meses atrás. Fue una victoria muy amarga.

Los pocos seguidores de Thorvarld se disgregaron hasta dar con su ambicioso sobrino y convencerlo para reclamar Sunndalsora, el pueblo natal

de Gunnar. No obtuvo oposición, ya que Gunnar no quiso reclamar un pueblo lleno de malos recuerdos. Apoyado por Ragna, acogió a los aldeanos que le eran fieles en Berkák, fusionando los clanes con la ayuda de Fingar. No tardó en ser evidente que trataba a Gunnar como a su propio hijo. En la actualidad, Sunndalsora estaba abandonado. Su primo Alf, no había malgastado recursos ni esfuerzo en recuperar un pueblo en tan mal estado. Tarde o temprano, el hambre y el frío acabarían con los seguidores de Thorvarld de la misma manera inclemente con la que él había muerto.

—Traigo agua caliente. —Una sonriente Geirhildr entró en el cuarto y apoyó con esfuerzo la gran tinaja de agua. —¿Subo el fuego?

—Como deis más calor a esa estúpida chimenea os atravieso a las dos... —Rugió Ragna entre contracciones.

—Siempre tan dulce. —Masculló Geirhildr enjuagándole el sudor.

—Y tú tan contestona. —Ladró Ragna.

Esas dos no cambiarían nunca. No, eso no era cierto, ninguna era la misma. Geirhildr era una mujer nueva desde que Ivar le diera caza. Se había dulcificado tanto que a veces costaba reconocerla, aunque seguía siendo ama y señora de un carácter volátil e imprevisible. Estaba tan cambiada que no se entrometía en la vida de Onund bajo ningún concepto, ni siquiera cuando éste viajaba hasta Berkák para pedirle ayuda con su temperamental esposa, a la que temía tanto como adoraba. Geirhildr se limitaba a abrazarlo y sonreír antes de tomar asiento junto a su esposo.

Ivar sabía complacer a sus mujeres. Ragna seguía conservándolo como su segundo por más que éste insistiera en dejarle el puesto a los gemelos. Su hija confiaba que el broche lo mantuviera sano, por lo que no se resignaba a perderlo.

—Vamos, muchacha. —Apremió a su hija al ver asomarse una cabecita. —Aprieta.

—Esto duele, madre. —Gruño Ragna obedeciéndole. —Mataré a ese bastardo. No volverá a tocarme en...

—No digas nada que no puedas cumplir. —La censuró Geirhildr acomodándole las almohadas. —Yo dije lo mismo hace un invierno y mira... hace una luna que nació mi niña.

—Vamos, hija, ya tengo su cabeza. Dos empujones más. —Ingunn agradeció con la mirada la conversación de Geirhildr ya que ayudaba a Ragna a distraerse del dolor.

—Venga lobita, que no se diga... —Se mofó la joven.

—Muchacha, ya basta. —Helga apareció en la puerta cuadrando los hombros. —No le hables así a tu Loba.

—¿Acaso ahora necesitas perro guardián? —Bromeó Geirhildr levantando las manos en señal de rendición.

Un largo grito y dos empujones después, Ingunn sostenía al pequeño en brazos mientras Geirhildr y Helga se ocupaban de cortar el cordón umbilical y detener la leve hemorragia.

—¿Qué es? —Preguntó Ragna agotada.

—Un precioso lobo. —Susurró Gunnar desde la puerta. —¿Puedo?

Ingunn le entregó al niño con suavidad, maravillándose de la ternura que brillaba en los ojos de Gunnar. Todavía le costaba creer que un hombre tan formidable fuera hijo de Thorvarld.

—¿Qué decides? —Preguntó Ragna.

—Es nuestro, Ragna. Tu qué crees. —Gunnar sonrió, dando la bienvenida a su hijo al clan. —Tus abuelos Olaf y Fingar se volverán locos contigo, muchacho.

—Y sus abuelas. —Añadió Ingunn guiñándole el ojo a Helga que sonreía.

Gunnar nunca rechazaría ninguno de los hijos que Ragna le diera, jamás entregaría al bosque el fruto de su pasión para que los elementos acabaran con su vida. Ya fueran pequeños y débiles, Gunnar desafiaría las antiguas costumbres. Tercos, duros y cabezotas, esos dos se amaban a pesar de la frecuencia con la que cruzaban sus espadas.

—Voy a informar a Ivar. —Geirhildr salió corriendo al exterior.

Ingunn a veces creía que su muchacha se había dejado vencer a propósito. ¿Acaso no le dijo que estaba cansada de luchar? La vieja Ellisif nunca le dio una respuesta clara, solo sonreía. Antes de desaparecer en el bosque, la muy terca, se negó a darle respuesta alegando a que el tiempo le diría lo que necesitaba saber. Fuera como fuera, su hija mayor encontró la horma de su zapato, Gunnar era el mejor marido para ella teniendo en cuenta su áspero temperamento y su propensión a perder los estribos. O los brutos con los que le gustaba rodearse.

—¿Cómo se llamará? —Preguntó Helga.

—Ragnar. —Aseguró Gunnar. —Hijo y sucesor de la gran Loba Blanca.

Ragna estalló en carcajadas.

—Ay, bruto pomposo, te estás domesticando. —Se burló ella.

—¿Acaso tu no?

—Jamás. —Prometió Ragna con una sonrisa traviesa.

—Eso es lo que más me gusta. Tu lengua viperina. —Gunnar se acercó para darle un beso en la frente antes de depositar al niño en sus brazos. Con ternura, colocó alrededor de su cuellecito el antiguo medallón de madera con el emblema de los Haardrard. —Ya nos encargaremos que Ragnar aprenda eso también. Será otro lobo digno de tu sangre. Seguro que eso volverá loco a Olaf.

—Estoy seguro. —El aludido sonrió con orgullo desde la puerta, sostenía una niña en cada brazo. —Me van a volver majareta. Vestein se morirá de la envidia, sigue sin tener nietos varones.

—Arie Ragna. —Una voz poderosa resonó en el aire.

Con un rayo de luz, Sköll apareció en una versión tamaño natural, asombrando al reducido grupo.

—Arie Ragna. —Volvió a repetir.

—¿Sí, Gran Dios?

—Cumpliste tus promesas. Has llenado de esperanza los corazones Haardrard. —El lobo se acercó a la cama. —Te advertí que si me salvabas deberías proporcionarme un nuevo linaje. Una sangre fuerte y valerosa que no enloqueciera por mi presencia. Escogiste por ti misma lo que tu lobo te decía sin esperar mi consentimiento.

—¿Estás enfadado? —Preguntó Ragna tensa.

—¿Por escoger a la otra mitad de tu alma? —El lobo apoyó las patas delanteras en la cama y miró el bebé. —No esperaste para cumplir con lo pactado pero escogiste bien. Gunnar era un lobo solitario hasta que te encontró.

—¿Cumplirás la promesa?

—¿Qué promesa? —Preguntó Ingunn.

—Arie Ragna sabía que aunque el pueblo creyera en mí, debería darme hijas que me ayuden a permanecer en el mundo mortal. No tengo suficiente poder para lograrlo. Me prometió, que aunque tuviera varones, tendría una hija que aceptaría su legado de buen grado. A su vez, me arrancó una promesa, mujer.

—Sköll... no hace falta que... —Ragna intentó incorporarse.

—Me hizo prometer, que con su segunda hija, tú recobrarías tu fecundidad.

—¿Qué...? —Ingunn se quedó sin palabras.

—Ha tenido un varón. —Gunnar miró a su hijo con el ceño fruncido.

—La pequeña, es un poco traviesa y no quiere demostrar todavía su

presencia, está esperando a que su madre se recupere. —Aseguró el lobo lamiendo la carita del niño. Ragna, la miró sonriente a pesar de una nueva contracción.

—Es cierto. Ahí viene... —Denotaba asombro.

—Recibámosla con honores. —Gunnar cogió a su hijo y besó la frente de su esposa. —Qué te parece hijo, vas a tener a una hermanita.

—¿De verdad hiciste esa promesa? ¿Por mí? —Preguntó Ingunn emocionada.

—Lo hizo, mujer, lo hizo. —Aseguró el dios. —Cumpliré mi palabra. Para primavera, tendrás un saludable varón que unirá sus fuerzas y creencias a las de sus primas. Máni, la esquiwa amante nocturna de mi hermano Hati, os bendice. Vuestra hermandad sanará durante generaciones a los mortales mientras la de Ragna os protegerá hasta el fin de los tiempos, incluso cuando nuevos dioses acaben con el reino de Odín, os mantendréis unidas.

Ingunn se tocó el vientre, sintiendo una calidez en su interior. Daría un hijo a Olaf. Sentía como la maldición desaparecía por completo de su interior.

—Gracias. —Susurró a Ragna. Jamás imaginó que Ragna le hiciera un regalo así.

—Has cumplido tus promesas, Loba Blanca. Recibid mi bendición y protección. Recuerda, deberás enseñar a tus hijos a controlar su alma, serán tan fuertes como la tuya. —Sonrió antes de desaparecer. ¿Te atreves a aceptar el peso que pongo sobre tus hombros?

—Me atrevo.

Tras asentir, Sköll volvió a desaparecer.

—¿Hay algo más que hayas prometido que deba saber? —Preguntó Gunnar saliendo por la puerta.

—Sí. —Inspiró con fuerza por la contracción. —Mucho más.

—Eso me temía. —Gunnar le guiñó un ojo y se marchó con su hijo en brazos.

—¿Por eso apresaste a un sacerdote cristiano? —Preguntó Helga.

—Sí. Recuerda lo que dijo Sköll hace cuatro inviernos. A medida que ese dios ocupa los nuestros, los dioses arcanos se van a otro plano, la magia muere, nos convierte en esclavas de nuestros maridos. Las hermandades del lobo y la luna deben sobrevivir...

—Para lograrlo, debemos aprender de nuestro enemigo. —Ingunn acabó la frase por su hija, que estaba ocupada con una contracción más fuerte que la anterior.

—Debemos aprender mucho más que eso, madre. El pacto de los dioses es débil. Hay que mantenerlo.

—Te entiendo. Por eso estás aprendiendo del sacerdote que apresaste a dibujar las palabras, incluso el idioma en el que están escritas.

—Tengo un plan madre, uno muy grande. Siento en los huesos que nuestras hijas lucharan contra algo más grande que nosotras, mucho más poderoso y oscuro. Solo venceremos si somos más listas. Ellisif nos dijo que veía en las runas que nuestras hijas serían masacradas por sus conocimientos, por su bravura.

—¿Contra que vas a luchar? —Preguntó Helga asustada.

—Contra lo que venga. Mientras esté viva lucharé por no convertirme en la esclava de nadie, ya sea humano o divino, mientras haya un atisbo de Sköll en mi sangre, mis descendientes escucharan la llamada.

—No solo tú, hija mía. Las hijas de Máni no nos quedaremos de brazos cruzados.

Ragna gritó de júbilo. Media docena de contracciones después, una niña diminuta con un pequeño mechón blanco lloraba entre los brazos de Ingunn.

—Bien hecho, hija. —Ragna le sonrió agotada.

Una leve brisa entró en la caldeada habitación, llevando consigo la fragancia de hierbas que le recordó a la anciana de las runas. Allá donde estuviera, Ingunn escuchaba la risa satisfecha de Ellisif. Sus predicciones se cumplían. Ingunn cogió a su nieta para mostrarla a Olaf y Gunnar, que se palmeaban orgullosos la espalda. Helga, solícita y llorosa, enjuagaba el sudor de Ragna, que la miraba feliz al escuchar como sus amigos que vitoreaban el nuevo nacimiento desde el exterior.

Sí, su Loba había formado por fin su mandada.

SOBRE LA ESCRITORA



Hija de padres pacens. —granadinos, nació en Girona en Junio de 1979. Descubrió su pasión por la escritura en el instituto, donde escribió su primera novela corta para sorpresa de su profesora de lengua. Ha recorrido un largo recorrido desde que empezó a crear relatos cortos en las agendas de sus compañeros. Enamorada de Granada y Madrid, ciudades donde ha vivido rodeada de ávidos lectores y amantes de los juegos de rol, ha desarrollado un estilo propio y personal.

Tras realizar varios talleres de escritura en *Portal del escritor* y *Fuentetaja Literaria*, decidió escribir su primera novela larga. Aunque ésta quedó guardada en el cajón durante muchos años hasta hace poco y se embarcó en otros relatos bajo el seudónimo Eva Andraya.

Aunque ha colaborado esporádicamente en blogs, revistas digitales y webs, entre ellas, su propia web en **evaandraya.com**.

En la actualidad ha publicado dos ebooks de novela negra en Amazon, *Prisionera* y *Diario de una licántropa*, mientras sigue trabajando en su proyecto más ambicioso: una saga de fantasía épica repleta mujeres decididas y valientes que luchan en un mundo de hombres y deidades con la que se siente identificada.

Se la puede seguir en diferentes redes sociales o ponerse en contacto a través de **info@evaandraya.com**.